

LEÓN TROTSKY



1905

© León Trotsky
Septiembre 2017

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Óscar de Pablo.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

1905

LEÓN TROTSKY

Presentamos aquí la parte central del libro *1905*, que corresponde a la crónica de la Revolución Rusa de ese año. Escrito en la cárcel de San Petersburgo a lo largo de los años 1906 y 1907, el texto fue publicado originalmente bajo el título *Rusia en revolución*. En ediciones posteriores, ya con el título *1905*, el autor incluyó un nuevo balance teórico de la revolución (conocido como “Resultados y perspectivas”) así como el relato autobiográfico de su deportación al círculo polar y su aventurada fuga, titulado “Ida y vuelta”. Aunque los cuatro primeros capítulos de esta obra se dedican al análisis sociológico de Rusia, hemos decidido prescindir de los tres primeros y empezar por el cuarto, para enfocarnos lo más posible en la crónica de los sucesos de 1905.

Hemos tomado como base la edición de 2006 del CEIP León Trotsky de Argentina (que no da noticia del traductor), cuyo estilo hemos adaptado ligeramente.

¿POR QUÉ IMPULSAR ESTE LIBRO EN EL MARCO DE MARX200?

Marx200 es un proyecto impulsado por la **Rosa Luxemburg Stiftung (RLS)** en el mundo, va encaminado a la recuperación de la memoria de Karl Marx a casi dos siglos de su nacimiento. Este Marx, ¿quién es y por qué es tan importante? En el año 2017 también se cumplen 150 años de la primera edición de *El capital* de Karl Marx, un libro que cambió por completo las perspectivas de la economía, una crítica fundamental al sistema de producción capitalista. Por primera vez en la historia las relaciones sociales dependían efectivamente de la forma de producción.

Marx habló del fetiche de la mercancía, la acumulación del capital, documentó por primera vez la dominación de la clase burguesa sobre la clase trabajadora, así como de las contradicciones del propio sistema que al final llevaría a impulsar una revolución socialista radical en 1917 y a un cambio social prometedor.

¿Es posible que la clase trabajadora y explotada salga de la trampa del capitalismo, que se libere y que ejerza sus derechos de manera constante? ¿Cómo podemos cambiar la forma de producción para que sirva a la mayoría? Estas son

sólo algunas de las preguntas que se plantean en el proyecto Marx200.

Sobre todo se muestra la vigencia del proyecto marxista y su validez hoy en día. Marx200 pretende abrir un debate plural y profundo, reinvidicar lecturas e interpretaciones diferentes de Marx que nos aporten para el análisis político de nuestro presente.

La lectura de Marx sirve para la formación y la praxis política, también aporta para comprender profundamente las contradicciones del sistema capitalista. Por otro lado, el proyecto de Marx200 se propone documentar prólogos, epílogos, interpretaciones, versiones y reacciones que ha habido en todo el mundo acerca del marxismo.

Así que no queremos esperar hasta que se cumplan doscientos años del nacimiento de Marx en el 2018, buscamos fomentar nuevas lecturas y debates profundos a los que nos invita el desafiante proyecto Marx200.

MARX200 Y LA REVOLUCIÓN RUSA DESPUÉS DE UN SIGLO

Karl Marx apostaba a que el comunismo pudiera desarrollarse como un proceso posterior al capitalismo. Años después Vladímir Ilich Uliánov “Lenin” y el partido *bolchevique* se comprometieron con el pensamiento marxista, tomándolo como referente central para desarrollar una estrategia revolucionaria que concretara cambios profundos en Rusia.

Lenin y el Partido *Bolchevique* decidieron no esperar un siglo más y comenzaron la Revolución Rusa en 1917.

Trascendiendo uno de los postulados de Marx y atreviéndose a generar cambios en una sociedad feudal con población mayoritariamente campesina, los *bolcheviques* se decidieron a no esperar el desarrollo del capitalismo y trabajaron arduamente por construir un sistema comunista que aglutinara a otros territorios que después tomaron el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

A 200 años del nacimiento de Marx y a 100 años de la Revolución Rusa, apostamos por un sistema distinto al capitalismo.

EL CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Por el propósito directo e inmediato que se ha fijado a sí misma, la Revolución Rusa es propiamente “burguesa”, pues tiene por objeto emancipar a la sociedad burguesa de los grillos y cadenas del absolutismo y la propiedad feudal. Ahora bien, la principal fuerza motriz de esta revolución la constituye el proletariado, y por esta razón, por su método, la revolución es proletaria. A los numerosos pedantes que definen el papel histórico del proletariado por medio de cálculos estadísticos o aparentes analogías históricas, este contraste les parece inaceptable, inconcebible. Para ellos, el jefe providencial de la Revolución Rusa debe ser la democracia burguesa, mientras que el proletariado, que ha marchado a la cabeza de los acontecimientos durante todo el período de empuje revolucionario, debería dejarse envolver en los pañales de una teoría mal fundada y pedante. Para ellos, la historia de una nación capitalista repite, con modificaciones más o menos importantes, la historia de otra. No perciben el proceso, propio de nuestros días, del desarrollo capitalista mundial que engloba a todos los países a los que se extiende y que, por la unión de las condi-

ciones locales con las generales, crea una amalgama social cuya naturaleza no puede ser definida rebuscando lugares comunes históricos, sino solamente por medio de un análisis de base materialista.

Entre Inglaterra, pionera del desarrollo capitalista, que a través de una larga sucesión de siglos creó nuevas formas sociales y una poderosa burguesía que las expresa y, por otra parte, las colonias actuales, a las que el capital europeo lleva, sobre buques totalmente montados, rieles ya hechos, traviesas, pernos, coches-salón para la administración colonial, al tiempo que, con ayuda de la carabina y la bayoneta, obliga a los indígenas a salir de su estado primitivo para adaptarse a la civilización capitalista, no hay analogía alguna en cuanto al desarrollo histórico, aunque pueda descubrirse un nexo profundo e íntimo entre fenómenos de tan diferente aspecto.

La nueva Rusia ha tomado un carácter peculiar, dado que recibió el bautismo capitalista del capital europeo en la segunda mitad del siglo XIX, cuando éste ya había adquirido su forma más concentrada y abstracta: la de capital financiero. La historia anterior de este capital no tiene relación alguna con la historia de la Rusia antigua. Para alcanzar en su propio país las alturas inaccesibles de la Bolsa moderna, el capital tuvo que salir de las calles estrechas, de las callejas de la ciudad medieval y el pequeño oficio por las que aprendiera a andar y a trepar. En su lucha incesante con la Iglesia, se vio obligado a desarrollar la técnica y la ciencia, agrupar estrechamente en torno a sí a toda la nación, a apoderarse del poder revelándose contra los privilegios feudales y dinásticos. Tuvo que abrirse camino, poniendo fuera de combate a los pequeños oficios que fueron su origen para, a continuación, desgajarse de la carne misma de la nación, de las influencias ancestrales, los

prejuicios políticos, las simpatías de la raza, las longitudes y latitudes geográficas, a fin de cernerse, como gran ave carnívora, sobre el globo terrestre, envenenando hoy con opio al artesano chino que previamente ha arruinado, enriqueciendo mañana con un nuevo acorazado las aguas rusas, apoderándose después de las minas diamantíferas del África meridional.

Sin embargo, cuando al capital inglés o francés, extracto concentrado de una obra histórica de siglos, se le traslada a las estepas del Donetz, resulta absolutamente incapaz de manifestar las fuerzas sociales, las pasiones, los valores relativos que previamente ha absorbido. Sobre un territorio nuevo, no puede renovar el desarrollo ya realizado, sino que reanuda su obra en el punto en que la había dejado en su país. En torno a las máquinas que ha traído consigo a través de mares y aduanas, agrupa enseguida, sin etapas intermedias, a las masas proletarias e infunde a esta clase las energías revolucionarias de las viejas generaciones burguesas, aquella energía que se había reunido en él.

En la época heroica de la historia de Francia, contemplamos una burguesía que todavía no es conciente de los contrastes de su situación, tomando la dirección de la lucha por un nuevo orden de cosas, no solamente contra las instituciones anticuadas de Francia, sino contra las fuerzas reaccionarias de toda Europa. Progresivamente, la burguesía, representada por sus élites, se considera el jefe de la nación y de hecho lo es, arrastra a las masas a la lucha, les da una consigna, les enseña una táctica de combate. La democracia introduce en la nación el lazo de una ideología política. El pueblo — compuesto de pequeño-burgueses, campesinos y obreros — elige como diputados a burgueses y las instrucciones que entregan los municipios a sus representantes están escritas en el lenguaje de

la burguesía que toma conciencia de su papel de Mesías. En la misma revolución, aún cuando ya sean visibles los antagonismos de clase, la poderosa corriente de la lucha revolucionaria expulsa de la vida política, uno tras otro, a los elementos más estacionarios de la burguesía. Ninguna capa es arrastrada antes de transmitir su energía a las capas siguientes. La nación en su conjunto sigue combatiendo por los fines que se había asignado, por medios cada vez más violentos y decisivos. Cuando la masa nacional se pone en movimiento y se separan de ella las esferas superiores de la burguesía propietaria, para formar alianza con Luis XVI, las exigencias democráticas de la nación, dirigidas ahora contra esta burguesía, conducen al sufragio universal y a la república, formas lógicamente indispensables de la democracia.

La gran Revolución Francesa es realmente una revolución nacional. Más aún: en ella, la clásica lucha mundial de la clase burguesa por la dominación, por el poder, por un triunfo indiscutible, se expresa dentro de los marcos nacionales.

Para 1848, la burguesía ya no era capaz de interpretar semejante papel. Ni quería ni podía asumir la responsabilidad de liquidar por la vía revolucionaria un régimen social que entorpecía su dominación. Su propósito se reducía —y se daba cuenta de ello— a introducir en el antiguo régimen las garantías indispensables para asegurar, no su dominio político, sino el reparto del poder con las fuerzas del pasado. No sólo se negaba a conducir a las masas al asalto del antiguo orden, sino que se adhería al viejo régimen para rechazar a las masas que trataban de arrastrarla. Concientemente retrocedía ante las condiciones objetivas que hubieran hecho posible su dominación. Las instituciones democráticas se le presentaban no como el objeto de la lucha, sino como una amenaza para su bienestar. La revo-

lución no se haría por ella, sino contra ella. De aquí que, en 1848, para el éxito de la revolución se precisaba una clase que fuese capaz de ponerse a la cabeza de los acontecimientos, dejando de lado a la burguesía, obrando a pesar suyo, que pudiese no sólo impulsarla hacia delante por medio de una presión violenta, sino, en el momento decisivo, arrojar del camino su cadáver político. Ni la pequeña burguesía ni el campesinado eran capaces de desempeñar este papel.

La *pequeña burguesía* era hostil, no sólo a las cosas de la víspera, sino a las del día siguiente. Todavía se encontraba atada por los grillos creados por las relaciones sociales de la Edad Media, pero ya carecía de fuerza para resistir al desarrollo de la industria "libre"; sin llegar a marcar a las ciudades con su influencia, ya había cedido su dominio a la media y gran burguesía; plagada de prejuicios, ensordecida por el fragor de los acontecimientos, explotadora y explotada, codiciosa e impotente en su codicia, la atrasada pequeña burguesía no podía tomar la dirección de la historia mundial.

El *campesinado* tenía aun menos iniciativa. Dispersa, alejada de las ciudades, centros nerviosos de la política y de la cultura, obtusa, estrecha de horizontes, indiferente a todo lo que la ciudad había conseguido, esta clase no podía cumplir una función dirigente. Sus aspiraciones quedaron colmadas no bien se hubo quitado de los hombros el peso de las servidumbres feudales y, pagándole la ciudad con ingratitud el combate que ésta librara en su nombre, los campesinos emancipados se habían convertido en fanáticos del "orden".

La *intelligentzia democrática*, desprovista de toda fuerza como clase, se arrastraba en pos de su hermana mayor, la burguesía liberal, sirviéndole de cola política, o bien se separaba de ella en los momentos críticos, sólo para ma-

nifestar su impotencia. Sumida en contradicciones y contrastes mal definidos todavía, esparcía por doquier esta oscuridad.

El *proletariado* era demasiado débil, carecía de organización, experiencia y conocimientos. El desarrollo capitalista había ido lo bastante lejos como para hacer necesaria la abolición de las antiguas condiciones feudales, pero no lo suficiente para proyectar a la clase obrera, producto de las nuevas condiciones de producción, como fuerza política decisiva. El antagonismo entre el proletariado y la burguesía era ya demasiado claro como para que ésta pudiese asumir sin temor la función de dirigente nacional; pero no era aún tan fuerte como para permitirle al proletariado asumir ese papel.

Austria ofreció un ejemplo particularmente significativo y trágico de esta situación, mostrando que las relaciones políticas no estaban suficientemente definidas en el período revolucionario.

En 1848, el proletariado de Viena manifestó un heroísmo sublime y una gran energía revolucionaria. Iba y venía sin cesar al fuego, impulsado solamente por un oscuro instinto de clase, sin darse cuenta del objeto final de la lucha, tanteando y adoptando una divisa tras otra. Sorprendentemente, quienes asumieron la dirección del proletariado fueron los estudiantes, el único grupo democrático que, gracias a su actividad, podía influir sobre las masas y, por consiguiente, sobre los acontecimientos. Pero aunque los estudiantes fuesen capaces de batirse con bravura en las barricadas y de fraternizar sinceramente con los obreros, no podían asegurar la dirección general de la revolución que les había confiado “la dictadura de la calle”. Cuando el 26 de mayo los obreros de Viena se sublevaron al llamado de los estudiantes para oponerse al desarme de “la

legión académica”, cuando la población se apoderó de la ciudad, cuando la monarquía huida perdió toda influencia sobre los acontecimientos, cuando, bajo la presión popular, las últimas tropas fueros evacuadas y el poder estatal de Austria quedó reducido a una sombra, no se encontró una fuerza política para hacerse con las riendas del gobierno. La burguesía liberal se negaba concientemente a utilizar un poder obtenido por medios de bandidaje. Sólo soñaba con el regreso del emperador, que se había retirado al Tirol, dejando huérfana a Viena. Los obreros tuvieron suficiente valor como para aplastar la reacción, pero no poseían la organización necesaria para recibir su herencia. Incapaz de actuar como piloto, el proletariado no puede obligar a desempeñar este gran papel histórico a la democracia burguesa que, como hace con frecuencia, habíase escondido en el momento en que más se la necesitaba. La situación resultante ha sido muy bien caracterizada por un contemporáneo en estos términos: “De hecho, la República está establecida en Viena, pero desgraciadamente nadie se ha dado cuenta...”. De los acontecimientos de 1848-49, Lassalle extrajo esta lección irrefutable: “Ninguna lucha en Europa puede alcanzar el éxito si, desde un principio, no se afirma como puramente socialista, no obteniéndose nunca ventaja alguna de una lucha en la que las cuestiones sociales entren sólo como un oscuro elemento y permanezcan en segundo plano, de una lucha llevada bajo la enseña engañosa de un renacimiento nacional o de un republicanismo burgués...”.

En la revolución cuyo comienzo fijara la historia en el año 1905, el proletariado avanzó por vez primera bajo un estandarte propio, hacia un fin realmente suyo. Y, al mismo tiempo, está fuera de duda que ninguna de las antiguas revoluciones ha absorbido tanta energía popular y ha arrojado tan escasas conquistas positivas como la Revolución

Rusa hasta ahora. Estamos lejos de querer profetizar, no creemos poder anunciar los acontecimientos que se producirán en las semanas o en los meses venideros. Pero, para nosotros, una cosa está clara: la victoria sólo es posible por la vía indicada, formulada en 1849 por Lassalle. De la lucha de clases a la unidad de la nación burguesa, no hay posible regreso. La “ausencia de resultados” de la Revolución Rusa muestra solamente un aspecto pasajero de su carácter social más profundo. En esta revolución “burguesa” sin burguesía revolucionaria, el proletariado, por el desarrollo interior de los hechos, está llamado a asumir la hegemonía sobre la clase campesina y a luchar por la conquista del poder soberano. La primera ola de la Revolución Rusa vino a romperse contra la grosera incapacidad política del *mujik* que, en su pueblo, devastaba la explotación del señor a fin de hacerse con sus tierras y que, a continuación, vestido con el uniforme de los cuarteles, fusilaba a los obreros. Todos los acontecimientos de esta revolución pueden considerarse como una serie de despiadadas lecciones de cosas, por medio de las cuales la historia inculca violentamente al campesino la conciencia del nexo que indefectiblemente existe entre sus necesidades locales y el problema central del poder. En la escuela histórica de los conflictos violentos y de las derrotas crueles, se elaboran los primeros principios cuya adopción ha de determinar la victoria revolucionaria.

Las revoluciones burguesas —escribía Marx en 1852— se precipitan rápidamente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se superan, hombres y cosas están como iluminados por un fuego de diamantes, el entusiasmo extático es el estado permanente de la sociedad, pero son todas de corta duración. Pronto alcanzan su punto culminante, y la larga apatía que

sigue a la embriaguez se apodera de la sociedad antes de que haya podido recuperarse y asimilar los resultados del período de tempestad y empuje (*Sturm und Drang*). Por el contrario, las revoluciones proletarias se critican constantemente a sí mismas, interrumpen a cada instante su propia marcha, vuelven sobre lo que parece ya realizado para comenzar de nuevo, ridiculizan despiadadamente las torpezas, las debilidades y las miserias de sus primeras tentativas, parece que no derriban al adversario sino para darle la ocasión de recuperar fuerzas y alzarse de nuevo formidable frente a ellas; retroceden sin cesar, abrumadas por la inmensidad indeterminada de sus propios fines hasta el momento en que, por fin, es creada la situación que hace imposible todo retroceso y las mismas circunstancias les gritan con voz imperiosa: *¡Hic Rhodus, hic salta!*

— *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte.*

LA PRIMAVERA

I

El difunto general Dragomirov juzgaba así, en una carta particular, al ministro del Interior Sipiaguin: “¿Cuál puede ser su política interior? Es sencillamente el montero mayor de la Corte y, además, un imbécil”. Esta opinión es tan justa que puede excusarse el giro groseramente amanerado del militar que la formuló. Tras Sipiaguin, vimos en el mismo puesto a Pleve, después al príncipe Sviatopolsk-Mirski, después a Buligin, después a Witte y Durnovo... Unos se distinguían de Sipiaguin solamente en que no eran monteros mayores de Su Majestad, o en que a su manera eran

inteligentes. Pero todos, uno tras otro, salieron del escenario dejando tras de sí la perplejidad inquieta de los amos de arriba, el odio y el desprecio del público. El montero mayor de la triste figura o el delator profesional, el señor brutalmente benévolo o el especulador sin fe ni ley, todos se presentaban con la firme intención de acabar con las perturbaciones, restituir el prestigio perdido del poder y salvaguardar las bases del Estado... y todos, cada uno a su modo, abrieron las esclusas de la revolución y fueron arrastrados en su corriente. Las perturbaciones se desarrollaron con poderosa regularidad, ensanchando inexorablemente su alcance, fortaleciendo sus posiciones y arrancando los obstáculos que se oponían a su paso; y, sobre el fondo de esta gran obra, ante su ritmo interior, ante su inconsciente genialidad, aparecían los hombrecillos del poder que promulgaban leyes, adquirían nuevas deudas, disparaban sobre los obreros, arruinaban a los campesinos y, como resultado, sumían cada vez más al poder que querían salvar en una impotencia furiosa.

Formados en la atmósfera de las pequeñas conspiraciones de cancillería y de las intrigas de despacho, donde la ignorancia impúdica rivaliza con la perfidia; sin la menor idea de la marcha y del sentido de la historia contemporánea, del movimiento de las masas, de las leyes de la revolución; provistos de dos o tres pobres ideas, de miserables programas destinados a informar sobre todo a los bolsistas de París, estos hombres se esfuerzan por unir a procedimientos dignos de los grandes favoritos de la corte del siglo XVIII las formas de los "hombres de Estado" del occidente parlamentario. Con coqueteos humillantes, satisfacen mediante entrevistas a los corresponsales de la Bolsa europea, les exponen sus "planes", sus "objetivos", sus "programas", y cada uno expresa la esperanza de poder

resolver finalmente el problema que no pudieron resolver sus predecesores. ¡Si sólo se pudiera apaciguar la sedición! Cada uno comenzó a su modo, pero todos igual: dando la orden de disparar sobre los sediciosos. Pero se daban cuenta, espantados, que la sedición no moría, de que era inmortal... Y todos terminaron hundiéndose ignominiosamente y, cuando un terrorista no les hizo el servicio de liberales de su penosa existencia, se vieron condenados a sobrevivir a su descrédito y a ver la sedición, poderosa y genial como las fuerzas de la naturaleza, valerse de sus planes y objetivos para alcanzar la victoria.

A Sipiaguin lo mató un disparo de revólver. A Pleve lo destruyó una bomba. Sviatopolsk-Mirski no fue más que un cadáver político tras el 9 de enero. A Buliguin la huelga de octubre lo arrumbó como un trapo viejo. El conde Witte, totalmente extenuado por las revueltas militares y obreras, cayó sin pena ni gloria, tropezando en el umbral de la Duma que él mismo había creado...

En determinados círculos de oposición, especialmente entre los liberales de los *zemstvos* y los demócratas de la *intelligentzia*, las transformaciones ministeriales suscitaban siempre esperanzas imprecisas, una renovada confianza, nuevos planes. Y, en efecto, para la agitación que trataban de suscitar las gacetas liberales, para la política de los propietarios partidarios de una constitución, no resultaba indiferente ver a la cabeza de los asuntos a un viejo perro policía como Pleve o a un ministro de confianza como Sviatopolsk-Mirski. Pleve fue, bien entendido, tan impotente ante la sedición popular como su sucesor; pero también se presentaba amenazador para los periodistas liberales y los pequeños conspiradores de los *zemstvos*. Detestaba la revolución con un odio furioso de viejo delator al que espera la bomba en todas las esquinas de la calle, perseguía

a los sediciosos con los ojos inyectados en sangre, pero en vano... Y su odio insatisfecho se extendía a los profesores, a los miembros de los *zemstvos* y a los periodistas, en quienes veía “instigadores” legales de la revolución. Redujo la prensa liberal al último grado de envilecimiento. Trataba a los periodistas como canallas: no sólo los exiliaba o encerraba, sino que, en las entrevistas que tenía con ellos, los amenazaba como a chiquillos. A los más moderados representantes de los comités de economía rural, organizados por iniciativa de Witte, los castigaba como a estudiantes revoltosos, y no “respetables miembros de los *zemstvos*”. Y consiguió lo que quería: la sociedad liberal temblaba ante él y le odiaba con el ferviente rencor de la impotencia. Gran número de estos fariseos liberales que claman infatigablemente tanto contra la “violencia de las izquierdas” como contra la “violencia de las derechas”, acogieron la bomba del 15 de julio como una enviada del Mesías.

Para los liberales, Plevé era temible y detestable, pero para la sedición, no era ni más ni menos que cualquier otro. El movimiento de masas se veía forzado a ignorar el marco de lo que estaba permitido o prohibido. En estas condiciones, importaba bien poco que este marco fuese más ancho o más estrecho.

II

Los panegiristas oficiales de la reacción se han esforzado por representar la regencia de Plevé como un instante, si no de felicidad, al menos de calma universal. En realidad, el favorito fue incapaz de crear incluso lo que podría llamarse tranquilidad policiaca. Apenas llegado al poder, manifestó su celo de converso ortodoxo en su intención de visitar las santas reliquias de Laura; pero se vio obligado a partir a toda

velocidad hacia el sur, pues en las provincias de Jarkov y Poltava habían estallado grandes agitaciones agrarias. Las sublevaciones y los desórdenes campesinos se sucedieron sin descanso en diversos puntos del territorio. La famosa huelga de Rostov, en noviembre de 1902, y las jornadas de julio de 1903, que cubrieron todo el mediodía industrial, fueron los signos precursores de todas las manifestaciones ulteriores del proletariado. Las multitudes salían a la calle sin cesar. En los comités los debates y decisiones en torno a las necesidades de la economía rural inauguraron una vasta campaña de los *zemstvos*. Si ya antes del ministerio de Pleve las universidades eran focos de una violenta agitación política, bajo su administración conservaron este papel. Los dos congresos celebrados en Petersburgo en enero de 1904 — el de técnicos y el de médicos — fueron las avanzadas de la organización de los intelectuales demócratas. Así, la “primavera” social tuvo su prólogo bajo Pleve. A fin de cuentas, ni las furiosas represalias, ni los encarcelamientos, ni las investigaciones judiciales, ni los registros ni las deportaciones consiguieron detener del todo la movilización, ni siquiera entre la sociedad liberal.

El último semestre del ministerio Pleve coincidió con el comienzo de la guerra. La sedición se apaciguó o, mejor dicho, se replegó. Es posible hacerse una idea del estado de ánimo que reinaba en las esferas burocráticas y en la alta sociedad liberal de Petersburgo durante los primeros meses de guerra siguiendo el libro del periodista vienés Hugo Hantz, *Antes de la catástrofe*. Ahí se observa un enloquecimiento cercano a la desesperación, “¡esto no puede seguir así!”. ¿Qué salida quedaba? Nadie lo sabía; ni los altos funcionarios retirados, ni los abogados liberales célebres, ni los periodistas famosos y también liberales. “La sociedad es del todo impotente. Es inútil pensar en un mo-

vimiento revolucionario procedente del pueblo, e incluso si este movimiento se produjese, no estaría dirigido contra el poder, sino contra los amos en general". ¿Qué salvación quedaba entonces? Estábamos ante la bancarrota financiera y el desastre militar. Hugo Hantz, que pasó en Petersburgo los tres primeros meses de la guerra, afirma que el ruego común de los liberales moderados y de numerosos conservadores era: "¡Dios, concédenos la derrota!". Ello naturalmente no impedía a la sociedad liberal adoptar el tono del patriotismo oficial. En múltiples declaraciones, cada *zemstvo* cada *duma*, sin excepción, juraron fidelidad al trono y se comprometieron a sacrificar su existencia y hasta sus bienes — bien sabían que las cosas no irían tan lejos — para salvaguardar el honor y el poder del zar y de los *zemstvos* y las *dumas*. Uno tras otro, los profesores universitarios hicieron eco de la declaración de guerra mediante alocuciones en que las florituras del estilo armonizaban con la bizantina necedad de fondo. No era un error ni un malentendido. Era una táctica basada en un único principio: el acercamiento a toda costa. De ahí todos los esfuerzos que se hicieron para ayudar al absolutismo a atravesar las angustias de la reconciliación. Se organizaron, no para combatir a la autocracia, sino para servirla; no se trataba de vencer al gobierno, sino de seducirlo. Aspiraban a ganarse su gratitud y su confianza, haciéndose indispensables para él. Esta táctica es tan vieja como el liberalismo ruso y con los años no ha ganado ni en inteligencia ni en dignidad. Así, desde el comienzo de la guerra, la oposición liberal hizo todo lo posible para corromper definitivamente la situación. Pero la lógica revolucionaria de los acontecimientos no descansaba. La flota de Port Arthur había sido derrotada, el almirante Makarov había muerto y la guerra proseguía ahora en tierra firme. Yalu, Kinchou, Dachichao, Yafangou, Liaoiao, Chahe: estos

nombres marcaron el oprobio de la autocracia. La posición del gobierno era más difícil que nunca, la desmoralización de los gobernantes hacía imposibles toda continuidad de ideas y toda firmeza en la política interior. Las vacilaciones y los intentos de acomodación y de apaciguamiento se hacían inevitables. La muerte de Pleve fue una ocasión favorable para modificar el curso de la política.

III

El designado para presidir la “primavera” gubernamental fue el príncipe Sviatopolsk-Mirski, antiguo jefe de la gendarmería. ¿Por qué? Él mismo hubiera sido sin duda el último en explicarse esta designación.

La figura política de este “hombre de Estado” se dibuja nítidamente en las entrevistas que concedió a los corresponsales de la prensa extranjera para comunicarles su programa:

— ¿Cuál es la opinión del príncipe — pregunta el corresponsal de *L’echo de Paris* — respecto a la opinión pública que reclama para Rusia ministros responsables?

El príncipe sonríe:

— Toda responsabilidad sería artificial y nominal.

— ¿Cuál es su punto de vista, príncipe, sobre las cuestiones confesionales?

— Soy enemigo de las persecuciones religiosas, pero con ciertas reservas...

— ¿Es cierto que estaría dispuesto a conceder más libertades a los judíos?

— Se alcanzan excelentes resultados con la bondad.

— En general, señor ministro, ¿se declara partidario del progreso?

Respuesta: el ministro tiene la intención de “adecuar sus actos al espíritu de un progreso amplio y verdadero,

al menos en la medida en que ello no contraríe el régimen existente". ¡Son palabras textuales!

Por otra parte, ni el príncipe tomaba en serio su propio programa. Es cierto que el cometido inmediato de la administración consistiría en asegurar el bien de la población "confiada a nuestro cuidado", pero, según confesaba el ministro al corresponsal americano Thomson, de hecho no sabía cómo emplear su poder.

No sería exacto decir —declaraba el ministro— que tengo un programa determinado. ¿La cuestión agraria? Sí, sí, sin duda existe sobre este problema una enorme documentación, pero no la conozco, por el momento, más que a través de los periódicos.

El príncipe tranquilizaba a Peterhof, consolaba a los liberales y concedía a los corresponsales extranjeros seguridades que honraban su corazón, pero comprometían definitivamente su reputación de genio político.

Y esta débil figura de señor, de *barín*, ornada con los cordones de gendarme, estaba llamada —no sólo por Nicolás, sino por la imaginación de los liberales— a cortar los grilletes seculares, tan profundamente arraigados en la carne del país.

IV

Todo el mundo parecía haber acogido a Sviatopolsk-Mirski con entusiasmo. El príncipe Mescherski, redactor del periódico *Graj danin* (*El ciudadano*), escribía que había llegado un día de fiesta para "la gran familia de la gente decente de Rusia". "La independencia es pariente de la nobleza de carácter —escribía el venerable Suvorin— y la nobleza de ca-

rácter nos es muy necesaria." En el *Petersburgskia Viedomosti* (Información de Petersburgo), el príncipe Ujtomski llamaba la atención sobre el hecho de que el nuevo ministro "procedía de una antigua línea de príncipes que se remontaba a Rurik por el Monómaco". El *Neue freie presse* (Nueva prensa libre) de Viena señala con satisfacción las cualidades esenciales del príncipe: "humanidad, justicia, objetividad, simpatía por las luces de la instrucción". El *Birjevyia Viedomosti* (Información de la Bolsa) recuerda que el príncipe sólo tiene 47 años y que, por consiguiente, no ha tenido aún tiempo de impregnarse de la rutina burocrática.

Entonces aparecieron relatos en prosa y en verso donde se decía que "estábamos sumidos en un profundo sueño" y que el antiguo comandante del cuerpo de gendarmes nos había despertado con su gesto liberal y nos había indicado las vías "del acercamiento entre el poder y el pueblo". Cuando se leen todas estas declaraciones, cuando se consideran todas estas efusiones, parece que se respirara estupidez a una presión de veinte atmósferas.

Sólo la extrema derecha conservaba la calma en medio de esta "bacanal de entusiasmos liberales". El *Moskovskia Viedomosti* (Información de Moscú) recordaba despiadadamente al príncipe que con la cartera de Pleve había asumido toda la tarea del difunto ministro.

Si nuestros enemigos interiores, en sus imprentas clandestinas, en diversas organizaciones, en las escuelas, en la prensa y en la calle, con la bomba en las manos, pudieron levantar la cabeza al punto de marchar al asalto de nuestro Port Arthur interior, ha sido sólo porque desorientaban a la sociedad y a una determinada fracción de las esferas dirigentes con teorías absolutamente falaces sobre la necesidad de

abolir los más sólidos fundamentos del Estado ruso: la autocracia de sus zares, la ortodoxia de su iglesia y el sentimiento nacional de su pueblo.

El príncipe Sviatopolsk intentó conservar el justo medio: la autocracia, pero suavizada por la legalidad; la burocracia, pero apoyada sobre las fuerzas sociales. El *Novoie Vremia*, que apoyaba al príncipe porque el príncipe estaba en el poder, asumió oficiosamente el papel de mediador político. Las circunstancias eran inevitablemente favorables para esta actitud.

El ministro, cuyas buenas intenciones no encontraban eco alguno entre la camarilla que dominaba al zar, intentó tímidamente apoyarse sobre los miembros de los *zemstvos*: para ello quiso utilizar la conferencia que se anunciaba y que debía reunir a los representantes de las administraciones locales. El *Novoie Vremia* invitaba a los miembros de los *zemstvos* a ejercer una prudente presión desde la izquierda. Sin embargo, la animación que se manifestaba entonces en la sociedad y el tono exaltado de la prensa inspiraban grandes aprensiones en cuanto a los resultados de la conferencia. El 30 de octubre, el *Novoie Vremia* se batía resueltamente en retirada.

Por interesantes y constructivas que sean las decisiones que tomen los miembros de la conferencia, no conviene olvidar que, en razón de la composición de esta asamblea y de los medios empleados para reunirla, es perfectamente razonable considerarla oficialmente una asamblea privada; sus decisiones no pueden tener sino un carácter puramente académico y no constituyen más que una obligación moral.

A fin de cuentas, el ministro “del progreso”, en cuyo apoyo se había convocado la conferencia de los *zemstvos*, terminó por prohibirla, y ésta tuvo que reunirse de forma semiclandestina semilegal, en una residencia privada.

V

Entre el 6 y el 8 de noviembre de 1904, un centenar de miembros reputados de los *zemstvos* resolvió — por una mayoría de setenta votos contra treinta — exigir libertades públicas, la inviolabilidad del individuo y una representación popular con participación en el poder legislativo, sin pronunciar empero la palabra sagrada de *Constitución*. La prensa liberal de Europa elogió la prudencia de los *zemstvos*: los liberales habían sabido expresar lo que querían evitando las palabras que hubieran hecho imposible al príncipe Sviatopolsk aceptar sus resoluciones. Así se explica la nueva figura retórica que inventaron los *zemstvos*: el silencio. Al formular sus exigencias, sus miembros se dirigían exclusivamente a un gobierno con el que tendrían que entenderse; no pensaban para nada en las masas populares a las que hubieran podido llamar en su apoyo. Elaboraron los diferentes puntos de un compromiso político, pero ninguna consigna destinada a conmovir a las multitudes. En eso permanecían fieles a sí mismos. “¡La sociedad ha terminado su labor, ahora es al gobierno a quien le corresponde actuar!”, exclamaba la prensa en tono insinuante y, al mismo tiempo, obsequioso. Y el gobierno del príncipe Sviatopolsk-Mirski aceptó este llamamiento, este “desafío”, y respondiendo precisamente a la obsequiosa invitación, creyó su deber llamar al orden a la revista liberal *Pravo* (El derecho). Se prohibió a los periódicos imprimir y discutir las resoluciones de la conferencia de los *zemstvos*. Una modesta súplica del *zemstvo*

de Chernigov fue declarada "insolente y desprovista de tacto". La "primavera" gubernamental tocaba a su fin. La "primavera" del liberalismo apenas había comenzado.

La conferencia de los *zemstvos* dio fuerzas al espíritu de oposición de la "sociedad culta". En el Congreso, es cierto, no estaban representados oficialmente todos los *zemstvos*, pero habían participado en él representantes de las administraciones locales y gran número de hombres "autorizados", a quienes la inercia rutinaria confería gran peso e importancia. Es cierto también que la burocracia no había sancionado al Congreso, pero éste había tenido lugar a la vista de las autoridades y en su presencia. No es pues extraño que los intelectuales, reducidos al último grado de timidez por las fuertes lecciones que habían recibido, creyeran que, gracias a las resoluciones de este Congreso semioficial, sus aspiraciones de Constitución, los ensueños secretos de sus insomnios, habían recibido una sanción semilegal. Y nada podía dar más ánimos a la humillada sociedad liberal que la idea, por ilusoria que fuese, de apoyarse en la legalidad para sus gestiones. Fue aquél un periodo de banquetes, mociones, declaraciones, protestas, memorias y peticiones. Todas las corporaciones imaginables, todas las asambleas, partiendo de sus necesidades profesionales, de incidentes regionales, solemnidades o jubileos, terminaban por formular las exigencias constitucionales que contenían los famosos "Once puntos" que había adoptado la conferencia de los *zemstvos*. La democracia se apresuraba a formar un coro en torno a los corifeos del *zemstvo* para resaltar mejor la importancia de sus decisiones y reforzar su acción sobre la burocracia. Para la sociedad liberal, la única tarea política del momento consistía en presionar al gobierno, colocándose a espaldas de los miembros del *zemstvo*. Al principio se creyó que las mociones bastarían para

hacer saltar por el aire, como un torpedo, a la burocracia. Pero nada semejante sucedió. Nos acostumbramos a las mociones; tanto sus autores como aquellos contra quienes estaban dirigidas dejaron de prestarles atención. La voz de la prensa, a la que el Ministerio de la Confianza Interior ahogaba más y más, manifestaba una vana irritación... Al mismo tiempo, la oposición comienza a dividirse. En los banquetes, se ve aparecer con frecuencia cada vez mayor las figuras inquietas, rudas e intolerantes, de los radicales: esta vez es un intelectual, otra, un obrero. Denuncian la actitud equívoca de los *zemstvos* y exigen de la sociedad culta consignas claras y una táctica determinada. Se les pide silencio, se intenta calmarlos, se les adula, se les ataca, se les tapa la boca, se les acaricia y, finalmente, se les expulsa; pero su labor ya está hecha, han empujado a los elementos intelectuales de izquierda por la vía revolucionaria.

Mientras que el ala derecha de la "sociedad", vinculada al liberalismo censitario por intereses materiales o por ideas, se encargaba de mostrar la moderación y el carácter leal de las mociones del Congreso y apelaba al sentido político del príncipe Sviatopolsk, los intelectuales radicales, y principalmente los estudiantes, se unían a la campaña de noviembre con el fin de sacarla del atolladero en que estaba atascada, darle un carácter más combativo y vincularla al movimiento revolucionario de los obreros en las ciudades. Es así como se produjeron dos grandes manifestaciones en la calle: la de Petersburgo, el 28 de noviembre, y la de Moscú, los días 5 y 6 de diciembre. Estas demostraciones eran para los "hijos" radicales la conclusión directa y necesaria de las consignas lanzadas por los "padres" liberales: puesto que se había decidido reclamar un régimen constitucional, había que comprometerse en la lucha. Pero los "padres" no mostraban intención alguna

de seguir las ideas políticas con tanta perseverancia. Muy por el contrario, creyeron su deber mostrarse asustados: demasiada prisa, demasiada fogosidad, podían romper la frágil telaraña de la confianza. Los “padres” no apoyaron a los “hijos”, los abandonaron a los cosacos y a la gendarmería del príncipe liberal.

Tampoco entre los obreros hallaron apoyo los estudiantes. En esto se reveló claramente el carácter estrecho de la campaña de los banquetes de noviembre y diciembre de 1904; el proletariado no se unió a ella más que a través de su poco considerable élite; los “verdaderos obreros”, cuya aparición engendraba al mismo tiempo temores hostiles y curiosidad, no se mostraron en las reuniones de este periodo sino en escaso número. La profunda evolución que se efectuaba entonces en la conciencia de las masas no tenía lógicamente nada en común con las demostraciones apresuradas de la juventud revolucionaria. Así, a fin de cuentas, los estudiantes se vieron abandonados casi exclusivamente a sus propias fuerzas.

Sin embargo, tras el largo silencio provocado por la guerra y en las graves circunstancias determinadas por las derrotas, estas manifestaciones, estas demostraciones puramente políticas en las capitales, cuya noticia transmitía el telégrafo al mundo entero, produjeron sobre el gobierno una impresión mucho más fuerte, como síntoma, que lo que hubieran podido hacer las sesudas amonestaciones de la prensa liberal... El gobierno se desperezó, volvió en sí y se apresuró a tomar posición.

VI

A la campaña constitucional que se iniciara con la reunión de una decena de miembros de los *zemstvos* en la suntuosa

residencia de Korsakov y que se había cerrado con el envío de unas decenas de estudiantes a las comisarías de la policía de Petersburgo y Moscú, el gobierno respondió de dos maneras: con un *ukase* de reforma y con una “comunicación” policial. El *ukase* imperial del 12 de diciembre de 1904, que ha quedado como el fruto más maduro de la política primaveral “de confianza”, plantea como condición *sine qua non* de las reformas ulteriores la intangibilidad de las leyes fundamentales del imperio. En su conjunto, el *ukase* reproducía las entrevistas plenas de benevolencia y reservas del príncipe Sviatopolsk con los corresponsales extranjeros. Esto basta para dar una idea de su valor. Había una claridad política mucho mayor en la comunicación gubernamental que apareció dos días después del *ukase*. Este documento caracteriza al Congreso de noviembre como la fuente original de un movimiento extraño al pueblo ruso y comunica a las municipalidades y a los *zemstvos* que deliberar sobre las resoluciones de la conferencia de noviembre contraviene la ley. El gobierno recuerda además que su deber legal consiste en defender el orden en el Estado y garantizar la seguridad pública; por consiguiente, todas las reuniones de carácter anti-gubernamental serán disueltas por todos los medios legales de que disponen las autoridades. Si el príncipe tuvo poco éxito en regenerar pacíficamente el país, en cambio cumplía con notable fortuna el encargo más general para el que la historia le había colocado a la cabeza del gobierno: la destrucción de las ilusiones políticas y los prejuicios de la clase media.

El periodo de Sviatopolsk-Mirski, que se inauguró con los alegres sonos de las tromperas y fue clausurado con el chasquido de la *nagaika* (látigo cosaco), tuvo por resultado final excitar el odio al absolutismo entre todos los elementos más o menos concientes de la población hasta

un grado inusitado. Los intereses políticos tomaron una forma más definida, el descontento ganó en profundidad y se convirtió en una especie de principio. El pensamiento de ayer, todavía primitivo, se vierte hoy con avidez en el trabajo de análisis político. Todos los fenómenos del mal público y de la arbitrariedad gubernamental son por fin considerados en sus causas originales. Las enseñanzas revolucionarias no asustan ya a nadie; por el contrario, encuentran eco en miles de voces, se transforman en dichos populares. Como una esponja absorbe un líquido, la conciencia social se impregna de toda palabra de negación, de acusación o de maldición dirigida al absolutismo. El gobierno no puede ya hacer nada impunemente. Cada torpeza se anota rápidamente en su cuenta. Sus coqueteos con la opinión pública sólo incitan a la burla y sus amenazas engendran odio. Es cierto que el ministerio del príncipe Sviatopolsk había concedido algunas facilidades a la prensa, pero los intereses de ésta sobrepasaban ya con mucho la condescendencia de la Dirección de Asuntos de Prensa. Otro tanto sucedía en los demás ámbitos: la semilibertad otorgada por gracia irritaba tanto como la esclavitud absoluta. Tal es, en general, la suerte de las concesiones en las épocas revolucionarias: no pueden satisfacer, pero suscitan nuevas exigencias. Estas pretensiones se formulaban altivamente en la prensa, en las asambleas, en los congresos, irritando a su vez al poder, que perdía rápidamente toda "confianza" y recurría a la represión. Las reuniones y congresos se disolvían por la fuerza, llovían los golpes sobre la prensa, las manifestaciones se perseguían con brutalidad despiadada. Finalmente, como para ayudar a todos a conocer definitivamente el peso específico del *ukase* del 12 de diciembre, el 31 el príncipe Sviatopolsk publicó una circular en la que explicaba que la reedición del reglamento sobre los cam-

pesinos, anunciado por el *ukase* liberal, se efectuaría según el proyecto de Pleve. Fue el último acto gubernamental de 1904. 1905 se abrió con acontecimientos que establecieron un corte fatal entre el pasado y el presente. Subrayaron con un trazo sangriento la época de la “primavera”, periodo en que la conciencia política del país había vivido su infancia. El príncipe Sviatopolsk, su bondad, sus planes, su confianza, sus circulares, todo fue echado atrás, todo olvidado.

EL 9 DE ENERO

EL JEFE DE LOS STRELITZ: Gran soberano, no podemos retener al pueblo. Fuerza las puertas. Grita: “Queremos hablar con el zar Boris. Queremos ver al zar Boris”.

BORIS: **Ábranse las puertas de par en par:** Entre el pueblo ruso y su zar no hay barrera alguna.
— *El zar Boris, A. Tolstoi.*

I

Soberano: nosotros, los obreros, nuestras mujeres y nuestros débiles ancianos, nuestros padres, hemos venido a ti, soberano, para pedir justicia y protección. Estamos reducidos a la miseria, nos vemos oprimidos, abrumados por un trabajo superior a nuestras fuerzas, injuriados, no nos reconoce como a hombres, se nos trata como esclavos que deben sufrir su suerte y callar. Hemos esperado con paciencia, pero cada vez se nos precipita más en el abismo de la indigencia, la servidumbre y la ignorancia. El despotismo y la ar-

bitrariadad nos aplastan, nos ahogamos. ¡Las fuerzas nos faltan, soberano! Hemos llegado al límite de la paciencia; para nosotros, éste es el terrible momento en que la muerte es preferible a seguir soportando estos horribles tormentos.

Con esos acentos solemnes resonó la amenaza de los proletarios a través de la súplica de los súbditos; así comienza la famosa petición de los obreros de Petersburgo. Esta petición relataba todas las persecuciones e injurias que sufría el pueblo. Enumeraba todo: desde las corrientes de aire que atravesaban las fábricas hasta la servidumbre política del país. Solicitaba la amnistía, las libertades públicas, la separación de la Iglesia y el Estado, la jornada de ocho horas, el salario mínimo y la cesión progresiva de tierra al pueblo. Pero, ante todo, exigía la convocatoria de una asamblea constituyente, elegida por sufragio universal no censitario.

Estas son, soberano —concluía la petición— las principales necesidades que te sometemos. Ordena y jura satisfacerlas y harás a Rusia fuerte y gloriosa, grabarás tu nombre en nuestros corazones, en los corazones de nuestros hijos y nietos, para siempre. Si rehúsas escuchar nuestras súplicas, moriremos aquí, en esta plaza, delante de tu palacio. No existe otra salida para nosotros, no tenemos motivo alguno para buscarla en otro lugar. Ante nosotros sólo quedan dos caminos: o hacia la libertad y la felicidad, o hacia la tumba. Muéstranos, soberano, el que debemos elegir, y lo seguiremos sin replicar, aun cuando fuera el camino de la muerte. Sacrifíquese nuestra vida por la Rusia agotada en los tormentos. No lamentaremos este sacrificio; lo ofreceremos voluntariamente.

Y en efecto lo ofrecieron.

La petición de los obreros oponía a la fraseología confusa de las resoluciones liberales los términos precisos de la democracia política; además, introducía el espíritu de clase al exigir el derecho de huelga y la jornada de ocho horas. Su significación política no reside empero en el texto, sino en el hecho. La petición servía de prólogo a una acción que había de unir a las masas obreras ante el fantasma de una monarquía idealizada, con el resultado de enfrentar inmediatamente al proletariado y la monarquía real como enemigos mortales.

La marcha de los acontecimientos ha quedado en todas las memorias. Los incidentes se sucedieron, durante algunos días, con una notable moderación, persiguiendo siempre el mismo objetivo. El 3 de enero estalló la huelga en la fábrica Putilov. El 7, el número de huelguistas llegaba a 140 mil. La huelga alcanzó su apogeo el 10. El 13 se volvió al trabajo. Así pues, estamos en presencia de un movimiento antes que nada económico, cuyo motivo es limitado. El movimiento se extiende, arrastra a decenas de millares de obreros y se transforma por consiguiente en un acontecimiento político. A la cabeza del movimiento se encuentra la "Sociedad de Obreros de Talleres y Fábricas", organización de origen policial. Los radicales, cuya política de banquetes ha entrado en un callejón sin salida, arden de impaciencia. Les molesta el carácter puramente económico de la huelga y empujan hacia delante al líder del movimiento, Gapón. Éste se compromete en la vía política y encuentra que el descontento, irritación y energía revolucionaria de las masas obreras se ha desbordado hasta tal punto que los planes de sus inspiraciones se pierden y ahogan. La socialdemocracia pasa a primer plano. Se le acoge con manifestaciones hostiles, pero pronto se adapta a su auditorio y le subyuga.

Sus enseñanzas se convierten en las de la masa y quedan fijadas en la petición.

El gobierno se oculta. ¿Por qué? ¿Perfidia? ¿Provocación? ¿O bien miserable confusión? Todas las anteriores. Los burócratas, en torno al príncipe Sviatopolsk, permanecen perplejos, sin saber qué hacer. La banda de Trepov, que se había apresurado a poner fin a la “primavera” y que, por consiguiente, había preparado concientemente una matanza, deja que los acontecimientos se desarrollen hasta su final lógico. El telégrafo tuvo plena libertad de informar al mundo entero de las etapas por las que pasó la huelga de enero. El último portero de París sabía con tres días de antelación que el domingo 9 de enero, a las dos de la tarde, debía estallar en Petersburgo la revolución. Y el gobierno ruso no hizo nada para impedir la efusión de sangre.

En las once secciones de la “Sociedad” obrera, las reuniones proseguían sin interrupción. Se planeaba, se redactaba la petición y se deliberaba sobre el plan de un cortejo que avanzaría hacia el palacio. Gapón corría en coche de una sección a otra, los agitadores de la socialdemocracia habían perdido la voz a fuerza de hablar y caían extenuados. La policía no se mezclaba en nada. No existía. De acuerdo con la resolución adoptada en común, el avance hacia el palacio fue pacífico: no se cantaba, ni se llevaban banderas, ni se pronunciaban discursos. Los manifestantes iban endomingados. En algunas partes de la ciudad llevaban íconos y oriflamas. En todas partes tropezaron con las tropas. Suplicaron al ejército que les dejara pasar, imploraron, intentando rodear los destacamentos o atravesarlos. Los soldados dispararon durante toda la jornada. Los muertos se contaron por cientos, los heridos por miles. No pudo establecerse su número exacto, pues la policía retira-

ba los cadáveres durante la noche, haciéndolos desaparecer secretamente. A media noche del 9 de enero, Gueorgui Gapón escribía:

A los soldados y a los oficiales que asesinan a nuestros hermanos inocentes, a sus mujeres y a sus hijos, a todos los opresores del pueblo: mi maldición pastoral. A los soldados que ayuden al pueblo a obtener la libertad, mi bendición. Les eximo de su juramento de soldados hacia el zar traidor que ha ordenado verter sangre inocente.

La historia se sirvió del plan fantástico de Gapón para llegar a sus fines y al clérigo no le quedó sino sancionar con la autoridad sacerdotal sus conclusiones revolucionarias. El 11 de enero, en la sesión del consejo de ministros, Witte, que no gozaba entonces de poder real alguno, propuso una deliberación sobre los acontecimientos del 9 y la adopción de medidas “para prevenir en el futuro tan deplorables incidentes”. La propuesta de Witte fue rechazada por “no entrar en la competencia del consejo y no estar inscrita en el orden del día de la sesión”. El consejo de ministros pasó por encima del comienzo de la Revolución Rusa, porque ésta no figuraba en el orden del día de su sesión.

II

La histórica manifestación del 9 de enero se presentó bajo un aspecto que nadie hubiera podido prever. El sacerdote a quien la historia había puesto a la cabeza de la masa obrera durante algunos días, de manera tan inesperada, marcó los acontecimientos con el sello de su personalidad, de sus opiniones, de su dignidad eclesiástica. Y estas apariencias

disimularon, ante los ojos de muchos, el sentido real de los acontecimientos. Pero la significación esencial del 9 de enero no residía en el cortejo simbólico que avanzó hacia el Palacio de Invierno. La sotana de Gapón era algo accesorio. El verdadero actor fue el proletariado. Comienza por una huelga, se unifica, formula exigencias políticas, baja a la calle, atrae hacia sí todas las simpatías, todo el entusiasmo de la población, choca con la fuerza armada y abre la Revolución Rusa. Gapón no creó la energía revolucionaria de los obreros petersburgueses, se limitó a descubrirla, sin haberla sospechado. Hijo de un clérigo, seminarista más tarde, estudiante de la academia eclesiástica, capellán de una prisión, agitador entre los obreros con la autorización benévola de la policía, se encontró de pronto a la cabeza de una multitud de cientos de miles. Su situación oficial, su sotana, la exaltación de las masas poco concientes y la rapidez fabulosa de los acontecimientos habían hecho de Gapón “un líder”.

Hombre de imaginación desordenada, con visos de aventurero, meridional sanguíneo con un sesgo de bribón, completamente ignorante en cuestiones sociales, Gapón era tan poco capaz de regular los acontecimientos como de preverlos. Los acontecimientos lo arrastraban.

Durante mucho tiempo, la sociedad liberal creyó que todo el misterio del 9 de enero se escondía en la personalidad de Gapón. Se le oponía a la socialdemocracia como jefe político que poseyera el secreto de seducir a las masas, mientras que los socialdemócratas no formaban, según se decía, más que una secta de doctrinarios. Por lo demás, no se tomaba en cuenta que el 9 de enero no hubiera llegado de no haber encontrado Gapón en su camino varios miles de obreros concientes que pasaron antes por la escuela socialista, los cuales le cercaron enseguida en un anillo

de hierro del que no hubiera logrado escapar de haberlo pretendido. Pero ni siquiera lo intentó. Hipnotizado por su propio éxito, se dejó llevar por la marea acendente. Sin embargo, si desde el día siguiente al Domingo Sangriento comprendíamos que el papel político de Gapón se subordinaba absolutamente a los hechos, exgerábamos todavía sus cualidades personales. En la aureola de su cólera pastoral, con la maldición en los labios, se nos aparecía de lejos como una figura de estilo casi bíblico. Se diría que las poderosas pasiones revolucionarias se habían despertado en el pecho de un joven sacerdote, capellán de la prisión central de Petersburgo. ¿Qué es lo que vimos después? Cuando la llama descendió, Gapón quedó al descubierto ante nosotros en su nulidad política y moral. Las actitudes que afectó ante la Europa socialista, sus enclenques escritos “revolucionarios”, fechados en el extranjero, simples y groseros, su llegada a Rusia, sus relaciones clandestinas con el gobierno, los denarios de Witte, sus entrevistas pretenciosas y absurdas con los representantes de los periódicos conservadores, su conducta ruidosa, sus fanfarronadas y, finalmente, la miserable traición que fue causa de su fin, todo destruyó definitivamente la idea que nos habíamos formado de Gapón el 9 de enero. Involuntariamente recordamos las penetrantes palabras de Víctor Adler, jefe de la socialdemocracia austriaca, quien, al recibir el primer telegrama sobre la estancia de Gapón en el extranjero, declaró:

Lástima... Para su fama en la historia hubiese sido mejor que desapareciera tan misteriosamente como había venido. Se conservaría la hermosa leyenda romántica de un sacerdote que abrió las compuertas de la Revolución Rusa... Hay hombres —añadía Adler, con la fina ironía que le caracteriza—, que están mejor entre los mártires que entre los camaradas de partido.

III

“No existe todavía un pueblo revolucionario en Rusia.” Eso escribía Peter Struve, en el órgano que publicaba en el extranjero bajo el título de *Emancipación*, el 7 de enero de 1905, es decir, dos días antes de que los regimientos de la guardia aplastasen la manifestación de los obreros petersburgueses. “No existe un pueblo revolucionario en Rusia”, declaraba por boca de un renegado ex socialista el liberalismo ruso que, durante un periodo de tres meses, en sus banquetes, había adquirido la convicción de ser el principal personaje en el escenario político. Y esta declaración no había tenido tiempo de llegar a Rusia cuando ya el telégrafo transmitía a todos los confines del mundo la gran noticia del comienzo de la Revolución Rusa...

La esperábamos, no dudábamos de ella. Había sido para nosotros, durante largos años, una simple deducción de nuestra “doctrina”, que provocaba las burlas de los cretinos de todos los matices políticos. No, ellos creían en la eficacia de las peticiones, de los *zemstvos*, en Witte, en Sviatopolsk-Mirski, en las cajas de dinamita... No había prejuicio político que no aceptaran ciegamente. Sólo la fe en el proletariado les parecía un prejuicio.

No solamente Struve, sino toda “la sociedad culta” a la que servía, se vieron sorprendidos. Fue con miradas de espanto y de impotencia como observaron, desde sus ventanas, el drama histórico que se desarrollaba. La intervención de los intelectuales en los acontecimientos tuvo un carácter verdaderamente lastimoso y nulo. Una diputación compuesta de unos cuantos literatos y profesores visitó al príncipe Sviatopolsk-Mirski y al conde Witte, “con la esperanza — explicaba la prensa liberal — de esclarecer

la cuestión de tal manera que no fuese preciso el empleo de la fuerza armada". Una montaña marchaba contra otra montaña, y un puñado de demócratas creía que sería suficiente con pudrirse en las antecámaras de dos ministerios para eludir lo inevitable. Sviatopolsk se negó a recibir la diputación; Witte abrió los brazos en señal de angustia. A continuación, como si se hubiese querido, con una frescura digna de Shakespeare, introducir elementos de farsa en la mayor de las tragedias, la policía declaró que la desgraciada diputación era "un gobierno provisional" y la envió a la fortaleza de Pedro y Pablo. Pero, en la conciencia de los intelectuales, en esta informe mancha de niebla, las jornadas de enero dejaron un surco bien marcado.

Nuestro liberalismo tradicional, con su única ventaja —la fe en un feliz recambio de las figuras gubernamentales—, quedó archivado indefinidamente. El estúpido reinado de Sviatopolsk-Mirski había sido su época de apogeo. El *ukase* de reforma del 12 de diciembre fue su fruto más maduro. Pero el 9 de enero barrió "la primavera", a la que sucedió la dictadura militar y la omnipotencia del inolvidable general Trepov, a quien la oposición liberal acababa justamente de descolgar del puesto de jefe de policía en Moscú. Al mismo tiempo, en la sociedad liberal se dibujaba nítidamente la escisión entre la democracia y la oposición censitaria. La manifestación de los obreros dio más peso a los elementos radicales de la *intelligentzia*, así como antes la manifestación de los *zemstvos* había sido una baza en manos de los elementos oportunistas. Para el ala izquierda de la oposición, la cuestión de la libertad política se presentó finalmente bajo su aspecto real, como una cuestión de lucha, de preponderancia de fuerzas, de ímpetu por parte de las robustas masas populares. Y, al mismo tiempo, el proletariado revolucionario, todavía

ayer “ficción política” de los marxistas, se convertía hoy en una poderosa realidad.

¿Acaso puede dudarse —escribía el influyente semanario liberal Pravo—, después de las sangrientas jornadas de enero, de la misión histórica del proletariado urbano de Rusia? Evidentemente, esta cuestión, al menos para el momento histórico actual, está resuelta, y no para nosotros, sino para los obreros, que en estas memorables jornadas de honor sangriento han inscrito sus nombres en el libro de oro del movimiento social ruso.

Entre el artículo de Struve y las líneas que acabamos de citar había un intervalo de una semana, y sin embargo, es toda una época histórica la que los separa.

IV

El 9 de enero marca un giro en la conciencia política de la burguesía capitalista. Si, en los años anteriores a la revolución, a despecho del capital, se había creado toda una escuela de demagogia gubernamental (por los procedimientos del célebre Zubatov), que provocaba a los obreros a conflictos económicos con los fabricantes para desviarlos de todo conflicto con el poder gubernamental, en adelante, a partir del Domingo Sangriento, la marcha normal de la vida industrial se interrumpió completamente. La producción sólo se efectuaba a saltos, en los intervalos que quedaban entre un conflicto y otro. En lugar de volver a la industria, que se hallaba en crisis, las fantásticas ganancias de los aprovisionamientos de guerra enriquecían a un pequeño número de aves de rapiña privilegiadas; el capital no podía pues resig-

narse a ver el crecimiento progresivo de la anarquía interior. Las diferentes ramas de la industria pasan a la oposición una tras otra. Las sociedades de agentes de bolsa, los congresos industriales, los llamados "despachos de consulta", que no son sino cámaras patronales disfrazadas, y las restantes organizaciones del capital que, todavía ayer, conservaban su virginidad política, votaban hoy consignas de desafío frente a la autocracia policiaca y se expresaban con el lenguaje del liberalismo. El comerciante de la ciudad mostraba bien que, estando en la oposición, no cedería en nada al propietario "instruido". Las *dumas* no sólo se unían a los *zemstvos*, sino que se les adelantaban; la *Duma* de Moscú, compuesta prácticamente de comerciantes, ocupó en esta época la posición más avanzada.

La competencia entre las diferentes ramas del capital por atraerse las gracias y los favores del Ministerio de Hacienda, retrocede provisionalmente ante la necesidad general de renovar el régimen gubernamental y el derecho civil. En lugar de las sencillas nociones de concesión y subvención, o bien a su lado, aparecen ideas más complejas: desarrollo de las fuerzas productivas, ampliación del mercado interior. A lado de estos pensamientos esenciales, todas las peticiones, las notas y las resoluciones de los empresarios organizados expresan la grave preocupación que tienen de apaciguar a las masas obreras y campesinas. El capital ha perdido la ilusión respecto a las virtudes curativas de la represión policiaca que, al golpear al obrero, alcanza el bolsillo del industrial; el capital llega a la solemne conclusión de que la marcha pacífica de la explotación capitalista exige un régimen liberal. "¿Tú también, Bruto?", exclama la prensa reaccionaria, cuando ve a los comerciantes de Moscú, a los Antiguos Creyentes, conservadores de la antigua piedad, sumarse a las plataformas constitucio-

nales. Pero este clamor no detiene al Bruto de la industria textil. Ha de seguir la curva de su evolución política para, a final de año, en el momento en que alcance su cénit el movimiento proletario, volver a refugiarse bajo la égida secular, una e indivisible, de la *nagaika*.

V

Pero la matanza de enero tuvo una influencia especialmente notable y profunda sobre el proletariado de toda Rusia. De un extremo a otro del país corrió una oleada grandiosa de huelgas que estremecieron el cuerpo de la nación. Según un cálculo aproximado, la huelga se extendió a 122 ciudades y localidades, a varias minas del Donetz y a diez compañías de ferrocarriles. Las masas proletarias fueron removidas hasta sus cimientos. El movimiento arrastró a un millón de almas. Sin tener un plan determinado, incluso frecuentemente sin formular exigencia alguna, interrumpiéndose y comenzando de nuevo, guiada sólo por el instinto de solidaridad, la huelga reinó en el país por espacio de unos dos meses.

En lo más fuerte de esta tempestad, en febrero de 1905, escribíamos:

Después del 9 de enero, la revolución no conocerá descanso. No se limita ya a un trabajo subterráneo, oculto a la vista, para sublevar incesantemente nuevos estratos, sino que convoca abiertamente y con urgencia, a sus compañías, sus batallones, sus regimientos y sus cuerpos de ejército. La fuerza principal de esta inmensa tropa se halla constituida por el proletariado; por eso es mediante la huelga que la revolución convoca a sus soldados.

Uno tras otro, los oficios, las fábricas y las ciudades abandonan el trabajo. Los ferroviarios son quienes incitan el movimiento y las vías férreas sirven de transmisor a esta epidemia. Se formulan exigencias económicas, que inmediatamente se ven total o parcialmente satisfechas. Pero ni el comienzo de la huelga ni su fin dependen exclusivamente de las reivindicaciones presentadas, ni de las satisfacciones que se obtienen. La huelga no comienza porque la lucha económica haya llegado a exigencias determinadas; si se eligen ciertas exigencias es porque se tiene necesidad de la huelga. El proletariado de otros lugares, y tras él, el pueblo entero, siente necesidad de comprobar por sí mismo las fuerzas que se han acumulado, la solidaridad de la clase, su ardor combativo; es preciso pasar una revista general de la revolución. Los huelguistas mismos, quienes los apoyan y quienes simpatizan con ellos, así como los que les temen, y los que les odian, todos comprenden o sienten confusamente que esta curiosa huelga que corre localmente de un lugar a otro va ganando impulso, y pasa como un torbellino; todos comprenden, o sienten, que no obra por sí misma, que se limita a cumplir la voluntad de la revolución que la envía. Sobre el campo de operaciones de la huelga, es decir, sobre toda la extensión del país, está suspendida una fuerza amenazadora, siniestra, cargada de una insolente temeridad.

Tras el 9 de enero, la revolución no conoce descanso. Sin preocuparse ya de guardar en secreto su estrategia, abierta y ruidosamente, echando por tierra las rutinas habituales, desembarazándose de toda hipnosis, nos conduce hacia su culminación.

LA HUELGA DE OCTUBRE

— ¿Así que usted piensa que la revolución avanza?

— ¡Avanza!

(*Novoie Vremia*, 5 de mayo de 1905.)

— ¡Ya está aquí!

(*Novoie Vremia*, 14 de mayo de 1905.)

I

Mientras en la calle reina sin límites Trepov, dentro de los muros de las universidades se celebran asambleas populares absolutamente libres: he ahí una de las paradojas más sorprendentes de la evolución política y revolucionaria del otoño de 1905. Un viejo ignorante, el general Glazov, nombrado no se sabe por qué, ministro de la instrucción pública, creó verdaderos refugios en que la palabra tenía toda su libertad. El cuerpo liberal de profesores elevaba protestas: la universidad pertenece a la ciencia, las gentes de la calle no tienen nada que hacer en una academia. El príncipe Sergei Trubetskoi murió con esta verdad en los labios. Pero la puerta de la universidad permaneció ampliamente abierta durante unas cuantas semanas. “El pueblo” llenaba los pasillos, las aulas y los auditorios. Los obreros iban directamente de la fábrica a la universidad. Las autoridades habían perdido la cabeza. Podían detener, arrastrar y fusilar a los obreros mientras estos se encontraran en la calle o en sus casas. Pero apenas el obrero había traspasado el umbral de la universidad, su persona se volvía inviolable. Así se ofrecía a las masas una lección de experiencia que les demostraba las ventajas del derecho constitucional sobre el derecho autocrático.

El 30 de septiembre tuvieron lugar las primeras asambleas populares en las universidades de Petersburgo y Kiev. La agencia telegráfica describe con horror el público que se había amontonado en el paraninfo de la Universidad de San Vladimir. Según los telegramas, en esta multitud se veía entre los estudiantes gran número “de personas de ambos sexos venidas del exterior, alumnos de enseñanza secundaria, adolescentes de las escuelas privadas, obreros, un amasijo de gentes de toda especie y pordioseros”.

La palabra revolucionaria había salido de los subterráneos y resonaba en los auditorios, los pasillos y los patios de la universidad. La masa se impregnaba con avidez de las divisas de la revolución, tan hermosas en su sencillez. Una multitud no organizada, reunida por azar, que para los imbéciles de la burocracia y los aventureros del periodismo reaccionario, no era más que “un amasijo de gentes de toda especie”, manifestaba una disciplina moral y un instinto político que arrancaron exclamaciones admirativas incluso a los publicistas burgueses.

¿Saben qué es lo que más me ha sorprendido de la reunión en la universidad? — escribía un cronista del periódico *Russ* (Rusia). — El orden maravilloso, ejemplar, que reinaba. Se había anunciado una suspensión en el salón de sesiones y me fui a merodear al pasillo. El pasillo de la universidad es ahora toda la calle. Todas las aulas que daban al pasillo estaban llenas de gente; se celebraban en ellas reuniones particulares, por facciones. El propio corredor estaba atestado, la multitud iba y venía. Algunos estaban sentados en los bordes de las ventanas, en los bancos, en los arcones. Se fumaba. Se charlaba a media voz. Hubiera creído estar asistiendo a una “tardeada”, pero la asamblea

era más numerosa y más seria que en las recepciones al uso. Y, sin embargo, allí estaba el pueblo, el verdadero pueblo, el pueblo de manos rojas y totalmente agrietadas por el trabajo, con el color terroso que tienen quienes pasan su vida en locales cerrados y malsanos. Y todos los ojos brillaban, hundidos en las órbitas... Para estos hombres de talla pequeña, delgados, desnutridos, que habían llegado de la fábrica o de la factoría, del taller en que se temple el acero, donde se derrite el arrabio, donde sofocan el calor y el humo, para todos ellos la universidad era un templo de altas murallas y amplios espacios, donde resplandecía el color blanco. Y toda palabra que se pronunciase aquí tenía los acentos de una oración... La curiosidad despertada, como una esponja, absorbe cualquier (¿?) doctrina.

No, la multitud inspirada no absorbía *cualquier* doctrina. Hubiéramos querido ver tomar la palabra ante ella a estos atrevidos de la reacción, que pretenden que entre los partidos extremistas y la masa no hay solidaridad alguna. No se atrevieron. Permanecieron confinados en sus madrigueras, esperando una tregua para calumniar lo ocurrido. Pero no sólo ellos se abstuvieron: los políticos y los oradores del liberalismo no se mostraron tampoco ante el inmenso y móvil auditorio. Los oradores de la revolución reinaban ahí sin competencia. La socialdemocracia reunía a los innumerales átomos del pueblo mediante la fusión viva, la conjunción indestructible de las ideas políticas. Traducía las grandes pasiones sociales de las masas al lenguaje acabado de las consignas revolucionarias. La multitud que salía de la universidad no se parecía a la que había entrado en ella... Tenían lugar reuniones todos los días. Entre los obreros,

los espíritus se exaltaban cada vez más, pero el partido no lanzaba llamamiento alguno. Se planeaba una manifestación general para mucho más tarde, para el aniversario del 9 de enero y la convocatoria de la *Duma* de Estado, que debía reunirse el 10. El Sindicato de Ferroviarios amenazaba con detener el paso a los diputados reaccionarios que quisieran dirigirse a Petersburgo. Pero los acontecimientos se precipitaron, adelantándose a toda previsión.

II

El 19 de septiembre, los cajistas de la imprenta Sitin de Moscú se pusieron en huelga. Exigían una disminución de las horas de trabajo y un aumento del salario a destajo basado en mil caracteres, incluidos los signos de puntuación: este pequeño acontecimiento tuvo como resultado, ni más ni menos, detonar la huelga política general de toda Rusia; se comenzaba por los signos de puntuación y se debía terminar con el derrocamiento del absolutismo.

Como se lamenta en su informe el departamento de policía, una asociación no autorizada que se hacía llamar "Unión de Obreros Tipógrafos de Moscú" aprovechó la huelga de Sitin. En la tarde del 24, cincuenta imprentas se hallaban ya en huelga. El 25, en una reunión autorizada por el *gradonatchalnik* (prefecto de policía de la ciudad), se elaboró un programa de reivindicaciones. El *gradonatchalnik* atribuyó este programa a "la arbitrariedad del Consejo (*Soviet*) de diputados de los tipógrafos" y, en nombre de la "independencia" individual de los obreros, amenazada por la voluntad proletaria, el sátrapa intentó aplastar la huelga con todos sus medios.

Pero el movimiento que había comenzado por una cuestión de puntuación ganaba ya otras ramas de la in-

dustria. Los panaderos de Moscú dejaron las artesas y se obstinaron en su resistencia, hasta el punto que dos escuadrones (*sotnias*) del Primer Regimiento de cosacos del Don se vieron obligados, con la bravura aventurera que caracteriza a esta insigne arma, a tomar por asalto la panificadora Filipov. El primero de octubre, se telegrafiaba de Moscú que la huelga estaba en declive en las fábricas y factorías. Pero no era más que un descanso.

El 2 de octubre, los cajistas de las imprentas de Petersburgo decidieron mostrar su solidaridad con sus camaradas de Moscú mediante una huelga de tres días. Se telegrafía de Moscú que “la huelga continúa” en las fábricas. No hubo desórdenes en las calles: el mejor aliado de la policía fue, en esta ocasión, una lluvia torrencial.

Los ferrocarriles, que tan considerable papel tendrían en la lucha de octubre, dan entonces un primer aviso. El 30 de septiembre comenzó la agitación en los talleres de las líneas de Kursk y de Kazán. Estas dos vías estaban preparadas para abrir la campaña el primero de octubre. El Sindicato las retuvo fundándose en la experiencia de las huelgas de empalmes de febrero, abril y julio. Preparaba la huelga general de los ferrocarriles para cuando se convocara la *Duma*, y mientras tanto se oponía a toda acción separada. Pero el fermento no cedía. El 20 de septiembre se había inaugurado en Petersburgo la “conferencia” oficial de los representantes ferroviarios, para discutir el tema de las cajas de retiro. La conferencia resolvió ampliar sus propios poderes y, con el aplauso de todos los ferroviarios, se transformó en un Congreso independiente, sindical y político. De todas partes le llegaron felicitaciones. La agitación crecía. La idea de una huelga general inmediata de los ferrocarriles comenzaba a abrirse paso en el radio de Moscú.

El 3 de octubre, el teléfono nos anuncia desde Moscú que la huelga de las fábricas y las factorías disminuye poco

a poco. En la línea de Moscú-Brest, donde los talleres habían dejado de trabajar, se aprecia un movimiento a favor de la vuelta al trabajo.

La huelga no era todavía decidida. Reflexionaba, vacilaba. La asamblea de diputados obreros de las corporaciones de la imprenta, de la mecánica, de la carpintería, el tabaco y otras ramas, resolvió constituir un consejo (*soviet*) general de los obreros de Moscú. En las jornadas que siguieron, todo parecía ir hacia el apaciguamiento. La huelga de Riga había concluido. En los días 4 y 5 de octubre, volvieron al trabajo todas las imprentas de Moscú. Salieron los periódicos. Un día más tarde aparecieron los periódicos de Saratov, después de una semana; nada, pues, parecía anunciar los acontecimientos.

En la reunión universitaria de Petersburgo, el 5 de octubre, una resolución invita a los obreros a dejar las huelgas, "por espíritu de solidaridad", en una fecha fijada. Desde el 6, los cajistas de Moscú regresan a sus cajas después de una manifestación de tres días. En la misma fecha, el *gradonatchalnik* de Petersburgo anuncia que el orden reina en la dirección de Schlusselburg y que los trabajos, interrumpidos por órdenes venidas de Moscú, se han reanudado en todas partes. El 7, la mitad de los obreros del astillero naval del Neva regresaban a sus puestos. En el distrito del Neva, todas las fábricas trabajaban, con excepción de la de Obujov, que había declarado la huelga política hasta el 10 de octubre.

Parecía que la huelga hubiese querido hacer unas cuantas experiencias al azar para abandonarlas pronto e irse. Pero no era sino una apariencia.

III

En realidad, la huelga estaba a punto de desplegarse en toda su amplitud. Había decidido realizar su obra con la

mayor brevedad y se volvió de inmediato a los ferrocarriles. Debido a la efervescencia que se hacía sentir en todas las líneas, particularmente en el radio de Moscú, la oficina central del Sindicato de Ferroviarios decidió declarar la huelga general. Su propósito no era, por lo demás, sino ensayar una movilización de todas las fuerzas disponibles; la batalla seguía siempre aplazada hasta enero. El 7 de octubre fue un día decisivo. "El corazón sufría espasmos", escribía la *Novoie Vremia*: las locomotoras en los ferrocarriles de Moscú se apagaban una tras otra. El telégrafo lanzaba partes de alarma: Nijni-Novgorod, Arzamas, Kachira, Riazan, Venev, unas tras otras o al unísono, se quejaban de haber sido traicionadas por los ferrocarriles. El 7, la línea de Moscú-Kazán se puso en huelga. En Nijni-Novgorod, el empalme de Romodanovo paró también. Al día siguiente, la huelga se extendió a las líneas de Moscú-Yaroslav, Moscú-Nijni y Moscú-Kursk. Pero los otros centros no respondieron de inmediato al llamado. El 8 de octubre, en la conferencia de los ferroviarios del radio de Petersburgo, se acordó ocuparse inmediatamente de la organización de un Sindicato Panruso de los Ferrocarriles, cuya creación había sido decidida en el Congreso de abril en Moscú; y esto, para presentar a continuación un ultimátum al gobierno y apoyar las reivindicaciones para una huelga de toda la red. No se hablaba, pues, de huelga más que para un futuro indefinido.

El 9 de octubre se detuvieron los trenes de Moscú-Kiev-Voronej, de Moscú-Brest y de otras direcciones. La huelga domina la situación y, sintiéndose en terreno seguro, anula todas las decisiones tomadas hasta entonces por espíritu de moderación, bien para dominar, bien para entorpecer el movimiento.

El mismo 9 de octubre, en una sesión extraordinaria del Congreso de delegados ferroviarios de Petersburgo,

se formula y expide inmediatamente por telégrafo a todas las líneas la consigna de la huelga de los ferrocarriles: jornada de ocho horas, libertades cívicas, amnistía, asamblea constituyente.

La huelga extiende ahora una mano dominadora sobre toda la extensión del país. Supera todas sus vacilaciones. A medida que el número de huelguistas aumenta, su seguridad se hace mayor. Por encima de las necesidades económicas de los oficios, se elevan las reivindicaciones revolucionarias de la clase. Despegándose de los marcos corporativos y locales, comienza a sentir que es ella misma la revolución, y esto le confiere una audacia inesperada.

Corre sobre los rieles y, con gesto autoritario, cierra el camino tras de sí. Advierte de su paso por el hilo telegráfico del ferrocarril. “¡Huelga! ¡Vamos a la huelga!”, exclama en todas las direcciones. El 9, los periódicos anunciaban a toda Rusia: en la dirección de Kazán había sido detenido un tal Bednov, electrotécnico, que estaba cargado de proclamas. Creían que confiscando un paquete de proclamas lograrían detener la huelga. ¡Insensatos! La huelga seguía...

Su plan era colosal: detener la vida industrial y comercial del país, sin omitir ningún detalle. Cuando el telégrafo se niega a servirla, por una resolución enteramente militar, corta los hilos o derriba los postes. Detiene las locomotoras inquietas y les arrebató el vapor. Hace parar también las centrales eléctricas o, si eso presenta dificultades, destruye los cables y sume las estaciones en la noche. Cuando una oposición tenaz estorba sus designios, no duda en arrancar los rieles, demoler un semáforo, poner de costado una locomotora, obstruir la vía, atravesar vagones en un puente. Penetra en el elevador y detiene el funcionamiento de la maquinaria. Detiene los trenes

de mercancías allí donde los encuentra; en cuanto a los de pasajeros, los conduce hasta la estación más cercana o hasta su destino, si es preciso.

No deroga su acuerdo de paro sino para alcanzar mejor sus fines. Abre una tipografía cuando tiene necesidad de publicar los boletines de la revolución, se sirve del telégrafo para enviar sus instrucciones, deja pasar los trenes que conducen a los delegados de los huelguistas. Para el resto, no hace excepción alguna: cierra las fábricas, las farmacias, las tiendas, los tribunales.

A veces, su atención decae, se debilita su vigilancia en un lugar u otro. Cuando un tren aventurado logra franquear sus barreras y huir, organiza su persecución. El tren esquírol se desliza como un criminal, atravesando estaciones tenebrosas y desiertas, sin que el telégrafo prevenga de su llegada, acompañado por el temor, abandonado a lo desconocido. Pero, finalmente, la huelga le atrapa, detiene la locomotora, obliga al mecánico a descender y abre el tubo de escape. Pone en acción todos los medios: llama, exhorta, conjura, suplica de rodillas — en Moscú una mujer oradora se arrodilló sobre el andén de la estación de Kursk —, amenaza, asusta, lapida y llega a disparar el revólver. Tiene que alcanzar sus fines, cueste lo que cueste. Es demasiado lo que está en juego: se trata de la sangre de los padres, del pan de los hijos, de la reputación misma de las fuerzas revolucionarias. Toda una clase obedece, y si una ínfima porción del mundo obrero, engañada por el enemigo, se atraviesa en el camino, ¿cabe extrañarse de que la huelga la haga a un lado de un empujón?

IV

Los nervios motores del país se insensibilizan cada vez más. El organismo económico se anquilosa. Smolensko,

Kirsanov, Tula, Lujoiánov se quejan de que la huelga los ha paralizado totalmente. Los batallones de guardia de los ferrocarriles no tienen ni la fuerza ni la habilidad para obrar cuando toda la línea, toda la red se vuelve contra ellos. El 10 de octubre, el tráfico había cesado en casi todas las líneas de Moscú, en la de Nicolás (Moscú-Petersburgo), en particular hasta Tver, y Moscú se encontraba completamente perdida en el centro del inmenso territorio. La última línea de la red, la de Savelovo, paró el 16.

El 10 por la noche, los ferroviarios en huelga se reunieron en una sala de la Universidad de Moscú y decidieron continuar el movimiento hasta obtener completa satisfacción. La huelga se había extendido desde el centro hasta las extremidades. Alcanzaba, el 8, la línea de Riazán al Ural, el 9 las de Briansk-Polesie y de Smolensko-Dankov. El 10, la de Kursk-Jarkov-Sebastopol y la de Ekaterinoslav, todas las vías de la red de Jarkov. Los productos de consumo corriente aumentaban rápidamente de precio. El 11 se quejaban en Moscú de carecer de leche.

En el mismo día, la huelga hizo nuevas conquistas. El tráfico se detuvo en la vía de Samara-Zlatoust. La red de Orel se inmovilizó. Sobre las líneas del sudoeste, hicieron paro a su vez las estaciones más importantes: Kazatin, Birzula y Odesa; en la vía de Jarkov fueron Nikolaiev, y Krementchug. Todos los caminos de Polesie fueron cortados. En todo el día no llegaron más que tres trenes a Savatov y los tres traían delegados de la huelga. A los trenes de delegados, según anunciaba el telégrafo, se les acogía con ovaciones a lo largo de todo el recorrido.

La huelga de los ferrocarriles se extiende inevitablemente, arrastrando una línea tras otra, un tren tras otro. El 11 de octubre, el general gobernador de Curlandia prohibía la suspensión del trabajo en las vías férreas. Este

desafío recibió inmediata respuesta. El 12, no había ya un solo tren entre Moscú y Kreuzburg, toda la línea estaba en huelga, el tren de Windau no llegaba. El 15, el elevador y la agencia comercial de los ferrocarriles interrumpían ahí sus actividades.

La noche del 11 al 12, el movimiento se detuvo en todos los empalmes del Fístula. Por la mañana ningún tren salió de Varsovia para Petersburgo. El mismo día, el 12, la huelga se extendió a Petersburgo. El instinto revolucionario le había indicado la táctica correcta: primero había sublevado toda la provincia, inundado Petersburgo con miles de telegramas de alarma, había creado así el "momento psicológico", aterrorizando al poder central y, a continuación, llegaban personas para dar el golpe final. En la mañana del 12, con una completa unanimidad, se abandonaron los trabajos en toda la red de Petersburgo. Sólo la línea de Finlandia funcionaba aún, esperando la movilización revolucionaria de ese país; la vía no debía cerrarse hasta cuatro días más tarde, el 16. El 13 de octubre, la huelga alcanzó Reval, Libau, Riga y Brest. Los trabajos cesan en la estación de Perm. El movimiento se detiene en una parte del camino de Tachkent. El 14, se ponen en huelga la red de Brest, la línea de Transcaucasia y las estaciones de Asjabad y de Novaia-Bujara, en las líneas del Asia Central. El mismo día, comenzaba la huelga en la línea de Siberia; comenzaba por Chita e Irkutsk y, ganando de oriente a occidente, llegaba, el 17 de octubre, a Cheliabinsk y Kurgan. El 15 de octubre estaba en Bakú, el 17 en la estación de Odesa.

A la parálisis de los nervios motores se unió, por cierto tiempo, la de los nervios sensoriales. Las comunicaciones telegráficas fueron suspendidas: el 11 de octubre en Jarkov, el 13 en Cheliabinsk e Irkutsk, el 14 en Moscú, el 15 en Petersburgo.

En razón de la huelga de los ferrocarriles, el correo rehusó aceptar la correspondencia interurbana. Pudo verse, sobre la vieja *trakt* (carretera nacional) *troikas* a la antigua usanza. No sólo todos los caminos de Rusia y de Polonia, sino también los de Vladicáucaso, Transcaucasia y Siberia estaban bloqueados. Todo el ejército de ferroviarios estaba en huelga: 750 mil hombres.

V

Sonó la alarma en los boletines de la bolsa del trigo, de las mercancías al por mayor, de las carnes, de las verduras, del pescado, etc. El precio de los víveres, sobre todo el de la carne, subió rápidamente. La bolsa del dinero temblaba. La revolución había sido siempre su enemiga mortal. Cuando ambas se encontraron cara a cara, la bolsa perdió la cabeza. Se precipitó hacia el telégrafo, pero éste guardaba un silencio hostil. El correo se negaba igualmente a servirla. La bolsa fue a llamar a la puerta del Banco del Estado, pero éste no respondía ya de la ejecución de los giros. Las acciones de los ferrocarriles y de las empresas industriales alzaron el vuelo, como una nidada de pájaros asustados, y se fueron volando, pero no para ascender al cielo, sino para caer lo más bajo posible. En el sombrío reino del agio sobrevino el pánico, el rechinar de vientres. La circulación de dinero se vio obstaculizada. Los ingresos no llegaban de la provincia a las capitales. Las firmas que pagan al contado cerraban sus ventanillas. El número de efectos protestados aumentaba con rapidez. Los signatarios de billetes y cheques, los avaladores, los deudores y los endosantes se agitaron, corrieron a derecha e izquierda, exigiendo que se violaran las leyes que habían sido hechas para ellos porque su enemiga, la huelga, que personificaba la revolución, había violado todas las leyes del cambio y el movimiento económico.

La huelga no se limita ya a los ferrocarriles, tiende a hacerse general. Después de haber descargado las locomotoras y apagado las luces de las estaciones, se dirige, con la muchedumbre de ferroviarios, a las ciudades, detiene el tranvía, coge por la brida al caballo del cochero y hace descender al cliente, cierra los almacenes, los restaurantes, los cafés y las tabernas y se aproxima audazmente a las puertas de la fábrica. Ahí se le esperaba. Resuena el silbido de alarma, cesa el trabajo e inmediatamente aumenta la multitud en la calle. Va más lejos y lleva ya la bandera roja. Sobre la bandera se lee que exige una Asamblea constituyente y la República, que lucha por el socialismo. Pasa por delante de la redacción de un periódico reaccionario. Mira con aversión ese foco de epidemia ideológica y, si encuentra una piedra en su camino, la lanza contra la ventana. La prensa liberal, que cree servir al pueblo, envía a la muchedumbre una diputación, prometiendo aportar “la reconciliación” en estas terribles jornadas y solicitando gracia y perdón. La iniciativa queda sin respuesta. En las imprentas, las cajas son alineadas y los cajistas bajan a la calle. Los despachos y los bancos cierran... La huelga reina como dueña de todo. El 10 de octubre, estalla la huelga política general en Moscú, Jarkov y Reval. El 11, en Smolensko, Kozlov, Ekaterinoslav y Lodz. El 12, en Kursk, Belgorod, Samara, Saratov y Poltava. El 13 en Petersburgo, Orcha, Minsk, Krenientchug, Simferopol. El 14, en Gomel, Kalisz, Rostov del Don, Tiflis, Irkutsk. El 15, en Vilna, Odesa, Batum. El 16, en Orenburg. El 17, en Derpt, Vitebsk, Tomsk. La huelga llega hasta Riga, Libau, Varsovia, Plotsk, Belostok, Kovno, Dvinsk, Pskov, Poltava, Nicolaiev, Mariupol, Kazan, Czenstochowo, Zlatoust, etc. En todas partes se detiene la vida industrial, y algunas también el movimiento comercial. Cierran los establecimientos de enseñanza. Las “uniones” de intelectua-

les se adhieren a la huelga del proletariado. En numerosos casos, los jurados se niegan a juzgar, los abogados a alegar, los médicos a tratar a sus pacientes. Los jueces de paz cierran sus salas de audiencia.

VI

La huelga organiza grandiosos mítines, la animación de las masas y el pánico del poder crecen paralelamente, se fomentan entre sí. Calles y plazas están cubiertas de patrullas a pie y a caballo. Los cosacos provocan la huelga al desorden: se lanzan sobre la multitud, dan latigazos, golpean con el sable, disparan sin advertencia desde sus lugares de emboscada.

Entonces, siempre que puede, la huelga demuestra, que no consiste simplemente en una interrupción del trabajo para esperar los acontecimientos, que no es una protesta pasiva de brazos cruzados. Se defiende, y de la defensa pasa a la ofensiva.

En diversas ciudades del mediodía, levanta barricadas, asalta las tiendas de los armeros, se arma y ofrece una resistencia, no siempre victoriosa, pero sí heroica.

En Jarkov, el 10 de octubre, después de un mitin, la multitud se apoderó de un depósito de armas. El 11, cerca de la universidad, obreros y estudiantes levantaron barricadas. Se tumbaron postes telegráficos para cerrar las calles; se les añadieron planchas de hierro, procedentes de puertas de cocheras, postigos, verjas, cajas de embalaje, planchas y vigas, unido todo con alambre. Varias barricadas se sujetaron sobre bases de piedra; se arrojaron pesados adoquines arrancados de la acera sobre las vigas. Hacia la una de la tarde, gracias a esta arquitectura sencilla pero noble, habían sido levantadas diez barricadas. También se

habían bloqueado las puertas y ventanas de la universidad. El sector fue declarado en estado de sitio... Los poderes locales se confiaron a un cierto teniente general, Mau, sobre cuya bravura no cabía duda alguna. Sin embargo, el gobernador trató de parlamentar. Usando como intermediaria a la burguesía liberal, se elaboraron las condiciones de una capitulación honrosa. La milicia que se organizó fue saludada por los aplausos entusiastas de los ciudadanos. Restableció el orden. Petersburgo exigía empero que el orden fuese aplastado por la fuerza. La milicia, apenas constituida, fue dispersada; la ciudad se encontró de nuevo en poder de los bribones a pie y a caballo. En Ekaterinoslav, el 11 de octubre, los cosacos dispararon traidoramente sobre una multitud pacífica y enseguida se alzaron las primeras barricadas. Hubo seis. La mayor, la madre barricada, se encontraba en la plaza de Briansk. Vehículos, rieles, postes, un gran número de objetos menudos, todo lo que la revolución, según la expresión de Víctor Hugo, puede arrojar a la cabeza del antiguo régimen, sirvió para la construcción. El esqueleto de la barricada fue recubierto con una espesa capa de tierra. Se cavaron fosos a los lados y se colocaron alambradas frente ellos. Desde la mañana, varios centenares de hombres se encontraban en cada barricada. El primer asalto de las tropas fracasó; los soldados no lograron tomar del primer obstáculo sino hasta las tres y media. Conforme avanzaban, dos bombas cayeron desde lo alto de los tejados, una tras otra, provocando muertos y heridos entre los soldados. Hacia el atardecer, el ejército era dueño de todas las barricadas. El 12, una calma sepulcral reinó en la ciudad. Los soldados limpiaban sus carabinas y la revolución sepultaba sus muertos.

El 16 fue día de barricadas en Odesa. Desde la mañana, en las calles Transfiguración y Richelieu, eran volcados

los vagones del tranvía, arrancadas las banderas, cortados los árboles, amontonadas las bancas. Rodeadas de alambre de púas, cuatro barricadas cerraban la calle en toda su longitud. Los soldados sólo pudieron tomarlas después de un combate para hacer que los sirvientes las despejaran.

En muchas otras ciudades hubo escaramuzas entre la multitud y las tropas, se trató de construir barricadas. Sin embargo, en su conjunto, las jornadas de octubre no constituyeron más que una huelga política, una gran maniobra para la revolución, una revista simultánea de todas las fuerzas, pero no una verdadera insurrección.

VII

Y, sin embargo, el absolutismo cedió. La terrible sobre excitación que se hizo sentir en todo el país, el azoramiento que delataban los informes de la provincia y cuya profusión era aplastante por sí misma, la incertidumbre absoluta respecto al día siguiente, todo vino a producir un increíble pánico en las filas del gobierno. No podía contar de forma absolutamente segura con el ejército: los soldados se dejaban ver en los mítines, oficiales tomaban la palabra para afirmar que un tercio del ejército estaba “con el pueblo”. Además, la huelga de los ferrocarriles creaba obstáculos insuperables para la represión militar. Y, en fin, había que pensar en la bolsa europea. Ésta había comprendido que se encontraba ante la revolución, y declaraba que no deseaba tolerarla más. Exigía orden y garantías constitucionales. Habiendo perdido así la cabeza, agobiado, el absolutismo otorgó concesiones. Se promulgó el manifiesto del 17 de octubre. El conde Witte se convirtió en primer ministro, gracias a la victoria de la huelga revolucionaria —que intente negarlo— o, mejor dicho, gracias a la insuficiencia de

esta victoria. En la noche del 17 al 18, el pueblo recorría las calles con banderas rojas, reclamaba la amnistía, cantaba *Memoria eterna* (el réquiem ruso) en los puntos de la ciudad donde habían tenido lugar las carnicerías de enero, y gritaba “anatema” bajo las ventanas de Pobedonotsev y del *Novoie Vremia*... En la mañana del 18 tuvo lugar la primera matanza de la era constitucional.

El enemigo no estaba aplastado. Solamente se había batido en retirada cierto tiempo, ante la manifestación repentina de una fuerza imprevista. La huelga de octubre mostró que la revolución podía en adelante levantar simultáneamente todas las ciudades de Rusia. Este paso adelante era inmenso, y la reacción dirigente mostró que comprendía su importancia cuando respondió al intento de octubre mediante el manifiesto, por una parte, y por otra, con la convocatoria de todos sus efectivos para organizar el terror negro.

VIII

Hace diez años, Plejánov declaraba al Congreso socialista de Londres: “La Revolución Rusa será obrera, o no será”. El 7 de enero de 1905, Struve escribía: “No existe un pueblo revolucionario en Rusia”.

El 17 de octubre, el gobierno autocrático contrafirmó la primera victoria seria de la revolución, y esa victoria la había conseguido el proletariado. Plejánov tenía razón: la revolución rusa era obrera.

Es cierto que la huelga obrera de octubre tuvo lugar no sólo con la ayuda material de la burguesía, sino con su apoyo, en razón de la huelga de las profesiones liberales. Pero esto no cambia nada. Una huelga de ingenieros, de abogados y de médicos no podía tener importancia alguna por

sí misma. Acrecentó sólo en un grado muy modesto la significación política de la huelga general de los trabajadores. Por el contrario, subrayó la hegemonía indiscutible, ilimitada, del proletariado en la lucha revolucionaria; las profesiones liberales que, después del 9 de enero, adoptaron las consignas fundamentales de la democracia, preconizados por los obreros de Petersburgo, se sometieron en octubre al método de lucha que constituye la fuerza específica del proletariado: se declararon en huelga. De todos los intelectuales, el grupo más revolucionario, el de los estudiantes, había introducido desde tiempo atrás en las universidades el procedimiento de lucha por la huelga, tomado de las fábricas, y eso a pesar de las solemnes protestas de todo el profesorado liberal. La hegemonía revolucionaria del proletariado se afirmó a continuación por la extensión de la huelga a los tribunales, las farmacias, las administraciones de los *zems-tvos* y las dumas municipales. La huelga de octubre fue la demostración de la hegemonía proletaria en la revolución burguesa y, al mismo tiempo, de la hegemonía de la ciudad sobre un país de campesinos.

El viejo poder de la tierra, divinizado por la escuela populista, fue reemplazado por la autoridad despótica de la ciudad capitalista.

La ciudad se había hecho dueña de la situación. Había concentrado riquezas inmensas, había logrado la vinculación del campo mediante el ferrocarril; por este camino había asimilado las mejores fuerzas de iniciativa y de creación en todos los dominios de la vida; había sojuzgado material y moralmente todo el país. En vano la reacción intenta evaluar la importancia proporcional de la población urbana y se consuela pensando que Rusia es todavía una nación de campesinos. El papel político de la ciudad moderna no puede medirse con la simple cifra de sus ha-

bitantes, así como tampoco su papel económico. El que la reacción haya retrocedido, a pesar del silencio del campo, ante la huelga de la ciudad es la mejor prueba que pueda ofrecerse de la dictadura que ésta ejerce.

Las jornadas de octubre mostraron que, si en la revolución la hegemonía pertenece a las ciudades, en las ciudades corresponde al proletariado. Pero, al mismo tiempo, los acontecimientos descubrieron que *la ciudad concientemente revolucionaria carecía de política común con el campo, del que sólo el instinto estaba desencadenado*. Las jornadas de octubre plantearon en la práctica y en toda su amplitud la cuestión: ¿de qué lado se encuentra el ejército? Y mostraron que de la solución de esta interrogante dependía la suerte de la libertad rusa. Las jornadas de octubre suscitaron una orgía de reacción a partir de finales de mes. La fuerza tenebrosa aprovechó el momento en que la marea revolucionaria descendía para lanzarse al ataque con toda la furia sanguinaria que la caracteriza. Su éxito se debió al hecho de que la huelga revolucionaria, aunque ya había soltado el martillo, no había empuñado aún la espada. Las jornadas de octubre probaron a la revolución, de manera hiriente, que precisaba estar armada. Organizar el campo y vincularlo a la ciudad; conseguir la estrecha adhesión del ejército; tomar las armas: he ahí las simples y considerables deducciones que la lucha y la victoria de octubre impusieron al proletariado.

Sobre estas deducciones se apoyará en adelante la revolución.

En el estudio que escribimos sobre la época de la "primavera" liberal, que luego se publicó bajo el título *Antes del 9 de enero*, intentamos señalar las vías que debería seguir más tarde el desarrollo de las fuerzas revolucionarias. Aplicamos toda nuestra energía a resaltar la importancia de una huelga política de las masas, como método

indispensable de la Revolución Rusa. Ciertos políticos perspicaces, hombres por lo demás respetables bajo todos los aspectos, nos reprochaban la búsqueda de una receta de la revolución. Estos críticos nos explicaban que la huelga, medio específico de lucha para la clase proletaria, no puede cumplir en las circunstancias de una revolución nacional y burguesa el papel que pretendíamos “imponerle”. Los acontecimientos que se produjeron, a pesar de tantas previsiones basadas en la rutina, a pesar de las teorías más “sensatas”, nos ahorran la necesidad de refutar a estos honrados críticos. La huelga general de Petersburgo, ocasión del drama del 9 de enero, estalló antes de que el estudio hubiese sido publicado: evidentemente, nuestra “receta” no era más que un simple plagio, una copia de la verdad del movimiento revolucionario.

No nos engañamos: sobre el terreno preparado por una campaña de huelgas de nueve meses, surgió la gran huelga de octubre. Para el liberalismo, cuyas ideas son orgánicamente superficiales, los acontecimientos del otoño fueron tan imprevistos como lo había sido el 9 de enero. No entraban en el esquema histórico previo del pensamiento liberal; la huelga era una intrusa y los liberales no la aceptaron más que *a posteriori*. Y lo que es más, si antes de la huelga de octubre el liberalismo, apoyado sobre los congresos de *zemstvos*, desdeñó la idea de una huelga general, este mismo liberalismo, representado por su ala izquierda, tras el 17 de octubre, habiendo comprobado el triunfo de la huelga, se alzó contra cualquier otra forma de lucha revolucionaria.

Esta huelga pacífica — escribía Procopovich en la revista *Pravo* —, que ha ocasionado un número de víctimas muy inferior al del movimiento de enero,

y que se ha cerrado con un golpe de Estado, ha sido una revolución, puesto que ha transformado radicalmente el régimen gubernamental de Rusia...

La historia — prosigue — que había privado al proletariado de uno de sus medios de lucha por los derechos populares — la insurrección y las barricadas en la calle —, le dio otro mucho más poderoso, la huelga política general.

El artículo que escribimos en febrero y que citamos al final del capítulo anterior muestra la enorme importancia que concedíamos entonces a una huelga política de las masas, considerada el método indispensable de la Revolución Rusa, mientras que los radicales como Procopovich se nutrían de vagas esperanzas fundadas en la oposición de los *zemstvos*. Pero no podemos admitir en modo alguno que la huelga general haya abolido y reemplazado los antiguos métodos revolucionarios. No podemos tampoco reconocer que la huelga de octubre, por mucha estima en que la tengamos, haya “radicalmente transformado el régimen gubernamental de Rusia”. Por el contrario, ninguno de los acontecimientos políticos ulteriores se explica más que por el hecho de que la huelga de octubre no cambió en nada el régimen gubernamental.

Sin duda alguna, la huelga de los ferrocarriles y del telégrafo desorganizó hasta el último grado el mecanismo gubernamental. Y la desorganización se agravó conforme se prolongaba la huelga. Pero, al prolongarse, la propia huelga trastornaba las funciones de la vida económica y social y necesariamente debilitaba a los obreros. Y, finalmente, debía tener un desenlace. Sin embargo, desde que la primera locomotora estuvo a presión, desde que el primer aparato Morse produjo su tac-tac, el poder que subsistía

encontró la posibilidad de reemplazar todas las palancas rotas y renovar todas las piezas averiadas de la vieja máquina gubernamental.

En la lucha es extremadamente importante debilitar al adversario; es la función de la huelga. Al mismo tiempo, pone en pie el ejército de la revolución. Pero ni este resultado ni aquél constituyen por sí mismos un golpe de Estado.

Es preciso además arrancar el poder a quienes lo detentan y traspasarlo a la revolución. Ésa es la tarea esencial. La huelga general crea las condiciones necesarias para emprender esa labor, pero, por sí misma, es insuficiente para llevarla a término.

El viejo poder gubernamental se apoya sobre su fuerza material, sobre el ejército ante todo. En el camino de un verdadero "golpe de Estado", además del que se cree haber hecho sobre el papel, se encuentra siempre el ejército. En un momento dado de la revolución, se plantea una cuestión que domina todas las demás: ¿de qué lado están las simpatías y las bayonetas de las tropas? La respuesta no puede obtenerse mediante una investigación. Pueden formularse muchas observaciones justas y preciosas sobre el ancho y la regularidad de las calles modernas, sobre los nuevos modelos de fusil, etc., pero todas estas consideraciones técnicas dejan en pie la cuestión de la conquista revolucionaria del poder gubernamental. La inercia del ejército debe ser superada. La revolución no llega a ese fin más que provocando una colisión entre el ejército y las masas populares. La huelga general crea condiciones favorables para ese enfrentamiento. El método es brutal, pero la historia no conoce otro.

FORMACIÓN DEL *SOVIET* DE DIPUTADOS OBREROS

Octubre, noviembre y diciembre de 1905: ésa fue la época culminante de la revolución. Comenzó por la modesta huelga de los tipógrafos moscovitas y se cerró con el saqueo de la antigua capital de los zares entregada a las tropas del gobierno. Pero, con la excepción de la hora final —la de la insurrección moscovita—, el primer lugar en los acontecimientos de este periodo no corresponde a Moscú.

El papel de Petersburgo en la Revolución Rusa no puede compararse con el de París en la revolución que cierra el siglo XVIII. Las condiciones generales de la economía aún primitiva de Francia, el estado rudimentario de sus medios de comunicación por una parte, y por otra su centralización administrativa, permitían a París concentrar de hecho la revolución entre sus murallas. Todo lo contrario sucedió entre nosotros. El desarrollo capitalista suscitó en Rusia otros tantos focos revolucionarios separados como centros industriales; y estos, aún conservando la independencia y espontaneidad de sus movimientos, seguían estando estrechamente ligados entre sí. El ferrocarril y el telégrafo descentralizaban la revolución, a pesar del carácter centralizado del Estado, y sin embargo, los mismos medios de comunicación daban unidad a todas las manifestaciones locales de fuerza revolucionaria. Si, a fin de cuentas, puede admitirse que la voz de Petersburgo tuvo una influencia preponderante, esto no quiere decir que toda la revolución estuviera concentrada en la Perspectiva Nevski o delante del Palacio de Invierno; significa simplemente que las consignas y los métodos de lucha que preconizaba Petersburgo encontraron un poderoso eco revolucionario en todo el país. La organización de

Petersburgo y la prensa de Petersburgo proporcionaban modelos que la provincia adoptó rápidamente. Los acontecimientos que se produjeron en los diversos rincones del país, con excepción de las rebeliones de la flota y de las fortalezas, nunca presentaron un valor independiente.

Por tanto, si tenemos derecho a colocar la capital del Neva en el centro de todos los acontecimientos con que acaba 1905, en el propio Petersburgo hemos de conceder el lugar más alto al Consejo o *Soviet* de Diputados Obreros. Es realmente la más importante organización obrera que haya conocido Rusia hasta hoy. Además, el *Soviet* de Petersburgo fue un ejemplo y un modelo para Moscú, Odesa y otras varias ciudades. Pero hay que señalar sobre todo que esta organización, que verdaderamente emanaba de la clase de los proletarios, fue la organización-tipo de la revolución. Todos los acontecimientos giraron en torno al *soviet*, todos los hilos se anudaron a él, todos los llamamientos procedieron de él.

¿Qué era el *Soviet*?

El *Soviet* de Diputados Obreros se formó para responder a una necesidad objetiva, suscitada por la coyuntura de entonces: hacía falta una organización que gozase de una autoridad indiscutible, libre de toda tradición, que agrupara desde el primer momento a las multitudes diseminadas y desprovistas de enlace; esta organización debía ser la confluencia para todas las corrientes revolucionarias al interior del proletariado; tenía que ser capaz de iniciativa y de controlarse a sí misma automáticamente; lo esencial, en fin, era poder ponerla en marcha en veinticuatro horas. La organización socialdemócrata, que vinculaba estrechamente, en sus refugios clandestinos, a varios cientos, y mediante la

circulación de las ideas, a miles de obreros en Petersburgo, estaba en condiciones de dar a las masas una consigna que iluminase su experiencia natural a la luz fulgurante del pensamiento político; pero el partido no hubiera sido capaz de unificar por un nexo vivo, en una sola organización, a los miles y miles de hombres de que se componía la multitud; en efecto, el partido siempre había realizado lo esencial de su trabajo en laboratorios secretos, en los antros de la conspiración que las masas ignoraban. La organización de los socialistas revolucionarios sufría de las mismas enfermedades de la vida subterránea, agravadas incluso por su impotencia e inestabilidad. Las dificultades que separaban a las dos fracciones igualmente fuertes de la socialdemocracia, por una parte, y su lucha con los socialistas revolucionarios por otra, hacían absolutamente indispensable la creación de una organización imparcial. Para tener autoridad sobre las masas, al día siguiente de su formación, tenía que instituirse sobre la base de una representación muy amplia. ¿Qué principio había que adoptar? La respuesta era obvia. Al ser el proceso de producción el único nexo que existía entre las masas proletarias, desprovistas de organización, no había otra alternativa sino atribuir el derecho de representación a las fábricas y los talleres. Se tenía como ejemplo y precedente la comisión del senador Chidlovski. Una de las dos organizaciones socialdemócratas de Petersburgo tomó la iniciativa de la creación de una administración autónoma revolucionaria obrera el 10 de octubre, en el momento en que se anunciaba la mayor de las huelgas. El 13 por la noche, en el edificio del Instituto Tecnológico, tuvo lugar la primera sesión del futuro *soviet*. Sólo había unos treinta o cuarenta delegados. Se decidió llamar inmediatamente al proletariado de la capital a la huelga política general y a la elección de delegados.

La clase obrera —decía el llamamiento redactado en la primera sesión— se ha visto obligada a recurrir a la última medida de que dispone el movimiento obrero mundial: la huelga general... En el plazo de unos días, deben producirse acontecimientos decisivos en Rusia. Determinarán para muchos años la suerte de la clase obrera; tenemos pues que ir por delante de los hechos con todas las fuerzas disponibles, unificadas bajo la égida de nuestro *soviet* común...

Esta decisión de importancia incalculable se adoptó por unanimidad; ni siquiera hubo debate sobre el principio de la huelga general, sobre los métodos que convenían, sobre los fines y las posibilidades que podían contemplarse, y fueron sin embargo estas cuestiones las que suscitaron, poco tiempo después, una lucha ideológica apasionada en las filas de nuestro partido alemán. No hay necesidad alguna de explicar este hecho por las diferencias psicológicas de las nacionalidades; por el contrario, es a nosotros los rusos a quienes podría reprocharse una predilección enfermiza por las filigranas de la táctica y el abuso de las sutilezas en el detalle. La razón verdadera de la conducta adoptada se encuentra en el carácter revolucionario del periodo. El *Soviet*, desde el momento en que fue instituido, hasta el de su desaparición, permaneció bajo la poderosa presión del elemento revolucionario, el cual, sin perderse en consideraciones vanas, desbordó el trabajo de la *intelligentzia* política.

Cada uno de los niveles de la representación obrera estaba predeterminado, “la táctica” a seguir se imponía de manera evidente. No había que examinar los métodos de lucha, apenas había tiempo de formularlos...

La huelga de octubre caminaba con paso seguro hacia su apogeo. A la cabeza avanzaban los obreros del metal

y la imprenta. Fueron los primeros en entrar en combate y en formular de forma neta y precisa, el 13 de octubre, sus consignas políticas.

Declaramos la huelga política —articulaba la fábrica de Obujov, ciudadela de la revolución— y lucharemos hasta el fin por la convocatoria de la Asamblea constituyente sobre la base del sufragio universal, igualitario, directo y secreto, con el fin de instaurar en Rusia la república democrática.

Con las mismas consignas, los obreros de las plantas eléctricas declaraban:

Unidos con la socialdemocracia, lucharemos por nuestras reivindicaciones hasta el fin y afirmamos ante toda la clase obrera que estamos dispuestos a combatir con las armas en la mano por la liberación total del pueblo.

Los obreros tipógrafos, que el 14 de octubre enviaban sus diputados al *soviet*, definían de manera aún más atrevida la exigencia del momento:

Reconociendo que la lucha pasiva es por sí misma insuficiente, que no basta con abandonar el trabajo, decidimos: que es preciso transformar las tropas de la clase obrera en huelga en un ejército revolucionario, es decir, organizar inmediatamente compañías de combate. Que estas compañías se ocupen de armar al resto de las masas obreras, si es preciso mediante el saqueo de las armerías y arrebatando sus armas a la policía y el ejército allí donde se pueda.

Esta resolución no se quedó en meras palabras. Las compañías de tipógrafos armados alcanzaron un éxito notable al apoderarse de las grandes imprentas que sirvieron para la publicación del *Izvestia* (Noticias) del *Soviet* de Diputados Obreros; rindieron servicios inapreciables con ocasión de la huelga de correos y telégrafos.

El 15 de octubre, todavía trabajaban en su mayor parte las fábricas textiles. Con el fin de arrastrar a la huelga a los abstencionistas, el *soviet* elaboró toda una serie de medios graduales, desde las exhortaciones hasta el empleo de la violencia. No se vio obligado, empero, a recurrir a este extremo. Si los llamamientos impresos permanecían sin efecto, bastaba con la aparición de una multitud de huelguistas, a veces incluso de unos cuantos hombres, para que cesase el trabajo.

Yo pasaba delante de la fábrica Pecquelieu —informa al *soviet* uno de los diputados. — Veo que trabajan dentro. Llamo.

Digo que soy un diputado del *Soviet* Obrero.

— ¿Y qué desea usted? — pregunta el gerente.

— En nombre del *Soviet*, exijo que su fábrica cierre inmediatamente.

— Bien, a las tres abandonaremos el trabajo.

El 16 de octubre, todas las fábricas textiles estaban ya en huelga. Sólo en el centro de la ciudad estaban abiertas las tiendas. En los barrios obreros, todo comercio había cesado. Al ampliar la huelga, el *soviet* se ampliaba y afirmaba a sí mismo. Toda fábrica que abandonaba el trabajo nombraba un representante y lo enviaba, provisto de los papeles necesarios, al *soviet*. En la segunda sesión, cuarenta grandes factorías estaban ya representadas, así como dos fábricas

cas y tres sindicatos: el de Tipógrafos, el de Empleados de almacén y el de Contables. A esta sesión, que tuvo lugar en el anfiteatro de física del Instituto Tecnológico, asistía por primera vez el autor del presente artículo.

Era el 14 de octubre: la huelga por una parte, la división en las filas del gobierno por otra, todo anunciaba la proximidad de una crisis. Aquel día apareció el célebre decreto de Trepov: “No disparar al aire y no ahorrar munición”. Al día siguiente, el 15 de octubre, el mismo Trepov reconocía de repente que entre el pueblo, “se hacía sentir la necesidad de reuniones” y, aun prohibiendo los mítines en los establecimientos de enseñanza superior, prometía poner tres edificios de la ciudad a la disposición de las asambleas.

Qué cambió en veinticuatro horas — escribíamos entonces en el *Izvestia* — : ayer sólo estábamos maduros para la munición y hoy lo estamos para las reuniones públicas. Este truhan sanguinario tiene razón: en las grandes jornadas de lucha, el pueblo gana madurez de hora en hora.

A pesar de la prohibición, las escuelas superiores estaban atestadas la noche del 14. Las reuniones se celebraban en todas partes.

Reunidos aquí, declaramos — tal fue la respuesta que se dio al gobierno — que el pueblo revolucionario de Petersburgo, al que representamos, no cabe en las ratoneras que nos ofrece el general Trepov. Declaramos nuestro propósito de continuar nuestras asambleas en las universidades, en las fábricas, en las calles y allí donde nos convenga.

En la sala de actos del Instituto Tecnológico, donde tuvimos ocasión de hablar sobre la necesidad de reclamar de la Duma municipal el armamento de la milicia obrera, nos trasladamos al anfiteatro de física. Allí vimos por vez primera el *Soviet* de Diputados que sólo existía desde la víspera. Había, sobre los escalones, un centenar de delegados obreros y miembros de los partidos revolucionarios. El presidente y los secretarios estaban sentados en la mesa del presidium. La asamblea tenía más aire de consejo de guerra que de parlamento. ¡Ni rastro de verbosidad, esa plaga de las instituciones representativas! Las cuestiones sobre las que se deliberaba — la extensión de la huelga y las exigencias a presentar a la Duma — eran de carácter puramente práctico y los debates se proseguían sin frases inútiles, en términos breves, enérgicos. Se sentía que cada segundo valía un siglo. La menor veleidad de retórica tropezaba con una resuelta protesta del presidente, apoyada por todas las simpatías de la austera asamblea. Se le encargó a una diputación especial que formulara ante la Duma municipal las siguientes reivindicaciones: 1º adoptar medidas inmediatas para reglamentar el aprovisionamiento de la masa obrera; 2º abrir locales para las reuniones; 3º suspender toda distribución de provisiones, locales y fondos a la policía, a la gendarmería, etc.; 4º asignar las sumas necesarias para el armamento del proletariado de Petersburgo que lucha por la libertad.

Era bien sabido que la Duma estaba compuesta de burócratas y propietarios; exigencias de naturaleza tan radical no tenían otro objeto que producir la agitación. El *soviet*, naturalmente, no se hacía ilusión alguna sobre este punto. No esperaba resultados prácticos; tampoco los hubo.

El 16 de octubre, tras una serie de incidentes, varios intentos de arresto de miembros del *soviet*, etc. — recorda-

mos que todo esto sucedía antes de la promulgación del Manifiesto Constitucional —, una diputación del *soviet* fue recibida en “consulta privada” por la Duma municipal de Petersburgo. Ante todo, a demanda formal de la diputación, enérgicamente apoyada por un grupo de consejeros, la Duma decidió que si eran detenidos los diputados obreros, enviaría al *gradonatchalnik* (jefe superior de policía) el alcalde de la ciudad con el encargo de declarar que los consejeros consideraban el arresto de los diputados como un insulto a la Duma. Sólo después pasó la diputación a formular sus exigencias.

El golpe de Estado que tiene lugar en Rusia — decía al terminar su discurso el camarada Radin (el hoy fallecido Knuniantz), portavoz de la diputación — es una transformación burguesa que apunta al interés de las clases poseedoras. Les interesa, pues, señores, acelerar su realización. Y si son ustedes capaces de ver un poco lejos, si comprenden de forma verdaderamente amplia los intereses de su clase, deben ustedes ayudar con todas sus fuerzas al pueblo para vencer lo antes posible al absolutismo. No tenemos necesidad de que nos expresen ustedes su simpatía ni del apoyo platónico que puedan conceder a nuestras reivindicaciones. Exigimos que nos den su apoyo mediante una serie de gestos prácticos.

El monstruoso sistema de elecciones ha querido que los bienes de una ciudad que cuenta con millón y medio de habitantes se encuentren entre las manos de representantes de unos miles de propietarios. El *Soviet* de Diputados Obreros exige — tiene derecho a exigir, no a solicitar, pues representa a varios cientos de miles de obreros, habitantes de esta capital, mientras que la

voz de ustedes es sólo la de un puñado de electores —, el *Soviet* de Diputados Obreros exige que los bienes municipales sean puestos a disposición de todos los habitantes de la ciudad para sus necesidades. Y como en este momento, la lucha contra el absolutismo es la tarea más importante que se impone a la sociedad, y como nosotros necesitamos para proseguir esta lucha lugares de reunión, ¡ábranos nuestros edificios municipales!

Necesitamos recursos para continuar la huelga, ¡asignen los fondos de la municipalidad para este objeto y no para mantener a la policía y a los gendarmes!

Necesitamos armas para conquistar y guardar la libertad, ¡asignen los fondos necesarios para la organización de una milicia de proletarios!

Bajo la guardia de un grupo de consejeros, la diputación abandonó el salón de sesiones. La *Duma* se negó a satisfacer las exigencias esenciales del *soviet* y expresó su confianza en la policía, protectora del orden.

A medida que se desarrollaba la huelga de octubre, el *soviet* se convertía naturalmente en el foco de la atención general de los hombres políticos. Su importancia crecía literalmente de hora en hora. El proletariado industrial había sido el primero en cerrar filas en torno a él. La Unión de los Sindicatos que se había adherido a la huelga a partir del 14 de octubre, tuvo casi inmediatamente que reconocer el protectorado del *soviet*. Numerosos comités de huelga — los de ingenieros, abogados, funcionarios del gobierno — regulaban sus actos por las decisiones del *soviet*. Sometiendo a las organizaciones independientes, el *soviet* unificó en torno suyo la revolución.

Al mismo tiempo, la división se hacía sentir cada vez más en las filas del gobierno.

Trepov no escatimaba nada y acariciaba con la mano sus ametralladoras. El 12, hizo que Nicolás lo colocara a la cabeza de todas las tropas de la guarnición de Petersburgo. El 14 daba órdenes de no ahorrar munición. Dividió la capital en cuatro sectores militares, mandado cada uno de ellos por un general. En calidad de general-gobernador, amenaza a todos los vendedores de comestibles con hacerlos deportar en el plazo de veinticuatro horas si cierran sus tiendas. El 16, custodia las puertas de todas las escuelas superiores de Petersburgo, que son ocupadas por las tropas. Sin que la ley marcial sea proclamada, de hecho está en vigor. Patrullas a caballo siembran el terror en la calle. Por todas partes están acantonadas las tropas: en los edificios públicos, en los establecimientos del Estado, en los patios de las casas particulares. Mientras los propios artistas del ballet imperial se unían a la huelga, Trepov, incansable, llenaba de soldados los teatros vacíos. Gruñía y se frotaba las manos, presintiendo algo importante.

Se equivocaba en sus cálculos. Sus adversarios políticos, representados por una corriente burocrática que buscaba un compromiso fraudulento con la historia, se impusieron. Witte, jefe de este partido, fue llamado al poder.

El 17 de octubre, los esbirros de Trepov dispersaron la reunión del *Soviet* de Diputados Obreros. Pero éste encontró la posibilidad de reunirse una vez más. Decidió que se proseguiría la huelga con redoblada energía. Recomendó a los obreros que no pagasen ni sus alquileres, ni las mercancías que tomaban a crédito antes de la vuelta al trabajo e invitó a propietarios y comerciantes a no mostrarse exigentes hacia los obreros. Ese mismo 17 de octubre, apareció el primer número de las *Izvestia* del *Soviet* de Diputados Obreros.

Y, el mismo día, firmaba el zar el manifiesto de la Constitución.

El 18 de octubre

El 18 de octubre fue un día de gran confusión. Multitudes inmensas iban y venían, con aspecto extraviado, por las calles de Petersburgo. Se había obtenido una constitución. ¿Qué iba a pasar? ¿Qué es lo que estaba permitido y prohibido? En la inseguridad de los días anteriores, yo dormía en casa de un amigo que estaba empleado al servicio del Estado. El 18 por la mañana se acercó a mí, con la última hoja del *Pravitelt svenni Vestnik* (Monitor). Una sonrisa de alegría y entusiasmo, que por lo demás trataba de reprimir su escepticismo habitual, se dibujaba sobre su fino rostro.

– ¡Ha sido publicado el manifiesto constitucional!

– ¡No es posible!

– Lea.

Nos pusimos a leer en voz alta. El documento expresaba primero la aflicción de un corazón paternal a la vista de los trastornos; afirmaba a continuación que “el dolor del pueblo es también nuestro dolor”; finalmente, prometía de modo categórico todas las libertades, el derecho de legislar para la Duma y la extensión del derecho electoral.

Nos miramos en silencio. Resultaba difícil expresar los pensamientos y los sentimientos contradictorios que despertaba el manifiesto. La libertad de reuniones, la inviolabilidad de personas, el control sobre la administración... Naturalmente, allí sólo estaban las palabras. Pero, en fin, ¿no eran las palabras mismas del zar? ¡El autor de estas palabras era Nicolás Romanov, el muy augusto patrón de los pogromistas, el Telémaco de Trepov! Y este milagro se había obtenido mediante la huelga general. Cuando los liberales, once años antes, solicitaron modestamente que existiese comunión entre el monarca autócrata y su pue-

blo, el *junker* (oficial noble) coronado les había tirado de las orejas como a niños traviesos, por sus “sueños absurdos”. ¡También estas palabras eran tuyas! Y ahora se cuadraba, bien estirado, con las manos siguiendo la costura del pantalón, ante el proletariado en huelga.

— ¿Y usted qué piensa? — pregunté a mi amigo.

— ¡Los muy imbéciles han tenido miedo! — respondió.

Era una frase clásica en su género. Leímos el “muy respetuoso” informe de Witte, contrafirmado por el zar con esta observación: “A tomar en consideración”.

— Tiene usted razón — dije —, verdaderamente los imbéciles han tenido miedo.

Cinco minutos más tarde, estaba en la calle. La primera persona con que crucé era un estudiante sin aliento con la gorra en la mano. Era un camarada del partido. Me reconoció.

— Esta noche, las tropas dispararon sobre el Instituto Tecnológico. Dicen que les lanzó una bomba desde el Instituto... Es evidentemente una provocación... Hace un momento, una patrulla acaba de dispersar a sablazos una pequeña reunión en la Perspectiva Zabalkanski. El profesor Tarlé, que había tomado la palabra, ha sido gravemente herido. Dicen que ha muerto...

— Vaya, vaya... No es un mal comienzo.

— Hay masas de gente que deambulan por todos lados. Se espera a los oradores. Me voy corriendo a la reunión de los agitadores del partido. ¿Qué piensas? ¿De qué será mejor hablar? ¿Debe ser ahora la amnistía el tema central?

— Ya se encargarán todos de hablar sin nosotros de la amnistía. Exijan ustedes que las tropas se retiren de Petersburgo. Ni un soldado en veinticinco *verstas* a la redonda...

El estudiante prosiguió su camino corriendo y agitando la gorra. Una patrulla a caballo pasó por delante de mí. Trepov aún no había desmontado. La descarga dirigida sobre el Instituto era el comentario que añadía al manifiesto. Estos chicos se habían encargado inmediatamente de destruir las ilusiones constitucionales.

Pasé delante del Instituto Tecnológico. Seguía ocupado y custodiado por soldados. La promesa de Trepov de “no ahorrar munición” seguía fijada en el muro. A lado de esta declaración, alguien había pegado el manifiesto del zar. En las aceras, la gente formaba pequeños grupos.

— ¡A la universidad! — clamó una voz. — Allí se hablará.

Seguí a los demás. La marcha era rápida y silenciosa. La multitud aumentaba de minuto en minuto. No se apreciaba alegría alguna; más bien incertidumbre e inquietud... Las patrullas no se dejaban ver, y los agentes de policía se apartaban tímidamente de la muchedumbre. Las calles estaban engalanadas con banderas nacionales.

— ¡Ah, el Herodes! — exclamó un obrero. — Ahora es él quien tiene miedo...

Risas de asentimiento le respondieron. La animación crecía visiblemente. Un adolescente arrancó de una cochera la bandera tricolor con su asta, desgarró las bandas azul y blanca y esgrimió bien alto, por encima de la multitud, el pedazo rojo que quedaba del estandarte “nacional”. Decenas de personas le imitaron. Minutos después, una multitud de banderas rojas flotaban sobre la masa. Los jirones azules y blancos eran arrastrados, pisoteados... Atravesamos el puente y entramos en Vasílievski Ostrov. Sobre el muelle se había formado un inmenso embudo a través del cual la innumerable muchedumbre discurría pacientemente. Todo el mundo intentaba aproximarse al bal-

cón desde el cual iban a hablar los oradores. El balcón, las ventanas y la flecha de la universidad estaban adornados con banderas rojas. Me costó trabajo penetrar en el edificio. Tomé la palabra en tercero o en cuarto lugar. Desde el balcón se descubría un espectáculo asombroso. La calle estaba totalmente cubierta por el pueblo apretujado. Las gorras azules de los estudiantes y las banderas rojas ponían manchas claras sobre esta multitud de más de mil almas. Reinaba un silencio absoluto, todos querían escuchar a los oradores.

—¡Ciudadanos! Ahora que hemos puesto el pie sobre el pecho de los bandidos que nos gobiernan, se nos promete la libertad. Se nos prometen derechos electorales y un poder legislativo. ¿Y quién nos lo promete? Nicolás II. ¿De buena gana, por buena voluntad? Nadie se atrevería a pretenderlo. Comenzó su reinado felicitando a los cosacos por haber disparado sobre los obreros de Iaroslav y, de cadáveres en cadáveres, llegó al Domingo Sangriento del 9 de enero. Hemos obligado al infatigable verdugo que tenemos sobre el trono a prometernos la libertad. ¡Buen triunfo! Pero no se apresuren ustedes a cantar victoria: ésta no es completa. Una promesa de pago no vale lo que una moneda de oro. ¿Creen que una promesa de libertad sea ya la libertad? Aquél de ustedes que crea en las promesas del zar, que venga a decirlo aquí arriba: nos gustará contemplar a este ser extraño. Miren en torno suyo, ciudadanos, ¿ha cambiado algo desde ayer? ¿Se han abierto las puertas de nuestras prisiones? ¿No escuchan, como antes, los gemidos y el rechinar de dientes que resuenan en sus muros malditos? ¿Han regresado a sus hogares nuestros hermanos, desde el fondo de los desiertos de Siberia?

—¡Amnistía! ¡Amnistía! ¡Amnistía! — gritaron desde abajo.

—Si el gobierno hubiese querido sinceramente reconciliarse con el pueblo, habría comenzado por conceder la amnistía. Pero, ciudadanos, ¿creen ustedes que la amnistía sea todo? Se dejará salir hoy un centenar de militantes políticos para detener mil mañana. ¿No han visto a lado del manifiesto sobre las libertades, la orden de no escatimar munición? ¿No dispararon esta misma noche sobre el Instituto Tecnológico? ¿No se han ejecutado hoy cargas sobre el pueblo que escuchaba tranquilamente un orador? ¿No sigue siendo ese verdugo de Trepov el amo de Petersburgo?

—¡Abajo Trepov! — gritaron nuevamente desde abajo.

—¡Abajo Trepov. sí!, pero, ¿creen ustedes que sea el único? ¿No hay en las reservas de la burocracia muchos otros truhanes que pueden reemplazarle? Trepov nos gobierna con la ayuda de las tropas. Los soldados de la guardia, cubiertos de la sangre del 9 de enero: ahí está su apoyo y su fuerza. Es a ellos a quienes ordena que no ahorren la munición para las cabezas y los pechos de ustedes. ¡No podemos, no queremos, no debemos seguir viviendo bajo el régimen del fusil! ¡Ciudadanos, exijamos ahora que las tropas se retiren de Petersburgo! Que no quede un soldado en veinticinco *verstas* a la redonda. Los ciudadanos libres se encargarán de mantener el orden. Nadie tendrá que sufrir ni arbitrariedad ni violencia. El pueblo tomará a todos y a cada uno bajo su protección.

—¡Que se retiren las tropas de Petersburgo!

—¡Ciudadanos! Nuestra fuerza reside en nosotros mismos. Con la espada en la mano, hemos de montar guardia ante la libertad. En cuanto al manifiesto del zar, vean: no es más que una hoja de papel. ¡Aquí está delante de ustedes, y miren: hago con ella un guiñapo! Nos la ha dado hoy, nos la quitaría mañana para hacerla pedazos, como

yo desgarró en este momento, ante las miradas de ustedes, este papelucho de libertad...

Dos o tres oradores hablaron después y todos terminaron sus discursos invitando a la multitud a reunirse, a las cuatro, en la Perspectiva Nevski, frente a la catedral de Kazán, para ir desde allí a las prisiones a reclamar la amnistía.

El ministro Witte

El 17 de octubre, el gobierno del zar, cubierto por la sangre y las maldiciones de los siglos, había capitulado ante la sublevación de las masas obreras en huelga. Ningún intento de restauración podría nunca borrar de la historia este acontecimiento. Sobre la corona sagrada del absolutismo, la bota del proletario había aplicado su marca imborrable. El mensajero de la capitulación, tanto en la guerra interior como en la extranjera, fue el conde Witte. Era un plebeyo, un advenedizo, un intruso en la alta burocracia; como las gentes de este medio, era inaccesible a la influencia de las ideas generales, de los principios morales y políticos; pero, en comparación con sus rivales, tenía la ventaja de no estar vinculado por ninguna de las tradiciones de la nobleza, de la corte y de sus caballerizas. Esto le había permitido progresar, convertirse en un burócrata ideal, libre de compromisos no sólo hacia la necesidad, la religión, la conciencia y el honor, sino también hacia los prejuicios de su clase. Se adaptaba así con mayor facilidad a las exigencias elementales.

El mensajero de la capitulación, en la guerra interior de los monjes mayores, tenía el aire de un genio político.

La carrera constitucional del conde Witte descansa enteramente sobre la revolución. Durante diez años te-

nedor de libros no controlado y cajero de la autocracia, había sido, en 1902, absorbido por su adversario Pleve en el puesto sin importancia de presidente del Consejo de ministros. Cuando el propio Pleve hubo "pasado a la reserva" por la bomba de un terrorista, Witte logró hacerse valer, con el concurso de celosos periodistas, en el papel de salvador de Rusia. Se contaba con tono significativo que apoyaba todas las medidas liberales del conde Sviatopolsk-Mirski. Con ocasión de las derrotas que sufrimos en oriente, este hombre perspicaz meneaba la cabeza. En vísperas del 9 de enero, respondió a los liberales asustados: "Ustedes saben que no dispongo del poder". Así, los atentados terroristas, las victorias japonesas y los acontecimientos revolucionarios le abrieron el camino. De Portsmouth, donde había añadido su rúbrica a un tratado dictado por las finanzas mundiales y sus agentes políticos, regresó como triunfador. Hubiera podido creerse que era él, Witte, y no el mariscal Oyama, quien había alcanzado todas las victorias del Lejano Oriente. Sobre este hombre providencial se concentraba la atención del mundo burgués en su totalidad. En París, el periódico *Le Matin* había expuesto en vitrina un trozo de secante que Witte aplicara sobre su firma en Portsmouth. Todo en él excitaba el interés de los papanatas: su estatura colosal, su descuidado pantalón, e incluso su nariz medio aplastada. La audiencia que obtuvo del káiser Guillermo fijó aún más sólidamente sobre su cabeza la aureola de gran hombre político. Por otra parte, su entrevista secreta con el emigrado Struve mostraba que podría lograr la adhesión del liberalismo más "sedicioso". Los banqueros se sentían transportados de alegría: este hombre sabría asegurarles el pago regular de sus intereses. Witte recuperó con un aire satisfecho y seguro de sí mismo su puesto sin autori-

dad; pronunció discursos liberales en el comité y, especulando visiblemente sobre las perturbaciones, declaró que la diputación de los ferroviarios en huelga representaba “las mejores fuerzas del país”. No se había equivocado en sus cálculos: la huelga de octubre le elevó al rango de ministro autócrata de la Rusia constitucional.

Witte dio su nota más liberal en el “muy respetuoso informe” en que exponía su programa. Intenta en él elevarse desde la antecámara y el cortesano, desde las covachuelas y el fisco, a la altura de las ideas políticas más generales. El informe reconoce en efecto que la agitación que se ha apoderado del país no es simplemente la obra de agitadores; que proviene de haberse roto el equilibrio entre las tendencias de la “sociedad” pensante y las formas exteriores de su existencia. Si, no obstante, se deja de lado el medio para el cual este informe estaba escrito, si se le considera como el programa de “un hombre de Estado”, uno se sorprende por la indigencia del pensamiento, el sesgo evasivo y cobarde de la forma, la falta de precisión del lenguaje, hecho en realidad para las covachuelas. La declaración sobre las libertades públicas se presenta con un aspecto confuso, que subraya tanto más la energía de los comentarios por los que son limitadas estas libertades. Cuando se atreve a tomar la iniciativa de una reforma constitucional, Witte ni siquiera pronuncia la palabra *Constitución*. Espera realizarla insensiblemente en la práctica apoyándose sobre personas que ni su nombre pueden tolerar. Pero, para eso, requiere tranquilidad. Declara pues que, de ahora en adelante, los arrestos, las confiscaciones y las ejecuciones tendrán lugar, aunque sobre la base de las antiguas leyes, “en el espíritu” del manifiesto del 17 de octubre. En su truhanesca simplicidad, esperaba que la revolución capitulara inmediatamente ante su liberalismo como el día anterior la autocracia había capitulado ante la revolución. Cometía un grosero error.

Si Witte recibió el poder gracias a la victoria o, por mejor decir, gracias a la semivictoria de la huelga de octubre, las propias circunstancias que le procuraron el ascenso vinieron a colocarle en una situación sin salida. La revolución no se mostró lo bastante fuerte como para demoler la vieja maquinaria gubernamental y construir una nueva con los elementos de su propia organización. El ejército permanecía en las mismas manos. Todos los viejos administradores, desde los gobernadores de provincia hasta los jefes de policía, elegidos para el servicio de la autocracia, conservaron sus puestos. Las antiguas leyes siguieron igualmente en vigor, en espera de la promulgación de otras nuevas. De esta manera, el absolutismo, como hecho material, subsistía íntegramente. Permanecía el mismo título, pues el nombre de autócrata siguió adherido al de zar. Es cierto que las autoridades recibieron la orden de aplicar las leyes del absolutismo "en el espíritu" del manifiesto del 17 de octubre. Pero era como si le hubieran propuesto a Falstaff entregarse a la orgía con un "espíritu de castidad". Como resultado, los autócratas locales de las sesenta satrapías rusas perdieron completamente la cabeza. Tanto se ponían a la cola de las manifestaciones revolucionarias y saludaban militarmente la bandera roja, como parodiaban a Gessler, exigiendo que la población se descubriese ante ellos, en tanto que representantes de la persona sagrada de Su Majestad, ora autorizaban a los socialdemócratas a solicitar a las tropas que prestasen juramento, ora organizaban abiertamente matanzas contrarrevolucionarias. El resultado fue una anarquía completa. No existía el poder legislativo. Ni siquiera se sabía cuándo ni cómo serían convocados los representantes de ese poder.

Cada vez eran mayores las dudas sobre si alguna vez llegaría a reunirse la Asamblea. Por encima de este

caos, el conde Witte conservaba su equilibrio, esforzándose en engañar a Peterhof y a la revolución y, posiblemente, engañándose a sí mismo más que a nadie. Recibía innumerables diputaciones, radicales y reaccionarias, se mostraba igualmente prevenido con unas como con las otras, exponía confusamente sus planes ante los corresponsales de Europa, redactaba todos los días comunicados gubernamentales, en los que suplicaba con tono lacrimoso a los alumnos de los institutos que no participasen en las manifestaciones organizadas contra el poder, y recomendaba a todas las clases de los institutos y a todas las clases de la sociedad, el autodomínio y el regreso a un trabajo regular; en una palabra, hacía todas las estupideces imaginables.

Como contrapartida, los elementos contrarrevolucionarios de la burocracia no perdían tiempo. Habían aprendido a sus propias expensas a apreciar la ayuda de las "fuerzas sociales": en todas partes patrocinaban organizaciones pogromistas y, sin cuidarse de la jerarquía burocrática oficial, se unían estrechamente, teniendo además un hombre propio en el mismo ministerio, un hombre llamado Durnovo. Se trataba de uno de los más viles representantes de la vil burocracia rusa, un canalla a quien el inolvidable Alejandro III se había visto obligado a expulsar diciendo: "¡Quítenme a este cerdo de la vista!". Se sacó a Durnovo del cubo de basura para servirse de él, en calidad de ministro del Interior, como contrapeso del jefe "liberal" del gabinete. Witte aceptó esta colaboración deshonorosa incluso para él y vio así su propio papel reducido a una ficción, así como el manifiesto había sido reducido por la práctica burocrática. Tras haber publicado toda una serie de escritos confusos, redactados según el espíritu liberal de las covachuelas, y fatigosos para todo el mundo, Witte llegó a la conclusión de que la sociedad rusa carecía del más

rudimentario sentido político, de toda fuerza moral y de instintos sociales. Constató su propio fracaso y previó que una sangrienta política de represión sería inevitable como medida preparatoria para la instauración del nuevo régimen. Pero no se juzgaba llamado a cumplir esta obra, creía carecer de “las capacidades necesarias” y prometió ceder su lugar a otro. Mentía una vez más en esta ocasión. Primer ministro sin autoridad, despreciado de todos, conservó su puesto durante todo el periodo de diciembre y enero, mientras que el dueño de la situación, Durnovo, con las mangas remangadas, realizaba su trabajo de carnicero contrarrevolucionario.

Los primeros días de la libertad

El mismo día de la publicación del manifiesto del zar, el *Soviet* dijo clara y limpiamente lo que pensaba. Los representantes del proletariado exigieron: la amnistía, la dimisión de la policía de arriba abajo, el retiro de las tropas y la creación de una milicia popular. Comentando esta resolución en un artículo de fondo del *Izvestia*, escribíamos:

De manera que se nos da una Constitución. Se nos concede la libertad de reunión, pero las reuniones son acosadas por la tropa. Se nos ha dado la libertad de palabra y no ha sido tocada la censura. Se nos ha dado la libertad de la ciencia, pero las universidades están ocupadas por los soldados. Se nos ha dado la inviolabilidad de la persona, pero las prisiones están atestadas. Se nos ha dado a Witte, pero se ha dejado a Trepov. Se nos ha dado una Constitución, pero la autocracia permanece. Se nos ha dado todo, y no tenemos nada. ¿Y esperan aún un apaciguamiento?

Se verán decepcionados. El proletariado sabe lo que quiere y lo que no quiere. No quiere a ese bribón de policía que se llama Trepov, ni a ese cortesano liberal que se llama Witte; no quiere ni al lobo, ni a la zorra. No quiere la *nagaika* envuelta en el pergamino de la Constitución.

El *soviet* emite entonces esta decisión: *la huelga general continúa.*

Las masas obreras cumplen la voluntad del *soviet* con una unanimidad sorprendente. No sale humo de las chimeneas de las fábricas, que rinden testimonio mudo del escepticismo de los barrios obreros, en los que no ha penetrado la ilusión constitucional. Sin embargo, a partir del 18, la huelga pierde su carácter combativo. Se transforma en una grandiosa manifestación de desconfianza. Pero he aquí que la provincia, a la que ha desbordado la capital en su lucha, vuelve al trabajo. El 19, termina la huelga en Moscú. El *soviet* de Petersburgo fija la vuelta al trabajo para el 21 de octubre a mediodía. Abandonando el último campo de batalla, organiza una admirable demostración de disciplina proletaria: invita a miles y miles de obreros a dejar sus herramientas el mismo día y a la misma hora.

Antes de que concluyese la huelga de octubre, el *soviet* pudo apreciar la enorme influencia que había adquirido en una semana: lo vio el día en que, a petición de las multitudes, se puso a su cabeza y pasó con ellas en cortejo por las calles de Petersburgo.

El 18, hacia las cuatro de la tarde, cientos y miles de personas se habían reunido ante la catedral de Kazán. La consigna era: amnistía. La muchedumbre quería ir a las prisiones, solicitaba ser dirigida y avanzó hacia el lugar en que tenían su sesión los diputados obreros. A las seis

de la tarde, el *soviet* designa tres de sus miembros para conducir la manifestación. Ostentando vendas blancas sobre la cabeza y en el brazo, se asoman en la ventana del tercer piso. Abajo, el océano humano respira y se agita. Las banderas rojas flotan sobre la negra superficie como las velas de la revolución. Fuertes clamores acogen a los elegidos. El *soviet* en pleno baja a la calle y se sumerge en la multitud. “¡Un orador!” Decenas de brazos se tienden hacia el orador; un instante más y se encuentra en pie sobre los hombros de un desconocido. “¡Amnistía! ¡A las cárceles!” Himnos revolucionarios, gritos sin fin... Sobre la plaza de Kazán y cerca de la de Alejandro, las cabezas se descubren: aquí se unen a los manifestantes las sombras de las víctimas del 9 de enero. Se canta en su honor *Memoria eterna* y *Caísteis en sacrificio*... Las banderas rojas pasan delante de la casa de Provedonostsev. Se elevan silbidos y maldiciones. ¿Las escucha el viejo buitre? Podría asomarse sin miedo: en este momento, nadie le tocaría. ¡Contemple con sus propios ojos el viejo criminal al pueblo revolucionario que se ha hecho amo de Petersburgo! ¡Y adelante!

Dos o tres manzanas de casas más y la multitud se encuentra ante la prisión preventiva. Llegan noticias de que un fuerte destacamento de soldados se halla emboscado en la misma. Los guías de la manifestación deciden adelantarse para un reconocimiento. En este momento se acerca una diputación de la Unión de Ingenieros — más tarde se supo que la mitad de los miembros de esta diputación habían usurpado su título —, y anuncia que el *ukase* de amnistía está ya firmado. Todos los centros de detención están ocupados por tropas, y la Unión puede afirmar, de fuente segura, que de aproximarse la multitud a las prisiones, Trepov tiene las manos libres y por consiguiente se hace

inevitable la efusión de sangre. Tras ponerse rápidamente de acuerdo, los representantes del *soviet* dispersan la multitud. Los manifestantes juran que si el *ukase* no se promulga, se reunirán ante el llamamiento del *soviet* y marcharán sobre las prisiones.

La lucha por la amnistía tuvo lugar en todos los puntos del país. En Moscú, el 18 de octubre, una multitud enorme obtuvo del general gobernador la liberación inmediata de los prisioneros políticos cuya lista fue entregada a una diputación del comité de huelga — futuro *Soviet* de Diputados Obreros de Moscú —; la liberación se efectuó bajo el control de esta diputación. El mismo día, el pueblo rompía las puertas de las prisiones de Simferopol, liberando a los presos políticos. En Odesa y Reval, los reclusos salieron igualmente de sus calabozos ante la petición formal de los manifestantes. En Bakú, un intento de asalto llevó a una escaramuza con las tropas: hubo tres muertos y 18 heridos. En Saratov, Windau, Tashkent, Poltava, Kovno... en todas partes, avanzaban las manifestaciones hacia las cárceles. “¡Amnistía!”: No sólo las piedras de las calles sino hasta la misma Duma municipal de Petersburgo repetía ese grito.

— ¡Vamos, gracias a Dios! ¡Les felicito, señores! — declaró Witte, colgando el teléfono y dirigiéndose a tres obreros que representaban al *soviet*. — El zar ha firmado la amnistía.

— ¿Es una amnistía entera o parcial, conde?

— La amnistía es otorgada dentro de límites razonables, pero aún con todo es bastante amplia.

El 22 de octubre, el gobierno publicaba finalmente el *ukase* imperial “sobre el alivio de la suerte de las personas que, antes de la promulgación del manifiesto, hubiesen sido halladas culpables de actos criminales contra el

Estado"; era un acto de mezquino cambalache, redactado con toda una graduación de "misericordias". Era la obra lógica de un poder en el que Trepov encarnaba el Estado y Witte el liberalismo.

Pero hubo una categoría de "criminales de Estado" a quienes este *ukase* no alcanzó ni podía alcanzar. Eran aquellos a los que se había torturado, decapitado, estrangulado, despedazado y fusilado, eran todos los que habían muerto por la causa popular. En estas horas de octubre en que las masas revolucionarias se inclinaban piadosamente sobre las plazas ensangrentadas de Petersburgo, conmemorando las víctimas del 9 de enero, había ya en los depósitos de la ciudad nuevos cadáveres, los de los primeros muertos de la era constitucional. Como la revolución no podía devolver la vida a sus nuevos mártires, resolvió sencillamente adoptar el luto y hacerles funerales solemnes. El *soviet* fija para el 23 de octubre la manifestación general de las exequias. Se propone informar de ello al gobierno por diputación, alegando ciertos precedentes: efectivamente, un día el conde Witte había dado orden de poner en libertad a dos agitadores detenidos en un mitin; en otra ocasión, había hecho abrir de nuevo la fábrica estatal del Báltico, cerrada durante la huelga de octubre. Después de escuchar las objeciones y advertencias de los representantes oficiales de la socialdemocracia, la asamblea decide hacer saber al conde Witte, mediante una delegación especial, que el *soviet* toma sobre sí la responsabilidad del orden durante la manifestación y exige que sean alejadas la policía y las tropas.

El conde Witte está muy ocupado y acaba de rehusar una audiencia a dos generales; pero recibe sin discusión a la diputación del *soviet*.

¿Un desfile? Nada tiene personalmente que objetar: "Los desfiles de este género son perfectamente tolerados en

Europa occidental". Pero no es él quien puede decidir. Hay que dirigirse a Dimitri Fedorovich Trepov, puesto que la ciudad se halla confiada a su custodia.

—No podemos dirigirnos a Trepov; carecemos de los poderes necesarios.

—Lo siento. De otro modo, podrían comprobar por ustedes mismos que no es en modo alguno la bestia feroz que se pretende.

—¿Y qué dice de la famosa orden: "No ahorrar munición", conde?

— ¡Oh! Es una frase que se le escapó en un momento de cólera...

Witte da un telefonazo, Trepov le participa con deferencia su deseo de "que no se vierta sangre" y espera una decisión. Trepov, altivamente, le envía al *gradonatchalnik*. El conde escribe con toda rapidez unas palabras a este último y entrega la carta a la diputación.

—Tomamos su carta, conde, pero pretendemos conservar la libertad de nuestros actos. No estamos seguros de tener que utilizar esta nota.

—¡Ah, naturalmente, naturalmente! ¡Nada tengo que objetar a eso!

Es un verdadero corte en la historia de octubre. El conde Witte felicita a los obreros revolucionarios por haber obtenido la amnistía. El conde Witte desea que el desfile tenga lugar sin efusión de sangre, "como en Europa". Poco seguro de poder derribar a Trepov, intenta entonces reconciliar con él al proletariado. Representante supremo del poder, se sirve de una diputación obrera para solicitar al jefe de policía que tenga a bien tomar la Constitución bajo su custodia. ¡Cobardía, bribonada, estupidez! Tal es la divisa del gobierno constitucional.

En contrapartida, Trepov camina recto hacia adelante. Declara que "en esta época de trastornos, en el momento

en que una parte de la población está dispuesta a alzarse, con las armas en la mano, contra la otra, ninguna manifestación sobre el terreno político, en el interés mismo de los manifestantes, puede ser tolerada”, e invita a los organizadores de la manifestación a renunciar a su designio “en razón de las penosas consecuencias que podrían tener las medidas de firmeza que deberá tomar sin duda la autoridad policial”. Era claro y nítido como un sablazo o un disparo de fusil. Armar la canalla de la ciudad en las comisarías, echarla sobre la manifestación, ocasionar la confusión y aprovecharla para hacer intervenir la policía y las tropas, atravesar la ciudad como un ciclón, dejando tras de sí la sangre, la devastación, el humo de los incendios y la rabia impotente de la multitud, era el invariable programa del bribón de policía a quien un idiota coronado había confiado la suerte del país. Los platillos de la balanza gubernamental oscilaban en aquel momento: ¿Witte o Trepov? ¿Iba a ampliarse la experiencia constitucional o iba a ser ahogada en un pogromo? Decenas de ciudades, durante esta luna de miel, se convirtieron en teatros de acontecimientos atroces cuyos hilos se encontraban en manos de Trepov. Pero Mendelssohn y Rothschild preferían la Constitución: las leyes de Moisés, como las de la bolsa, les prohíben el consumo de sangre fresca. En eso residía la fuerza de Witte. La situación oficial de Trepov fue desmontada y Petersburgo era su último reducto.

El momento estaba cargado de responsabilidades. El *Soviet* de Diputados no tenía interés alguno en apoyar a Witte, y tampoco el deseo de hacerlo, cosa que demostró unos días más tarde. Y bajar a la calle era ir al encuentro de las miras del general. Naturalmente, la situación política no se resumía sólo en el conflicto que había surgido entre la bolsa y las cámaras de tortura. Era posible situarse por encima

de los planes de Witte y de Trepov, y buscar concientemente un encuentro para barrer a ambos. Ésta era precisamente, en su dirección general, la política del *soviet*: miraba de frente y marchaba hacia un conflicto. Sin embargo, no se creía autorizado a acelerar su llegada. Mejor sería más tarde. Buscar una batalla decisiva en una manifestación de duelo, en el momento en que la energía titánica desplegada por la huelga de octubre comenzaba a decaer, abriendo paso a una reacción psicológica temporal de cansancio y satisfacción, hubiera sido un error monstruoso.

El autor de este libro —creo necesario mencionar este hecho porque más tarde he sufrido severos reproches a este respecto— propuso renunciar a la manifestación proyectada con ocasión de las exequias. El 22 de octubre, en una sesión extraordinaria del *soviet*, a la una de la madrugada, después de debates apasionados, la moción que habíamos presentado fue adoptada por aplastante mayoría. Éste era su texto:

El *Soviet* de Diputados Obreros tenía la intención de organizar funerales solemnes a las víctimas de un gobierno criminal, el domingo 23 de octubre; pero la intención pacífica de los obreros de Petersburgo ha indignado a todos los representantes sanguinarios de un régimen que expira. El general Trepov, que se ha alzado sobre los cadáveres del 9 de enero y que nada tiene que perder en la estima de la revolución, ha lanzado hoy un desafío al proletariado de la capital. En su insolente declaración, Trepov da a entender que dirigirá contra el pacífico cortejo las bandas negras armadas por la policía, y que a continuación, bajo el pretexto de apaciguamiento, ensangrentará una vez más las calles de Petersburgo. A fin de deshacer este plan

diabólico, el *Soviet* de Diputados Obreros declara que el proletariado de la capital libraré su última batalla con el gobierno del zar, no en el día y la hora que escoja Trepov, sino cuando las circunstancias se presenten de manera ventajosa para el proletariado organizado y armado. En consecuencia, el *Soviet* de Diputados Obreros decide sustituir las exequias solemnes por imponentes mítines que serán organizados en diversos lugares de la ciudad para honrar a las víctimas; se recuerda además que los militantes caídos en el campo de batalla nos han dejado, al morir, la consigna de multiplicar nuestros esfuerzos para armarnos y acelerar la proximidad del día en que Trepov, con toda su banda policial, sea arrojado al montón de inmundicias en que debe ser sepultada la monarquía.

Los sicarios de su majestad

El *soviet* liquidaba la huelga de octubre en días sombríos: los llantos de inocentes asesinados, las maldiciones furiosas de las madres, los estertores de los viejos y los rugidos de la desesperación subían hacia los cielos desde todos los puntos del país. Un gran número de ciudades y localidades se habían transformado en un infierno. El humo de los incendios velaba los rayos del sol, las llamas devoraban calles enteras, sus casas y sus habitantes. El antiguo régimen se vengaba de las humillaciones que había sufrido.

Reunió por todas partes sus falanges, en todos los escondrijos, en todos los cuchitriles, en todas las madrigueras. Podía reconocerse en este ejército al pequeño tendero y al mendigo, al tabernero y a su cliente habitual, al dependiente y al soplón, al ladrón profesional y al ratero, al pequeño artesano y al portero de la casa de placer, al os-

curo *mujik* hambriento y recién llegado del campo a quien aturde el estruendo de la fábrica. La miseria amargada, las tinieblas profundas y el vicio que se vende se colocan bajo el mando de los privilegios rapaces y de la alta anarquía.

Los malandrines se habían entrenado en las manifestaciones de masa, en los cortejos “patrióticos” que formaron al comienzo de la guerra ruso-japonesa. Fue entonces cuando se vieron aparecer los accesorios indispensables: el retrato del emperador, una botella de vodka y la bandera tricolor. Desde entonces la organización regular de los bajos fondos recibió un prodigioso desarrollo: si la masa de los autores de pogromos —si es que puede hablarse aquí de masa— se recluta casi al azar, el núcleo de este ejército siempre es disciplinado y organizado militarmente. Recibe la consigna desde arriba y la transmite hacia abajo, fija la hora de la manifestación y la medida de las atrocidades a cometer. “Puede organizarse un pogromo a su gusto —declaraba un cierto Kommisarov, funcionario del Departamento de Policía—, tendremos diez hombres si lo desea y diez mil si los necesita.”

Cuando un pogromo debe tener lugar, todo el mundo lo sabe de antemano: se distribuyen llamamientos, artículos odiosos aparecen en el órgano oficial *Gubernskia Viedomisti* (La información provincial), en ocasiones incluso se publica una gaceta especial. El *gradonatchalnik* de Odesa firma y lanza una proclama para llamar a las bandas negras a la matanza. Cuando ha sido preparado el terreno, se ve venir a los especialistas de este género de asuntos, como actores en gira. Esparcen rumores siniestros entre las masas ignorantes: parece ser que los judíos se disponen a caer sobre los ortodoxos; los socialistas han profanado un verdadero ícono; los estudiantes han hecho pedazos un retrato del zar. Si no hay universidad en la ciudad, se atribu-

ye este sacrilegio a miembros del *zemstvo* liberal o incluso a alumnos del bachillerato. Son extrañas noticias que se transmiten de un extremo a otro del país por telégrafo, confirmadas incluso por personajes oficiales. Al mismo tiempo, los preparativos continúan: se redactan listas de proscripción en las que se mencionan las casas y las personas que los bandidos deben atacar en primer lugar; se elabora un plan general; se hace venir de los suburbios, para una fecha determinada, a los miserables, a los hambrientos. Al llegar el gran día, el oficio divino se celebra en la catedral. El obispo pronuncia un sermón. A la cabeza del cortejo patriótico marcha el clero, con el retrato del zar sacado de la jefatura de policía, con innumerables banderas nacionales. La música militar acompaña a la procesión y toca sin descanso. Por los lados y cerrando la fila, la policía. Los gobernadores saludan al cortejo, los jefes de policía besan en público a los directores de la banda. Las campanas de las iglesias redoblan. “¡Descúbranse!” En medio de la multitud están diseminados instructores especiales, venidos de fuera, y miembros de la policía local, de civil, pero que a veces, por falta de tiempo, han conservado el pantalón del uniforme. Siguen atentamente todo lo que sucede, animan, exaltan a la multitud, la hacen comprender que todo está permitido y buscan la ocasión de abrir fuego. Al comienzo, sólo se rompen cristales, se maltrata a los viandantes o se entra de paso en las tabernas donde se bebe gratis. La música militar repite incansablemente el himno ruso, “¡Dios guarde al emperador!”, el himno de los pogromos. Si la ocasión se hace esperar demasiado, se la provoca: alguien escala un granero y, desde allí arriba, dispara sobre la multitud, casi siempre al aire. Las bandas armadas de pistolas por la policía cuidan de que el furor de la multitud no se paralice por el espanto. Al disparo del provocador, responden con

una salva dirigida hacia las ventanas de un piso designado de antemano. Rompen todo en las tiendas y extienden delante del cortejo piezas de paño y de seda que proceden de un pillaje. Si se tropieza con medidas de defensa, las tropas regulares vienen en ayuda de los bandidos. Todo retrocede ante los fusiles... Protegida en su vanguardia y en su retaguardia por patrullas de soldados, con un escuadrón de cosacos que se adelanta a un reconocimiento, dirigida por policías y provocadores, acompañada de mercenarios y merodeadores voluntarios que husmean la ganancia, la banda se precipita a través de la ciudad en una locura de embriaguez y de sangre... El pordiosero es amo de la situación. Hace un momento todavía esclavo tembloroso, perseguido por la policía, muerto de hambre, siente que ahora ninguna barrera podría oponerse a su despotismo. Todo le está permitido, dispone del honor de los ciudadanos como de los bienes, tiene derecho de vida y muerte. Si le conviene, arrojará a la calle a una anciana desde la ventana de un tercer piso, destrozará un piano, romperá a sillazos la cabeza de un lactante, violará una niña ante los ojos de la multitud, hundirá clavos en un cuerpo vivo... Asesina familias enteras; rocía de petróleo una casa, hace de ella un brasero y, con su garrote, remata a los que se arrojan al pavimento. Los miserables irrumpen en un hospicio armenio, decapitan ancianos, enfermos, mujeres, niños... No hay suplicio imaginado por un cerebro furioso de vino y de fanatismo que le sea prohibido. Lo puede todo, y a todo se atreve... ¡Dios guarde al emperador! ¡Un joven ha visto tan de cerca la muerte que sus cabellos, en unos minutos, han emblanquecido! ¡Un muchachito de diez años ha perdido la razón sobre los cadáveres mutilados de sus padres! ¡Un médico, que había conocido todos los horrores del sitio de Port Arthur sin vacilar, no ha podido soportar en cambio

ni unas horas del pogromo de Odesa, y se sume en las tinieblas eternas de la locura. ¡Dios guarde al emperador!... Ensangrentadas, quemadas, enloquecidas, las víctimas corren de un lado a otro en un pánico de pesadilla, buscando una sombra de salvación. Unos despojan a los muertos de sus ropas ensangrentadas, se las ponen y se acuestan entre los montones de cadáveres, permaneciendo inmóviles en ellos durante horas, durante uno, dos o tres días... Otros caen de rodillas ante los oficiales, los policías, ante los asesinos, extienden los brazos, se arrastran en el polvo, besan las botas de los soldados, suplican, piden socorro. La respuesta son risas de borracho. "¿No pedían ustedes la libertad?, ¡disfrútenla!" En estas palabras se resume la moral, la infernal política de los pogromos... Ebrio de sangre, el por Diosero prosigue su camino. Lo puede todo, a todo se atreve, es el amo. El "zar blanco" le ha permitido todo, ¡viva el zar blanco! No se equivoca. Es el autócrata de toda Rusia y no otro quien sirve de protector supremo a esta camorra semigubernamental de bandidos y asesinos, apoyada por la burocracia oficial, que agrupa en las provincias más de cien representantes de la alta administración y tiene por Estado Mayor la camarilla de cortesanos. Limitado y atemorizado, todopoderoso y nulo de espíritu, presa de prejuicios dignos de un esquimal, envenenada la sangre con todos los vicios de la raza imperial, Nicolás Romanov, como muchos de los de su oficio, haría la más crapulosa depravación con una ferocidad apática. La revolución, a partir del 9 de enero, le despojó de sus insignias sagradas y en adelante ha de imponer él mismo sin vergüenza su corrupción. Están lejos los días en que, permaneciendo él mismo en la sombra, se contentaba con los servicios de Trepov para la organización de los pogromos. Ahora se muestra orgulloso del vínculo que le une a la insolente canalla de las tabernas

y las compañías punitivas. Arrojando a los pies el principio tontamente convencional de “la monarquía fuera de los partidos”, intercambia telegramas amistosos con bandidos reputados como tales, concede audiencias a “patriotas”, a quienes el desprecio general ha cubierto de salivazos y, ante las exigencias de la Unión del Pueblo Ruso, otorga la gracia sin excepción a los asesinos y los saqueadores a los que sus propios tribunales han condenado. Es difícil imaginarse un sinvergüenza con menos respeto hacia el ideal místico de la monarquía: en cualquier país, cualquier tribunal se creería obligado a condenar a este verdadero y auténtico soberano a trabajos forzados a perpetuidad, salvo si reconociera en él un caso de locura completa.

Durante la sombría bacanal de octubre, comparada con la cual los horrores de la noche de San Bartolomé parecen un inocente efecto teatral, hubo, en cien ciudades, de tres a cuatro mil personas asesinadas y diez mil mutiladas. Las pérdidas materiales, estimadas en decenas, si no en cientos de millones de rublos, sobrepasan con mucho los daños sufridos por los propietarios durante las agitaciones agrarias... ¡Así es como el antiguo régimen se vengaba de haber sido humillado!

¿Cuál fue el papel de los obreros en presencia de tantas atrocidades? A fines de octubre, el presidente de la Federación de Sindicatos de Estados Unidos envió, dirigido al conde Witte, un telegrama en el que invitaba enérgicamente a los obreros rusos a reaccionar contra los pogromos que amenazaban la libertad recientemente conquistada. “En nombre de tres millones de obreros organizados –terminaba el telegrama– y aún más, en nombre de todos los obreros de los Estados Unidos, le ruego, señor conde, transmitir este mensaje a sus conciudadanos, nuestros hermanos obreros.” Pero el conde Witte, que se daba

algún tiempo atrás aires de demócrata en Norteamérica, proclamando que “la pluma es más fuerte que la espada”, no encontró vergonzoso esconder el telegrama en el cajón más secreto de su despacho. El *soviet* no fue informado a este respecto sino en noviembre, y por caminos desviados. Pero los obreros rusos —y ello les honra— no habían esperado las advertencias de sus amigos de ultramar para intervenir activamente en la aventura sangrienta. En gran número de ciudades, organizaron compañías armadas que resistieron a veces heroicamente a los bandidos, y si la tropa por su parte hubiera guardado al menos la neutralidad, las milicias obreras no hubiesen precisado esfuerzo alguno para reprimir los desbordamientos de los bribones.

A lado de esta pesadilla —escribía entonces Nemirovich-Danchenko, viejo escritor, absolutamente ajeno al socialismo y al proletariado—, a lado de esta noche de Walpurgis del monstruo moribundo, consideren ustedes la asombrosa firmeza, el orden y la disciplina que presidieron el grandioso movimiento de la clase obrera. Estos no se han deshonrado ni por asesinatos, ni por pillajes; por el contrario, en todas partes han venido en ayuda de la sociedad y, ciertamente, se han mostrado mucho más capaces que la policía, los cosacos y los gendarmes de defenderla contra la locura devastadora de los caínes sanguinarios. Las compañías obreras se formaron allí donde los bribones comenzaban a manifestar su locura furiosa. La fuerza nueva que entra en la arena de la historia ha aparecido tranquila en la conciencia de su derecho, moderada por el triunfo de su ideal de bien y de libertad, organizada y disciplinada como un ver-

dadero ejército, sabiendo perfectamente que su victoria es la victoria de todas las ideas generosas en cuyo nombre la humanidad existe, de todo lo que satisface al hombre, de todo aquello por lo que lucha y soporta mil tormentos.

No hubo pogromos en Petersburgo. Sin embargo, los preparativos de la matanza se hicieron abiertamente. Los israelitas de la capital vivían en continua alarma. A partir del 18, en diversos barrios de la ciudad, fueron maltratados estudiantes, obreros, agitadores, judíos. Las bandas no se muestran sólo en las afueras de la ciudad; avanzan sobre la Perspectiva Nevski, se arrojan sobre los viandantes, con abucheos y silbidos, empleando mazos, navajas automáticas y *nagaikas*. Varios diputados del *soviet* se vieron atacados y, por lo tanto, se proveyeron de revólveres. Agentes de policía incitaban a los comerciantes y a sus dependientes a atacar el cortejo fúnebre que debía atravesar la ciudad el 23 de octubre... Si las Centurias Negras fueron obligadas a contentarse con una guerra de guerrillas, no fue por culpa suya.

Los obreros se preparaban activamente para defender la ciudad. Algunos equipos se comprometieron a bajar a la calle en cuanto el teléfono les señalara el peligro. Las tiendas de armas vendían las *brownings* sin contar y sin preocuparse de los límites que la policía había fijado a este comercio. Pero los revólveres cuestan caro, las gentes del pueblo no pueden pagarlos: los partidos revolucionarios y el *soviet* llegan difícilmente a proporcionar a sus compañías las armas indispensables. Sin embargo, los rumores que anuncian un pogromo se hacen cada vez más amenazadores. El 29 de octubre, un poderoso impulso arrastra a las masas proletarias de Petersburgo: cada uno se arma como

puede. Todas las fábricas, todos los talleres que trabajan el hierro o el acero comienzan a fabricar, por su propia iniciativa, armas blancas. Varios miles de martillos dan forma a puñales, picas, látigos de alambre y mazos. Por la noche, en la sesión del *soviet*, los diputados suben a la tribuna uno tras otro, exhiben sus cuchillos, los blanden bien alto por encima de las cabezas y hacen público el juramento hecho por sus electores de aplastar el pogromo al primer intento. Semejante manifestación podía ya bastar para paralizar toda iniciativa de los bandidos de profesión. Pero los obreros no se limitaron a eso. En el arrabal del Neva, en los barrios de las fábricas, organizaron una verdadera milicia con servicios de noche regulares. Determinados grupos se encargaron además de montar guardia en los locales de la prensa revolucionaria. Era una medida indispensable en una época en que el periodista redactaba su artículo y el cajista de pie ante su caja, tenían cada uno su revólver en el bolsillo. Armándose para la defensa contra las bandas negras, el proletariado se armaba necesariamente contra el poder imperial. El gobierno lo comprendía muy bien y manifestó su inquietud. El 8 de octubre, el *Pravitel'svenni Vestnik* (Monitor) hizo conocer al público lo que todo el mundo sabía muy bien sin él:

En estos últimos tiempos, los obreros se arman con revólveres, escopetas, puñales, cuchillos y picas. Entre los obreros de este modo armados, y cuyo número se eleva, según nuestras informaciones, a seis mil, se ha formado un grupo que ha tomado el nombre de milicia, o compañía de protección, y cuyo efectivo es de unos trescientos hombres; estos obreros recorren las calles por la noche, en destacamentos de diez, bajo pretexto de mantener el orden; su objetivo es en reali-

dad proteger a los revolucionarios contra las medidas de la policía o contra el ejército.

Una campaña regular se abrió en Petersburgo contra las milicias. Sus destacamentos fueron dispersados, sus armas confiscadas. Pero para entonces había pasado todo riesgo de pogromo. En sentido contrario, otro peligro se anunciaba, mucho más grave. Si el gobierno concedía permiso a sus francotiradores, hacía entrar en escena a sus tropas regulares de *bachibuzuks*, sus cosacos y sus regimientos de la guardia; se preparaba a librar una batalla en toda línea.

La toma de las Bastillas de la censura

El *soviet* de Petersburgo condujo una hermosa campaña —bien regulada, conforme a todas las exigencias de la política y finalmente victoriosa—, por la defensa de la libertad de prensa. Encontró un fiel compañero de lucha en una joven pero sólida organización gremial y política: el Sindicato de Obreros de la Prensa.

La libertad de prensa —declaraba un orador obrero en una poblada reunión del Sindicato que precedió a la huelga de octubre—, no sólo nos es necesaria en tanto que ventaja política. Es para nosotros una reivindicación económica. La literatura, arrancada a las tenazas de la censura, permitirá la expansión del arte tipográfico y de las ramas industriales a él vinculadas.

Desde entonces, los obreros de la prensa emprenden una lucha sistemática contra los reglamentos de la censura. Ya antes, durante todo el año 1905, las tipografías legalmente autorizadas habían impreso literatura clandestina. Pero

este trabajo se realizaba con toda clase de precauciones y en una medida muy limitada. A partir de octubre, gran número de cajistas se ocupan de componer escritos de naturaleza ilegal. Apenas se sienten molestias en las imprentas por efectuar semejante trabajo. Al mismo tiempo, los obreros ejercen una presión más fuerte sobre los editores. Los cajistas exigen que la publicación de los periódicos se haga sin tener en cuenta los reglamentos de la censura y, si no logran satisfacción, amenazan con abandonar el trabajo. El 13 de octubre, se reúne una conferencia de representantes de los periódicos. Los reptiles del *Novole Vremia* se encuentran sentados a lado de los radicales de extrema izquierda. Y esta arca de Noé de la prensa petersburguesa decide “no solicitar del gobierno la libertad de prensa, sino realizarla por su propia cuenta”. ¡Cuánto valor cívico en esta decisión! Afortunadamente, la huelga general protege a los editores, y su audacia no se pone a prueba. La “Constitución” viene después en su ayuda. Los peligros del martirio político son apartados, a la mirada se abren perspectivas más radiantes puesto que se puede contemplar un acuerdo con el nuevo ministerio.

Aunque el manifiesto del 17 de octubre no decía nada de la libertad de prensa, el conde Witte explicaba a las diputaciones liberales que este silencio era un signo de asentamiento, que la libertad de palabra, que era prometida, se extendía igualmente a la prensa. Pero, añadía el primer ministro, hasta la promulgación de una nueva ley sobre la prensa, la censura permanece en vigor. Se equivocaba: su censura constitucional fue tan imponente como él mismo. No fueron los editores, fueron los obreros quienes lo decidieron.

El manifiesto del zar ha proclamado la “libertad” de la palabra en Rusia —declaró el *soviet*, el 19 de

octubre—, pero la Administración Principal de los Asuntos de Prensa subsiste todavía, el lápiz de la censura continúa sus hazañas... Los obreros aún tienen que conquistar la libertad de la palabra impresa. El *Soviet* de Diputados Obreros resuelve que sólo podrán salir los periódicos cuyos redactores conserven su independencia respecto al comité de la censura, sin someter sus números a la aprobación, y procedan como el *Soviet* de Diputados Obreros en la publicación de su periódico. Por consiguiente, los cajistas y restantes camaradas obreros de la prensa que concurren con su trabajo a la publicación de los periódicos, no se pondrán a la obra sino después de haber obtenido de los redactores la promesa formal de realizar la libertad de prensa. Hasta ese momento, los obreros de los periódicos continuarán la huelga y el *Soviet* de Diputados adoptará todas las medidas necesarias para que los camaradas en huelga disfruten de su salario. Los periódicos que no se sometan a la presente decisión serán confiscados en los lugares de venta y destruidos, las máquinas tipográficas serán saboteadas y los obreros que hubiesen transgredido la interdicción del *soviet* serán objeto de boicot.

Esta decisión, que unos días después se extendía a todos los periódicos, libros y folletos, constituyó la nueva ley sobre la prensa. La huelga de la imprenta prosiguió con la huelga general hasta el 21 de octubre. El Sindicato de Obreros de la Prensa decidió no quebrantar el paro ni siquiera para la impresión del manifiesto constitucional, y su voluntad fue rigurosamente observada. El manifiesto no apareció más que en el *Pravitelstvoenni Vestnik*, que estaba formado por soldados. Hay que añadir que un periódico reaccionario,

Sviet (La Luz), editó un ejemplar clandestino de la proclama del zar, y lo hizo escondiéndose de sus propios cajistas. El *soviet* pagó caro el gesto: su imprenta fue saqueada por los obreros de las fábricas.

¡Sólo nueve meses habían transcurrido desde el peregrinaje de enero hacia el Palacio de Invierno! ¿Era posible? ¡Diez meses antes, este mismo pueblo suplicaba al zar que le concediese la libertad de prensa! ¿Era cierto? No, en verdad nuestro viejo calendario mentía. La revolución estableció ella misma y para sí misma el cómputo de sus años: sus meses son lustros, sus años, siglos.

El manifiesto del zar no encontró entre veinte mil tipógrafos, un solo sujeto dispuesto a servirle con sus manos. Por el contrario, las proclamas de la socialdemocracia que comunicaban el manifiesto con los comentarios indispensables, se difundieron en enormes cantidades a partir del 18 de octubre. Y el segundo número del *Izvestia* del *soviet*, que apareció ese mismo día, fue distribuido en todas las esquinas. Todos los periódicos declararon tras la huelga que en adelante aparecerían sin preocuparse de la censura. Sin embargo, la mayoría no dijo una sola palabra acerca del verdadero instigador de la medida. Sólo el *Novoie Vremia*, por la pluma de su Stolipin, hermano del futuro primer ministro, expresó una tímida indignación: estábamos totalmente dispuestos, afirmaba, a hacer este sacrificio sobre el altar de la libre prensa; pero han venido a nosotros para forzarnos, quitándonos el placer que nos hubiera dado tal acto de abnegación. Un cierto Bachmakov, editor del reaccionario *Narodni Golos* (La voz del Pueblo) y del *Diario de San Petersburgo*, órgano diplomático que se publicaba en francés, no manifestó ninguna disposición liberal, no quiso hacer al mal tiempo buena cara y sonreír cuando tenía la muerte en el alma. Solicitó del ministerio una dispensa

de censura para sus pruebas y ejemplares, e imprimió una protesta furiosa:

Violando la ley mediante coacción — escribía este caballero de la reacción policial —, aunque para mí, y es mi firme convicción, la ley, por mala que sea, debe siempre ser observada hasta su abrogación regular por el poder legítimo, publico a pesar mío el presente número sin haberlo presentado a la censura y reconozco que este derecho no me pertenece. Protesto con toda mi alma contra la violencia moral que se me hace, y declaro que observaré la ley en cuanto se presente la menor posibilidad de ello, pues en esta época de perturbaciones consideraría como un deshonor ser puesto en el número de los huelguistas. Alejandro Bachmakov.

Esta declaración caracteriza a la maravilla las verdaderas relaciones que existieron entonces entre la legalidad oficial y el derecho revolucionario. Y, para ser justo, creemos necesario añadir que la conducta de Bachmakov gana mucho en comparación con la del periódico *Slovo* (La palabra), órgano de tendencia “octubrista”, que solicita oficialmente del *Soviet* de Diputados Obreros que le entregue una orden escrita para no enviar más sus números a la censura. Para transformar tímidamente el antiguo régimen, tales personas necesitaban ser autorizadas a ello por nuevos jefes. El Sindicato de Obreros de la Prensa se mantenía infatigablemente en guardia. Hoy, tenía que reaccionar contra el intento de un editor para infringir la decisión del *soviet* y entrar en relaciones con la censura que se entumecía por falta de trabajo... Mañana había que prevenir un intento de otro tipo: alguien quería servirse de la prensa para lan-

zar un llamamiento al pogromo. Casos de esta especie se presentaban con frecuencia cada vez mayor. La lucha contra la publicidad de los pogromos comenzó con la confiscación de cien mil ejemplares de una proclama, encargada y firmada por "un grupo de obreros"; el documento instaba a la población a rebelarse contra "los nuevos zares", es decir, contra los socialdemócratas. Sobre el texto original del llamamiento podían leerse las firmas del conde Orlov-Davidov y de la condesa Musina-Puchkina. Los cajistas solicitaron instrucciones del Comité Ejecutivo, que les envió la prescripción siguiente: detener las máquinas, destruir los estereotipos, confiscar las pruebas y los ejemplares. En cuanto al llamamiento mismo de aquellos bribones del gran mundo, el Comité Ejecutivo lo imprimió con los comentarios apropiados en un periódico socialdemócrata.

"Siempre que el texto no contenga un llamamiento directo a la violencia y a los pogromos, la impresión tendrá lugar sin impedimentos", tal fue el principio general establecido de concierto por el Comité Ejecutivo y por el Sindicato de Obreros de la Prensa. Gracias a los esfuerzos conjugados de los cajistas y del Comité, toda la publicidad de los pogromos fue definitivamente excluida de las imprentas privadas: sólo el departamento de policía y la dirección de la gendarmería, cerrando sus postigos y atrancando sus puertas, imprimían ahora los llamamientos sanguinarios en máquinas a brazo arrebatadas con anterioridad a los revolucionarios. La prensa reaccionaria aparecía casi sin dificultades. Hubo, es verdad, en los primeros días, algunas pequeñas excepciones. Sabemos que en Petersburgo algunos cajistas intentaron un día añadir observaciones a un artículo reaccionario; hubo también cierto número de protestas contra los groseros despropósitos que cometían los enemigos de la revolución. En

Moscú, los cajistas se negaron a imprimir el programa del grupo de *octubristas* que acababa de constituirse.

“¡Eso es, señores, lo que se llama la libertad de prensa! —gemía entonces Guchkov (que debía ser más tarde el jefe de la Unión del 17 de octubre) en un Congreso de *zemstvos*. —En verdad, es todavía el antiguo régimen, por el otro extremo. No nos queda más que utilizar los recursos de este régimen: haremos imprimir en el extranjero o bien organizaremos una tipografía clandestina.”

Ciertamente, la indignación de los fariseos de la libertad capitalista no conocía límites... Creían tener razón en el sentido de que el cajista no es responsable del texto que compone. Pero, en esta época excepcional, las pasiones políticas alcanzaron tal grado que el obrero, incluso en la esfera de su profesión, no olvidaba nunca, ni un solo instante, su responsabilidad ante la revolución. Los cajistas de ciertas publicaciones reaccionarias llegaron hasta a dejar sus puestos, condenándose así voluntariamente a la penuria. Sin duda, violaban así “la libertad de prensa”, al negarse a imprimir las calumnias de la reacción o de los liberales contra la clase obrera a la que pertenecían. Llegaron incluso hasta la violación de los compromisos de su contrato. Pero el capital está hasta tal punto penetrado de la metafísica de la violencia que trae consigo la sedicente “libre contratación”, que obliga a obreros a realizar las tareas más detestables, a construir prisiones y acorazados, a forjar cadenas y esposas, a imprimir las mentiras de la burguesía, que encuentra siempre acusaciones para aquellos que se niegan, en nombre de la moral de su clase, a ejecutar trabajos de ese tipo: el capital ve en ello una violación, ora de la “libertad de trabajo”, ora de la “libertad de prensa”.

El 22 de octubre, los periódicos rusos salían liberados de sus trabas seculares. Todo un enjambre de antiguos

y nuevos periódicos burgueses seguía apareciendo: para ellos, la posibilidad de decirlo todo era una maldición y no una bendición, pues, en esa época, no tenían nada que decir; no encontraban, en su vocabulario, las palabras que les hubiesen permitido conversar con el nuevo lector; la desaparición del gendarme de la censura dejaba subsistir el gendarme que llevaban en su interior, su prudencia obsequiosa ante la autoridad. Entre esta cofradía que cubría su impotencia política con la toga suntuosa que se denomina razón de Estado, o la adornaba con los cascabeles de un radicalismo de bazar, la voz de la prensa socialista resonó entonces clara y valerosa.

“Nuestro periódico es el órgano del proletariado revolucionario —declaraba entonces el *Natchalo* (El Comienzo) socialdemócrata. —El proletariado ruso, por su abnegación en la lucha, nos ha abierto el campo de la palabra libre; pondremos nuestra libre palabra al servicio del proletariado ruso.” Los publicistas del socialismo ruso, que durante mucho tiempo habíamos vivido como topos de la revolución, conocimos entonces la alegría y el valor de una existencia a cielo abierto, al aire libre, el precio de la libertad de palabra; nosotros, que habíamos salido de las tinieblas de la reacción, cuando los vientos rugían, cuando por todas partes volaban lechuzas siniestras; nosotros, poco numerosos, débiles, dispersos, inexpertos, casi unos niños, contra la espantosa bestia del Apocalipsis; nosotros, armados solamente con una inquebrantable fe en el evangelio del socialismo internacional, contra un enemigo poderoso, cubierto de pies a cabeza con la armadura del militarismo internacional. Encubiertos, disimulados en las fisuras de la sociedad “legal”, habíamos declarado a la autocracia una guerra sin cuartel; era para nosotros cuestión de vida o muerte. ¿Cuál había sido nuestra arma? La pala-

bra. Si se quisiese evaluar el número de horas de prisión y de deportaciones lejanas que tuvo que pagar nuestro partido por cada palabra revolucionaria, la lectura de las cifras sería terrible... ¡Espantosa estadística de nuestros recursos nerviosos y de la sangre de nuestros corazones!

Sobre el largo camino, sembrado de trampas y de emboscadas que se extiende entre el escritor "ilegal" y el lector no menos "ilegal", existe toda una serie de intermediarios "ilegales": el cajista, el vendedor ambulante, el agente de propaganda... ¡Cuántas tipografías fueron confiscadas antes de haber tenido tiempo de ponerse a trabajar! ¡Cuántas imprentas no lograron ni llegar al lector, siendo quemadas en los patios de las comisarías! ¡Cuánto trabajo a pura pérdida, fuerzas paralizadas, existencias rotas! Nuestros miserables hectógrafos, las prensas a brazo que fabricábamos nosotros mismos en gran secreto, ¡esos eran los instrumentos que oponíamos a las rotativas de la mentira gubernamental y el liberalismo autorizado! ¿No era como luchar con un hacha primitiva contra el cañón Krupp? Se burlaban de nosotros, nos satirizaban. Sin embargo, durante las jornadas de octubre, fue el hacha de sílex la vencedora. La palabra revolucionaria se abrió espacio, se embriagó con su propia fuerza.

El éxito de la prensa revolucionaria fue inmenso. En Petersburgo, aparecían dos grandes periódicos socialdemócratas: uno de ellos contó desde el primer día con más de cincuenta mil suscriptores; el otro, sin esfuerzo, elevó su tirada en dos o tres semanas a cien mil ejemplares. El gran periódico de los socialistas revolucionarios tuvo asimismo amplia difusión. Al mismo tiempo, la provincia, que rápidamente se había dado una prensa socialista, reclamaba a pesar de ello y con insistencia creciente las publicaciones revolucionarias de la capital. La situación de la prensa, como en general todas las condiciones de la vida

política, era muy variada y desigual en las diferentes regiones del país. Todo dependía de la fuerza que podía manifestar la reacción, del vigor que poseía la revolución. En la capital la censura, de hecho, no existía. En provincias, se había mantenido, pero, bajo la influencia de los periódicos de Petersburgo, había aflojado las riendas. La lucha de la policía contra la prensa revolucionaria proseguía al azar, carecía de todo principio, de toda idea directriz. Se decretaba la confiscación de determinadas publicaciones, pero nadie se encargaba seriamente de ejecutar estas órdenes. Los números confiscados de los periódicos socialdemócratas sedicentes se vendían abiertamente, no sólo en los barrios obreros, sino en la Perspectiva Nevski. La provincia devoraba la prensa de la capital como el maná. A la llegada de los trenes-correo se alineaban, en las estaciones, largas filas de compradores de periódicos. Las noticias se discutían. Alguien desgarraba con mano impaciente el envoltorio de la *Ruskaia Gazeta* (Gazeta de Rusia) y leía en voz alta los principales artículos. Los locales de la estación estaban abarrotados y parecían más bien una tumultuosa sala de conferencias. Esto se repetía un día tras otro y se convertía en sistema. Pero a veces, incluso con bastante frecuencia, la actitud pasiva de la policía dejaba paso a la arbitrariedad y a violencia desenfundada. Los suboficiales de la gendarmería confiscaban la prensa “sediciosa” de la capital, en los mismos vagones, y la destruían por paquetes enteros. La policía perseguía con encarnizamiento particular las revistas satíricas. Era Durnovo quien dirigía la caza, el que más tarde propuso el restablecimiento de la censura previa de los dibujos. Tenía razones para ello: la caricatura, autorizándose con la opinión expresada tiempo atrás por Alejandro III, fijaba invariablemente la cabeza estúpida del ministro del interior sobre el cuerpo de un cerdo... Durnovo, sin embar-

go, no estaba solo en sus rencores; todos los ayudantes de campo, chambelanes, maestros de Corte, monteros mayores, caballerizos mayores, compartían su sed de venganza.

Esta pandilla había logrado echar mano sobre el proyecto de ley concerniente a la prensa, que el ministro había elaborado con el objeto —se decía— “de realizar la libertad de prensa desde ahora, en espera de la sanción legislativa de la Duma de Estado”; en realidad, el ministerio venía a refrenar la libertad que, gracias al proletariado de Petersburgo, existía ya de hecho. El reglamento provisional del 24 de noviembre que mantenía la prensa como antes en manos de la administración, preveía penas no sólo para todo llamamiento a la huelga y para toda manifestación, sino también para los insultos al ejército, la difusión de falsas noticias relacionadas con los actos del gobierno, y para toda información errónea en general. En Rusia, es costumbre que todo “reglamento provisional” se convierta en una especie de ley de las más duraderas. Así sucedió con el reglamento provisional sobre la prensa. Fue decretado en espera de la convocatoria de la Duma de Estado; pero todos los interesados lo boicotearon, y fue un reglamento en el aire como el propio ministerio de Witte. No obstante, la victoria de la contrarrevolución en diciembre abrió el camino para la ley de Witte sobre la prensa. Entró en vigor acompañada de nuevas penas previstas para todo elogio dirigido a un criminal; la utilización de la ley era entregada a la discreción de los gobernadores y jefes de policía. Presentada así, la ley subsistió durante la primera Duma, durante la segunda y sobrevivirá a la tercera...

Para terminar de describir la lucha que se desarrolló en nombre de la libertad de prensa, nos queda por relatar mediante qué procedimientos la *Izvestia* del Soviet de Diputados Obreros veía la luz, pues la historia de la publi-

cación de estos boletines de la revolución ilustra con una página interesante el relato de la lucha emprendida por el proletariado ruso por la emancipación de la palabra.

El primer número se imprimió antes del manifiesto “constitucional”, fue tirado en pequeño formato, con muy pocos ejemplares, en una tipografía particular, secretamente, mediante el pago de dinero. El segundo número se imprimió el 18 de octubre. Un grupo de voluntarios se dirigió a la imprenta del *Sin Otetchestva* (El hijo de la patria), órgano radical que, algo más tarde, pasó a manos de los socialistas revolucionarios. La administración quedó perpleja. La situación era confusa y todavía no se conocía qué consecuencias podría tener la impresión de una publicación revolucionaria.

— Las cosas podrían arreglarse si nos arrestara — declaró uno de los miembros de la administración.

— Quedan arrestados — se le respondió.

— Por la fuerza armada — añadió otro sacando de su bolsillo un revólver.

— ¡Arrestado! ¡Arrestado! ¡Arrestado! — sonaban voces en la imprenta y en las salas de la redacción.

— Dejen entrar a todos los que vengan, pero que no salga nadie.

— ¿Dónde está el teléfono?... ¡Quédese cerca del teléfono! — se ordenaba.

El trabajo comenzó; cada momento aparecían nuevas figuras en la imprenta. Llegaban los colaboradores, los cajistas pedían su sueldo. Fueron llamados los cajistas al taller y colocados delante de sus cajas; los colaboradores del periódico fueron encargados de escribir los recuadros. El trabajo iba a todo ritmo. La imprenta de la *Obchestvennaia Polza* (La utilidad social) es ocupada. Todas las salidas se cierran y se colocan centinelas. En la sala de estereotipia, se

ve llegar al obrero. Son desmontadas las cubiertas y encendida la estufa. Figuras desconocidas aparecen en derredor suyo.

— ¿Quién da órdenes aquí? ¿Quién les dio permiso de...? — exclama un recién llegado y se cree en el deber de apagar el fuego. Es rechazado y amenazado con el encierro en un cuarto trasero. Pero, a fin de cuentas, ¿qué sucede aquí? Se le explica que está imprimiéndose el número tres de la *Izvestia* del *Soviet* de Diputados Obreros.

— ¡Haberlo dicho antes! ¿Cómo iba yo a...? Siempre estoy dispuesto...

Y el trabajo prosigue enérgicamente bajo la dirección experimentada del patrón.

— ¿Como van a hacer para imprimir? ¡La electricidad no funciona! — exclama el gerente, a quien se acaba de detener.

— ¿De qué estación la reciben? La tendremos en media hora.

El gerente da el nombre de la estación, pero permanece escéptico sobre la declaración que se le ha hecho. Hace ya varios días que reclama electricidad, sin poder obtenerla, al menos para iluminar los locales; en la central, los marineros han reemplazado a los obreros en huelga y sólo se proporciona electricidad a los establecimientos del Estado.

Exactamente media hora más tarde, la electricidad brilla en las lámparas y los motores pueden funcionar. Los personajes de la administración muestran entonces una extrañeza mezclada con una singular deferencia. Unos minutos más y el obrero que había sido enviado regresa con una nota del oficial que está al mando de la central de electricidad. “A petición del *Soviet* de Diputados Obreros, será proporcionada la corriente eléctrica a la casa número 39 de la calle Bolchaia Podiacheskaia para la tipografía de la *Obchestvennaia Polza*. Firmado.”

Los agresores y las personas detenidas trabajan en común y con gran alegría; el número tres tiene una tirada de enorme cantidad de ejemplares. Finalmente, la policía se entera del lugar donde se imprime el *Izvestia*. Se presenta en la tipografía, pero demasiado tarde: el *Izvestia* ha sido retirado y desmontadas las formas. Sucedió empero, en una ocasión, la noche del 4 de noviembre, durante la segunda huelga, que la policía logró encontrar y aprehender en flagrante delito a la compañía volante del *Izvestia*. El hecho se produjo en la imprenta del periódico *Nacha Jisn* (Nuestra Vida), donde la tarea se desarrollaba desde hacía casi dos días. Al negarse los compañeros a abrir las puertas, la policía las forzó.

Apoyados por una compañía de infantería, con la bayoneta calada —relata Simanovski— los comisarios y los agentes de policía hicieron irrupción en el taller, pero se detuvieron desconcertados ante el pacífico cuadro que descubrían: los cajistas continuaban su trabajo con toda tranquilidad sin inquietarse de las amenazadoras bayonetas.

—Todos estamos aquí por orden del *Soviet* de Diputados Obreros —declararon los trabajadores—, y exigimos que se vaya la policía; si se niega a salir, no podremos responder por la conservación de los instrumentos y mobiliario de la tipografía.

Mientras proseguían las negociaciones con la policía, mientras que ésta recogía los manuscritos originales y las pruebas, y las sellaba a las mesas de trabajo, los obreros no perdían su tiempo y hacían propaganda entre los soldados y los agentes de la policía: les leían a media voz el llamamiento que el *Soviet* dirigiera a los soldados, dis-

tribuyéndoles números del *Izvestia*. Los nombres de los cajistas fueron anotados a continuación en una lista y los obreros puestos en libertad; las puertas de la imprenta fueron cerradas y selladas, colocándose policías como centinelas. Pero cuando al día siguiente el juez de instrucción se presentó, no encontró nada de lo que buscaba. Las puertas estaban cerradas, los sellos intactos, pero las formas, las pruebas, y los manuscritos habían desaparecido. Todo había sido transportado a la imprenta del *Birjevoia Vedomosti* (Información de la Bolsa), donde el número seis del *Izvestia* se imprimía en ese momento preciso, sin dificultades. En la noche del 6 de noviembre tuvo lugar el más arriesgado y asombroso de los actos de este género: nos apoderamos de la inmensa imprenta del *Novoie Vremia*. El importante periódico reaccionario consagró al día siguiente dos artículos al acontecimiento, uno de los cuales se titulaba: “Cómo se imprime el diario oficial del proletariado”.

Veamos de qué manera relata la “víctima” este asunto:

“Hacia las seis de la tarde, tres jóvenes se presentaron en la imprenta del periódico... El gerente acababa de llegar. Le fueron anunciados los recién llegados, a quienes hizo pasar en su despacho.

– Haga salir a todo el mundo – dijo uno de los jóvenes al gerente – necesitamos charlar con usted sin testigos.

– Ustedes son tres y yo uno – respondió el gerente.

– Prefiero que esté aquí alguien para escucharnos.

– Le invitamos a hacer salir a todo el mundo. Que se queden si le parece en la habitación de a lado: sólo tenemos que decirle dos palabras.

El gerente dio su asentimiento. Los desconocidos le declararon que estaban allí por orden del Comité Ejecutivo y que tenían instrucciones de tomar la imprenta del *Novoie Vremia* e imprimir el número siete del *Izvestia*.

—No puedo decirles nada sobre eso —replicó el gerente. —La tipografía no me pertenece; tendré que hablar con el patrón.

—Tiene usted prohibido salir de la imprenta; si necesita a su patrón, mándelo llamar —respondieron los diputados.

—Puedo comunicarle su propuesta por teléfono.

—Bien...

El gerente se dirigió hacia el teléfono, acompañado por los dos diputados, y llamó a Suvorin (hijo). Éste se negó a venir por razones de salud, pero envió en su lugar a un miembro de la redacción, llamado Goldstein. Goldstein describió los acontecimientos que siguieron de forma bastante verídica, añadiendo sólo algunos pequeños detalles destinados a resaltar de manera ventajosa el valor cívico que creyó desplegar en esta ocasión.

“Al acercarme a la imprenta —relata— los mecheros de gas estaban apagados. Delante del establecimiento y en las inmediaciones, vi unos grupos poco numerosos y, delante de la puerta, unos ocho o diez hombres. En el patio, cerca de la entrada había tres o cuatro. Encontré allí al jefe de los empleados, que me condujo al despacho de la administración. Allí estaba el gerente con tres jóvenes que tenían aspecto de obreros. Al entrar yo, se levantaron.

—¿Qué tienen ustedes que decirme, señores? —pregunté.

Por toda respuesta, uno de los jóvenes me puso ante los ojos un papel que contenía el mandato del *Soviet* de Diputados Obreros de tener que imprimir el próximo número del *Izvestia* en la tipografía del *Novoie Vremia*. Esta orden había sido escrita sobre un pedazo de papel y estaba marcada con no sé qué sellos.

—Ahora es el turno de su imprenta —me declaró uno de los enviados.

—¿Qué quiere decir con que “es el turno”? — pregunté yo.

—Hemos tirado nuestros números en *La Rusa*, en *Nuestra Vida*, en *El Hijo de la Patria*, en *La Información de la Bolsa*: ahora será en el suyo... Hace falta que nos dé su palabra de honor, en nombre suyo y en el de Suvorin, de no denunciarnos antes de que hayamos terminado el trabajo.

—No puedo responder por Suvorin y yo personalmente no tengo ningún deseo de darles mi palabra de honor.

—En ese caso, no le permitiremos salir.

—Saldré por la fuerza. Se lo advierto, estoy armado...

—Nosotros también —respondieron los diputados sacando sus revólveres.

—Haga venir al guardián y al jefe de los empleados, dijo entonces uno de los diputados al gerente.

Éste me interrogó con la mirada. Hice un gesto de impotencia. Se hizo venir al guardián, obligándosele a despojarse de su chaqueta. El jefe de los dependientes vino también a la oficina. Fuimos todos puestos en estado de arresto. Un minuto más tarde, sonaban numerosos pasos en la escalera; en la puerta de la oficina, en el vestíbulo, se reunían desconocidos.

Tenía lugar la ocupación.

Los tres diputados salían continuamente, volvían, desplegaban una gran actividad.

—Permítame —dije a uno de ellos—, que le pregunte en qué máquina tienen ustedes intención de trabajar.

—En la rotativa.

—¿Y si la descomponen?

—Tenemos un excelente maquinista.

—Y el papel, ¿de dónde van a tomarlo?

—Del suyo.

—¡Pero esto es un pillaje en regla, un robo calificado!

— ¿Qué le vamos a hacer...?

A fin de cuentas, el señor Goldstein se resignó, prometió guardar un silencio religioso y fue puesto en libertad.

“Bajé —relataba el mismo. —En la puerta cochera, las tinieblas eran absolutas. Cerca de la entrada, enfundado en la chaqueta tomada del guardián, un ‘proletario’ montaba guardia, provisto de un revólver. Un segundo hizo brillar una cerilla, un tercero puso la llave en la cerradura. Corrió el pestillo, se abrió el postigo y salí...”

La noche transcurrió tranquilamente. El gerente de la imprenta, a quien se había propuesto dejarle salir bajo palabra, se negó a dejar el lugar. Los “proletarios” le dejaron tranquilo... La composición avanzaba con relativa lentitud, dado que los manuscritos se hacían esperar. El texto concerniente a los asuntos del día aún no había sido enviado. Si el gerente aconsejaba activar el trabajo, se le respondía: “Tenemos tiempo; nada nos reclama fuera”. Finalmente, hacia las cinco de la mañana, se hicieron ver el compaginador y el corrector. Pronto se pudo apreciar que eran gentes con experiencia...

“La composición se terminó a las seis de la mañana. A continuación nos ocupamos de preparar las formas y fundir el estereotipo. El gas que debía servir para calentar el horno de la estereotipia faltaba a causa de la huelga. Fueron enviados dos obreros en misión y se obtuvo el gas. Todas las tiendas estaban cerradas pero, durante toda la noche, llegaron sin dificultad provisiones. Las tiendas se abrían cuando lo querían los proletarios. A las siete de la mañana, se procedió a la impresión del diario oficial del proletariado. Se trabajaba en la rotativa y la tarea se realizaba sin entorpecimientos. Duró hasta las once de la mañana. Entonces, los obreros abandonaron la tipografía, llevando los paquetes del periódico impreso. El transporte se hizo en

coches de alquiler reclutados en número suficiente, desde diversos puntos de la ciudad... La policía no fue informada sino al día siguiente y se quedó helada...”

Una hora después de concluirse el trabajo, un fuerte destacamento de policía, apoyado por una compañía de infantería, cosacos y empleados, hacía irrupción en el local del Sindicato de Obreros de la Prensa para confiscar el número siete del *Izvestia*. La policía tropezó con una resistencia de las más enérgicas. Se le hizo saber que los números que quedaban aún (153, de los 35 mil que habían sido impresos) no le serían entregados por las buenas. En numerosas imprentas de la ciudad, los cajistas, al saber la intrusión de la policía en el local de su Sindicato, detuvieron inmediatamente el trabajo al que acababan de regresar después de la huelga de octubre, para dejar venir los acontecimientos. La policía ofreció un compromiso: las personas presentes se volverían y fingirían no ver nada, la policía robaría los ejemplares y haría constar en su proceso verbal que la confiscación había tenido lugar por la fuerza. Pero el compromiso fue resueltamente rechazado. La policía no se atrevió a emplear la violencia y se retiró en buen orden sin haber recogido un solo ejemplar del *Izvestia*.

Después de la ocupación de la imprenta del *Novoie Vremia*, el prefecto de policía declaró en un orden del día que los policías que tolerasen en su distrito semejantes atentados serían hechos responsables de los mismos e incurrirían en penas severas. El comité ejecutivo respondió que el *Izvestia*, que no se publicaba más que durante las huelgas generales, continuaría apareciendo en el futuro como antes, siempre que hubiera necesidad de ello; y, en efecto, durante la huelga de diciembre, el segundo *Soviet* de Diputados Obreros (tras la detención del primero) publicó cuatro números más del *Izvestia*.

La relación detallada que dio el *Novoie Vremia* de la incursión que se había hecho en su imprenta tuvo resultados del todo inesperados. Los revolucionarios de provincias siguieron el ejemplo de Petersburgo y, desde entonces, las ocupaciones operadas sobre las imprentas, para las exigencias de la literatura revolucionaria, se multiplicaron en toda Rusia... Por lo demás, hay que hacer reservas sobre la naturaleza de estas operaciones. Dejemos de lado las imprentas de los periódicos de izquierda, cuya administración sólo pedía ser descargada de toda responsabilidad y por consiguiente se declaraba deseosa de ser puesta en estado de arresto. Pero el episodio resonante del *Novoie Vremia* no hubiera sido posible sin el concurso activo o pasivo de todo el personal. Cuando el que dirigía las operaciones proclamaba en la imprenta "el estado de sitio" y relevaba así de toda responsabilidad al personal, pronto desaparecía toda diferencia entre los sitiadores y los sitiados; el cajista bajo arresto tomaba en sus manos el texto revolucionario, el obrero especialista ocupaba su puesto delante de su máquina y el gerente exhortaba tanto a sus asalariados como a los obreros de fuera a acelerar el trabajo. Los procedimientos de ocupación no habían sido rigurosamente calculados y la violencia física nunca hubiera asegurado el éxito; hay que descontar aquí la atmósfera de simpatía revolucionaria que sólo la actividad del *Soviet* podía hacer eficaz.

Cabría preguntarse por qué el *soviet* tuvo que recurrir al peligroso procedimiento de los atentados nocturnos para imprimir su periódico. La prensa socialdemócrata se publicaba entonces abiertamente. Por el tono, difería poco del *Izvestia*. Imprimía íntegramente las decisiones del *soviet*, resúmenes de sus sesiones. Es cierto también que el *Izvestia* aparecía casi exclusivamente durante las huelgas generales, cuando el resto de la prensa guardaba silencio.

Pero hubiera dependido del *soviet* hacer una excepción para los periódicos socialdemócratas, cuya publicación era absolutamente legal, y dispensarse así de la necesidad de cometer atentados sobre imprentas de la prensa burguesa. Sin embargo, no lo hizo. ¿Por qué?

Esta cuestión, planteada aisladamente quedaría sin respuesta. Pero se comprenderá todo si se considera al *soviet* en su conjunto, desde su formación, en toda su táctica, como la expresión organizada del derecho supremo de la revolución en el momento de su esfuerzo más intenso, cuando no quiere ni puede aceptar transacción alguna con el enemigo, cuando camina rompiendo todo lo que encuentra ante sí, ensanchando mediante un empuje heroico su territorio y arrastrando todos los obstáculos. Durante las huelgas generales, cuando toda la vida social estaba suspendida, el antiguo régimen se atribuía un punto de honor imprimiendo sin interrupción su *Pravitel'svenni Viestnik*, y lo hacía bajo la protección de las tropas. El *soviet* oponía a este procedimiento el de sus compañías obreras y publicaba el órgano de la revolución.

La oposición y la revolución

Así, en lugar de restablecer el orden, el manifiesto había contribuido a revelar en toda su amplitud el antagonismo que existía entre los polos sociales: por un lado, la reacción pogromista de la nobleza y de la burocracia, por otro, la revolución obrera. Durante los primeros días, o, mejor dicho, durante las primeras horas, pareció incluso que el manifiesto no había traído cambio alguno en el estado de espíritu de los elementos más moderados de la oposición. Sin embargo, sólo era una apariencia. El 18 de octubre, una de las más poderosas organizaciones capitalistas, la "Oficina

Consultiva de Metalúrgicos” escribía al conde Witte: “Debemos declararlo sin reservas: Rusia sólo confía en los hechos; su sangre y su miseria no le permiten dar crédito ya a meras palabras”. Al reclamar una amnistía completa, la Oficina Consultiva “comprueba, con un placer particular, que por parte de las masas revolucionarias, la violencia no se ha manifestado más que dentro de límites muy estrechos, y que estas masas han sabido observar una disciplina verdaderamente increíble”. La Oficina declara que “en teoría” es poco dada a afirmar la necesidad de un sufragio universal; pero ha tenido que reconocer que “la clase obrera, que con tanta fuerza había manifestado su conciencia política y su disciplina de partido, debe tomar parte en la administración de los asuntos públicos”. Todo ello era expresado en términos amplios y generosos, pero no iba a durar mucho tiempo. Sería demasiado simple afirmar que estamos aquí en presencia de una política exclusivamente decorativa. Sin duda alguna, ciertas ilusiones jugaban un gran papel en este asunto: el capital esperaba aún que una amplia reforma política desencadenase inmediatamente el mecanismo de la industria, liberada de todo obstáculo. Es lo que explica que una parte considerable de los empresarios —si no la mayoría—, guardara frente a la huelga de octubre una actitud de amistosa neutralidad. Apenas se recurrió al *lock out*. Los propietarios de las fábricas metalúrgicas del sector de Moscú decidieron rehusar los servicios de los cosacos.

Pero la mayor muestra de aprobación que se dio a las intenciones políticas de la lucha, fue el pago a los obreros de sus salarios por todo el tiempo de la huelga de octubre: esperando una expansión de la industria bajo “el régimen de la legalidad”, los empresarios liberales inscribieron sin discutir este gasto bajo la rúbrica de gastos ex-

traordinarios de producción. Pero, al pagar a los obreros su permiso, el capital declaró secamente: ¡es la última vez! La fuerza del ataque conducido por los obreros le hacía comprender la necesidad de la prudencia. Las esperanzas más queridas del capital no se vieron justificadas: el movimiento de las masas, tras la promulgación del manifiesto, no se apaciguó; por el contrario, de día en día manifestaba una fuerza mayor, una independencia más absoluta, un carácter de revolución social mejor marcado. Mientras que los plantadores de la producción azucarera se veían amenazados por la confiscación de tierras, toda la burguesía capitalista, en su conjunto, tenía que retroceder paso a paso ante los obreros, aumentando los salarios y disminuyendo las horas de trabajo.

Independientemente del terror que el proletariado revolucionario inspiraba, y que se había incrementado febrilmente durante los dos últimos meses de 1905, ciertos intereses más estrechos pero no menos serios impulsaban al capital hacia una alianza inmediata con el gobierno. En primer lugar, estaba una necesidad prosaica pero imperiosa, la necesidad de dinero; las ansias y los anhelos de los empresarios tenían todos por objeto el Banco del Estado. Esta institución servía de prensa hidráulica a la "política económica" de la autocracia, de la que Witte fue el gran maestro durante diez años. De las operaciones del banco y, al mismo tiempo, de la opinión y las simpatías del ministro, dependía el ser o no ser de las grandes empresas. Entre otras causas, ciertos préstamos concedidos a pesar de los estatutos, el descuento de fantásticas letras de cambio y, en general, el favoritismo en el sector de la economía política contribuía al viraje de la oposición capitalista. Cuando, bajo la triple influencia de la guerra, la revolución y la crisis general, el banco redujo sus operaciones al mínimo, gran

número de capitalistas se vieron arruinados. No se preocuparon ya de las perspectivas políticas generales, necesitaban dinero costase lo que costase. “No creemos ya en las palabras – declararon al conde Witte a las dos de la mañana, en la noche del 18 al 19 de octubre –, denos hechos.” El conde Witte metió la mano en la caja del Banco de Estado y les distribuyó “hechos”... Gran cantidad de hechos. El descuento se elevó bruscamente. Para noviembre y diciembre de 1905 alcanzaba los 138,5 millones de rublos, cuando un año antes había sido de apenas 83,1 millones. El crédito de los Bancos privados aumentó aún más: 148,2 millones de rublos a principios de diciembre de 1905, contra 39 millones en 1904. Todos los tipos de operaciones se vieron igualmente incrementados. El gobierno de Witte descontó “la sangre y la miseria de Rusia” que la cámara patronal había reclamado capitalista, y el resultado fue la formación de la “Unión del 17 de octubre”. Así, encontramos en la cabecera de este partido, no un fervor político, sino una simple gratificación. En la persona de estos empresarios, organizados en uniones “profesionales” o políticas, el *Soviet* de Diputados Obreros encontró desde sus primeros pasos un enemigo resuelto y conciente.

Pero si los octubristas tuvieron al menos la audacia de tomar claramente posición contra la revolución, es preciso reconocer el papel verdaderamente lastimoso que desempeñó entonces el partido del radicalismo intelectual y pequeño-burgués que debía, seis meses más tarde, ejercer su facundia sobre las tarimas del Palacio de Táurida. Nos referimos a los *kadetes*. En lo más fuerte de la huelga de octubre, se celebraba el Congreso fundador de este partido. Faltaban la mitad de los delegados: la huelga de los ferrocarriles les había cortado el camino. El 14 de octubre, el nuevo partido definió su actitud ante los acontecimientos:

El partido, al dar su entero asentimiento a las reivindicaciones, cree su deber declararse enteramente solidario con el movimiento huelguista. Renuncia resueltamente (¡resueltamente!) a la noción de alcanzar sus fines por medio de conversaciones con los representantes del poder.

Hará todo lo posible para impedir una colisión, pero si no lo logra, declara de antemano que sus simpatías y su apoyo irán al pueblo. Tres días más tarde, se firmaba el manifiesto de la Constitución. Los partidos revolucionarios salieron bruscamente de los escondrijos de maldición donde estaban enterrados y, sin haber tenido tiempo de enjugar el sudor de sangre de que estaban cubiertos, se sumieron en cuerpo y alma en las masas populares, llamándolas y agrupándolas para la lucha. Fue una gran época: el martillo de la revolución forjaba nuevas almas.

Pero, ¿qué podían hacer en esta circunstancia los *kadetes*, políticos de frac, oradores de foro, tribunos de los *zemstvos*? Esperaron pasivamente el movimiento del estaque constitucional. El manifiesto existía, pero todavía faltaba el parlamento. No sabían cuándo ni cómo vendría éste, ni si vendría en absoluto. El gobierno no les inspiraba confianza alguna, la revolución aún menos. Su sueño hubiera sido salvar la revolución de sí misma, pero no veían cómo. No se atrevían a aparecer en las reuniones populares. Su prensa era la expresión de su debilidad y de su cobardía. Se leía poco lo que imprimían. Así, en este periodo de la Revolución Rusa, el más cargado de responsabilidades, los *kadetes* sólo sabían cruzarse de brazos. Un año más tarde, Miliukov, que no discutía el hecho, se esforzó en justificar su partido, no de haberle negado sus fuerzas a la revolución, sino de no haber hecho nada por obstaculizarla.

Toda manifestación de un partido como el de los constitucional-demócratas —escribió durante las elecciones de la segunda Duma— era absolutamente imposible en los últimos meses de 1905. Aquellos que ahora le reprochan al partido el no haber protestado entonces, mediante la organización de mítines, contra las ilusiones revolucionarias del trotskismo... no comprenden o no se acuerdan de cuál era entonces el estado de ánimo del público democrático que se reunía en los mítines.

Ésa es la justificación de un partido “popular”: ¿no se atrevió a aparecer ante el pueblo, por miedo de asustarle!

En este periodo, la Unión de las Uniones desempeñó un papel más ventajoso. La huelga de octubre se generalizó con el concurso activo de los intelectuales radicales. Organizando comités de huelga, nombrando diputaciones, detuvieron el trabajo de las instituciones sobre las que los obreros apenas tenían influencia. Fue así como pararon las administraciones de los *zemstvos*, los municipios, los bancos, toda clase de oficinas, los tribunales, las escuelas e incluso el Senado. Hay que señalar también la considerable importancia del apoyo en dinero que el ala izquierda de los intelectuales destinó al *Soviet* de Diputados Obreros. Sin embargo, la idea del papel gigantesco que, según la prensa burguesa de Rusia y de Europa occidental, desempeñó la Unión de las Uniones, aparece como absolutamente fantástica cuando se considera lo que esta Unión hizo realmente a sabiendas de todo el mundo. La Unión de las Uniones sirvió de intendencia a la revolución y a veces, cuando más, de auxiliar en el combate. Pero nunca pretendió tomar la dirección del movimiento.

Por lo demás, ¿hubiera podido hacerlo? El elemento original de la agrupación nunca fue otro que el filisteo culti-

vado a quien las vicisitudes históricas habían roído las alas. La revolución le sacudió y elevó por encima de sí mismo. Una mañana, al despertarse, comprobó que el periódico que había pedido no llegaba. Al llegar la noche, esa misma revolución había apagado la luz en el apartamento del intelectual y, sobre el muro tenebroso, había trazado caracteres de fuego anunciando jornadas perturbadoras, pero grandiosas. El filisteo quería creer, pero no se atrevía. Quería tomar impulso y no podía. Tal vez comprendamos mejor el drama que se desarrollaba en él si lo contemplamos en el momento en que redacta una moción radical y consideramos su actitud en su casa, a la mesa, a la hora del té.

Al día siguiente de la vuelta al trabajo, después de la huelga, fui a visitar a una familia conocida donde reinaba la atmósfera habitual del radicalismo pequeñoburgués. En la pared del comedor estaba fijado el programa de nuestro partido que se acababa de imprimir en gran formato: era el suplemento del primer periódico socialdemócrata aparecido después de la huelga.

Toda la familia estaba sobreexcitada.

—No está mal... no está nada mal...

—¿De qué se trata?

—¡Y usted me lo pregunta! Del programa de ustedes: ¡échele una ojeada!

—Ya lo he leído más de una vez.

—No, bueno, pero, ¿qué le parece a usted esto?...

Escriben literalmente: "El partido se asigna como objetivo político inmediato la demolición de la autocracia zarista". ¿Se da usted cuenta?, ¡la "demolición"! Y quieren reemplazarla por la república democrática... ¡La re-pú-bli-ca! ¿Comprende usted?

—Eso creo.

—Y eso se imprime en condiciones legales, la hoja se vende ante la mirada de la policía, puede comprarse

por cinco *copecs* no lejos del Palacio de Invierno, ¿no?
¡Pero es cierto!

— ¿Entonces le parece bien?

— ¡¿Que si me “parece bien”?! ¡¿Que si me “parece parece bien”?! Pero ése no es el problema. No se trata de lo que piense yo. Le hablo de ellos, en Peterhof, de aquellos a quienes les ponen esto delante de las narices. Dígame, se lo ruego: ¿cree que les agrade esto?

— ¡Lo dudo!

El *pater familias* se mostraba especialmente excitado. Dos o tres semanas antes, aún detestaba a la socialdemocracia con el estúpido odio que caracteriza al pequeño burgués radical, infectado desde su juventud de prejuicios populistas. Hoy un sentimiento nuevo le embargaba: un sentimiento de veneración mezclado con inquietud.

— Esta mañana, leímos el programa en la dirección de la Biblioteca Imperial, pues allí se les envió el número... ¡Ah, si les hubiese oído! El director hizo venir a sus dos adjuntos y a mí, cerró la puerta con llave y nos leyó el programa desde la primera hasta la última letra. Palabra, todo el mundo estaba sofocado.

— ¿Qué dice usted de esto, Nicolás Nicolaievich?

— me preguntó el director. — No, usted, usted, Simón Petrovich, ¿qué dice usted?

— Yo, — respondió el interpelado —, ¿sabe usted? me he quedado sin habla. Todavía ayer se prohibía que los periódicos dijeran la menor cosa de un comisario de policía. Hoy, se le dice así, por las buenas, francamente, a Su Majestad el Emperador: ¡Lárguese! Estas gentes no tienen ninguna preocupación por la etiqueta, ninguna, ninguna... Lo que piensan, lo dicen...

Entonces, uno de sus adjuntos dijo:

— El documento está redactado de una forma un poco pesada, haría falta un poco más de ligereza en el estilo...

Simón Petrovich le mira por encima de sus gafas:

—Querido, no es un folletón dominical, es un programa, ¿comprende? El programa de un partido.

—¿Y sabe lo que han dicho para terminar, estos señores de la Biblioteca Imperial? “¿Cómo le hace uno para ser admitido en el partido socialdemócrata?” ¿Qué le parece?

—Muy bien.

—Hum... Pero, en serio, ¿cómo se entra a su partido?

—me pregunta mi interlocutor después de una ligera duda.

—Nada más sencillo. La condición esencial es aceptar el programa. Después hay que hacerse inscribir en una sección y pagar regularmente su cotización. ¿El programa le gusta, no?

—¡Que el diablo le lleve! No está mal, es indiscutible... Pero, ¿qué piensa usted de la situación presente? Es decir, dígamelo no como redactor de un diario socialdemócrata, sino con toda franqueza... Estamos lejos aún de la república democrática, ciertamente, pero al menos, tenemos la Constitución.

—No, en mi opinión, la república democrática está mucho más cerca y la Constitución mucho más alejada de lo que usted piensa.

—¡Que el diablo le lleve! ¿Qué tenemos pues en este momento? ¿No es la Constitución?

—No, sólo el prólogo de la ley marcial.

—¿Qué...? ¡Usted bromea! Habla en su jerga de periodista. Ni usted mismo se lo cree. ¡Fantasías! ¡Bobadas!...

—No, es el más puro realismo. La revolución crece en fuerza y en audacia. Vea lo que sucede en las fábricas y los talleres, en las calles... Considere finalmente la hoja de papel fijada en su pared. Hace quince días, no se hubiera atrevido a ponerla ahí. En cuanto a ellos, allá en Peterhof, ¿cree usted que piensen?, le preguntaría yo a mi vez. Apenas sobreviven, se agarran a la existencia. Todavía

disponen del ejército. ¿Cree usted que van a ceder sus posiciones y rendirse sin combate? ¡En modo alguno! Antes de dejar su sitio libre, recurrirán a todas las fuerzas de que disponen, hasta la última bayoneta.

—Pero, ¿el manifiesto? ¿La amnistía? ¡Son hechos, hechos!

—El manifiesto no es más que la declaración de una tregua momentánea, para respirar un poco. ¿La amnistía?... Desde sus ventanas, ve usted la flecha de la fortaleza de Pedro y Pablo: no se ha movido. La prisión de las Cruces tampoco. El servicio de seguridad tampoco... ¿Duda usted de mi sinceridad, Nicolás Nicolaievich? Pues bien, puedo decirle esto: personalmente, estoy en las condiciones requeridas para beneficiarme de la amnistía, pero no tengo prisa alguna para hacer mi declaración legal. Vivo y seguiré viviendo hasta el desenlace con papeles falsos. El manifiesto no ha cambiado en nada mi situación desde el punto de vista jurídico ni en mi conducta.

—En este caso, ustedes debían quizá observar un poco más de prudencia en su política.

—¿Cómo es eso?

—No hablar de la demolición de la autocracia.

—¿De forma que se imagina usted que si nos expresamos más cortésmente, Peterhof nos concederá la república y la confiscación de las tierras?

—Hum... Me parece que de todas formas exageran ustedes un poco...

—Eso lo veremos... Por el momento, adiós: es la hora para mí de ir a la sesión del *soviet*. A propósito, para su entrada en el partido. Sólo tiene usted que decir una palabra, y le ingresaremos; es cuestión de dos minutos.

—Gracias, muchas gracias... No tengo prisa... La situación es todavía tan incierta... Volveremos a hablar de ello... ¡Adiós, adiós!

La huelga de noviembre

De peligro en peligro, de escollo en escollo, el ministerio de octubre recorría lentamente su camino. ¿Adónde iba? Él mismo lo ignoraba.

En los días 26 y 27 de octubre, en Cronstadt, a tres disparos de cañón de Petersburgo, estalló un motín militar. Cierta número de soldados concientes de la situación política trataban de contener a la masa, pero el furor de la multitud hizo explosión. Los mejores elementos del ejército, viendo que no podían detener el movimiento, se pusieron a su cabeza. No pudieron sin embargo impedir los pogromos incitados por las autoridades, en los cuales el papel principal correspondió a las bandas del famoso prodigio Ioann de Cronstadt, que arrastraron tras de sí una oscura multitud de marineros. El 28, Cronstadt fue declarada en estado de sitio y el desgraciado motín fue aplastado. Los mejores soldados y marineros se veían amenazados por la pena capital. El día de la toma de la fortaleza de Cronstadt, el gobierno quiso dar una seria advertencia al país; declaró el estado de sitio en toda Polonia: era el primer gran hueso que el ministerio del manifiesto se decidía a arrojar a los perros de Peterhof, después de once días de existencia. El conde Witte asumió toda la responsabilidad de esta medida: en la comunicación gubernamental, mentía descaradamente, haciendo alusión a una tentativa temeraria (¡!) de separatismo por parte de los polacos y previniéndoles que se comprometían en una vía peligrosa "de la que habían conocido más de una vez las duras pruebas". Al día siguiente, para no encontrarse cautivo de Trepov, se vio obligado a batirse en retirada: reconoció que el gobierno se refería no tanto a los acontecimientos reales como a las consecuencias posibles de su desarrollo, "a causa de la excesiva impresionabi-

lidad de los polacos". Así, el estado de sitio era una especie de tributo constitucional que se concedía al temperamento político del pueblo polaco.

El 29 de octubre, en cierto número de comarcas de las provincias de Chernigov, Saratov y Tambor, donde se habían suscitado perturbaciones agrarias, se declaró el estado de sitio. Aparentemente, los *mujiks* de Tambor también se distinguían por una "excesiva impresionabilidad". Los dientes de la sociedad liberal castañetearon de terror. Este sector respondía mediante gestos desdeñosos a los coqueteos de Witte, pero, en el fondo de su alma, tenía firme esperanza en él. Y ahora, detrás de Witte, se mostraba con seguridad Durnovo, que tuvo suficiente espíritu como para adoptar para su uso el aforismo de Cavour: "El estado de sitio es un medio de gobierno de que se sirven los imbéciles".

Gracias a su instinto revolucionario, los obreros comprendieron que, si dejaban impune el ataque abierto de la contrarrevolución, darían fuerzas a su descaro. El 29 y 30 de octubre y el primero de noviembre, se celebraron en la mayoría de las fábricas de Petersburgo grandes mítines en los que se exigía que el *soviet* tomara medidas enérgicas de protesta.

El primero de noviembre, después de violentos debates, en una reunión nutrida y tumultuosa, el *soviet* adoptó, por aplastante mayoría, la siguiente decisión:

El gobierno sigue caminando sobre cadáveres. Entrega a sus consejos de guerra a los valerosos soldados del ejército y de la flota de Cronstadt que se han alzado para defender sus derechos y la libertad del pueblo. El gobierno echa al cuello de la Polonia oprimida la soga del estado de sitio.

El *Soviet* de Diputados Obreros invita al proletariado revolucionario a manifestar, por medio de la huelga política general, cuya fuerza amenazadora ya ha constatado, y mítines de protesta, su solidaridad fraternal con los soldados revolucionarios de Cronstadt y el proletariado revolucionario de Polonia.

Mañana, 2 de noviembre, a mediodía, los obreros de Petersburgo dejarán el trabajo bajo las consignas: ¡Abajo la pena de muerte! ¡Abajo la ley marcial en Polonia y en toda Rusia!

El éxito del llamamiento sobrepasó todas las esperanzas. La huelga de octubre, terminada apenas quince días antes, había consumido mucha energía, pero aun así, los obreros de Petersburgo abandonaron los talleres con una unanimidad sorprendente. Antes del mediodía del 2 de noviembre, todas las grandes fábricas y factorías que tenían representantes en el *soviet* habían parado. Gran número de empresas industriales, medianas y pequeñas, que no habían participado aún en la lucha política, se adherían ahora a la huelga, elegían diputados y los enviaban al *soviet*. El comité regional de la red de vías férreas de Petersburgo adoptó la decisión del *soviet*, y todos los ferrocarriles, salvo el de Finlandia, interrumpieron su tráfico. En total, el número de los huelguistas de noviembre sobrepasó al de enero e incluso al de octubre. Sin embargo, los correos y telégrafos, los coches de alquiler, los tranvías de caballos y la mayoría de los dependientes de comercio no se unieron al movimiento. Entre los periódicos sólo aparecían el *Pravitel'svenni Vietsnik*, el *Viedomosti Petersburgskavo Gradonatchalstva* (Información de la Prefectura de Petersburgo) y el *Izvestia*; los dos primeros bajo la protección de las tropas, el último bajo la guardia de las compañías obreras armadas.

El conde Witte fue tomado absolutamente por sorpresa. Quince días antes, creía que, teniendo el poder en sus manos, sólo tendría que exhortar, guiar, detener, amenazar, llevar, en una palabra, las cosas como quisiera... La huelga de noviembre, protesta indignada del proletariado contra la hipocresía gubernamental, desconcertó totalmente al gran estadista. Nada caracteriza mejor su falta de comprensión de las cosas de la revolución, su azoramiento pueril ante los hechos y, al mismo tiempo, su altiva suficiencia, que el telegrama mediante el cual se imaginaba apaciguar al proletariado. Éste es su texto íntegro:

Hermanos obreros: vuelvan al trabajo, renuncien al motín, tengan piedad de sus mujeres e hijos. El Soberano nos ha ordenado atender la cuestión obrera. Con este objeto, Su Majestad Imperial ha constituido un Ministerio de Comercio e Industria, cuya función será establecer relaciones equitativas entre obreros y patronos. Denos el tiempo necesario y se hará por ustedes todo lo posible. Sigán los consejos de un hombre que los quiere bien, que simpatiza con ustedes. Conde Witte.

Este impúdico telegrama, en el que una cobarde cólera que disimula su cuchillo toma aires de altiva benevolencia, fue recibido y leído en la sesión del *Soviet*, el 3 de noviembre, y sublevó una tempestad de indignación. Con resonante unanimidad, se adoptó de inmediato el texto de respuesta que propusimos, y que fue publicado al día siguiente en el *Izvestia*:

Tras haber escuchado la lectura del telegrama del conde Witte a sus "hermanos obreros", el *soviet* de

Diputados Obreros expresa en primer término la extrema extrañeza que le causa la osadía de un favorito del zar que se permite llamar “hermanos” a los obreros de Petersburgo. Los proletarios no tienen ningún vínculo de parentesco con el conde Witte.

Sobre el fondo de la cuestión, el *soviet* declara:

1. El conde Witte nos invita a apiadarnos de nuestras mujeres y nuestros hijos. El *Soviet* de Diputados Obreros invita como respuesta a todos los obreros a contar cuántas nuevas viudas y huérfanos figuran en las filas de la clase obrera desde el día en que el conde Witte ha asumido el poder.

2. El conde Witte señala la graciosa solicitud del soberano respecto al pueblo obrero. El *Soviet* de Diputados Obreros recuerda al proletariado de Petersburgo el Domingo Sangriento del 9 de enero.

3. El conde Witte nos ruega que le demos el “tiempo necesario” y nos promete hacer por los obreros “todo lo posible”. El *Soviet* de Diputados Obreros sabe que Witte ha encontrado ya el tiempo para entregar Polonia a los verdugos militares, y el mismo *soviet* no duda que el conde Witte hará todo lo posible para ahogar al proletariado revolucionario.

4. El conde Witte declara ser un hombre que nos quiere bien y que simpatiza con nosotros. El *Soviet* de Diputados Obreros declara que no tiene ninguna necesidad de la simpatía de los favoritos del zar. Exige un gobierno popular sobre la base del sufragio universal, igualitario, directo y secreto.

Personas bien informadas afirmaban que el conde sufrió un soponcio al recibir la respuesta de sus “hermanos” en huelga.

El 5 de noviembre, la agencia telegráfica de Petersburgo comunicaba:

En razón de los rumores que se han extendido en provincias respecto a la institución de un consejo de guerra sumarísimo y de la aplicación de la pena de muerte a los simples soldados y marineros que han participado en los desórdenes de Cronstadt, estamos autorizados a declarar que todos los rumores de este género son prematuros (¿?) y desprovistos de todo fundamento... Ningún consejo de guerra sumarísimo ha juzgado o juzgará a los culpables de los acontecimientos de Cronstadt.

Esta declaración categórica no indicaba otra cosa que la capitulación del gobierno ante la huelga, y este hecho ciertamente no podía disimularse con la aserción infantil sobre "rumores en provincias", cuando el proletariado de Petersburgo, con su protesta, había suspendido la vida comercial e industrial de la capital. En cuanto a Polonia, el gobierno había entrado aún más pronto en la vía de las concesiones al declarar que tenía intención de suspender la ley marcial en las provincias del reino de Polonia en cuanto la agitación hubiese decaído.

La noche del 5 de noviembre, estimando que el momento psicológico había alcanzado su apogeo, el comité ejecutivo presentó en la sesión del *Soviet* una moción destinada a terminar la huelga. Para caracterizar la situación política de entonces, citaremos el texto del discurso que leyó el portavoz del comité ejecutivo:

Acaba de publicarse un telegrama del gobierno que declara que los marineros de Cronstadt serán juzga-

dos, no por un consejo de guerra sumarísimo, sino por el consejo de guerra de la región.

Este telegrama no es otra cosa que la prueba de la debilidad del gobierno zarista y la prueba de nuestra fuerza. De nuevo, podemos felicitar al proletariado de Petersburgo por haber alcanzado una inmensa victoria moral. Pero hablemos con franqueza: aun sin esta declaración gubernamental, hubiéramos tenido que invitar a los obreros de Petersburgo a suspender la huelga. Según los telegramas de hoy, es visible que en todas partes de Rusia nuestra acción política está en declive. Nuestra huelga actual no tenía más que el carácter de una demostración. No es sino desde este punto de vista como podremos apreciar su éxito o su fracaso. Nuestro objetivo directo e inmediato ha sido demostrar al ejército que despierta, que la clase obrera está con él, que no le abandonará a los ultrajes y a las violencias sin decir una palabra. ¿No hemos ganado el corazón de todo buen soldado? ¿Quién podría negarlo? En estas condiciones, ¿es posible afirmar que no hayamos obtenido nada? ¿Puede considerarse el cese de la huelga una derrota para nosotros? ¿No hemos mostrado a toda Rusia que, unos días después de la gran lucha de octubre, mientras que los obreros no habían tenido aún tiempo de restañar sus heridas, la disciplina de las masas era tan grande que bastaba con una palabra del *soviet* para que todos los proletarios abandonasen su trabajo como un solo hombre? ¡Miren! Esta vez, las fábricas más atrasadas, que nunca habían dejado el trabajo, se sumaron a la huelga y sus diputados se encuentran entre nosotros, en el *soviet*. Los elementos avanzados del ejército han organizado mítines de protesta y para participar en nuestra

acción. ¿No es una victoria? ¿No es un brillante resultado? Camaradas, hemos hecho lo que teníamos que hacer. Bastó con que la Bolsa conociera la decisión del *Soviet* de Diputados Obreros para producir una notable baja de nuestros valores en el extranjero. Así, cada una de nuestras decisiones, sea una respuesta al conde Witte o al gobierno en su conjunto, ha supuesto un golpe decisivo al absolutismo.

Algunos camaradas exigen que la huelga continúe hasta que los marineros de Cronstadt sean llevados ante un jurado de la sala de lo criminal y hasta la abrogación de la ley marcial en Polonia. En otros términos, quieren que la huelga se sostenga hasta la caída del gobierno actual, pues —hay que darse cuenta de ello, camaradas— contra nuestra huelga el zarismo empleará todas sus fuerzas. Si se estima que el fin de nuestra acción era derribar la autocracia, es claro que no lo hemos alcanzado. Desde este punto de vista, hubiéramos debido ahogar la indignación en nuestros pechos y renunciar a la acción que hemos hecho para protestar. Pero nuestra táctica, camaradas, no está en ese plano. Las acciones que organizamos son batallas sucesivas. Su fin es desorganizar al enemigo y conquistar las simpatías de nuevos amigos. Y, ¿qué simpatía puede ser más importante para nosotros que la del ejército? Compréndanlo bien: cuando discutimos si debemos continuar o no la huelga, de hecho preguntamos si la huelga debe conservar su carácter de demostración o transformarse en batalla decisiva, es decir, conducirnos a la victoria completa o a la derrota. No tememos ni las batallas ni las derrotas. Nuestras derrotas no son más que peldaños que nos conducen a la victoria. Se lo hemos probado y a más de

una vez a nuestros enemigos. Pero, para cada batalla, buscamos las condiciones más favorables. Los acontecimientos trabajan para nosotros y no tenemos razón alguna para forzar su marcha. Díganme, si les parece, a quién le conviene más retrasar la hora del combate decisivo: ¿a nosotros o al gobierno? ¡La ventaja es para nosotros, camaradas! Pues mañana seremos más fuertes que hoy, y pasado mañana, más fuertes que mañana. No olviden, camaradas, que sólo desde hace poco las circunstancias nos permiten organizar mítines para miles de personas, unificar las masas del proletariado y dirigirnos mediante la palabra revolucionaria impresa a toda la población del país. Hay que aprovechar lo mejor posible estas circunstancias para una amplia propaganda, para la organización de las filas del proletariado. El periodo de preparación de las masas, la acción decisiva debe prolongarse todo lo que podamos, quizá uno o dos meses, para luego marchar como un ejército bien agrupado, bien organizado. Sería ciertamente más ventajoso para el gobierno fusilarnos inmediatamente, puesto que todavía no estamos listos para el combate final. Algunos camaradas experimentan hoy, como en el día en que renunciamos a la manifestación de los funerales, la siguiente duda: si nos batimos en retirada en este momento, ¿sabremos levantar una vez más a las masas? ¿No se apaciguará la multitud? Les respondo: ¿creen ustedes que el régimen actual pueda hacer lo necesario para el apaciguamiento? ¿Tenemos razones para inquietarnos, para temer que en el futuro no haya acontecimientos que obliguen al pueblo a levantarse? Créanme, estos acontecimientos no faltarán, los habrá de sobra: el zarismo se encargará de ello. No olviden

ustedes además que todavía tenemos ante nosotros una campaña electoral que debe poner en pie a todo el proletariado revolucionario. Y quién sabe si la campaña electoral no ha de terminar con una explosión, si el proletariado no hará saltar por el aire el poder existente. Dominemos, pues, nuestros nervios y no intentemos ir por delante de los acontecimientos. Tenemos que confiar en el proletariado revolucionario. ¿Se ha calmado después del 9 de enero? ¿Después de la comisión de Chidlovski? ¿Después de los acontecimientos del mar Negro? No, la ola revolucionaria sube sin cesar y no está lejos el momento en que romperá sobre el régimen de la autocracia.

Lo que nos espera es una lucha decisiva y sin cuartel. Detengamos por el momento la huelga, satisfechos con la victoria moral que ha alcanzado, y apliquemos todas nuestras fuerzas a crear y asegurar aquello que más necesitamos: la organización, de nuevo la organización, siempre la organización. No hace falta más que mirar alrededor para ver que, en este terreno, cada día nos trae nuevas conquistas.

En este momento, los ferroviarios y los funcionarios de correos y telégrafos se organizan. Por el acero de los rieles y por el hilo del telégrafo, harán una sola hoguera con todos los hogares revolucionarios del país. Llegado el momento, nos permitirán levantar a toda Rusia en veinticuatro horas. Es necesario prepararse para ese momento y elevar al máximo la disciplina y la organización. ¡Al trabajo, camaradas!

Por ahora, es indispensable pasar a la organización militar de los obreros, a su armamento. Que en cada fábrica se formen grupos de combatientes de diez hombres, con un jefe elegido, por centenas con un

centurión, y que un comandante tome la autoridad sobre estos batallones. Que se impulse la disciplina en estos grupos hasta tal punto que toda la fábrica pueda ponerse en marcha al primer llamamiento. No olviden que en la hora del compromiso decisivo, sólo podemos contar con nosotros mismos. La burguesía liberal comienza ya a mirarnos con desconfianza y hostilidad. Los intelectuales demócratas dudan. La Unión de las Uniones, que se nos ha unido de tan buena gana durante la primera huelga, siente mucha menor simpatía por la segunda. Uno de sus miembros me decía el otro día: "Con sus huelgas, ponen ustedes a la sociedad en su contra. ¿Creen poder vencer al enemigo con sus propias fuerzas?". Le recordé el momento de la revolución francesa en que la Convención decretó: "El pueblo francés no tratará con un enemigo que ocupa su territorio". Uno de los miembros de la Convención exclamó: "¿Acaso tienen ustedes un pacto con la victoria?". Se le respondió: "No, tenemos un pacto con la muerte".

Camaradas: cuando la burguesía liberal, que parece enorgullecerse de su traición, nos pregunta: "Solos, sin nosotros, ¿creen poder luchar? ¿Acaso tienen un pacto con la victoria?", le arrojamos a la cara nuestra respuesta: "No, tenemos un pacto con la muerte".

Por aplastante mayoría, el *soviet* adoptó la siguiente decisión: "Suspender la huelga de protesta el lunes 7 de noviembre, a mediodía". Se repartieron en las fábricas carteles con la resolución del *soviet*, y se pegaron por la ciudad. En el día y la hora fijados, la huelga se detuvo al unísono, como había comenzado. Había durado ciento veinte horas, tres veces menos que la ley marcial en Polonia.

La importancia de la huelga de noviembre ciertamente no radica en haber salvado del nudo corredizo a unas decenas de marineros; sería poca cosa en una revolución que devora las existencias por decenas de miles. Tampoco reside en haber obligado al gobierno a suprimir lo antes posible la ley marcial en Polonia; un mes más o un mes menos bajo el régimen de las leyes de excepción no es nada para un país que tanto ha sufrido. La huelga de octubre fue un grito de alarma dirigido al país entero. ¿Quién sabe si una furiosa bacanal de reacción no se hubiera desencadenado en todo el país, en el caso de haber tenido éxito la experiencia lanzada en Polonia? Pero el proletariado estaba ahí, demostrando que “existe, está alerta y se dispone a devolver golpe por golpe”. En esta revolución que, por la solidaridad que manifestaron las razas tan diversas del país, contrasta magníficamente con los acontecimientos de 1848 en Austria, el proletariado de Petersburgo, en nombre de la propia revolución, no podía abandonar en silencio a las manos de la impaciente reacción a sus hermanos de Polonia, no tenía derecho a hacerlo. Y, dado que así que se ocupaba de su propio futuro, no podía ignorar, no tenía derecho a ignorar, la rebelión de Cronstadt. La huelga de noviembre fue un grito de solidaridad que el proletariado lanzó por encima de las cabezas del gobierno y de la oposición burguesa, a los prisioneros del cuartel. Y el grito fue escuchado.

En su crónica de la huelga de noviembre, el corresponsal del *Times* recogía estas palabras de un coronel de la guardia: “Por desgracia, no puede negarse que la intervención de los obreros que han tomado la defensa de los amotinados de Cronstadt ha tenido una influencia moral muy lamentable sobre nuestros soldados”. En esta “lamentable influencia moral” está lo esencial de la huelga de noviem-

bre. De un solo golpe, removió las masas del ejército y, en el curso de los días que siguieron, ocasionó una serie de mítines en los cuarteles de la guarnición de Petersburgo. En el comité ejecutivo, e incluso en las sesiones del *soviet*, se vio aparecer no sólo a soldados aislados, sino a delegados de la tropa que pronunciaron discursos y solicitaron apoyo; el vínculo revolucionario se afirmó entre ellos y las proclamas se difundieron con profusión en ese medio.

En aquellos días, la efervescencia ganó las filas más aristocráticas del ejército. Durante la huelga de noviembre, el autor del presente libro tuvo ocasión de participar como “orador en nombre de los obreros” en una asamblea de militares, única en su género. El hecho merece ser contado.

Había yo recibido una tarjeta de invitación de la baronesa Ikskul von Hildebrand; me presenté a las nueve de la noche en una de las más ricas residencias particulares de Petersburgo. El portero, que tenía el aspecto de un hombre resuelto a no extrañarse ya de nada, me quitó el abrigo y lo colgó en una larga hilera de capotes de oficiales. El lacayo esperaba, para anunciarme, que le diera mi tarjeta de visita. ¡En fin! Un hombre que se oculta de la policía no podía tener tarjeta de visita. Para sacarle del apuro le entregué la nota de invitación de la dueña de la casa. Un estudiante se acercó a mí en el vestíbulo, después de un *privatdozent* radical, redactor de una gran “revista”, y, finalmente, la propia baronesa. Esperaban sin duda encontrar en mí, “enviado de los obreros”, una fisonomía más avinagrada. Di mi nombre. Fui invitado amablemente a entrar. Al levantarse el cortinón, pude ver un grupo de unas sesenta o setenta personas. Sobre sillas dispuestas en líneas regulares, estaban sentados, a un lado del pasillo, treinta o cuarenta oficiales, entre ellos brillantes militares de la guardia; al otro lado, las damas. En un rincón,

se apercibía un grupo de levitas negras: eran publicistas y abogados radicales. Tras una pequeña mesa que servía de presídium, un anciano hacía funciones de presidente. A su lado, reconocí a Rodichev, futuro “tribuno” de los constitucional-demócratas. Hablaba de la aplicación de la ley marcial en Polonia, de las obligaciones de la sociedad liberal y de la parte pensante del ejército frente a la situación polaca; hablaba con tono aburrido y monótono, sus pensamientos eran cortos y vulgares, y cuando concluyó su discurso se escucharon aplausos impregnados de cansancio. Tras él, Piotr Struve tomó la palabra; todavía ayer era “el exilado de Stuttgart”, a quien la huelga de octubre había abierto de nuevo el camino de Rusia y que había aprovechado la ocasión para tomar posiciones en la extrema derecha del liberalismo de los *zemstvo*s y para emprender desde allí una campaña desvergonzada contra la socialdemocracia. Orador penoso, mascullando y comiéndose las palabras, demostraba que el ejército debía mantenerse en el terreno del manifiesto del 17 de octubre y defenderlo contra todo ataque, tanto de derecha como de izquierda. Esta sabiduría de víbora conservadora resultaba muy divertida en los labios del antiguo socialdemócrata. Escuché su discurso y me acordé que, siete años antes, este hombre había escrito: “Cuanto más se avanza hacia el oriente de Europa, más débil, cobarde y vil se muestra la burguesía en su actitud política”. Desde entonces, sobre las muletas del revisionismo alemán, el mismo hombre había pasado al campo de la burguesía liberal, a fin de demostrar el acierto del aforismo que acabamos de citar... Después de Struve, el publicista radical Procopovich habló del motín de Cronstadt; escuchamos a continuación a un desgraciado profesor que dudaba entre el liberalismo y la socialdemocracia, y que habló de todo y de nada. Por

fin, un famoso abogado (Sokolov) invitó a los oficiales a tolerar la propaganda en los cuarteles. Los discursos tomaban un tono cada vez más resuelto, la atmósfera se caldeaba, los aplausos del público se hacían cada vez más sonoros. Llegado mi turno señalé que los obreros estaban desarmados, que con ellos la libertad se hallaba desgarrada, que en manos de los oficiales se encontraban las llaves de los arsenales de la nación, que en el minuto decisivo estas llaves deberían pasar a sus legítimos dueños, es decir, al pueblo. Fue la primera vez en mi vida que tuve ocasión de hablar ante un auditorio de este género, y sin duda será la última...

“La lamentable influencia moral” del proletariado sobre los soldados indujo al gobierno a ejercer actos de represión. Se procedió a detenciones en uno de los regimientos de la guardia; algunos de los marineros fueron enviados bajo escolta de Petersburgo a Cronstadt. De todas partes, se dirigían al *Soviet* soldados preguntando qué se podía hacer. A estas preguntas respondimos con un llamamiento que se hizo famoso bajo el nombre de “Manifiesto a los soldados”. He aquí su texto:

El *Soviet* de Diputados Obreros responde a los soldados: ¡Hermanos soldados del ejército y de la flota! Se dirigen frecuentemente a nosotros, *Soviet* de Diputados Obreros, para obtener un consejo o un apoyo. Al efectuarse la detención de hombres del regimiento Preobrajenski, solicitaron ustedes nuestro socorro. Al ser detenidos alumnos de la escuela militar electrotécnica, solicitaron nuestra asistencia. Al ser enviadas bajo escolta las tripulaciones de la flota de Petersburgo a Cronstadt, buscaron nuestra protección.

Gran número de regimientos nos envían sus diputados.

Hermanos soldados, tienen ustedes razón. Sólo cuentan con el pueblo obrero para que los defienda. Si los obreros no acuden en su ayuda, no hay salvación para ustedes. El maldito cuartel los ahogará.

Los obreros están siempre a lado de los buenos soldados. En Cronstadt y en Sebastopol, los obreros han luchado y han muerto con los marineros. El gobierno decidió que los marineros y los soldados de Cronstadt pasaran ante consejo de guerra; los obreros de Petersburgo suspendieron inmediatamente todo trabajo.

Aceptan las torturas del hambre, pero se niegan a aceptar calladamente los tormentos que se inflige a los soldados.

Nosotros, el *Soviet* de Diputados Obreros, les decimos, soldados, en nombre de todos los obreros de Petersburgo:

Las penas de ustedes son nuestras penas, sus necesidades son nuestras necesidades; la lucha que ustedes libran a cabo, es la misma que hemos emprendido nosotros. Nuestra victoria será la victoria de ustedes. Estamos atados por la misma cadena. Solamente uniendo sus esfuerzos el pueblo y el ejército la romperán.

¿Cómo obtener la libertad de los soldados de Preobrajenski? ¿Cómo salvar a los de Cronstadt y Sebastopol? Para eso, hay que limpiar el país de todas las prisiones zaristas, de todos los consejos de guerra. Mediante golpes aislados no lograremos nada a favor de los de Preobrajenski, Sebastopol y Cronstadt. Solamente por un poderoso impulso de toda la masa

barreremos la arbitrariedad y la autocracia del suelo de nuestra patria.

¿Quién puede encargarse de esta gran tarea? El pueblo obrero unido con el ejército fraterno.

¡Hermanos soldados: despierten, levántense y vengán a nosotros! ¡Buenos y valerosos soldados, agrúpanse en asociaciones!

¡Despierten a los que duermen! ¡Arrastren a los remolones! ¡Pónganse de acuerdo con los obreros! ¡Vincúlense al *Soviet* de Diputados Obreros!

¡Y adelante, por la justicia, por el pueblo, por la libertad, por nuestras mujeres y nuestros hijos!

Una mano fraterna se les tiende, ¡la del *Soviet* de Diputados Obreros!

Este manifiesto corresponde a los últimos días del *soviet*.

¡Las ocho horas y un fusil!

El proletariado estaba solo en la lucha. Nadie quería ni podía apoyarle. Esta vez, no se trataba ya de la libertad de prensa, ni de combatir la arbitrariedad de los uniformados, ni siquiera del sufragio universal. El obrero pedía garantías para sus músculos, para sus nervios, para su cerebro. Había decidido reconquistar una parte de su propia existencia. No podía ni quería esperar más. En los acontecimientos de la revolución, había cobrado conciencia de su fuerza, había descubierto una vida nueva, una vida superior. Acababa en cierto modo renacer a la vida del espíritu. Todos sus sentimientos estaban tensos como las cuerdas de un instrumento. Nuevos mundos inmensos y radiantes se habían abierto ante él... ¿Habrá que esperar aún mucho tiempo al

gran poeta que reproduzca el cuadro de la resurrección revolucionaria de las masas obreras?

Después de la huelga de octubre, que había hecho de las fábricas ennegrecidas por el humo los templos de la palabra revolucionaria, después de una victoria que había llenado de orgullo a los corazones más pesimistas, el obrero recayó en el engranaje maldito de la máquina. Todavía presa del adormecimiento del alba tenebrosa, tenía que arrojarse a la garganta infernal de la fábrica; avanzada la tarde, cuando la máquina finalmente detenida daba una señal con su sirena, el obrero, presa aún y siempre del adormecimiento, arrastrando el cuerpo agotado, regresaba a su alojamiento en la noche morosa y lúgubre. Sin embargo, a su alrededor ardían llamas claras, cercanas e inaccesibles, las llamas que él mismo había encendido: la prensa socialista, las reuniones políticas, la lucha de los partidos, el banquete inmenso y maravilloso de intereses y pasiones. ¿Cuál era entonces la salida? La jornada de ocho horas. Fue el programa entre todos los programas, el deseo entre todos los deseos. Sólo la jornada de ocho horas podía liberar inmediatamente la fuerza del proletariado para la política revolucionaria del día. ¡A las armas, proletarios de Petersburgo! Un nuevo capítulo se abre en el libro austero de la lucha.

Ya durante la gran huelga, los delegados habían declarado más de una vez que cuando volvieran al trabajo las masas no aceptarían por nada del mundo las antiguas condiciones. El 26 de octubre, los delegados de uno de los sectores de Petersburgo deciden, independientemente del *soviet*, implantar en sus fábricas la jornada de ocho horas por la vía revolucionaria. El 27, diversas reuniones obreras aprueban por unanimidad la propuesta de los delegados. En el taller mecánico Alexandrovski, la cuestión se decide por voto secreto, para evitar toda presión. Resultados: mil

668 votos a favor, 14 en contra. Los grandes talleres metalúrgicos no trabajan más que ocho horas desde el 28. Un movimiento análogo se dibuja al mismo tiempo en el otro extremo de Petersburgo. El 29 de octubre, el organizador de la campaña informa al *soviet* que la jornada de ocho horas ha sido establecida “por la fuerza” en tres grandes fábricas. Truenos de aplausos. No hay lugar para la duda. ¿No es la violencia la que nos ha dado la libertad de reunión y la de prensa? ¿Son para nosotros más sagrados los intereses del capital que los de la monarquía? Las tímidas voces del escepticismo se ahogan en las oleadas del entusiasmo general. El *soviet* emite una decisión de la más alta importancia: invita a todas las fábricas y talleres a establecer por su cuenta la jornada de ocho horas. El decreto se aprueba casi sin debates, como si la decisión se impusiese por sí misma. Da a los obreros veinticuatro horas para adoptar sus disposiciones al efecto. Fue suficiente.

La propuesta del *soviet* ha sido acogida por nuestros obreros con inmenso entusiasmo — escribe mi amigo Nemtsov, delegado de un taller metalúrgico. — En octubre luchamos en nombre de las exigencias del país entero; ahora ponemos por delante nuestras reivindicaciones exclusivamente proletarias, que mostrarán claramente a nuestros patronos burgueses que no olvidamos un solo instante las necesidades de nuestra clase. Después de los debates, el comité de la fábrica (reunión de los representantes de los talleres; los delegados del *soviet* desempeñaban un papel dirigente en estos comités) decidió por unanimidad establecer la jornada de ocho horas a partir del primero de noviembre. El mismo día, los diputados transmitieron la decisión del comité de fábrica a

todos los talleres... Invitaron a los obreros a traer sus alimentos a la fábrica, para no hacer la suspensión habitual de mediodía. El primero de noviembre, los obreros entraron a trabajar a las siete menos cuarto de la mañana, como siempre. A mediodía, un golpe de silbato les llamó a la comida; fue la ocasión para numerosas bromas entre los compañeros, que no se concedían más que media hora de descanso en lugar de una hora y tres cuartos. A las tres y media, toda la fábrica paraba, tras exactamente ocho horas de trabajo.

El lunes 31 de octubre, leemos en el número 5 del *Izvestia*:

Todos los obreros de las fábricas de nuestro sector, conforme a la decisión del *soviet*, después de haber trabajado ocho horas, dejaron los talleres y salieron en manifestación por las calles con banderas rojas, cantando *La Marsellesa*. En el curso del recorrido, los manifestantes "sacaban" a los obreros que prolongaban el trabajo en los pequeños establecimientos.

La decisión del *soviet* se aplicó en los otros sectores con la misma energía revolucionaria. El primero de noviembre, el movimiento se extiende a casi todos los talleres metalúrgicos y a las más importantes fábricas textiles. Los obreros de las fábricas de Schlüsselburg preguntaban al *soviet* a través del telégrafo: "¿Cuántas horas de trabajo debemos proporcionar a partir de hoy?". La campaña se desarrollaba con una fuerza invencible, con una grandiosa unanimidad. Pero la huelga de cinco días cortó esta campaña en sus comienzos. La situación se hacía cada vez

más difícil. La reacción gubernamental realizaba esfuerzos desesperados, y no sin éxito, para recuperar terreno. Los capitalistas se unían enérgicamente a la resistencia, bajo la protección de Witte. La democracia burguesa estaba "harta" de huelgas. Tenía sed de tranquilidad y reposo.

Antes de la huelga de octubre, los capitalistas evaluaban de diferente modo la reducción de trabajo por los obreros: unos amenazaban con cerrar inmediatamente las fábricas, otros se limitaban a descontar las horas de los salarios. En gran número de fábricas y talleres, la administración entraba en la vía de las concesiones, consentía en reducir la jornada a nueve horas y media, e incluso a nueve horas. Esto es, por ejemplo, lo que decidió el Sindicato de Impresores. La incertidumbre reinaba en general entre los patronos. Hacia el final de la huelga de noviembre, el capital, agrupando sus fuerzas, logró dominar la situación y se mostró irreductible: la jornada de ocho horas no sería concedida, y si los obreros insistían, se procedería a un *lock out* en masa. Abriendo el camino a los patronos, el gobierno tomó la iniciativa de cerrar las fábricas del Estado. Era cada vez más frecuente que la policía dispersara las reuniones obreras, con lo que evidentemente esperaba abatir los espíritus. La situación se agravaba de día en día. Tras las fábricas del Estado, cerraron los establecimientos privados. Varias decenas de miles de obreros se vieron en la calle. El proletariado tropezaba con una muralla abrupta. Era absolutamente necesario batirse en retirada. Pero la masa obrera sabía lo que quería. No quería ni oír hablar de un regreso al trabajo en las antiguas condiciones. El 6 de noviembre, el *soviet* recurre a un compromiso: declara que la prohibición deja de ser obligatoria para todos e invita a los trabajadores a no continuar la lucha más que en las empresas donde hubiese alguna esperanza de éxito. La solución

evidentemente no era satisfactoria: no es un llamamiento formal y amenaza con dividir el movimiento en una serie de escaramuzas. Sin embargo, la situación sigue agravándose. Mientras las fábricas del Estado volvían a abrir, a instancias de los delegados, en las antiguas condiciones, los empresarios privados cerraban las puertas de trece nuevas fábricas y talleres. Eran 19 mil desocupados más. La preocupación de obtener la reapertura de las fábricas, incluso en las antiguas condiciones, no permitía pensar ya en realizar por un golpe de fuerza la jornada de ocho horas. Era necesario mostrar decisión; el 12 de noviembre, el *soviet* ordenó batirse en retirada. Fue la más dramática de todas las sesiones del parlamento obrero. Los votos se dividieron. Dos talleres metalúrgicos de los más avanzados insistían en que se continuase la lucha, con el apoyo de los representantes de algunas fábricas textiles, de determinadas empresas del tabaco y el vidrio. La fábrica Putilov se declara enérgicamente contra esta actitud. Se levanta una mujer: es una tejedora de la fábrica Maxwell, ya de cierta edad. Su rostro es hermoso y abierto, su vestido de indiana ajado, aunque se acerca el invierno; su mano tiembla de emoción y sube nerviosamente hasta el cuello. Voz penetrante, profunda, vibrante, inolvidable: “Han acostumbrado ustedes a sus mujeres — grita a los delegados de Putilov — a comer bien y a dormir bien, y por eso temen perder su empleo. Pero a nosotras eso no nos asusta. Estamos dispuestas a morir por obtener la jornada de ocho horas. Lucharemos hasta el final. La victoria o la muerte. ¡Viva la jornada de ocho horas!”.

Han pasado treinta meses desde que escuché ese grito, y aquella voz de esperanza, de desesperación y de pasión todavía resuena en mis oídos como un reproche vehemente, como un llamamiento irresistible. ¿Dónde estás

ahora, camarada heroica, humildemente vestida con un traje ajado de indiana? Ah, seguramente nadie te había enseñado a dormir bien, a comer bien, a vivir a gusto...

La vibrante voz se quiebra... Un instante de silencio doloroso. Y a continuación una tempestad de aplausos apasionados. Los delegados que se habían reunido bajo la penosa impresión de la violencia capitalista y de una inmutable fatalidad, se elevaron en este momento muy por encima de la vida cotidiana. Aplaudían a la victoria que tenían que alcanzar un día sobre el destino sanguinario.

Después de cuatro horas de debate, el *soviet* adoptó por una aplastante mayoría, la resolución de ceder. La resolución señalaba que la coalición del capital con el gobierno había transformado, al primer golpe, la cuestión de las ocho horas, aplicable a Petersburgo, en una cuestión de interés general para todo el país; demostraba que los obreros de Petersburgo no podían por consiguiente obtener esta ventaja sin el concurso del proletariado de la nación entera, y decía: "Por estas razones, el *Soviet* de Diputados Obreros estima necesario suspender provisionalmente las medidas directas que habían sido indicadas a todas las empresas para realizar la jornada de ocho horas". Hubo que hacer grandes esfuerzos para que la retirada se efectuase en buen orden. Numerosos obreros preferían la vía que había señalado la tejedora de Maxwell. "Camaradas obreros de las fábricas y talleres restantes — escribían al *soviet* los trabajadores de una gran fábrica que habían resuelto continuar la lucha por la jornada de nueve horas y media —, excúsenos por obrar así, pero no podemos aceptar más esta sobrecarga que progresivamente agota nuestras fuerzas físicas y morales. Lucharemos hasta la última gota de sangre."

Al abrirse la campaña por la jornada de ocho horas, la prensa capitalista exclamaba, como es lógico, que el *soviet*

quería arruinar la industria nacional. El periodismo liberal democrático, que temblaba en esta época ante los amos de izquierda, parecía haberse tragado la lengua. Pero cuando la derrota de la revolución, en diciembre, le devolvió la libertad de iniciativa, empezó a traducir a su jerga liberal todas las acusaciones que los reaccionarios lanzaban contra el *soviet*. La lucha que éste había desarrollado por la jornada de ocho horas fue, *a posteriori*, el objeto de la acusación más rigurosa por parte de estos buenos señores. No obstante, hay que anotar que la idea de realizar por la violencia la jornada de ocho horas, es decir, simplemente interrumpiendo el trabajo sin esperar el permiso de los empresarios, había nacido antes del mes de octubre y no entre los miembros del *soviet*. Durante las huelgas épicas de 1905, habían tenido lugar más de una vez tentativas de este género. Y no habían terminado en derrotas. En las fábricas del Estado, donde los motivos políticos desempeñan un papel más importante que las razones económicas, los obreros habían obtenido de esta manera la jornada de nueve horas. No obstante, la idea de establecer sólo por medios revolucionarios la jornada normal únicamente en Petersburgo y en veinticuatro horas, puede parecer fantástica. Un buen contable, afiliado a un sindicato de gentes graves y sesudas, la juzgaría sin duda absolutamente loca. Y lo era en efecto desde el punto de vista de las gentes razonables. Pero, en la "locura" revolucionaria, no carecía de razón. Ciertamente, la jornada regulada sólo para Petersburgo es una pretensión absurda; pero el intento de la capital, en el ánimo del *soviet*, debía levantar al proletariado del país entero. Naturalmente, la jornada de ocho horas no puede realizarse si no es con el concurso del poder gubernamental; pero el proletariado entonces luchaba precisamente por la conquista del poder. Si hubiese alcanzado una victoria política, el establecimien-

to de la jornada de ocho horas no habría sido más que el desarrollo natural de una “experiencia fantástica”. Pero el proletariado no salió vencedor de este primer combate, y ésa es, sin duda alguna, su “falta” más grave.

A pesar de todo, creemos que el *soviet* se condujo como podía y debía conducirse. En realidad, no tenía elección. Si, por razones de política “realista”, hubiese gritado a las masas: “¡Retrocedan!”, no le habrían escuchado. El conflicto habría estallado, pero sin que nadie dirigiera a los combatientes. Las huelgas se habrían producido, pero el enlace entre ellas hubiera faltado. En estas condiciones, la derrota hubiese causado una total desmoralización. El *soviet* comprendió su función de otra manera. Sus dirigentes no contaban en modo alguno con un éxito práctico, inmediato, absoluto; pero, para ellos, las poderosas fuerzas elementales que entraban en movimiento se imponían como un hecho esencial, y resolvieron transformar el movimiento en una manifestación grandiosa, inaudita hasta entonces en el mundo socialista, en favor de la jornada de ocho horas. Pronto los patrones lograron reducir los resultados prácticos de esta campaña — es decir, una reducción considerable de las horas de trabajo en una serie de empresas — a la nada. Pero los resultados políticos dejaron una huella imborrable en la conciencia de las masas. La idea de la jornada de ocho horas fue a partir de entonces popular entre los grupos obreros más atrasados, y tuvo más influencia que la que habría obtenido una propaganda pacífica desarrollada durante largos años. Al mismo tiempo, la reivindicación se asimilaba orgánicamente a las exigencias esenciales de la democracia política. Cuando tropezó con la resistencia organizada del capital, detrás de la cual se alzaba el poder del Estado, la masa obrera volvió a la idea del golpe de Estado revolucionario, de la inevitable

insurrección, del armamento indispensable. Al defender en el *Soviet* la moción que debía terminar la lucha, el portavoz del comité ejecutivo resumía así los resultados de la campaña: "Si no hemos conquistado la jornada de ocho horas para las masas, al menos hemos conquistado a las masas para la jornada de ocho horas. En adelante, en el corazón de todo obrero petersburgués resonará el mismo grito de batalla: ¡Las ocho horas y un fusil!".

El *mujik* se rebela

Era en las ciudades donde tenían lugar los acontecimientos decisivos de la revolución. Pero los campos no guardaban un silencio pasivo. Se agitaban ruidosamente, se levantaban con pesadez y daban traspiés, como quien despierta del sueño. Apenas se dio cuenta de estos primeros signos de agitación, toda la clase dominante tembló.

Durante los dos o tres años anteriores a la revolución, las relaciones entre campesinos y propietarios se habían ido haciendo difíciles. Los "malentendidos" se multiplicaban. A partir de la primavera de 1905, la efervescencia en los campos se hace amenazadora; se manifiesta bajo aspectos variados, según las diversas regiones del país. Esquemáticamente, se pueden señalar tres zonas de "revolución" campesina: 1) el norte, que se distingue por un desarrollo considerable de la industria de fabricación; 2) el sudeste, relativamente rico en tierras; 3) el centro, en que la tierra falta y donde esta cuestión se agrava aún más por el estado lamentable en que vegeta la industria. A su vez, el movimiento campesino elaboró cuatro procedimientos típicos de lucha: ocupación de las tierras de los propietarios, acompañada de expulsión de los amos y destrucción de sus mansiones, con el fin de asegurar al pueblo una uti-

lización más amplia de las tierras; apropiación de los trigos, el ganado, el heno y tala de bosques con el fin de avituallar inmediatamente al pueblo hambriento y necesitado; huelga y boicot por la disminución de los arrendamientos o el alza los salarios; y, finalmente, negativa a proporcionar reclutas al ejército y a pagar los impuestos y las deudas. Diversamente combinados, estos procedimientos de lucha se propagaron por todo el país, adaptándose a las condiciones económicas de cada región. El movimiento campesino fue particularmente violento en el centro miserable. La devastación pasó por estas provincias como un ciclón. En el mediodía, se recurrió principalmente a las huelgas y al boicot de las explotaciones. Finalmente, en el norte, donde el movimiento fue más débil, se pensó sobre todo en cortar madera para calefacción. Los campesinos se negaron a reconocer los poderes administrativos y a pagar los impuestos allí donde la revuelta económica tomaba un carácter político radical. En todo caso, el movimiento agrario no ganó a las masas profundas más que después de la huelga de octubre.

Veamos más de cerca cómo procede el *mujik* en la revolución. En la provincia de Samara, los desórdenes se extendieron a cuatro comarcas. Al principio, sucedía así: los campesinos se presentaban en las explotaciones privadas y no se apoderaban más que de los forrajes; en el curso de esta operación, tenían en cuenta el ganado que se encontraba en la propiedad y dejaban al patrono el forraje necesario para alimentar al rebaño; se llevaban el resto en sus carretas. Obraban con calma, sin violencia, "en conciencia", esforzándose en entenderse con el propietario para evitar "todo escándalo". Explicaban al patrón que habían llegado tiempos nuevos, que hacía falta vivir ahora siguiendo una regla nueva: "según Dios", el que poseía mucho de-

bía dar a los que no tenían nada... A continuación, grupos de representantes, “provistos de poder”, se presentan en las estaciones de ferrocarriles: allí los propietarios tienen importantes depósitos de grano. Tras informarse sobre la procedencia del trigo almacenado, los delegados declaran que, por decisión del *mir* (municipio campesino), van a llevárselo.

— ¿Así que quieren ustedes tomarlo, hermanitos? — replica el jefe de estación. — Pero soy yo quien responderá de él... Al menos déjenme al margen...

— ¿Qué quieres que te digamos? — declaran los “expropiadores”, tan amenazantes hace un momento, ahora conciliadores. — No queremos dar molestias... Vinimos aquí porque la estación no está lejos... Hasta la granja hay un buen trecho y no queríamos ir hasta allá... Pero ni modo. Tendremos a ir a casa del patrón y de su granero tomaremos lo que necesitamos...

Así, el trigo amontonado en el depósito del ferrocarril permanece intacto; pero en las haciendas se hace el reparto “en buena justicia” con los propietarios. Sin embargo, los motivos aducidos, las alusiones al “tiempo nuevo” se hacen cada vez menos persuasivas: el propietario va recuperando el valor, resiste. Entonces el *mujik* bonachón se enfada, y pronto no quedan de la vieja casa solariega sino las piedras y los despojos. En la provincia de Jersón, los campesinos, en muchedumbres inmensas, viajaban de hacienda en hacienda con sus carros para tomar lo que les correspondiera del “reparto”. No hubo violencias ni asesinatos: los propietarios aterrados y los administradores asustados habían huido, dejando todas las puertas abiertas, desde el primer reclamo de los campesinos. En esa provincia también se emprende una enérgica lucha por la reducción de los arrendamientos. Los municipios campesinos fijan los precios conforme a la

“justicia”. Sin embargo, en el monasterio de Berzukov, los campesinos se apoderaron de 150 mil *deciatinas* sin pagar su valor, alegando que los monjes debían rogar a Dios y no preocuparse del tráfico de tierras.

Pero los acontecimientos más tumultuosos tuvieron lugar a fines de 1905 en la provincia de Saratov. En los pueblos a los que se extendió el movimiento, ningún campesino guardó una actitud pasiva. Todos se levantaron. Los propietarios con sus familias dejan sus casas; todos los bienes muebles se reparten, se saca el ganado, se le paga a los jornaleros y servidores y, como conclusión, “el gallo rojo” – el incendio – despliega sus alas sobre la hacienda. A la cabeza de las “columnas” campesinas que marchan al ataque van compañías armadas. Los suboficiales de la gendarmería y los guardias se esconden; en algunos lugares, son detenidos. Se queman las edificaciones del propietario para impedirle volver más tarde a sus dominios. Pero ninguna otra violencia se tolera. Después de haber devastado completamente la casa solariega, los campesinos redactan en común un “juicio” según el cual, a partir de la primavera próxima, la tierra del propietario volverá al *mir*. Las sumas de dinero tomadas en los “despachos” de los amos, en los depósitos de aguardiente del gobierno o en casa de los recaudadores del fisco comisionados de la venta de alcohol, se entregan inmediatamente a la comunidad. La distribución de los bienes expropiados se efectúa por medio de comités locales o “cofradías”. Cuando se destruye todo en una hacienda, no hay que ver en ello una manifestación de odio individual del campesino hacia el propietario; la devastación alcanza tanto a los liberales como a los reaccionarios. No hay matices políticos, es la aversión de la clase desheredada que se traduce así... Se destruyen de arriba abajo las mansiones de miembros liberales de los *zemstvos*,

se queman viejos castillos con sus preciosas bibliotecas y sus galerías de cuadros. En determinadas comarcas, las casas solariegas que han escapado a la devastación son consideradas excepciones... El cuadro que ofrece la cruzada de los *mujiks* es en todas partes semejante.

— El cielo nocturno se ilumina a la luz de los incendios — escribe un corresponsal. — El cuadro es espantoso: desde la mañana pueden verse filas de carruajes enganchados a dos o tres caballos, llenos de fugitivos que abandonan sus dominios; al sobrevenir el crepúsculo, todo el horizonte se halla envuelto por un círculo de ruego. Durante ciertas noches, se han contado hasta dieciséis incendios simultáneos... Los propietarios huyen, con un pánico que comunican a todos aquellos a quienes encuentran.

En poco tiempo fueron quemadas y destruidas más de dos mil casas solariegas en todo el país; sólo en la provincia de Saratov, 272 sufrieron la venganza del campesino. Los daños causados a los propietarios en las diez provincias que más sufrieron ascienden, según los datos oficiales, a 29 millones de rublos, de los cuales unos diez corresponden a la provincia de Saratov.

Si es verdad que en general la ideología política no es lo que determina el desarrollo de la lucha de clases, ello es tres veces más cierto cuando se trata de los campesinos. El *mujik* de Saratov debía tener razones serias, en los límites de su huerto, de su granja y de su tierra, para decidirse a arrojar un puñado de paja encendida bajo el techo del propietario noble. Pero al explicar su conducta sería un error dejar absolutamente de lado la propaganda política. Por confuso y desordenado que haya sido el levantamiento de

los campesinos, pueden discernirse en él intentos claros de generalización política. Hay que reconocer el trabajo de los partidos. En el curso de 1905, los propios liberales de los *zemstvos* hicieron la experiencia de instruir a los campesinos en el espíritu de oposición. En diversas instituciones de *zemstvos*, eran admitidos representantes del mundo rural a título semioficial y deliberaban sobre las cuestiones de interés general. Los empleados de los *zemstvos* desplegaron, a lado de los liberales censitarios, una actividad todavía mayor: estadísticos, maestros de escuela, agrónomos, enfermeras, etc. Una parte considerable de este personal pertenecía a los partidos socialdemócrata y socialrevolucionario; la mayoría se componía de radicales indecisos para quienes, en todo caso, la propiedad privada no tenía un carácter sagrado. Durante varios años, los partidos socialistas, por medio de los empleados de los *zemstvos*, organizaron entre los campesinos círculos revolucionarios y propagaron las publicaciones que la ley había prohibido. En 1903, la propaganda se dirigió a las masas y salió de sus retiros clandestinos. En este aspecto prestó un gran servicio el absurdo *ukase* del 18 de febrero, que establecía una especie de derecho de petición. Apoyándose en este derecho o, mejor dicho, en el aturdimiento que había causado el *ukase* entre las autoridades locales, los agitadores convocaban las asambleas municipales y las llevaban a solicitar en sus mociones la abolición de la propiedad privada de la tierra, y la convocatoria de los representantes del pueblo. En numerosos lugares, los *mujiks* que habían firmado mociones de este género se consideraban miembros de un "sindicato campesino" y constituían comités que, frecuentemente, ponían en jaque a la autoridad legal de la aldea. Así sucedió, por ejemplo, entre los cosacos del Don. Tenían lugar, en sus pueblos, reuniones de seiscientas a setecientas personas.

— Es un extraño auditorio — escribía uno de los propagandistas. — En la mesa del presidente se encuentra un atamán (jefe cosaco) armado. Ante uno, permanecen de pie o sentados hombres que llevan sable. Estamos acostumbrados a verlos en el último cuadro de nuestras reuniones y de nuestros mítines como figurantes de una apoteosis que no tiene para nosotros nada de agradable. Resulta extraño contemplar estos ojos, donde poco a poco se enciende el odio al señor y al *chínovnik*. ¡Qué distancia, que inverosímil diferencia entre el cosaco de filas y el cosaco en los campos!

Los propagandistas eran acogidos y acompañados con entusiasmo; se les iba a buscar muy lejos y se vigilaba para protegerlos de la policía. Pero con mucha frecuencia, en los campos retirados, se hacían una idea muy oscura del papel que tenían que desempeñar. “Gracias a las buenas gentes — decía a veces el *mujik* que acababa de firmar una resolución — van a pedir un poco de tierra para nosotros”. En el mes de agosto, se reunió cerca de Moscú el Primer Congreso de Campesinos. Más de cien representantes de 22 provincias estuvieron reunidos durante dos días en un viejo cobertizo situado lejos de las carreteras. En este Congreso tomó forma por primera vez la idea de una Unión Panrusa de Campesinos, idea a la cual dieron su asentimiento numerosos campesinos e intelectuales, miembros o no de los partidos políticos. El manifiesto del 17 de octubre dio aún más amplitud a la propaganda en los campos. Uno de los miembros más moderados de los *zemstvos* en la provincia de Pskow, el conde Heiden, hoy fallecido, no permaneció ajeno a ello: con el objeto de explicar a sus frustrados auditores los principios del “nuevo régimen”, organizó mítines en las comarcas de su provincia. Los campesinos contem-

plaron primero con indiferencia los esfuerzos del conde, luego se desataron y sintieron la necesidad de pasar de las palabras a los actos. Para comenzar, resolvieron “poner en huelga” los bosques. Fue entonces cuando el aristócrata liberal perdió el control. Pero si, en sus intentos por establecer la armonía de clases sobre la base del manifiesto imperial, los liberales censitarios tuvieron a menudo que morderse los dedos, en cambio los intelectuales revolucionarios alcanzaron inmensos éxitos. En las diversas provincias, se reunían congresos de campesinos; tenía lugar una propaganda intensiva, febril; las ciudades inundaban los campos con publicaciones revolucionarias; las uniones de campesinos se consolidaban y ampliaban. En una provincia lejana y perdida, la de Viatka, un Congreso campesino reunió a doscientas personas. Tres compañías del batallón que estaba allí como guarnición enviaron delegados para expresar las simpatías de la tropa y prometer su apoyo. Los obreros se declararon en el mismo sentido por medio de sus representantes. Aturdidas, las autoridades concedieron al Congreso el permiso de organizar mítines en ciudades y pueblos. Durante quince días, se multiplicaron las reuniones en la provincia. La decisión del Congreso de suspender el pago de los impuestos se aplicó rigurosamente... A pesar de la diversidad de estas manifestaciones, el movimiento campesino en toda la extensión del país logró agrupar a las masas. En los extremos del imperio, adquirió desde el primer momento un carácter claramente revolucionario. En Lituania, por decisión del Congreso de Vilna, que reunía a más de dos mil representantes, el campesinado destituyó revolucionariamente a los escribanos de las comarcas, a los *starchini* (ediles) y a los maestros de escuelas primarias, expulsó a los gendarmes, los inspectores rurales (*zemskie nachalnikt*) y se dio a sí mismo jueces por vía de elección y

comités ejecutivos para la administración comarcal... Los campesinos de Georgia, en el Cáucaso, se condujeron de manera aún más decidida.

El 6 de noviembre, a sabiendas de todo el mundo, se abrió en Moscú el II Congreso de la Unión Campesina: 187 delegados representaban a veintisiete provincias. De ellos, 101 habían sido provistos de sus poderes por las asambleas comarcales y municipales, y los restantes hablaban en nombre de los comités de las provincias, los departamentos y los grupos locales de la Unión. Entre los delegados, había 145 campesinos; el resto se componía de intelectuales vinculados de cerca al campesinado: maestros y maestras de escuela, empleados de los *zemstvos*, médicos, etc. Para quien deseara conocer el carácter del país, fue uno de los congresos más interesantes de la época revolucionaria. Pudo verse allí a buen número de figuras pintorescas, de hombres que se habían elevado por sus propias fuerzas por encima del nivel provincial; revolucionarios que no lo eran sino desde ayer y que ellos mismos, “por sus propios recursos”, habían llegado a la comprensión de las cosas; políticos dotados de fuerte temperamento, animados de grandes esperanzas, pero cuyas ideas no eran suficientemente claras. He aquí unas siluetas bosquejadas por uno de los miembros del Congreso:

Vemos un sacerdote de Sumi, Antón Cherbak, de alta talla, cabellos blancos, bigote corto, con mirada penetrante, que parecía salido del lienzo de Repin, *Los cosacos zaporogos*. Cherbak, no obstante, decía que era granjero de los dos hemisferios, porque había pasado veinte años en América y poseía en California una granja bien instalada, ocupada por su familia rusa... El cura Miretski, delegado de la provincia de Voronej,

representaba a cinco comarcas. En uno de sus discursos, el padre Miretski declaró que Cristo había sido el primer socialista. “Si Cristo estuviese aquí, estaría con nosotros...” Dos campesinas con blusa de indiana, chal de lana y botines de piel de cabra, hablaban en nombre de la asamblea de mujeres de uno de los pueblos de la misma provincia de Voronej... El capitán Perelechin representaba a los artesanos rurales de la misma provincia. Se presentó en el Congreso de uniforme, con el sable al cinto, lo que ocasionó una seria perturbación en la asistencia. Una voz llegó a gritar en medio de la asamblea: “¡Abajo la policía!”. Entonces el oficial se levantó y ante los aplausos de todos los congresistas declaró: “Soy el capitán Perelechin, delegado de la provincia de Voronej, que nunca ha ocultado sus convicciones y siempre se ha conducido abierta y francamente; por esta misma razón me ven ustedes aquí de uniforme...”.

Las deliberaciones versaron preferentemente sobre cuestiones de táctica. Ciertos delegados preconizaban la lucha por medios pacíficos: mítines, decisiones de las asambleas municipales, boicot de las autoridades por el *mir*, creación de administraciones autónomas revolucionarias, laboreo de las tierras expropiadas por el *mir*, negativa del *mir* de pagar los impuestos y proporcionar reclutas. Otros, sobre todo los que representaban a la provincia de Saratov, lanzaban llamamientos a la lucha armada, querían que se apoyase inmediatamente la rebelión iniciada en las provincias. En definitiva, se alcanzó un justo medio.

Para poner fin a las desgracias del pueblo, ocasionadas por la falta de tierras —decía la resolución—, no

hay más que un único medio, y es que todas las tierras se conviertan en propiedad común del pueblo entero, y que no sean utilizadas más que por quienes trabajan la tierra ellos mismos, en familia o en asociación.

El establecimiento de un sistema equitativo de explotación de las tierras se le confiaba a la Asamblea Constituyente, que debía convocarse sobre las bases más democráticas, “no más tarde (¡!) del mes de febrero próximo”. Para llegar a este resultado:

la Unión Campesina se concertará con sus hermanos obreros, con los sindicatos de las ciudades, de las fábricas, de los talleres, de los ferrocarriles y restantes empresas, así como con las organizaciones que defienden los intereses de los trabajadores... En el caso de que las reivindicaciones del pueblo no sean satisfechas, la Unión Campesina tendrá que recurrir a la huelga general de la tierra (¡!), es decir, negará a los propietarios de toda clase de haciendas sus fuerzas obreras, y mediante ese mismo acto les obligará a suspender su explotación. Para la organización de la huelga general, la Unión se pondrá de acuerdo con la clase obrera.

El Congreso decidió a continuación renunciar al consumo del aguardiente, y declaró al fin de su resolución:

Según los informes que se reciben de todos los puntos de Rusia, la negativa a satisfacer las reivindicaciones populares podría ser la causa de perturbaciones considerables en el país y suscitaría necesariamente una insurrección general, pues la paciencia del campesino

ha llegado a fin y no hace falta más que una gota para desbordar el vaso.

Por ingenua que resulte esta resolución en determinados pasajes, muestra al menos que los elementos avanzados de la clase campesina se comprometían en el camino revolucionario. La expropiación de las tierras de los propietarios aparecía inminente a los ojos del gobierno y de la nobleza, se anunciaba con un realismo riguroso en las sesiones de este parlamento de *mujiks*. La reacción lanzó un grito de alarma, y tenía razón total para hacerlo.

El 3 de noviembre, es decir, unos días antes del Congreso, el gobierno había publicado un manifiesto que anunciaba la abolición de las tasas de rescate sobre los lotes concedidos a los campesinos y el aumento de los recursos del Banco Rural. El manifiesto expresaba la esperanza de que el gobierno, con ayuda de la Duma, lograra satisfacer las necesidades esenciales del campesinado "sin causar daño alguno a los restantes propietarios". La resolución del Congreso de campesinos no fortalecía estas esperanzas. Las cosas fueron aún peor en la práctica, en provincias, entre "la población campesina tan cara al corazón" del monarca. No sólo la devastación y los incendios, sino el laboreo de las haciendas por las fuerzas municipales, la fijación obligatoria de nuevos salarios y nuevos arrendamientos suscitaron por parte de los propietarios una resistencia encarnizada; presentaron al poder enérgicas reclamaciones. De todas partes, se exigía el envío de tropas. El gobierno despertó, sintiendo que la época de las efusiones sentimentales había pasado y que era más que oportuno entrar en acción.

El 12 de noviembre, el Congreso de campesinos llegaba a su clausura, y el 14 era detenido el comité de la Unión en Moscú. Fue el comienzo. Dos o tres semanas más

tarde, respondiendo a las solicitudes de instrucciones que le llegaban en relación con las perturbaciones en los campos, el ministro del Interior respondía literalmente:

Hay que exterminar por la fuerza armada a los revoltosos y, en caso de resistencia, quemar sus casas. En el momento presente, es necesario terminar de una vez por todas con las facciones. Las detenciones no cumplen actualmente su objeto; es imposible llevar ante los tribunales a cientos y miles de hombres. El único punto indispensable en este momento es que las tropas se impregnen bien de las indicaciones que acabo de dar. E. Durnovo.

Con esta monstruosa consigna abre la nueva era de las saturnales de la contrarrevolución. Esta época de horrores infernales comienza en las ciudades para extenderse luego a los campos.

La flota roja

La revolución — escribía a fines de noviembre el viejo Suvorin, servidor emérito de la burocracia rusa —, da un impulso extraordinario al individuo y atrae hacia sí una multitud de fanáticos de los más abnegados, siempre dispuestos a sacrificar su vida. Es difícil luchar contra esta revolución, precisamente porque tiene en sus manos mucho ardor, temeridad, elocuencia sincera y ardientes entusiasmos. Cuanto más fuerte es el enemigo, más resuelta y valerosa se muestra, y cada una de sus victorias le proporciona gran cantidad de adoradores. El que ignore esto, el que no vea que es seductora como una mujer hermosa y apasio-

nada que abre sus brazos y da el ávido beso con sus labios inflamados, ese hombre no ha sido joven.

El espíritu de rebelión planeaba sobre la tierra de Rusia. Una transformación inmensa y misteriosa se realizaba en innumerables corazones: las trabas del temor se rompían, el individuo, que apenas había tenido tiempo de tomar conciencia de sí mismo, se disolvía en la masa y toda la masa se confundía en un mismo impulso. Liberada de los temores hereditarios y de los obstáculos imaginarios, esta masa no podía y no quería ver los obstáculos reales. Ahí residían su debilidad y su fuerza. Iba hacia adelante como una ola impulsada por la tempestad. Cada día levantaba nuevas profundidades y engendraba nuevas posibilidades. Era como si una fuerza gigantesca removiese el tejido social hasta el fondo.

Mientras los *chinovniki* (funcionarios) liberales seguían tomando las medidas del vestido nuevo de la nueva Duma, el país no se concedía un minuto de descanso. Huelgas obreras, mítines incesantes, manifestaciones en las calles, devastación de haciendas, huelgas de policías y de sirvientes se sucedían, y finalmente se vio que los trastornos y la rebelión ganaban a los marineros y los soldados. Todo se descompuso, todo se convirtió en un caos. Y al mismo tiempo, en este caos, se despertaba la necesidad de un orden nuevo cuyos elementos cristalizaban ya. Los mítines que se repetían regularmente traían ya, en sí mismos, un principio organizador. De estas reuniones salían diputaciones que tomaban a su vez la forma más importante de representación. Pero como la agitación de las fuerzas elementales desbordaba el trabajo de la conciencia política, la necesidad de obrar dejaba muy atrás la febril elaboración organizadora.

En esto reside la debilidad de la revolución, de toda revolución, pero en lo mismo consiste igualmente su fuerza. Quien quiera poseer influencia en la revolución tiene que asumir su carga entera. Los tácticos demasiado razonadores, que creen posible tratar a la revolución como un espárrago, separando a su gusto la parte nutritiva del desperdicio, están condenados a la esterilidad. En efecto, ni un solo acontecimiento revolucionario crea condiciones "racionales" para el empleo de su táctica "racional"; así, fatalmente, quedan fuera y detrás de todos los acontecimientos. Y, a fin de cuentas, no les queda sino repetir la frase de Fígaro: "¡Ay! No tendremos otra representación para borrar el fracaso de la primera...". No tenemos por objeto describir, ni siquiera enumerar todos los acontecimientos de 1905. Esbozamos en sus rasgos más generales la marcha de la revolución, y además nos encerramos —valga la expresión—, en los límites de Petersburgo, aun cuando tengamos a la vista la historia del país entero. Mas, a pesar de los límites que nos hemos fijado para nuestro relato, no podemos dejar de lado uno de los mayores acontecimientos del gran año, entre la huelga de octubre y las barricadas de diciembre: queremos hablar de la rebelión militar de Sebastopol. Comenzó el 11 de noviembre y el 17, el almirante Chujnin escribía en su informe al zar: "La tempestad militar se ha apaciguado, la tempestad revolucionaria continúa".

En Sebastopol, las tradiciones del *Potemkin* no habían muerto. Chujnin había ejercido crueles represalias sobre los marineros del acorazado rojo: había fusilado a cuatro, colgado a dos, enviado a varias decenas a trabajos forzados. El *Potemkin* había sido rebautizado: *Panteleimon*. Pero en vez de inspirar el terror, había solamente atizado el espíritu de rebelión de la flota. La huelga de octubre abrió el periodo épico de grandiosos mítines, en los que marineros y solda-

dos de infantería aparecían no sólo como espectadores, sino como oradores. La banda de los marineros interpretaba *La Marsellesa* encabezando las manifestaciones revolucionarias. En una palabra, se observaba por todas partes una “desmoralización” completa. La prohibición de que los militares asistieran a las reuniones populares tuvo como resultado ocasionar mítines puramente militares en los patios de las tripulaciones de la flota y de los cuarteles. Los oficiales no se atrevían a protestar y las puertas de los cuarteles estaban abiertas día y noche a los representantes del comité de nuestro partido en Sebastopol. Nuestro comité se veía obligado a contener constantemente la impaciencia de los marineros que querían pasar “a los hechos”. El *Pruth*, que estaba anclado a cierta distancia, transformado en presidio, recordaba que unos hombres sufrían por haber participado en el motín del *Potemkin*, en junio. La nueva tripulación de este último se declaraba dispuesta a conducir el navío a Batum para apoyar la revuelta del crucero *Otchakov*, de reciente construcción. Pero la organización socialdemócrata insistía en contemporizar: su táctica consistía en crear un *soviet* de diputados marineros y soldados, darle un enlace con la organización de los obreros, y apoyar la huelga política del proletariado que se anunciaba, mediante una rebelión de la flota. La organización revolucionaria de los marineros adoptó este plan; pero fue desbordada por los acontecimientos.

Las reuniones eran cada vez más frecuentes y numerosas. Se celebraban ahora en la plaza que separaba las tripulaciones de la flota y el cuartel de infantería ocupado por el regimiento de Brest. Como no se permitía a los militares ir a los mítines obreros, las masas obreras fueron a las reuniones de los soldados. Se reunían por decenas de miles. Las compañías más avanzadas elegían diputados. El mando militar resolvió tomar medidas. Los intentos de determi-

nados oficiales que pronunciaron en los mítines discursos “patrióticos”, dieron lastimosos resultados. Los marineros, ahora expertos en la discusión, derrotaban a sus ridiculizados jefes. Entonces se decidió prohibir todas las reuniones en general. El 11 de noviembre, ante la puerta principal de las tripulaciones, se formó desde por la mañana a una compañía de fusileros. El contralmirante Pisarevski declaró en altavoz, dirigiéndose al destacamento: “No se dejará salir a nadie de los cuarteles. En caso de desobediencia, les ordeno disparar”. De la compañía a la que era dada esta orden salió un marinero llamado Petrov: delante de todo el mundo, armó su carabina y de un primer disparo mató al teniente coronel del regimiento de Brest, Stein; de un segundo disparo, hirió a Pisarevski. Se escuchó la orden dada por un oficial: “¡Deténganlo!”. Nadie se movió. Petrov dejó caer su carabina. “¿Qué esperan? ¡Atrápenme!” Fue detenido. Los marineros que acudían de todas partes exigieron que se le pusiera en libertad, diciendo que respondían de él. La eferescencia estaba al máximo.

—Petrov, ¿verdad que no lo hiciste adrede?, —preguntaba un oficial, intentando salir de la situación.

—¿Cómo que no adrede? Salí de la fila, armé mi carabina, apunté. ¿Es que eso se llama no hacer las cosas adrede?

—La tripulación solicita tu libertad...

Y Petrov fue puesto en libertad. Los marineros estaban impacientes por actuar inmediatamente. Todos los oficiales de servicio fueron detenidos, desarmados y enviados al local de la oficina. Finalmente, bajo la influencia de un orador socialdemócrata, se decidió esperar la reunión de los diputados que debían celebrar sesión el día siguiente por la mañana. Los representantes de los marineros, unos cuarenta hombres, permanecieron reunidos toda la noche. Decidieron poner en libertad a los oficiales, pero no de-

jarlos entrar más en los cuarteles. Además, allí donde los marineros consideraban necesario el servicio, resolvieron asegurarlo como en el pasado. Por fin, quisieron dirigirse en manifestación, con la música a la cabeza, a los cuarteles de infantería para invitar a los soldados a unirse a ellos. Muy de mañana, se presentó una diputación de obreros para deliberar con ellos. Unas horas más tarde, todo el puerto estaba inmovilizado; los ferrocarriles interrumpían igualmente su tráfico. Los acontecimientos se precipitaban. "En los acuartelamientos de las tripulaciones — anunciaban telegramas officiosos —, reina un orden ejemplar. La conducta de los marineros es absolutamente correcta. No hay borrachos." Todos los marineros habían sido distribuidos en compañías, sin armas. Sólo estaba armada la compañía que permanecía como guardia de las tripulaciones, con objeto de rechazar todo ataque imprevisto. El jefe elegido por este destacamento era Petrov.

Una parte de los marineros, conducidos por dos oradores socialdemócratas, se dirigió hacia los cuarteles vecinos, ocupados por el regimiento de Brest. Existía mucha menos resolución entre los soldados. Fue necesaria una fuerte presión por parte de los marineros para llevarles a desarmar y expulsar a sus oficiales. Los mismos jefes que habían mandado en Mukden, entregaban sin resistencia sus sables y sus revólveres, diciendo: "¡Henos aquí desarmados, no nos hagan daño!". Y humildemente pasaban entre las calles formadas por los soldados. Pero, entre estos, hubo vacilación desde el principio. Prefirieron conservar en los cuarteles algunos oficiales de servicio. Esta circunstancia influyó considerablemente sobre la marcha ulterior de los acontecimientos.

Los soldados comenzaban por formarse para dirigirse, con los marineros, a través de toda la ciudad, hacia

los cuarteles del regimiento de Belostok. Ponían un celoso cuidado para que “la gente de fuera” no se confundiese con ellos: querían marchar por separado. En el mismo momento en que realizaban estos preparativos, llega en su coche el comandante de la fortaleza, Nepluev, acompañado por el general Sedelnikov, jefe de la división. Los soldados exigen del comandante que haga retirar del Bulevar Histórico las ametralladoras que habían sido emplazadas por la mañana. Nepluev responde que eso no depende de él, sino de Chujnin. Se le pide entonces que comprometa su honor en no hacer uso de las ametralladoras, en tanto que comandante de la fortaleza. El general tuvo el valor de negarse. Se decidió desarmarle y detenerle, pero se negaba a entregar sus armas y los soldados dudaban en proceder con violencia. Unos cuantos marineros tuvieron entonces que saltar al coche: se llevaron a los generales a su cuartel. Allí los oficiales fueron rápidamente desarmados, sin frases, y encerrados en la oficina, bajo arresto. Más tarde, por lo demás, fueron liberados.

Los soldados salieron de sus acuartelamientos con la música a la cabeza. Los marineros aparecieron igualmente en la calle, en buen orden. En la plaza, los esperaban las masas obreras. ¡Instante magnífico! Todos los entusiasmos se confundían en uno solo. Las manos se tendían, se besaban entre sí. Subía el estrépito de las aclamaciones fraternales. Había juramentos de mutuo apoyo hasta el fin. La multitud se alineó y se dirigió en orden perfecto hasta el otro extremo de la ciudad, hacia los cuarteles del regimiento de Belostok. Los soldados y los marineros enarbolaban el estandarte de San Jorge, los obreros blandían las banderas de la socialdemocracia. “Los manifestantes — decía entonces la agencia oficiosa —, organizaron en la ciudad un cortejo que se ha desarrollado siguiendo un orden ejemplar, con ban-

da a la cabeza y banderas rojas.” La multitud se tuvo que pasar ante el Bulevar Histórico, donde estaban dispuestas las ametralladoras. Los marineros se dirigieron a la compañía de ametralladoras, invitándoles a hacer desaparecer sus máquinas. Fueron satisfechos. Más tarde, sin embargo, las ametralladoras reaparecieron. “Las compañías armadas del regimiento de Belostok — prosigue la agencia —, que se encontraban bajo la vigilancia de sus oficiales, levantaron las armas y dejaron pasar a los manifestantes.” El éxito, sin embargo, no fue completo, los soldados vacilaron: unos se declaraban solidarios con los marineros, otros prometían solamente no disparar. Finalmente, los oficiales lograron incluso retirar el regimiento de Belostok. En cuanto a la manifestación, sólo al atardecer regresó al cuartel de las tripulaciones.

Durante este tiempo, el *Potemkin* enarbolaba la bandera de la socialdemocracia. El *Rotislavl* respondía por señales: “Veo claramente”. Los restantes navíos callaban. Los reaccionarios que se encontraban entre los marineros protestaron al ver el estandarte revolucionario izado por encima del de San Andrés. Hubo que quitar la bandera roja. La situación permanecía aún indecisa. Sin embargo, ningún retroceso era posible.

En las oficinas de las tripulaciones, se hallaba reunida en sesión permanente una comisión compuesta de marineros y soldados delegados por las diferentes armas (entre otros por siete navíos), y representantes del partido socialdemócrata invitados por los delegados. Un miembro de este partido había sido elegido para la Presidencia de la comisión, a título permanente. Allí llegaban todos los informes y de allí salían todas las decisiones. En este lugar fueron elaboradas las reivindicaciones particulares de soldados y marineros que se unieron a las exigencias po-

líticas generales. Para la gran masa, estas reclamaciones, que sólo podían interesar a los cuarteles, figuraban en primer término. La comisión se inquietaba sobre todo por la insuficiencia de municiones. Los fusiles no faltaban pero sólo había cartuchos en corto número. Después del asunto del *Potemkin*, las municiones de guerra se guardaban en lugar secreto. “También se sentía fuertemente — escribe un hombre que tomó parte activa de los acontecimientos — la ausencia de un jefe que conociese suficientemente las cuestiones militares.”

La comisión de diputados insistía enérgicamente en obtener de las tripulaciones el desarme de sus oficiales y que les hiciesen abandonar navíos y cuarteles. Era una medida indispensable. Los oficiales del regimiento de Brest, que permanecían aún en los cuarteles, habían desmoralizado completamente a sus hombres. Desarrollaban una intensa campaña contra los marineros, contra “las gentes de fuera” y los “*yupins*”, propaganda a la que habían añadido la reacción del alcohol. Durante la noche, bajo su dirección, los soldados huyeron vergonzosamente hacia los campos situados fuera de la ciudad — sin pasar por las puertas — que custodiaba una compañía revolucionaria; se filtraron por una brecha abierta en la muralla. Por la mañana, sin embargo, volvieron a los cuarteles, pero en adelante no participaron en la lucha. La indecisión de este regimiento tenía necesariamente que influenciar a las tripulaciones de la flota. Sin embargo, al siguiente día, el sol del éxito brillaba con nuevo esplendor: los zapadores se unían a la rebelión. Se presentaron en el depósito de los marineros en orden de combate y con las armas en la mano. Fueron acogidos con entusiasmo y alojados en los cuarteles. El estado de los espíritus se elevó y se fortaleció. De todas partes llegaban diputaciones: la artillería de la fortaleza, el

regimiento de Belostok y los guardias fronterizos prometían “no disparar”. Al no contar ya con los regimientos de la guarnición, el mando emprendió el traslado de tropas de las ciudades vecinas: de Simferopol, Odesa, Teodosia. Entre los soldados que llegaban, se desarrolló una activa propaganda revolucionaria que obtuvo éxito. Pero las relaciones de la comisión con los navíos eran de lo más difícil. Los marineros ignoraban de hecho el lenguaje de señales. Sin embargo, se recibieron declaraciones de completa solidaridad del crucero *Ochákov*, del acorazado *Potemkin*, de los contratorpederos *Volni* y *Zavetni*. Los restantes buques vacilaban y no enviaban más que la promesa de “no disparar”. El 13, un oficial de la flota se presentó en el depósito de las tripulaciones, enseñando un telegrama: el zar les ordenaba deponer las armas en veinticuatro horas. El oficial fue abucheado y expulsado. Para impedir todo pogromo en la ciudad, circularon patrullas de marineros. Esta medida tranquilizó inmediatamente a la población y conquistó sus simpatías. Los marineros custodiaban ellos mismos los almacenes del monopolio del aguardiente con el objeto de impedir la embriaguez. Durante todo el tiempo de la rebelión, el orden que reinó en la ciudad fue perfecto.

La noche del 13 de noviembre fue un momento decisivo en el curso de los acontecimientos: la comisión de diputados invitó a tomar dirección al teniente Schmidt, oficial de marina retirado, que había adquirido una gran popularidad en las asambleas populares de octubre. Éste aceptó valerosamente la invitación y, desde ese día, se encontró a la cabeza del movimiento. En la noche siguiente, Schmidt embarcó sobre el crucero *Ochákov*, donde permaneció hasta el último momento. Enarboló sobre el navío el pabellón de almirante y lanzó la señal: “Tomo el mando de la flota, Schmidt”, contando así con atraer a toda la escua-

dra. Después dirigió su crucero hacia el *Pruth*, a fin de poner en libertad a los “amotinados del *Potemkin*”. Ninguna resistencia le fue opuesta, el *Ochákov* tomó a bordo a los marineros forzados y dio con ellos la vuelta a la escuadra. Sobre todos los buques resonaban hurras, aclamaciones. Algunos navíos y, entre ellos los acorazados *Potemkin* y *Rostislavl*, enarbolarán la bandera roja que, por lo demás, no flotó más que unos minutos sobre éste último.

Cuando hubo asumido la dirección de la rebelión, Schmidt dio a conocer su conducta mediante la declaración siguiente:

Al Señor Alcalde de la Ciudad: He enviado hoy a Su Majestad el Emperador un telegrama concebido en los siguientes términos: La gloriosa flota del Mar Negro, guardando sagradamente la fidelidad a su pueblo, exige de vos, Soberano, la convocatoria inmediata de una Asamblea constituyente y deja de obedecer a nuestros ministros. El Comandante de la Flota, Ciudadano Schmidt.

La orden llegó de Petersburgo por telégrafo: “Aplasten la rebelión”. Chujnin fue reemplazado por Meller-Zakomelski, que después se haría famoso como verdugo. La ciudad y la fortaleza fueron declaradas en estado de sitio, todas las calles ocupadas por las tropas. La hora decisiva había llegado. Los rebeldes esperaban que las tropas se negaran a disparar sobre sus hermanos y que los restantes buques se unieran a la escuadra revolucionaria. En efecto, varios navíos fueron detenidos los oficiales y conducidos al *Ochákov*, a disposición de Schmidt. Con esta medida, se pensaba, entre otras cosas, proteger el crucero almirante contra el fuego del enemigo. Una multitud se amontonaba en la orilla, esperando

el saludo que debía anunciar la adhesión de la escuadra. Pero la espera fue inútil. Los representantes del orden no permitieron al *Ochákov* dar por segunda vez la vuelta a los buques y abrieron el fuego. La muchedumbre, ante la primera salva, creyó escuchar el esperado saludo, pero pronto comprendió lo que sucedía y huyó del puerto asustada. Los disparos de cañón y de fusil tronaron por todas partes. Se disparaba desde los buques, se disparaba desde la fortaleza, también la artillería de campaña disparaba. Las ametralladoras disparaban desde el Bulevar Histórico. Una de las primeras salvas destruyó la maquinaria eléctrica del *Ochákov*. Antes de seis andanadas, el *Ochákov* era reducido al silencio y tenía que izar la bandera blanca. Pese a ello, las descargas en dirección al crucero continuaron hasta el momento en que se declaró un incendio a bordo. La suerte del *Potemkin* fue todavía más triste. No se había tenido tiempo, en este navío, de adaptar a los cañones las culatas y los percutores, y desde el comienzo de la batalla fue imposible toda defensa. Sin haber disparado una sola vez, el *Potemkin* enarboló la bandera blanca. Los cuarteles de las tripulaciones, en tierra, opusieron la más larga resistencia. No se rindieron más que después de haber quemado sus últimos cartuchos. La bandera roja flotó hasta el fin sobre los cuarteles en rebelión. Fueron definitivamente ocupados por las tropas del gobierno hacia las seis de la mañana.

Cuando pasó el primer espanto causado por el cañoneo, una parte de la multitud regresó a la orilla.

—El cuadro era horroroso — escribe uno de los actores de la insurrección, testigo que ya hemos citado.

—Bajo el fuego cruzado de las piezas, varios torpederos y chalupas habían sido hundidos. Pronto, el *Ochákov* se cubrió de llamas. Los marineros que huían

nadando pedían socorro. Seguía disparándose sobre ellos en el agua. Las lanchas que se dirigían hacia ellos para recogerlos caían bajo el fuego, los marineros que alcanzaban la orilla donde estaban las tropas eran rematados en el sitio. Sólo se salvaron los que lograron esconderse entre la multitud, de cuyas simpatías gozaban.

Schmidt intentó huir, disfrazado de marinero, pero fue apresado. Hacia las tres de la mañana, el trabajo sangriento de los verdugos del “apaciguamiento” había terminado. Después, tuvieron que desempeñar el mismo papel de verdugos “en el tribunal”.

Los vencedores escribían en su informe: “Fueron hechos prisioneros o detenidos más de dos mil hombres... fueron puestos en libertad: 19 oficiales o civiles detenidos por los revolucionarios; han sido cogidas cuatro banderas, cajas fuertes y numeroso material perteneciente al Estado, cartuchos, armas, municiones, equipos y doce ametralladoras”.

El almirante Chujnin telegrafiaba por su parte a Tsarskoie-Selo: “La tempestad militar se ha apaciguado, la tempestad revolucionaria continúa”.

¡Qué inmenso paso adelante, cuando se compara esta rebelión con el motín de Cronstadt! En éste, no había habido más que una explosión de fuerzas elementales, sofocada por una salvaje represión. En Sebastopol, la rebelión había crecido de forma regular, buscando conscientemente el orden y la unidad de acción.

—En la ciudad rebelde —escribía el *Natchaló*, órgano de la socialdemocracia, en lo más fuerte de los acontecimientos de Sebastopol—, nadie habla de hazañas que hubieran sido posibles por parte de los bribones

y merodeadores, habiendo debido hacerse más raros los simples delitos de robo por la sencilla razón de que los ladrones del Tesoro público que pertenecen al ejército y a la flota, han sido expulsados de esta feliz ciudad. ¿Quieran saber, ciudadanos, qué es la democracia apoyada sobre la población armada? Contemplan Sebastopol. Contemplan esta ciudad republicana que no conoce otra autoridad que la de sus elegidos responsables.

Y, sin embargo, la ciudad republicana no sostuvo la prueba más que cuatro o cinco días y se rindió sin haber agotado, ni mucho menos, los recursos de su fuerza militar. ¿Es que hubo errores de estrategia? ¿O bien indecisión de los líderes? No puede negarse ni esto ni aquello. Pero el resultado global de la lucha se debió a causas más profundas. A la cabeza de la rebelión marchaban los marineros. Su oficio exige de ellos una mayor independencia de carácter y más ingenio que el servicio de tierra. El antagonismo entre los marineros rusos y la casta aristocrática de los oficiales de marina, cerrada a todo intruso, es más profundo que el que existe entre los soldados de infantería y el personal de sus oficiales, a medias plebeyo. Por fin, las vergüenzas de la última guerra, que habían pesado principalmente sobre la flota, mataron en el marinero toda estima por sus capitanes y sus almirantes, personajes apoltronados y codiciosos.

Como hemos visto, a los marineros se unen muy resueltamente los zapadores. Vienen con sus armas y se instalan en los cuarteles de la flota. En todos los movimientos revolucionarios de nuestro ejército de tierra, observamos el mismo hecho: en primera fila marchan los zapadores, los minadores, los artilleros, en una palabra los hombres que no son rústicos ignorantes, mozos de pueblo, sino soldados

calificados, que saben leer y escribir convenientemente, con una instrucción técnica. A esta diferencia de nivel intelectual corresponde una diferencia de tipo social: el soldado de infantería es, en una aplastante mayoría, el joven campesino, mientras que las tropas de ingenieros y artillería se reclutan principalmente entre los obreros industriales.

Hemos comprobado la irresolución de los regimientos de infantería de Brest y de Belostok a lo largo de toda la rebelión. No se deciden a expulsar a todos sus oficiales. Primero, se unen a la flota, después la abandonan. Prometen no disparar, pero, finalmente, se someten completamente a la influencia del mando y dirigen vergonzosamente su fuego de fusil sobre los cuarteles de la flota. Esta inestabilidad revolucionaria de la infantería campesina se manifestó más de una vez en las ocasiones siguientes, sobre la línea de ferrocarril de Siberia, así como en la fortaleza de Sveaborg.

No fue solamente en el ejército de tierra donde el papel revolucionario lo asumieron los hombres con instrucción técnica, es decir, por el elemento proletario. Observaremos el mismo fenómeno en la flota. ¿Quién se encuentra a la cabeza de los "amotinados"? ¿Quién iza la bandera roja sobre el acorazado? El marinero técnico, los hombres de la sala de máquinas. Los obreros industriales, que constituyen la minoría de la tripulación, la dominan, pues poseen la máquina, que es el corazón mismo del navío.

Los debates y las dificultades entre la minoría proletaria y la mayoría campesina del ejército se reproducen en todas nuestras rebeliones militares, debilitándolas y paralizándolas. Los obreros traen al cuartel las ventajas particulares de su clase: una cierta instrucción general, conocimientos técnicos, decisión, sentido de unidad en la acción. El campesinado domina, en cambio, por el número,

que es aplastante. Automáticamente, el ejército, reclutado por el servicio obligatorio y universal, da a la clase de los *mujiks* la cohesión que le faltaba en la producción y, del mayor defecto político de esta clase, de su pasividad, surge una ventaja inapreciable. Si los regimientos de campesinos se dejan arrastrar a un movimiento revolucionario por haber experimentado con demasiada dureza las miserias del cuartel, están siempre inclinados a contemporalizar y, al primer ataque decisivo del enemigo, abandonan a “los amotinados” y se dejan imponer de nuevo el yugo de la disciplina. De ello se deduce que el buen método de rebelión militar consistirá en un ataque resuelto, llevado sin descanso, de forma que se impida toda vacilación y toda dispersión de las tropas; pero hay que concluir igualmente que la táctica del movimiento revolucionario encuentra su principal obstáculo en la pasividad desconfiada del soldado inculto, del *mujik*.

Esta dificultad se manifestó en toda su amplitud poco tiempo después, en el aplastamiento de la insurrección de diciembre que cerró el primer capítulo de la Revolución Rusa.

En el umbral de la contrarrevolución

“Para un mal gobierno —dice el penetrante conservador Tocqueville—, el momento más peligroso es casi siempre aquél en que comienza a transformarse.” Los acontecimientos reafirmaban cada vez más en esta opinión al conde Witte. Contra él se alzaba la revolución, inexorablemente. La oposición liberal no se decidía a marchar abiertamente con él, y la camarilla actuaba aún en su contra. El aparato gubernamental se deshacía entre sus manos. Él mismo, en fin, se oponía a sí mismo, al no tener comprensión alguna de los acontecimientos, ningún plan y no estar armado más

que de intriga, en lugar de tener un programa de acción. Y, mientras él bregaba sin rumbo, la reacción y la revolución caminaban hacia la batalla.

Los hechos, incluso los que se pueden extraer de los expedientes del departamento de policía — dice una nota secreta, redactada en noviembre de 1905 por orden del conde Witte, para luchar contra “los partidarios de Trepov” —, demuestran con entera evidencia que una parte importante de las graves acusaciones que la sociedad y por el pueblo han lanzado contra el gobierno, en los días que siguieron al manifiesto, están basadas en motivos absolutamente serios: los altos dignatarios del gobierno habían creado partidas para “oponer una resistencia organizada a los elementos extremistas”. El gobierno también organizaba manifestaciones patrióticas, mientras dispersaba las demás; se disparaba sobre manifestantes pacíficos y se permitía a otros, ante los ojos de la policía y de las tropas, maltratar a determinadas personas y quemar la administración de un *zemstvo* en una cabeza de partido; no se tocaba a los autores de pogromos y se disparaba por salvas de pelotón sobre los que se permitían defenderse; consciente o inconscientemente (¿?) se empujaba a la muchedumbre a ejercer violencia por medio de bandos oficiales que el más alto representante del poder gubernamental había firmado en una gran ciudad, y cuando, a continuación, se produjeron los desórdenes, no se tomó ninguna medida para reprimirlos. Todo eso ha sucedido, en tres o cuatro días, en diversos puntos de Rusia, y los incidentes han elevado entre la población una tempestad de cólera, que ha borrado completamente la primera

y tan feliz impresión que se había tenido del manifiesto del 17 de octubre.

Además, la población ha llegado a la firme convicción de que todos los pogromos que han pasado, de manera tan imprevista, y sin embargo simultánea, por toda Rusia, han sido provocados y dirigidos por una sola mano, por una mano poderosa. Y desgraciadamente la población tenía motivos muy serios para pensar así.

Cuando el general gobernador de Curlandia apoyaba con un telegrama la resolución adoptada en un mitin de veinte mil personas, por la que se exigía la supresión de la ley marcial, cuando este gobernador afirmaba que “la ley marcial no era ya conforme a las nuevas circunstancias”, Trepov le respondía con mano segura: “A su telegrama del 20 de octubre. Su conclusión, según la cual la ley marcial no está conforme con las circunstancias, no es la mía”.

Witte se tragaba en silencio esta hermosa declaración de un hombre que era su subordinado y que pretendía que la ley marcial no estaba en modo alguno en contradicción con el manifiesto del 17 de octubre; Witte se esforzaba incluso en persuadir a la diputación obrera de que “Trepov no era de ningún modo la bestia feroz que se decía”. Es cierto que ante la indignación general, Trepov fue obligado a abandonar su puesto. Pero quien le reemplazó en las funciones de ministro del Interior, Durnovo, no era mejor que él. Además, Trepov, que había sido nombrado comandante del palacio, conservó toda su influencia sobre la marcha de los asuntos. La conducta de la burocracia provincial dependía de él mucho más que de Witte.

— Los partidos extremistas — sigue diciendo la nota de Witte que acabamos de citar —, han adquirido fuerza

porque, en su violenta crítica de los actos del gobierno, han tenido razón con excesiva frecuencia. Estos partidos habrían perdido considerablemente prestigio si las masas, tras la publicación del manifiesto, hubiesen visto que el gobierno estaba efectivamente resuelto a marchar por la nueva vía trazada por aquel documento, y la seguía. Desgraciadamente sucedió lo contrario, y los partidos extremistas tuvieron una vez más ocasión, cuya importancia es casi inapreciable, de enorgullecerse, pues habían comprendido justamente, y sólo ellos habían estimado bien el valor de las promesas del gobierno.

En noviembre, como muestra la nota, Witte comenzaba a comprender esto. Pero no tenía la posibilidad de poner en obra lo que le sugería su inteligencia. La nota que había hecho escribir para el zar no fue utilizada.

Atado de pies y manos, Witte desde entonces se dejaría arrastrar por la contrarrevolución.

A partir del 6 de noviembre, se reunió en Moscú un Congreso de los *zemstvos*, que había de definir la actitud de la oposición liberal respecto al gobierno. Los espíritus dudaban, oscilaban, pero se inclinaban más bien, sin duda alguna, hacia la derecha. Es cierto que se dejaban oír voces radicales. Se dijo que “la burocracia era incapaz de crear, que no era buena más que para destruir”, que “no aceptamos que nos sea otorgada una constitución, no aceptaríamos ésta sino de las manos del pueblo ruso”. Roditchev, que experimenta una predilección invencible por el falso estilo clásico, exclamaba: “¡O sufragio universal directo, o no habrá Duma!”. Pero, por otra parte, se declaraba en el mismo Congreso: “Los desórdenes agrarios y las huelgas engendran el terror; el capital está asustado, las personas

con fortuna tienen miedo, retiran su dinero de los bancos y huyen al extranjero". "Nos burlamos de los que han instituido satrapías como medios de lucha contra las perturbaciones agrarias — se alzaban voces, voces de propietarios que hacían volver a los congresistas a un justo sentimiento de las cosas —; pero que se nos indique un medio constitucional para remediar estos desórdenes." "Más vale aceptar no importa qué compromiso antes de agravar el conflicto..." "Es hora de detenerse — exclamaba al fin Guchkov, que hacía sus primeras armas en la arena política —; traemos con nuestras propias manos haces de leña a la pira que nos quemará a todos."

Las primeras noticias que se tuvieron de la rebelión de la flota en Sebastopol, sometieron el valor de la oposición, en los *zemstvos*, a una prueba demasiado ruda. "No estamos ya en presencia de la revolución — declaró el Néstor del liberalismo, Petrunkevitch —, tenemos que vérnoslas con la anarquía." Bajo la influencia directa de los acontecimientos de Sebastopol, se abre paso una tendencia que preconiza un acuerdo inmediato con el ministerio de Witte, y esta tendencia resulta vencedora. Miliukov intenta contener al Congreso, impedir medidas que le comprometerían con demasiada evidencia. Para tranquilizar a los hombres de los *zemstvos*, les dice que "la rebelión de Sebastopol llega a su fin, que los principales revoltosos se hallan detenidos y que los temores experimentados son evidentemente prematuros". ¡En vano! El Congreso decide enviar una diputación a Witte para entregarle una moción de confianza condicional, engasada en un cierto número de frases de oposición democrática. Durante este tiempo, el Consejo de ministros, asistido por algunos "miembros influyentes de la sociedad", escogidos en el ala derecha liberal, examinaba la cuestión del sistema de elecciones a adoptar para la

Duma de Estado. Los “personajes influyentes de la sociedad”, como se les llamaba, defendían el sufragio universal aún como triste necesidad. El conde demostraba las ventajas de un perfeccionamiento progresivo del sistema genial de Buligin. No se llegó así a ningún resultado y, a partir del 21 de noviembre, el Consejo de ministros prescindía ya de los señores “personajes influyentes”. El 22 de noviembre, la diputación de los *zemstvos*, compuesta por Petrunkevitch, Muromtsev y Kokochkin, entregó al conde Witte la nota de los *zemstvos* y, después de haber esperado una respuesta por espacio de siete días, volvió cubierta de vergüenza a Moscú. La alcanzó allí la respuesta del conde, redactada en el tono arrogante de la alta burocracia. La función del Consejo de ministros, decía, consiste, ante todo y sobre todo, en ejecutar la voluntad del monarca; todo lo que sobrepase los límites del manifiesto del 17 de octubre debe ser rechazado; la decisión no permite renunciar al empleo de medidas de excepción; en lo que concernía a los grupos de la sociedad que no querían dar su apoyo al gobierno, éste no veía otro interés que hacer sentir a semejantes grupos las consecuencias posibles de su conducta...

En contraste, y para servir de contrapeso al Congreso de los *zemstvos* que, a pesar de toda su cobardía y de su debilidad, se alejaba no obstante muy a la izquierda de la corriente real de los *zemstvos* y de los municipios, el 24 de noviembre llegó a Tsarskoie-Selo una diputación del *zemstvo* central de Tula. El jefe de la diputación, conde Bobrinski, en su discurso de esclavo bizantino, declaró, entre otras cosas:

No tenemos necesidad de derechos importantes, pues, por nuestro propio bien, el poder del zar debe ser fuerte y real... Soberano, conoceréis las necesidades del

pueblo no mediante gritos y clamores surgidos al azar sino, según la verdad, por la Duma de Estado a la que habéis dado una existencia legal. Os suplicamos no diferir su convocatoria. El pueblo se ha hecho ya a la idea de la solución electoral y tiene sus miradas en el 6 de agosto.

Los acontecimientos parecían combinarse para acelerar el paso de las clases poseedoras al campo del orden. A primeros de noviembre, había estallado una huelga espontánea e inesperada: la de correos y telégrafos. Era la respuesta de los esclavos del correo, que finalmente se despertaban, a una circular de Durnovo prohibiendo a los funcionarios formar sindicatos. El conde Witte recibió del Sindicato de Correos y Telégrafos un ultimátum invitándole a anular la circular de Durnovo y a reintegrar a los funcionarios revocados por pertenecer a la organización. El 13 de noviembre, el Congreso de correos y telégrafos, reunido con un número de setenta y tres delegados en Moscú, decide por unanimidad enviar por todas las líneas el siguiente telegrama: "Witte no ha contestado. Que estalle la huelga." El estado de ánimos era tal, que en Siberia la huelga comenzó antes del plazo fijado por el ultimátum. Al día siguiente, ante el aplauso de los grandes grupos progresistas de funcionarios, la huelga ganaba toda Rusia.

Con aire profundo, Witte explicaba a las diputaciones que el gobierno "no había esperado" semejante peripecia. Los liberales estaban inquietos por el mal que podía hacer a "la cultura" la suspensión de las comunicaciones postales y, frunciendo el ceño, emprendían investigaciones para conocer "los límites de la libertad de coalición en Alemania y Francia". El *Soviet* de Diputados Obreros de Petersburgo no dudó un minuto. Y, aunque la huelga de

correos y telégrafos no había sido en modo alguno iniciativa suya, contó en Petersburgo con su enérgico apoyo. La caja del *soviet* entregó dos mil rublos a los huelguistas; el comité ejecutivo enviaba a sus reuniones oradores, imprimía sus llamamientos y organizaba patrullas contra los esquirols. Es difícil apreciar hasta qué punto esta táctica perjudicó a “la cultura”; pero está fuera de duda que conquistó al proletariado, las ardientes simpatías de los funcionarios desheredados. Desde el comienzo de la huelga, el Congreso de correos y telégrafos había enviado al *soviet* cinco delegados...

Si bien no perjudicó mucho a “la cultura”, la suspensión de las comunicaciones postales ocasionaba en todo caso graves daños al comercio. Los comerciantes y los bolsistas, enloquecidos, iban de un lado para otro, entre el comité de huelga y el ministerio, ora suplicando a los funcionarios que volviesen al trabajo, ora exigiendo medidas de represión contra los huelguistas.

Golpeada cada vez más en su punto más sensible, el bolsillo, la clase capitalista se reafirmaba más y más en la reacción. Y de hora en hora crecía la impudicia reaccionaria de los conjurados de Tsarkoie-Selo. Si algo detenía aún el impulso de la reacción, era el temor que le inspiraba la réplica inevitable que esperaba de la revolución. Esto pudo apreciarse con maravillosa evidencia con ocasión de un incidente que se produjo en la fortaleza de Kuchka, en Asia central, donde el consejo de guerra acababa de juzgar a cierto número de ferroviarios. El hecho es tan significativo por sí mismo que lo narraremos en unas palabras.

El 23 de noviembre, en lo más fuerte de la huelga de correos y telégrafos, el comité de la red de ferrocarriles de Petersburgo recibió un telegrama de Kuchka haciendo saber que el comandante de la fortaleza, el ingeniero Sokolov,

y varios otros funcionarios, habían enfrentado un consejo de guerra acusados de hacer propaganda revolucionaria: el tribunal les había condenado a la pena de muerte y la sentencia debía ser ejecutada el 23 de noviembre, a medianoche. El telégrafo, volviendo inmediatamente a su servicio, restableció en unas horas las comunicaciones entre todas las redes de ferrocarril. El ejército de los ferroviarios exigía que se presentara inmediatamente un ultimátum al gobierno. Y así fue. De acuerdo con el comité ejecutivo del *Soviet* de Diputados Obreros, el Congreso de ferroviarios declaró al ministerio que, si para las ocho de la noche no era anulada la sentencia de muerte, todos los ferrocarriles suspenderían su tráfico.

El autor de este libro guarda un vivo recuerdo de la memorable sesión del comité ejecutivo en la que, en espera de la respuesta del gobierno, se elaboró un plan de acción. Las miradas no podían apartarse de la aguja que marcaba las horas. Uno tras otro, iban llegando los representantes de las diferentes vías férreas, anunciando que tal o cual línea enviaba por telégrafo su adhesión al ultimátum. Estaba claro que si el gobierno no cedía, tenía que entablarse una lucha encarnizada... ¿Qué sucedió? A las ocho y cinco — para salvar su prestigio, el gobierno del zar no se atrevió diferir la respuesta más que trescientos segundos —, el ministro de Vías de Comunicación envió un telegrama urgente informando al comité de ferroviarios que la ejecución de la sentencia era aplazada. Había recibido, decía, “el ruego (!) de anular la condena, acompañado por una declaración diciendo que en caso contrario se tenía la intención (!) de desencadenar la huelga”. El gobierno afirmaba no haber recibido información alguna de las autoridades militares del lugar en cuestión, “lo cual se explicaba, probablemente, por la huelga del telégrafo del Estado”. En todo caso, había enviado

la orden “de suspender la ejecución de la sentencia, si tal sentencia había sido pronunciada, hasta más amplia información”. La comunicación oficial no dice, sin embargo, que el ministro de la Guerra se vio obligado a enviar esta orden por mediación del Sindicato de Ferroviarios; pues el propio gobierno no tenía acceso al telégrafo en huelga.

No obstante, esta hermosa victoria fue la última de la revolución, que no conoció después más que derrotas. Las organizaciones revolucionarias sufrieron primero una descarga de fusil de avanzada. Se hizo evidente que se preparaba contra ellas un ataque furioso. A partir del 14 de noviembre, se hallaba detenida en Moscú, conforme al reglamento “de protección reforzada”, entonces en vigor, la Presidencia de la Unión de los campesinos. Hacia la misma fecha, en Tsarskoie-Selo se decidió ordenar la detención del presidente del *Soviet* de Diputados Obreros de Petersburgo. Sin embargo, la administración tardaba en cumplir la orden. No se sentía aún completamente segura del terreno, tanteaba, vacilaba. El ministro de Justicia se declaraba adversario de la conjura de Tsarskoie-Selo. Demostraba que el *Soviet* de Diputados no podía ser considerado como una sociedad secreta, pues obraba abiertamente, anunciaba sus sesiones, imprimía en los periódicos sus informes y llegaba a entrar en relación con personajes de la administración.

—La circunstancia —decía entonces la prensa informada sobre la intención del ministro de Justicia— de que ni el gobierno ni la administración hayan tomado medida alguna para romper la actividad de esta agrupación, que tiende no obstante a derribar al régimen; que la propia administración haya enviado con frecuencia al local de sesiones del *soviet* patrullas para mantener el orden; que el prefecto de policía (*gradonatchalnik*) de

Petersburgo haya recibido en persona a Jrustalev, presidente del *soviet*, sabiendo bien quién era y con qué título se presentaba; todo esto da a los miembros del *Soviet* de Diputados Obreros el derecho absoluto a considerar su actividad como no opuesta a la corriente que domina en las esferas gubernamentales y sin tener, por consiguiente, nada de criminal.

Pero, finalmente, el ministro de Justicia encontró el medio de salir de la duda que experimentaba como hombre de leyes y, el 26 de noviembre, Jrustalev fue detenido en el local del comité ejecutivo.

Digamos dos palabras sobre la importancia de esta detención. En la segunda sesión del *Soviet*, el 14 de octubre, a propuesta del representante de la organización socialdemócrata, se había elegido presidente a un joven abogado, Georgi Nosar, que pronto se hizo muy popular bajo el nombre de Jrustalev. Siguió de presidente hasta el día de su detención, el 9 de noviembre, y todos los hilos de la organización y de la actividad práctica del *soviet* se encontraban reunidos en sus manos. La prensa radical vulgar, por una parte, y la prensa reaccionaria y policial por otra, lograron en pocas semanas crear en torno a su figura una leyenda histórica. Antes, el 9 de enero les había parecido el resultado de las profundas meditaciones y el genio demagógico de Georgi Gapón; ahora, el *Soviet* de Diputados Obreros se les aparecía como un simple instrumento entre las manos titánicas de Georgi Nosar. El error, en el segundo caso, es todavía más grosero y estúpido que en el primero. Aunque el servicio que Jrustalev rindió como presidente haya sido infinitamente más fructífero y más significativo que la aventura de Gapón, la influencia personal del presidente del *soviet* sobre la marcha y el resultado de los aconteci-

mientos estuvo con mucho por debajo de la que ejerció el pope rebelde, afiliado al departamento de policía. Y no era un defecto de Jrustalev, sino un mérito de la revolución. De enero a octubre, el proletariado hubo de pasar por una gran escuela política. La fórmula que dice “el héroe y la masa”, no se adaptaba ya a la práctica revolucionaria de las masas obreras. La personalidad del jefe se disolvía en la organización y, por otra parte, la masa unificada se convertía ella misma en una personalidad política.

Presidente enérgico y capaz, fértil en hallazgos prácticos, activo, si bien mediocre como orador, de naturaleza impulsiva, sin pasado ni fisonomía políticas, Jrustalev convenía mejor que nadie para el papel que desempeñó a fines de 1905. Las masas obreras, cuyo estado de ánimo era revolucionario y cuyo sentimiento de clase estaba claramente desarrollado, carecían empero, en su mayoría, de la determinación que proporciona la adhesión a un partido. Lo que hemos dicho antes del *soviet* mismo puede aplicarse a Jrustalev. Todos los socialistas de catrera pertenecían a partidos; la candidatura de un hombre de partido había suscitado dificultades en el seno mismo del *soviet* desde el momento de su constitución. Por otra parte, la indeterminación política de Jrustalev facilitaba al *soviet* su relación con los grupos extraños al proletariado, en particular con las organizaciones intelectuales, que concedieron al *soviet* una ayuda material considerable. Al confiar la presidencia a un sin partido, la socialdemocracia contaba con ejercer un control político. No se equivocaba. No habían transcurrido tres o cuatro semanas, cuando el formidable crecimiento de su influencia y de sus fuerzas se traducía en particular por la adhesión pública de Jrustalev a la socialdemocracia (fracción de los *mencheviques*).

¿Qué resultado pensaba obtener el gobierno deteniendo a Jrustalev? ¿Pensaba destruir la organización al

detener a su presidente? Hubiera sido demasiado burdo, incluso para Durnovo. No obstante, es difícil representarse claramente los motivos que impulsaron al gobierno a este acto, primero por esta razón, de que la propia reacción no se apercibió: los conjurados se habían reunido en Tsarskoie-Selo para discutir sobre la suerte de la revolución y dieron a luz una simple medida policiaca. En todo caso, la detención del presidente, en las condiciones en que se produjo, tomaba para el *Soviet* una importancia de las más sintomáticas. Si alguien dudaba aún, en aquel momento, del verdadero carácter de la situación, se le hizo ver nítidamente, claro como el día, que no había ya retirada posible, ni por parte de la reacción ni por la adversa, que el encuentro decisivo era inevitable y que tendría lugar, no dentro de unos meses o semanas, sino en el plazo de pocos días.

Los últimos días del *soviet*

Tras la detención de Jrustalev, el *soviet* no podía abandonar el campo de batalla; el parlamento de la clase obrera, libremente elegido, obtenía su fuerza precisamente del carácter público de su actividad. Disolver la organización era tanto como abrir voluntariamente las puertas de la fortaleza al enemigo. No quedaba, pues, otra alternativa que seguir el camino en que se estaba comprometido: había que marchar al encuentro del conflicto. En la sesión del comité ejecutivo que tuvo lugar el 26 de noviembre, el representante del partido de los socialistas revolucionarios (Chernov "en persona") propuso declarar que a cada medida de represión del gobierno, respondería el *soviet* con un atentado terrorista. Nos declaramos hostiles a esta medida: en el poco tiempo que quedaba hasta el comienzo de la batalla, el *soviet* tenía que establecer un

enlace, y el más estrecho posible, con las uniones de campesinos, ferroviarios, correos y telégrafos, con el ejército; para ello, desde mediados de noviembre había enviado dos delegados, uno al sur y otro al Volga. La organización de una caza terrorista contra tal o cual ministro hubiera absorbido sin duda toda la atención y toda la energía del comité ejecutivo. Propusimos en consecuencia someter a deliberación la moción siguiente: "El 26 de noviembre, el gobierno del zar ha puesto en cautividad al presidente del *Soviet* de Diputados Obreros, nuestro camarada Jrustalev-Nosar. El *Soviet* de Diputados Obreros elige una presidencia temporal y continúa sus preparativos para la insurrección armada". Se proponían tres candidatos para la presidencia: el del comité ejecutivo Ianovski (bajo este nombre figuraba en el *soviet* el autor del presente libro), el cajero Vedenski (Sverchkov) y el obrero Zlidnev, diputado de la fábrica de Obujov.

La asamblea general del *soviet* tuvo lugar al día siguiente, a puertas abiertas como siempre. Trescientos dos diputados se hallaban presentes. Se apreciaba un fuerte nerviosismo en la reunión, numerosos miembros del *soviet* querían dar una respuesta inmediata y directa al golpe de mano del ministerio. Pero, tras breves debates, la asamblea adoptó por unanimidad la moción del comité ejecutivo y eligió por escrutinio secreto entre los candidatos que le fueron propuestos para la Presidencia.

El representante del Comité principal de la Unión de Campesinos, que asistía a la sesión, hizo conocer a la asamblea la decisión adoptada en noviembre por el Congreso de esta Unión: se rehusaría la entrega de reclutas al gobierno y pagar los impuestos, y se retirarían de los Bancos del Estado y de las cajas de ahorro todos los depósitos realizados. Dado que, el 23 de noviembre, el co-

mité ejecutivo había adoptado una resolución invitando a los obreros a prever “la bancarrota inminente del Estado”, a no aceptar, por consiguiente, el importe de sus salarios más que en oro y a retirar de las cajas de ahorro todas las sumas depositadas, fue adoptada una decisión para generalizar estas medidas de boicot financiero y se resolvió darlas a conocer al pueblo por medio de un manifiesto redactado en nombre del *soviet*, de la Unión de campesinos y de los partidos socialistas.

¿Serían en adelante posibles las reuniones generales del parlamento proletario? No era seguro. La asamblea decidió que, en el caso de que no fuera posible convocar al *soviet*, el ejercicio de sus funciones correspondería al comité ejecutivo ampliado. Tras la detención del *soviet*, el 3 de diciembre, sus poderes, de acuerdo con esta decisión, pasaron al comité ejecutivo del segundo *soviet*.

A continuación, la asamblea escuchó la lectura de comunicaciones de ardiente simpatía enviadas por los soldados concientes de los batallones finlandeses, por el Partido Socialista Polaco y por la Unión Panrusa de Campesinos. El delegado de esta unión prometió que en la hora decisiva no faltaría la ayuda fraterna del campo revolucionario. Despertando un entusiasmo indescriptible entre los diputados y toda la asistencia, bajo una tempestad creciente de aplausos y ovaciones, se estrecharon la mano el representante de la Unión de Campesinos y el presidente del *soviet*. La asamblea se dispersó muy avanzada la noche. El destacamento de policía que, como siempre, permanecía en la entrada, por orden del *gradonatchalnik*, dejó su puesto al último. Para caracterizar la situación, es interesante señalar que, en la misma noche, un pequeño funcionario de la policía, por orden del mismo *gradonatchalnik*, había prohibido una reunión legal y pacífica de electores burgueses, a la cabeza de los cuales se encontraba Miliukov...

La mayoría de las fábricas de Petersburgo dieron su adhesión a la resolución del *soviet*, que obtuvo igualmente el asentimiento de los *soviets* de Moscú y de Samara, asentimiento expresado en mociones particulares, así como el de los sindicatos de Ferroviarios y de Correos y Telégrafos, y numerosas organizaciones provinciales. La oficina central de la Unión de Sindicatos se adhirió a la decisión del *soviet* y lanzó un llamamiento, invitando a "todas las fuerzas vivas del país" a prepararse enérgicamente para la huelga política próxima y "a la última colisión armada con los enemigos de la libertad popular". Sin embargo, entre la burguesía liberal y radical, las simpatías sentidas en octubre hacia el proletariado habían tenido tiempo de enfriarse. La situación se agravaba sin cesar, y el liberalismo, exasperado por su propia inacción, gruñía contra el *soviet*. La masa, que apenas participa en la política, consideraba al *soviet* de forma entre benevolente y obsequiosa. El que temía ser sorprendido en viaje por una huelga de ferrocarriles iba a informarse a la oficina del *soviet*. Otros, durante la huelga de correos y telégrafos, venían a someter un texto telegráfico al examen de la oficina y, si ésta reconocía la importancia del telegrama, le hacía salir. Por ejemplo, la viuda del senador B., después de haber recorrido en vano las cancillerías de los ministerios, se dirigió finalmente al *soviet*, en una grave circunstancia familiar, solicitándole ayuda. Una orden escrita por este mismo *soviet* dispensaba a las personas de someterse a las leyes. Un taller de grabadores no consintió en fabricar un sello para el Sindicato de Correos y Telégrafos, cuya existencia no estaba sancionada por la ley, sino después de recibir "la autorización" escrita del *soviet*. El Banco del Norte descontó un cheque caducado en beneficio del *soviet*. La imprenta del Ministerio de Marina preguntaba al *soviet* si tenía que hacer huelga. En el

peligro, se dirigían aún y siempre al *soviet*, buscando junto a él protección contra particulares, contra funcionarios e incluso contra el gobierno. Al ser declarada la ley marcial en Letonia, los letones de Petersburgo invitaron al *soviet* “a decir su palabra” respecto a la nueva violencia del zarismo. El 30 de noviembre, el *soviet* tuvo que ocuparse del Sindicato de Enfermeros, a quienes la Cruz Roja había arrastrado a la guerra mediante falaces promesas, para dejarles después privados de todo; la detención del *Soviet* puso fin a las medidas enérgicas que había emprendido por correspondencia a este respecto ante la Dirección General de la Cruz Roja. En el local del *soviet*, siempre había una multitud de pedigüeños, solicitantes y querellantes; eran, casi siempre, obreros, criados, dependientes, campesinos, soldados, marineros... Algunos se formaban una idea absolutamente fantástica del poder del *soviet* y de sus métodos. Un inválido ciego que había hecho la guerra ruso-turca, cubierto de cruces y de medallas, se quejaba de su miseria y pedía al *soviet* “que empujara un poco al patrón”, es decir, al zar... Se recibían declaraciones y solicitudes de localidades lejanas. Los habitantes de una comarca de una de las provincias polacas enviaron al *soviet*, después de la huelga de noviembre, un telegrama de agradecimiento. Un viejo cosaco, del fondo del gobierno de Poltava, enviaba su queja al *soviet* contra la injusticia de los príncipes Reprin. La dirección de esta curiosa súplica estaba redactada así: “Petersburgo. Dirección Obrera”; y, sin embargo, el correo revolucionario, sin dudar, entregó el pliego en su destino. Desde la provincia de Minsk llegó al *soviet*, para obtener una información, un diputado especialmente enviado por una mutual de jornaleros a la que un propietario pretendía pagar tres mil rublos en acciones depreciadas. “¿Qué hacemos? — preguntaba el enviado. — Tendríamos buenas

ganas de tomarlas, pero al mismo tiempo tenemos miedo. Hemos oído decir que su gobierno quería que los obreros recibieran sus salarios en moneda sonante: en oro o en plata." Se averiguó que las acciones del propietario no tenían casi ningún valor... Los campos no fueron informados de la existencia del *soviet* sino muy tarde, cuando ya su actividad tocaba a su fin. Las instancias y los deseos de los campesinos nos llegaban con frecuencia cada vez mayor. Gentes de Chernigov pedían que se les pusiese en relación con la organización socialista local; campesinos de la provincia de Mohilev enviaron representantes encargados de hacer conocer las decisiones de varias asambleas comunales, expresando que en adelante obrarían en completo acuerdo con los obreros de las ciudades y el *soviet*...

Un vasto campo de actividad se abría pues ante el *soviet*; en su derredor se extendían inmensos baldíos políticos, que sólo se hubieran podido trabajar con el fuerte arado revolucionario. Pero faltaba el tiempo. La reacción, febrilmente, forjaba cadenas y a cualquier hora podía esperarse un primer golpe. A pesar de la masa de trabajos que tenía que realizar cada día, el comité ejecutivo se apresuraba en ejecutar la decisión adoptada por la asamblea el 27 de noviembre. Lanzó un llamamiento a los soldados (véase "La huelga de noviembre") y en una conferencia con los representantes de los partidos revolucionarios aprobó el texto del manifiesto "financiero" propuesto por Parvus.

El 2 de diciembre, el manifiesto fue publicado en ocho periódicos de Petersburgo: cuatro socialistas y cuatro liberales. He aquí el texto de este documento histórico:

El gobierno llega a la bancarrota. Ha hecho del país un montón de ruinas, lo ha sembrado de cadáveres. Agorados, hambrientos, los campesinos ya no están

en situación de pagar los impuestos. El gobierno se ha servido del dinero del pueblo para abrir créditos a los propietarios. Ahora no sabe qué hacer con las propiedades que le sirven de garantías. Los talleres y las fábricas no funcionan. Falta el trabajo. Por todas partes vemos el marasmo comercial. El gobierno ha empleado el capital de los empréstitos extranjeros en construir ferrocarriles, una flota, fortalezas, en hacer provisión de armas. Al agotarse las fuentes extranjeras, los pedidos del Estado no se reciben más. El comerciante, el gran proveedor, el empresario, el fabricante, que han cogido la costumbre de enriquecerse a expensas del Estado, son privados de sus beneficios y cierran sus despachos y sus fábricas. Las quiebras se suceden y se multiplican. Los bancos se derrumban. Todas las operaciones comerciales se han restringido hasta el último límite.

La lucha del gobierno contra la revolución suscita perturbaciones incesantes. Nadie está seguro del día siguiente.

El capital extranjero pasa en sentido contrario la frontera. El capital "puramente ruso" también se esconde en los bancos extranjeros. Los ricos venden sus bienes y emigran. Las aves de rapiña huyen del país, llevándose lo que es del pueblo.

Desde hace tiempo, el gobierno gasta todos los ingresos del Estado en mantener al ejército y la flota. No hay escuelas. Las carreteras están en un estado espantoso. A pesar de lo cual, falta el dinero, incluso para la alimentación del soldado. La guerra nos ha dado la derrota, en parte porque carecíamos de municiones. En todo el país, son señaladas sublevaciones del ejército reducido a la miseria y hambriento.

La economía de las vías férreas está obstaculizada por el fango; gran número de líneas han sido devastadas por el gobierno. Para reconstituir la economía de los ferrocarriles, serán precisos cientos y cientos de millones.

El gobierno ha dilapidado las cajas de ahorro y ha hecho uso de los fondos depositados para el sostenimiento de los bancos privados y de empresas industriales que, con frecuencia, son absolutamente dudosas. Con el capital del pequeño ahorro, juega a la bolsa, exponiendo los fondos a riesgos cotidianos.

La reserva de oro del Banco del Estado es insignificante en relación con las exigencias que crean los empréstitos gubernamentales y a las necesidades del movimiento comercial. Esta reserva será reducida a polvo si se exige en todas las operaciones que el papel sea cambiado contra moneda de oro.

Aprovechando que las finanzas carecen de todo control, el gobierno acordó tiempo atrás empréstitos que sobrepasaban en mucho la solvencia del país. Mediante nuevos empréstitos, paga los intereses de los precedentes.

El gobierno, de año en año, establece un presupuesto ficticio de ingresos y gastos, declarando estos como aquellos por debajo de su importe real, a su voluntad, acusando una plusvalía en lugar del déficit anual. Los funcionarios no controlados dilapidan el Tesoro, ya bastante agotado.

Sólo una Asamblea Constituyente puede poner fin a este saqueo de la Hacienda, después de haber derribado a la autocracia. La Asamblea someterá a una investigación rigurosa las finanzas del Estado y establecerá un presupuesto detallado, claro, exacto y verificado de los ingresos y los gastos públicos.

El temor del control popular que revelaría al mundo entero la incapacidad financiera del gobierno, fuerza a éste a fijar siempre para más tarde la convocatoria de los representantes populares.

La quiebra financiera del Estado procede de la autocracia, del mismo modo que su quiebra militar. Los representantes del pueblo no tendrán primero como tarea más que pagar lo antes posible las deudas.

Tratando de defender su régimen con malversaciones, el gobierno fuerza al pueblo a llevar a cabo contra él una lucha a muerte. En esta guerra, cientos y miles de ciudadanos perecen o se arruinan; la producción, el comercio y las vías de comunicación son destruidos de arriba abajo.

No hay más que una salida: es preciso derribar al gobierno, arrebatarle sus últimas fuerzas. Es necesario cerrar la última fuente de donde extrae su existencia: los ingresos fiscales. Esto es necesario no sólo para la emancipación política y económica del país, sino, en particular, para la puesta en orden de la economía financiera del Estado.

En consecuencia, decimos que:

No se efectuará ninguna entrega de dinero por rescate de tierras ni pago alguno a las cajas del Estado. Se exigirá, en todas las operaciones, como pago de salarios y contratos, moneda de oro, y cuando se trate de una suma de menos de cinco rublos, se reclamará moneda sonante.

Se retirarán los depósitos hechos en las cajas de ahorro y en el Banco del Estado, exigiendo el reembolso íntegro.

La autocracia nunca ha gozado de la confianza del pueblo y no estaba, en modo alguno, fundada en ella.

Actualmente, el gobierno se conduce en su propio Estado como en país conquistado.

Por estas razones decidimos no tolerar el pago de las deudas sobre todos los empréstitos que el gobierno del zar ha concertado mientras llevaba a cabo una guerra abierta contra todo el pueblo.

Firman: El *Soviet* de Diputados Obreros, el Comité Principal de la Unión Panrusa de Campesinos, el Comité Central y la Comisión de Organización del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, el Comité Central del Partido Socialista Revolucionario, el Comité Central del Partido Socialista Polaco.

Lógicamente, este manifiesto no podía por sí mismo derribar al zarismo, ni sus finanzas. Seis meses más tarde, la primera Duma de Estado contaba con un milagro de este género cuando lanzó el llamamiento de Viborg, que pedía a la población que se negase pacíficamente a pagar impuestos, "a la inglesa". El manifiesto financiero del *soviet* no podía servir más que de introducción a los levantamientos de diciembre. Apoyado por la huelga y por los combates que se libraron en las barricadas, encontró un poderoso eco en todo el país. Mientras que, para los tres años precedentes, los depósitos hechos en las cajas de ahorro en diciembre rebasaban los reembolsos en cuatro millones de rublos, en diciembre de 1905 los reembolsos superaron a los depósitos en noventa millones: ¡El manifiesto había sacado de las reservas del Estado, en un mes, 94 millones de rublos! Cuando la insurrección fue aplastada por las hordas zaristas, el equilibrio se restableció en las cajas de ahorro...

Entre el 20 y el 30 de noviembre, la ley marcial se proclamó en la comarca de Kiev y en la ciudad misma, en las provincias de Letonia, Chernigov, Saratov, Penza y Simbirsk, teatros principales de las perturbaciones agrarias.

El 24, día en que el Reglamento “provisional” sobre la prensa entraba en vigor, se ampliaron hasta el máximo las atribuciones de los gobiernos locales y de los prefectos de policía.

El 28, se creó un puesto “provisional” de general gobernador de las provincias bálticas. El 29, los sátrapas provinciales fueron autorizados, en caso de huelga de ferrocarriles o de correos y telégrafos, a proclamar por propia cuenta “la ley de excepción” en sus gobiernos.

El primero de diciembre, Nicolás recibió en Tsarskoie-Selo una diputación reunida a toda prisa, y muy heterogénea, de propietarios asustados, monjes y ciudadanos organizadores de pogromos. Esta pandilla exigía el castigo implacable de los autores de la revolución y, al mismo tiempo, el de los dignatarios de todo rango que, con su debilidad, autorizasen el desorden; la diputación no se contentaba con hacer esta alusión a Witte, sino que lo explicaba más claramente: “¡Por un decreto autocrático, llamad a otros ejecutores de vuestra voluntad soberana!”. “Los recibo –respondió Nicolás al amasijo de esclavistas y saqueadores mercenarios– porque estoy seguro de ver en ustedes a los verdaderos hijos de Rusia, cuya devoción nos está asegurada desde siempre, a mí y a la patria.” A una señal del centro, los administradores de provincia expiden a Petersburgo una multitud de mensajes de gratitud a su majestad, en nombre de campesinos y burgueses. “La unión del pueblo ruso” que, según toda probabilidad, acababa entonces de recibir un primer subsidio importante, organiza una serie de mítines y difunde publicaciones en el espíritu de los pogromos patrióticos.

El 2 de diciembre, son confiscados y suspendidos los ocho periódicos que imprimieron el “Manifiesto financiero” del *soviet*. El mismo día, se promulga un reglamento dra-

coniano sobre las huelgas y los sindicatos de Ferroviarios, empleados de Correos, Telegrafistas y Telefonistas, amenazándoles con un encarcelamiento que puede llegar hasta cuatro años. Los periódicos revolucionarios publicaron, el 2 de diciembre, una orden del gobernador de Voronej que había sido interceptada y que estaba basada en una circular confidencial de Durnovo: "Absolutamente secreto... Investigar inmediatamente a todos los dirigentes de los movimientos antigubernamentales y agrarios, y encerrarlos en la prisión del lugar, a efecto de que sean tratados conforme a las instrucciones del señor ministro del Interior". Por primera vez, el gobierno publica un aviso amenazador: los partidos extremistas se han dado por objeto destruir las bases económicas, sociales y políticas del país; los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios son esencialmente anarquistas: declaran la guerra al gobierno, difaman a sus adversarios, impiden a la sociedad disfrutar de los beneficios del nuevo régimen; provocan huelgas para hacer de los obreros el material de la revolución. "La efusión de sangre obrera (¡por el gobierno!) ni siquiera excita en ellos (¡revolucionarios!) el menor remordimiento." Si contra tales delitos son insuficientes las medidas ordinarias, "será, sin duda alguna, necesario recurrir a medidas absolutamente excepcionales".

Los intereses de las clases privilegiadas, el espanto de los poseedores, el rencor de la burocracia, el servilismo de los vendidos, el tenebroso odio de los simples engañados, todo ello no formaba más que un asqueroso bloque de barro y sangre, todo ello constituía la reacción. Tsarskoie-Selo distribuía oro, Durnovo tejía la trama de la conjura, los sicarios a sueldo afilaban sus cuchillos...

Sin embargo, la revolución crecía invenciblemente. Al proletariado industrial que formaba el grueso de su ejér-

cito, se adherían sin cesar nuevos destacamentos. Había, en las ciudades, mítines de servidores, repartidores, cocineros, criados, enceradores, camareros, bañeros, lavanderas. En las reuniones y en la prensa aparecen tipos extraordinarios: cosacos “concientes”, guardias del servicio de estaciones, guardias municipales, comisarios, e incluso soplo-nes arrepentidos. El terreno social desquiciado, arroja de sus misteriosas entrañas capas nuevas cuya existencia nadie sospechaba en tiempo de paz. Pequeños funcionarios, vigilantes de prisiones, furrieles, aparecían sucesivamente en las redacciones de los periódicos revolucionarios.

La huelga de noviembre influyó considerablemente en la moral del ejército. Por todos lados tenían lugar en el país mítines de militares. El espíritu de rebelión se manifestaba por doquier en los cuarteles. Las necesidades particulares del ejército y el soldado servían normalmente de ocasión para las manifestaciones de un descontento que crecía con rapidez y tornaba un cariz político. A partir del 2 de noviembre, aproximadamente, se producen desórdenes serios en Petersburgo, entre los marineros y entre los soldados, en Kiev, Ekaterinoslav, Elisavetpol, Proskurov, Kursk, Lomjé... En Varsovia, los soldados de la guardia exigen la libertad de los oficiales detenidos. De todas partes llegan informaciones, diciendo que todo el ejército de Manchuria arde con el fuego de la rebelión. El 28 de noviembre, en Irkutsk, tiene lugar un mitin en el que toman parte todas las tropas de la guarnición, unos cuatro mil soldados. Bajo la Presidencia de un suboficial, la reunión decide unirse a todos los que reclaman la Asamblea Constituyente. En numerosas ciudades, los soldados, en sus mítines, fraternizan con los obreros.

Los días 2 y 3 de diciembre, los desórdenes se producen en la guarnición de Moscú. Manifestaciones en las

calles a los sonos de *La Marsellesa*, oficiales expulsados de ciertos regimientos... Y, finalmente, detrás del hervor revolucionario, puede verse el brasero de las revueltas campesinas en las provincias. A finales de octubre y principios de noviembre, las perturbaciones agrarias ganan gran número de comarcas: en el centro, en torno a Moscú, sobre el Volga, sobre el Don, en el reino de Polonia, se suceden continuamente huelgas de campesinos, saqueo de los almacenes del monopolio donde se vende el aguardiente, haciendas incendiadas, ocupación de tierras y bienes muebles. Toda la provincia de Kovno sirve de teatro a la rebelión de los campesinos lituanos. De Letonia, las noticias recibidas son cada vez más alarmantes. Los propietarios huyen, los administradores de la provincia abandonan sus puestos... Basta con representarse claramente el cuadro que ofrecía entonces Rusia, para comprender hasta qué punto el conflicto de noviembre era inevitable. "Hubiera sido mejor no luchar", declaraban más tarde algunos sabios (Plejánov). ¡Como si se tratara de una partida de ajedrez y no de un movimiento cuyas fuerzas elementales se contaban por millones!

—El *Soviet* de Diputados Obreros —escribía el *Novou Vremia*— no se desanima, sigue obrando enérgicamente e imprime sus órdenes en un lenguaje verdaderamente lacónico, en términos breves, claros e inteligibles, lo que no se podría decir del gobierno del conde Witte, que prefiere los giros interminables y farragosos que emplearía en su lenguaje una anciana melancólica.

El 3 de diciembre, el gobierno de Witte, a su vez, se puso a hablar "en términos breves, claros e inteligibles": hizo cercar el edificio de la Sociedad Económica Libre por tropas de todas las armas y detener al *Soviet*.

A las cuatro de la tarde, el comité ejecutivo se había reunido. El orden del día estaba señalado de antemano por la confiscación de los periódicos, por el reglamento draconiano sobre las huelgas que se acababa de decretar y por el telegrama donde se revelaba la conjura de Durnovo. El representante del comité central del Partido socialdemócrata (*bolcheviques*) propone, en nombre del partido, las medidas siguientes: se aceptará el desafío del absolutismo, poniéndose de acuerdo inmediatamente con todas las organizaciones revolucionadas del país, para fijar el día de declaración de una huelga política general, el llamamiento a la acción de todas las fuerzas, todas las reservas y, apoyándose sobre los movimientos agrarios y las rebeliones militares, se irá en busca del desenlace...

El delegado del Sindicato de Ferroviarios afirma que sin ninguna duda el Congreso de Ferrocarriles, convocado para el 6 de diciembre, se pronunciará por la huelga.

El representante del Sindicato de Correos y Telégrafos se declara a favor de la moción propuesta por el partido y espera que una acción común dé vida nueva a la huelga de correos y telégrafos que amenaza decaer. Los debates son interrumpidos por un aviso que se transmite al comité: el *soviet* debe ser detenido ese mismo día. Media hora más tarde, esta información es confirmada. En este momento, la gran sala, iluminada por ambos lados por grandes ventanales, se ha llenado ya de delegados, representantes de los partidos, corresponsales e invitados. El comité ejecutivo, que celebra sesión en el primer piso, decide hacer salir a algunos de sus miembros para conservar al *soviet* una línea de sucesión en el caso de ser detenido.

¡Pero la decisión llega demasiado tarde! El edificio está acordonado por soldados del regimiento de la Guardia Ismailov Sld, cosacos a caballo, guardias municipales, gen-

darmes... Se escuchan los pasos sordos, el chasquido de las espuelas, de los sables; estos ruidos llenan el edificio. Abajo resuenan las violentas protestas de algunos delegados. El presidente abre la ventana del primer piso, se asoma y grita: "¡Camaradas, no opongan resistencia! Declaramos de antemano que, si alguien dispara, no puede ser más que un policía o un provocador...". Unos instantes después, suben soldados al primer piso y se apostan a la entrada del local donde está reunido el comité ejecutivo.

El presidente (dirigiéndose al oficial): Le ruego que cierre las puertas y no estorbe nuestros trabajos (los soldados permanecen en el corredor, pero no cierran las puertas).

El presidente: La sesión continúa. ¿Quién pide la palabra?

El representante del Sindicato de Contables: Por este acto de violencia brutal, el gobierno ha confirmado los motivos que teníamos para declarar la huelga general. Lo ha decidido de antemano... El resultado de la nueva y decisiva acción del proletariado dependerá de las tropas. ¡Que tomen ellas la defensa de la patria! (Un oficial se apresura a cerrar la puerta. El orador eleva la voz.) ¡Incluso a través de las puertas cerradas, los soldados escucharán el fraternal llamamiento de los obreros, la voz del país agotado en los tormentos!...

La puerta se abre de nuevo, un capitán de gendarmes se desliza en la cámara, pálido como la muerte (temía recibir una bala); tras él se adelantan dos decenas de agentes que se colocan detrás de las sillas de los delegados.

El presidente: Se levanta la sesión del comité ejecutivo.

Abajo, resuena un rumor enérgico y casi cadencioso de metal; se diría que son herreros que golpean el yunque: son los delegados que desmontan y rompen sus revólveres antes que entregarlos a la policía.

Comienzan las pesquisas. Nadie consiente en dar su nombre. Los delegados son cacheados, se toman sus señas, se les numera y son confiados a una escolta de soldados de la guardia medio borrachos.

El *Soviet* de Diputados Obreros de Petersburgo está en manos de los conspiradores de Tsarkoie-Selo.

Diciembre

El 4 de diciembre, el *soviet* de Moscú dio su adhesión a los firmantes del “Manifiesto financiero” y, el 6 — bajo la influencia directa de graves desórdenes en la guarnición de Moscú — el *soviet*, que representaba en esta época a cien mil obreros, decidió, con los demás partidos revolucionarios, declarar en Moscú la huelga general para el día siguiente, 7 de diciembre, con la intención de transformarla en una insurrección armada. La conferencia de los diputados obreros de 29 líneas de ferrocarril, que se reunieron en Moscú los días 5 y 6 de diciembre, determinó dar su asentimiento a la decisión del *soviet*. El Congreso de Correos y Telégrafos tomó la misma decisión. En Petersburgo, la huelga que se inició el día 8, alcanzó su apogeo al día siguiente, declinando ya el día 12. Fue mucho menos unitaria y general que la de noviembre y no reunió más que 2/3 de los obreros. La irresolución de Petersburgo se explica por el hecho de que los obreros de la capital comprendían más claramente que en otros sitios que no se trataba esta vez de una simple manifestación, sino de una lucha a muerte. El día 9 de enero ya había quedado grabado este hecho en el espíritu de las masas. Frente a una numerosa guarnición cuyo núcleo estaba formado por los regimientos de la guardia, los obreros de Petersburgo no podían tomar por sí mismos la iniciativa de una insurrección revolucionaria; su misión — como había

demostrado la huelga de octubre — era dar el último golpe al absolutismo cuando éste estuviera suficientemente resquebrajado por el levantamiento del resto del país. Sólo una gran victoria en las provincias podía dar a Petersburgo la posibilidad psicológica de una acción decisiva, pero esta victoria no llegó y, tras muchas dudas, se batió por último en retirada. Aparte de la actitud pasiva de Petersburgo, hay que señalar además el mal papel que llevó a cabo, durante los acontecimientos, el grupo de ferroviarios que continuaron trabajando en la línea de Petersburgo a Moscú (ferrocarril Nicolás). El comité del Sindicato de Ferroviarios de Petersburgo se resintió con la incertidumbre que se manifestaba en la capital y el gobierno, cuya atención estaba concentrada en esta importante vía de comunicación, aprovechando las vacilaciones, hizo ocupar la línea por sus tropas. Una parte de los talleres entró en huelga, pero los jefes trabajaban en el telégrafo y el batallón de ferrocarriles en la vía. Hubo varios intentos de detener el movimiento, pero sin éxito. El 16 de diciembre los obreros de Tver destruyeron una parte de la línea para evitar el envío de tropas de Petersburgo a Moscú, pero era demasiado tarde, porque el regimiento de la guardia Semenovski había pasado ya. En conjunto, la huelga de ferrocarriles empezó con gran ímpetu y unidad; antes del día 10, la mayor parte de las líneas habían interrumpido el tráfico, y las que faltaban se adhirieron al movimiento los días sucesivos. Al declarar la huelga, el Congreso del Sindicato de Ferroviarios decía:

Podemos encargarnos de hacer volver a las tropas de Manchuria mucho más deprisa que el gobierno... Tomaremos todas las medidas necesarias para el transporte del trigo destinado a los campesinos hambrientos y para la expedición de víveres a los camaradas que están en las líneas.

No es la primera vez que comprobamos fenómenos de esta índole, sobre cuyo sentido deberían meditar los anarquistas que son aún capaces de reflexión: paralizando el poder del gobierno, la huelga general impone a su organización funciones públicas enormemente importantes. Hay que reconocer que el Sindicato de Ferroviarios cumplió con su tarea a maravilla. Los trenes que transportaban a los reservistas, a las compañías obreras y a los miembros de organizaciones revolucionarias, circulaban con una regularidad y una velocidad notables a pesar de la amenazadora proximidad de las tropas del gobierno en muchos puntos, numerosas estaciones estaban administradas por comandantes elegidos, y las banderas rojas ondeaban en los edificios del ferrocarril. Moscú empezó la huelga el día 7, y al día siguiente, Petersburgo se adhirió, así como también Minsk y Taganrog. Después, citando sólo los centros más importantes, se solidarizaron: el 10, Tiflis; el 11, Vilna; el 12, Jarkov, Kiev, Nijni-Novgorod; el 13, Odesa y Riga; el 14, Lodz y el 15, Varsovia. En total había 33 ciudades en huelga, frente a 39 en octubre.

Moscú fue el centro del movimiento de diciembre. Ya a principios de mes se había advertido un fuerte movimiento en ciertos regimientos de la guarnición de Moscú, y a pesar de todos los esfuerzos de la socialdemocracia por prevenir explosiones aisladas, la agitación crecía violentamente. Se decía entre los obreros: "Hay que apoyar a los soldados, no podemos desperdiciar la ocasión". Los soldados que estaban de guardia en las fábricas estaban totalmente influenciados por los obreros. "Cuando ustedes se levanten —decían a menudo— nosotros haremos lo mismo y les abriremos el arsenal". Los soldados y los oficiales hablaban frecuentemente en los mítines. El 4 de diciembre se constituyó un *Soviet* de Diputados Soldados, y sus representantes

se unieron al *Soviet Obrero*. Rumores persistentes permiten pensar que en otras ciudades el ejército había hecho causa común con los obreros. Tal era el ambiente cuando comenzó la huelga de Moscú.

El primer día unas cien mil personas abandonaron el trabajo. En una de las estaciones murieron dos mecánicos por haber querido conducir trenes sin autorización. Hubo escaramuzas en varios sitios de la ciudad, y un destacamento de las compañías obreras entró en un almacén de armas. A partir de ese momento, los agentes de policía no pudieron hacer su vigilancia más que por grupos. Al día siguiente, el número de huelguistas se elevó a 150 mil, la huelga se generalizó en la ciudad y llegó a las fábricas de los alrededores, habiendo mítines multitudinarios por todas partes; en la estación a la que llegan los trenes del Lejano Oriente la muchedumbre desarmó a los oficiales de Manchuria, y los obreros sacaron de un vagón bastantes libras de cartuchos y, algo más tarde, se apoderaron de los pertrechos que venían en otro vagón.

El día 8 de diciembre, segundo de la huelga, el comité ejecutivo publicó la siguiente decisión: "Cuando aparezcan las tropas se procurará hablar con los soldados y moverlos por la camaradería... Se evitará todo choque abierto y no se opondrá resistencia armada salvo en caso de que la conducta de las tropas sea particularmente provocativa". El ejército era quién tenía la palabra y todo el mundo lo comprendía así. El menor rumor favorable que aparecía sobre la buena voluntad de la guarnición volaba de boca en boca, al mismo tiempo la muchedumbre revolucionaria sostenía una lucha incesante contra las autoridades moscovitas para conseguir la adhesión del ejército. Al saber que los soldados de infantería avanzaban por las calles al son de *La Marsellesa*, los obreros tipógrafos enviaron una dipu-

tación a su encuentro, pero ya era demasiado tarde. Los jefes militares hicieron rodear a los soldados revolucionarios por cosacos y dragones, que los llevaron a los cuarteles, e inmediatamente los mandos militares hicieron justicia a las reivindicaciones de esos mismos soldados. El mismo día, 500 cosacos, dirigidos por un oficial de policía, recibieron la orden de disparar sobre los manifestantes, pero los cosacos no obedecieron, poniéndose a hablar con la gente, antes de volver lentamente a filas, a la llamada de un suboficial, acompañados por las aclamaciones de la multitud. Una manifestación de cien mil personas chocó con un grupo de cosacos y hubo un momento de peligro. Pero dos obreras se destacaron de la multitud, blandiendo banderas rojas, y acercándose a los cosacos, gritaron: "Tiren sobre nosotras, porque, vivas, nunca les entregaremos la bandera". Los cosacos se detuvieron, asombrados e indecisos. Fue un momento decisivo. La multitud, al verlos vacilar, trataba de animarlos: "Cosacos, venimos con las manos vacías, ¿van ustedes a tirar contra nosotros?". "No tiren ustedes y tampoco lo haremos nosotros", contestaron los cosacos. Un oficial, furibundo y un tanto atemorizado, estalló en invectivas y groserías, pero su voz fue ahogada por los gritos de indignación de la muchedumbre. Alguien pronunció un breve discurso y la multitud aplaudió. Un momento después, los cosacos volvieron los caballos y se alejaron al galope, con la carabina en bandolera.

Tras el cerco de un mitin popular, que terminó con una serie de violencias contra la masa desarmada, el nerviosismo empezó a aumentar en la ciudad. La gente estaba en la calle, en grupos cada vez más numerosos. Los más diversos rumores circulaban sin cesar para ser olvidados en seguida, y en todos los rostros se pintaba una gran animación mezclada de inquietud.

Hay muchas personas que se imaginan – escribe Gorki, entonces en Moscú – que son los revolucionarios quienes han comenzado a construir barricadas. Es una opinión que nos honra, pero que no corresponde por completo a la verdad, porque en realidad fueron los simples habitantes, la gente, los sin partido, quienes emprendieron esas construcciones, y esto es lo más importante. En Tverskaia, las primeras barricadas fueron levantadas alegremente, entre bromas y risas, y en este trabajo tomaron parte personas de las condiciones más dispares, desde el que lleva un elegante abrigo hasta la cocinera o el mozo de caballos, que pasaba por ser, hasta ahora, el más sólido sostén del régimen... Los dragones hicieron una salva contra la barricada, varias personas fueron heridas y dos o tres muertas; inmediatamente se elevó un clamor de indignación, acompañado de un grito unánime de venganza y, en un momento, todo cambió. Tras estas muertes todo el mundo se puso a construir barricadas y ya no por juego, sino seriamente, para proteger su vida contra Dubasov y sus dragones.

Las compañías obreras, es decir, los combatientes de las organizaciones revolucionarias, agrupados militarmente, se hicieron más activas. Sistemáticamente, desarmaban a los policías que les salían al paso. Por primera vez se practicó la maniobra de gritar: ¡Arriba las manos!, con el fin de proteger al asaltante contra un mal golpe. Al que no obedecía se le ejecutaba. Se procuraba no inquietar a los soldados, para no tenerlos en contra. En una reunión se adoptó incluso la siguiente decisión: será pasado por las armas quien dispare sin la autorización del jefe de la compañía. Delante de las fábricas, los obreros hacían propaganda

entre los soldados. Sin embargo, el tercer día de huelga ya hay encuentros sangrientos entre la muchedumbre y el ejército, los dragones dispersaron una reunión que había en una plaza, sin luz por la huelga. "Hermanos, no nos ataquen: somos de los suyos." Los soldados pasan, pero un cuarto de hora más tarde, vuelven en número mucho mayor y atacan a la gente.

Tinieblas, pánico, gritos y maldiciones. Parte de la multitud intenta refugiarse en la estación del tranvía. Los dragones exigen a los refugiados que se rindan, y ante la negativa de estos, comienzan los disparos. Como resultado, un muchacho muerto y varias personas heridas. Inquietos por el remordimiento o, quizá, por temor de una venganza, los dragones se alejan al galope. "¡Asesinos!" La gente rodea a las primeras víctimas y levanta el puño, llena de furia. "¡Asesinos!" En un instante, el pabellón manchado de sangre es presa de las llamas. "¡Asesinos!" La multitud intenta encontrar una salida para sus sentimientos. En medio de la oscuridad y del peligro, avanza, excitada, chocando con obstáculos, empujando. Se oyen nuevos disparos. "¡Asesinos!" La multitud comienza a levantar barricadas, tarea completamente nueva para ella, que no sabe cómo debe resolverse y que lleva a cabo sin ningún sistema. A dos pasos de allí, en la oscuridad, un grupo de treinta a cuarenta personas canta a coro: "Han caído ustedes víctimas...". Nuevos disparos, y más heridos y más muertos. Los patios de las casas vecinas se convierten en puestos de socorro, y sus habitantes permanecen en las puertas cocheras recogiendo a los heridos.

Abiertas las hostilidades, la organización socialdemócrata de combate colocó sobre los muros de Moscú carteles en los que se daban instrucciones técnicas a los insurgentes:

Regla esencial: 1. No actuar en masa. Hay que realizar las operaciones en pequeños grupos de tres o cuatro hombres como máximo, multiplicar estos grupos lo más posible y que cada uno de ellos aprenda a atacar resueltamente y a desaparecer con prontitud. La policía trata de fusilar a miles de personas con sólo cien cosacos. A esos cien cosacos no deben enfrentarse más de dos o tres tiradores, porque es más fácil alcanzar a un grupo que a un hombre solo, sobre todo si éste último sabe disparar inopinadamente y desaparecer en un instante.

2. Por otra parte, no debe intentarse nunca ocupar posiciones fortificadas, porque la tropa siempre sabrá tomarlas o, simplemente, destruirlas con su artillería. Las mejores fortalezas son los lugares de paso y todos los sitios desde donde es fácil tirar y escapar. Si la tropa llegase a tomar un lugar de este tipo, no encontraría a nadie, habiendo perdido, sin embargo, muchos hombres en el empeño.

La táctica de los revolucionarios estuvo determinada, desde el principio, por la situación misma. Por el contrario, las tropas del gobierno se mostraron, durante cinco días enteros, absolutamente incapaces de adaptarse a la táctica del adversario, no pudiendo salir de su estupidez y de su perplejidad sino para caer en la barbarie más sanguinaria.

El siguiente relato dará una idea de lo que fueron los combates. Avanzaba una compañía de georgianos, que contaba con los hombres más intrépidos. Se componía su destacamento de veinticuatro tiradores, avanzando en perfecto orden, de dos en dos. Advertidos por la multitud de que dieciséis dragones, al mando de un oficial, venían a su encuentro, la compañía se desplegó empuñando los máuse-

res y, en cuanto apareció la patrulla, ejecutó unos disparos simultáneos. El oficial cayó herido y los caballos, situados en primera línea, también heridos, se encabritaron. Se apoderó de la tropa una confusión tal, que los soldados fueron incapaces de disparar. Así, la compañía obrera no había hecho más de cien disparos, mientras los dragones se daban a una fuga desordenada, dejando tras sí algunos heridos y muertos. “Márchense ahora –decían apresuradamente los espectadores. – La artillería estará aquí en un instante.” En efecto, no tardó en aparecer y, con sus primeras descargas, comenzaron a caer personas, heridas o muertas, en medio de aquella multitud desarmada que no se había imaginado que podría servir de blanco al ejército. Pero los georgianos se preparaban entretanto y volvieron a disparar contra las tropas. La compañía obrera era casi invulnerable, protegida por la coraza de la simpatía general. Otro ejemplo, escogido entre miles. Un grupo de trece obreros armados, emboscados en un edificio, resistió durante cuatro horas a quinientos o seiscientos soldados que disponían de tres cañones y dos ametralladoras. Después de haber terminado sus cartuchos e infligido serias pérdidas al ejército, los francotiradores se alejaron sin un herido. Pero los soldados destruyeron a cañonazos varias manzanas de casas, quemaron otras y asesinaron a buen número de personas inofensivas y aterradas, todo para dominar a una docena de revolucionarios...

Las barricadas no se defendían, servían sólo para estorbar la circulación de las tropas, sobre todo, de los dragones. En el área de las barricadas, las casas quedaban fuera del alcance de la artillería. Así pues, el ejército no tenía más solución que disparar de un extremo al otro de la calle para “tomar” el obstáculo, pero, cuando llegaba sobre la barricada, no encontraba a nadie. Y, cuando los sol-

dados no habían hecho más que alejarse de la barricada, ya se encontraba ésta reconstruida, como por sí misma. El bombardeo sistemático de la ciudad por la artillería de Dubasov comenzó el día 10 de diciembre. Los cañones y las ametralladoras funcionaban sin descanso, sembrando el pánico en las calles. Las víctimas caían, no ya de una en una, sino por docenas. La gente, desconcertada y furiosa, corría de un lado a otro, negándose a dar crédito a lo que veía: así, pues, los soldados tiraban, y no solamente contra los revolucionarios aislados sino contra un oscuro enemigo llamado Moscú, contra casas en las que viven ancianos y niños, contra las multitudes desarmadas... “¡Cobardes asesinos! Así es cómo recuperan su reputación, después de haberla perdido en Manchuria.”

Tras el primer cañonazo, la construcción de barricadas se hizo de una manera febril, porque se había atribuido al hecho un sentido más amplio, utilizándose entonces medios más atrevidos. No se vaciló ante la demolición de un enorme puesto de fruta, ni en volcar un quiosco de periódicos, al tiempo que se arrancaban letreros, se destrozaban las rejas y se abatían los cables del tranvía.

“A pesar de que la policía había dado orden de mantener las puertas de las cocheras cerradas —decían los periódicos reaccionarios—, esto no se ha cumplido, sino todo lo contrario, ¡hasta han quitado las puertas de sus goznes y las han empleado para construir barricadas!” El 11 de diciembre toda la ciudad había quedado cubierta por una red de barricadas: calles enteras estaban rodeadas de alambradas.

Dubasov había declarado que toda reunión de “más de tres personas” correría el riesgo de un fusilamiento. Pero los dragones disparaban incluso contra los transeúntes aislados, a los que registraban primero, y, si no les encontraban armas, los dejaban irse para pegarles luego un tiro por

la espalda. Tiraban incluso sobre los mirones que se encontraban leyendo los carteles de Dubasov. Bastaba con que disparasen desde una ventana, normalmente por cuenta de agentes provocadores, para que la casa fuera bombardeada inmediatamente. Restos de sangre, de vísceras, mechadas de cabellos aglutinados, pegado todo ello a los letreros o a los escaparates de las tiendas, tales eran las señales indicadoras de la ruta seguida por los proyectiles. En muchos sitios se veían casas con brechas u otras completamente destruidas. Ante uno de estos edificios destruidos se encontraba expuesto un plato con un pedazo de carne humana y una pancarta en que se leía: "Dé su óbolo para las víctimas" (horrible reclamo de la insurrección). En dos o tres días, la buena voluntad de la guarnición había sufrido un cambio radical; ahora estaba en contra de los revolucionarios. Desde el comienzo de los motines en los cuarteles, las autoridades militares habían tomado una serie de medidas: habían despedido a los reservistas, a los voluntarios, a todos aquellos cuya fidelidad era dudosa, al tiempo que mejoraban el rancho. Cuando se trató de aplastar la insurrección, se utilizó primero a las tropas con las que se podía contar, y en el cuartel se quedaban los regimientos que no inspiraban confianza o que se componían de elementos oscuros e ignorantes. Dubasov no los utilizaba más que para una segunda pasada, y, en realidad, entraban en la lucha a pesar suyo y en medio de vacilaciones. Pero la influencia de una bala perdida, la propaganda realizada por los oficiales, el hambre y la fatiga los indujeron a cometer los peores servicios. Dubasov procuraba añadir a esos motivos de cólera la influencia del aguardiente. Durante todo este tiempo, los dragones estuvieron medio borrachos.

Sin embargo, esta guerra de sorpresas, aunque irritaba mucho, fatigaba también; la hostilidad general de la

población dejaba a los soldados abatidos. El 13 y el 14 de diciembre fueron días críticos. Las tropas, mortalmente cansadas, murmuraban y se negaban a ir al combate contra un enemigo que no veían y cuya fuerza se exageraba. Esos días hubo también bastantes suicidios entre los oficiales... Dubasov escribía a Petersburgo diciendo que, de quince mil hombres que había de guarnición en Moscú, no se podía "lanzar" más que a cinco mil; los otros no inspiraban confianza. Por lo que pedía refuerzos. Se le respondió que una parte de la guarnición de Petersburgo había sido enviada a las provincias bálticas, que otra era poco segura, y que el resto era necesario allí. Los documentos donde constaban estas conversaciones fueron robados al Estado Mayor y conocidos en la ciudad al día siguiente; con lo que la esperanza volvió a renacer. Sin embargo, Dubasov consiguió sus fines, se puso en contacto con Tsarskoie-Selo y declaró que no respondía ya de "poder mantener la autocracia". Entonces fue enviado a Moscú el regimiento Semenovski.

El 15 de diciembre la situación cambió bruscamente. Como estaba asegurada la intervención de nuevas tropas, los grupos reaccionarios de Moscú recobraron el aliento. Se vio aparecer en las calles una "milicia" armada, reclutada en los bajos fondos por la Unión del Pueblo Ruso. La fuerza del gobierno crecía a medida que iban llegando tropas de las ciudades vecinas. Los francotiradores de las compañías obreras estaban extenuados y la gente cansada de temer por su vida y de vivir en la inseguridad. El entusiasmo de las masas revolucionarias decayó, y con él la esperanza en la victoria. Los almacenes, los bancos y la Bolsa abrieron, y aumentó la circulación por las calles. Apareció un periódico. Todo el mundo comprendía que había terminado la vida de barricadas, ya no se escuchaban apenas tiros ni explosiones. El 16 de diciembre llegaron tropas de

Petersburgo y de Varsovia, y Dubasov se hizo dueño de la situación. Se puso resueltamente a la ofensiva y acabó con todas las barricadas del centro de la ciudad. Reconociendo que ya no había esperanza, el *Soviet* y el partido decidieron acabar con la huelga el 19 de diciembre.

Durante la insurrección, el barrio de Presnia, el Montmartre moscovita, había vivido una existencia aparte. El 10 de diciembre, mientras que en el centro de la ciudad había ya disparos, la calma reinaba aún en Presnia, en donde no había más que mítines, que no satisfacían a unas masas deseosas de actuar y que incitaban a ello a sus diputados. Por fin, a las cuatro de la tarde se recibió la orden de levantar barricadas, y todo se animó en el barrio, pero sin el desorden que reinaba en el centro de la ciudad. Los obreros se repartieron en grupos de diez, eligieron sus jefes, tomaron palas, picos y hachas y bajaron ordenadamente a la calle, como si se les enviara a arreglar el pavimento. Nadie quedó ocioso. Las mujeres llevaban los trineos, transportaban madera y hojas de puertas; los obreros abatían los postes telegráficos y los de la luz. Se oían los golpes de las hachas en todo el barrio, como si se estuviera talando un bosque.

Presnia, separada de la ciudad por las tropas, y enteramente cubierta de barricadas, fue el cuartel general del proletariado. Por todas partes las compañías obreras establecían puestos de vigilancia; los centinelas armados iban y venían, por la noche, entre las barricadas, y pedían a los transeúntes la contraseña. Los obreros jóvenes se distinguían por su coraje, iban en misiones de reconocimiento a charlar con los policías, obteniendo datos útiles. El número de obreros armados en Presnia no pasaba de doscientos como máximo, y disponían solamente de ochenta carabinas o máuseres, pero a pesar de su reducido número, se

producían a cada momento escaramuzas con las tropas. Los obreros desarmaban a los soldados o mataban a los que resistían, y volvían a construir las barricadas destruidas. Las compañías obreras se atenían rigurosamente a la táctica de las guerrillas: los francotiradores iban en grupos de dos o tres y abrían fuego contra los cosacos o los artilleros desde los tejados de las casas, desde los depósitos de madera o desde los vagones vacíos, cambiando rápidamente de lugar y sin dejar de disparar desde lejos. El día 12 de diciembre, habiendo tomado los obreros un cañón a los dragones, pasaron un cuarto de hora dando vueltas en torno al artefacto, sin saber qué hacer con él, pero su perplejidad terminó en cuanto apareció un fuerte destacamento de cosacos y de dragones dispuestos a reconquistar la pieza.

La noche del 16 de diciembre, la compañía de Presnia llevó a una fábrica a seis artilleros que había hecho prisioneros. Durante la cena se pronunciaron discursos políticos, que los soldados escucharon atentamente y sin ocultar su simpatía. Tras la cena se les dejó ir sin haberlos registrado y dejándoles incluso sus armas: no se quería exasperar al ejército. Durante la noche del 15 de diciembre, la compañía obrera detuvo en la calle al jefe de policía Voilochnikov; se procedió a registrar su casa en la que encontraron las fotos de cierto número de personas a las que vigilaba y 600 rublos pertenecientes al Tesoro. Voilochnikov fue condenado a muerte y fusilado en el patio de la fábrica Projorov. Escuchó la sentencia con calma y murió valientemente, con más nobleza de la que tuvo en vida.

El día 16, la artillería disparó sobre Presnia, pero no tuvo más remedio que retroceder ante el tiroteo continuo con que respondieron los francotiradores. Sin embargo, ese mismo día, habiendo llegado la noticia de que Dubasov había recibido refuerzos importantes desde Petersburgo

y Varsovia, el entusiasmo declinó. Comenzó a difundirse el pánico y los tejedores fueron los primeros en huir a sus pueblos. En todas las calles podían verse filas de peatones con paquetes.

Durante la noche del 16 al 17, Presnia fue cercada por las tropas del gobierno. Entre las seis y las siete de la mañana estalló un furioso cañoneo (la artillería efectuaba hasta siete descargas por minuto), que duró hasta las cuatro de la tarde, con una interrupción de una hora. Gran número de casas y de fábricas fueron destruidas o quemadas y, al final, el barrio, rebosante de incendios y de humo, parecía un infierno, con casas y barricadas envueltas en llamas, mujeres y niños corriendo por las calles entre nubes negras de humo y en medio del estruendo y del chasquido seco de las detonaciones.

El resplandor del incendio era tan alto y tan fuerte que, incluso desde lejos, se podía leer de noche, como en pleno día. La compañía obrera hizo frente hasta el mediodía a los soldados pero, bajo los incesantes cañonazos, se vio obligada a abandonar las hostilidades, y desde entonces sólo un pequeño grupo de tiradores continuó por su cuenta. El día 18 por la mañana, las barricadas de Presnia fueron destruidas; las autoridades permitieron a la población "pacífica" salir del barrio e incluso, por negligencia, omitieron registrar a los que salían. Los tiradores de las compañías obreras salieron los primeros, algunos hasta con sus armas. Las ejecuciones y las violencias de la soldadesca desenfundada tuvieron lugar cuando ya no quedaba ni un solo francotirador en el barrio. Los soldados enviados para "aplantar la revuelta" y que ya cometieron las primeras "hazañas" en el camino, habían recibido la siguiente orden: "No hacer prisioneros, actuar sin piedad". No encontraron resistencia en ninguna parte, no se disparó con-

tra ellos ni una sola vez y, sin embargo, mataron en la vía férrea a más de cincuenta personas, y fusilaron sin proceso. Arrastraban a los heridos fuera de las ambulancias y los remataban. Los cadáveres quedaban en tierra, sin sepultura. Entre los fusilados se encontraba el mecánico Ujtomski, que había llevado en su locomotora a una compañía obrera perseguida. Antes de la ejecución, contó su hazaña a los verdugos: “Se han salvado todos –dijo tranquila y orgullosamente. – Ya no podrán ustedes atraparlos”. En Moscú la insurrección había durado nueve días: del 9 al 17. Los cuadros de combate del levantamiento moscovita eran, en realidad, insignificantes. De 700 a 800 eran los hombres de las compañías formadas por los partidos: 500 socialdemócratas y de 250 a 300 socialistas revolucionarios; unos 500 ferroviarios provistos de armas de fuego, que actuaban en las estaciones y en las vías y 400 francotiradores reclutados entre los obreros tipógrafos y los empleados de los almacenes que servían de destacamento auxiliar. A este respecto no hay que olvidarse de cuatro voluntarios de Montenegro que se hicieron famosos; excelentes tiradores, intrépidos e incansables, actuaban juntos, y no mataban más que a policías y a oficiales. Dos de entre ellos cayeron y el tercero fue herido, el cuarto perdió su winchester, tomó una carabina y partió solo a continuar su terrible caza. Cada mañana le daban cincuenta cartuchos y siempre se quejaba de no tener bastantes. Vivía en una especie de furiosa borrachera, llorando a los camaradas caídos y vengándolos terriblemente. Es difícil explicarse cómo un pequeño batallón de obreros pudo luchar durante una semana contra una guarnición numerosa; quizá se encuentre la respuesta si se tiene en cuenta el estado de ánimo de las masas populares. Toda la ciudad, con sus calles, sus casas, sus puertas y sus callejones se había transformado en un inmenso complot contra

los soldados del gobierno. Una población de un millón de almas se había levantado como un muro viviente entre los francotiradores y las tropas regulares. Los obreros armados eran varios cientos, de la construcción y reconstrucción de las barricadas se encargaban las masas. Toda la población rodeaba a los revolucionarios de una atmósfera de simpatía eficaz y entorpecía cuanto podía los planes del gobierno. Y, ¿quiénes eran esos simpatizantes, cuyo número llegó a ser de muchos miles? Pequeñoburgueses e intelectuales, pero sobre todo, obreros. Del lado del gobierno sólo quedaba, aparte de una chusma vendida, el grupo de los grandes capitalistas. La municipalidad de Moscú, por su parte, si dos meses antes había brillado por su radicalismo, entonces se colocó al lado de Dubasov. No sólo el octubrista Guchkov, sino también el demócrata Golovin, futuro presidente de la segunda Duma, entraron en el consejo del general gobernador. No se sabe con seguridad el número de víctimas de los disturbios de Moscú, y quizá no se sepa nunca. Según datos proporcionados por 47 ambulancias y hospitales, se registraron 855 heridos y 174 muertos. Pero los cadáveres no se llevaban a los hospitales, salvo en casos excepcionales y, por regla general, se los depositaba en las comisarías para enterrarlos luego en secreto. El cementerio recibió por aquellos días 454 personas; sin embargo, gran número de cadáveres fueron enviados por tren fuera de la ciudad. No debe estar muy lejos de la verdad la cifra de mil muertos y otros tantos heridos, entre los que hubo 86 niños, algunos de pecho. Estas cifras toman su verdadero sentido si tenemos en cuenta que, en Berlín, en la insurrección de marzo de 1848, que causó heridas incurables al absolutismo prusiano, no hubo más que 183 muertos... El gobierno mantuvo en secreto el número de bajas de sus tropas, lo mismo que el número de sus víctimas: el informe oficial no habla más que

de unas cuantas docenas de soldados muertos o heridos, aunque en realidad habría que hablar de unos cuantos centenares. Y este precio no les pareció muy alto, ya que lo que estaba en juego era nada menos que Moscú, el “corazón” de Rusia.

Dejando aparte las provincias fronterizas (el Cáucaso y la zona báltica), el movimiento de diciembre no alcanzó en ningún sitio la magnitud que en Moscú. En gran número de ciudades hubo, sin embargo, barricadas y encuentros con las tropas y con la artillería: en Jarkov, Alejandrovsk, Nijni-Novgorod, Rostov, Tver...

Cuando se aplastó la revuelta, empezó la era de la represión, de las “expediciones punitivas”. Como indica el término oficial, su fin no era luchar contra los enemigos sino vengarse en los vencidos. En las provincias bálticas, donde la insurrección estalló quince días antes que en Moscú, estas expediciones se dividían en pequeños destacamentos que ejecutaban las órdenes de la ignominiosa casta de los barones de Ostsee, de la que salían los más feroces representantes de la burocracia zarista. Muchos letones, obreros y campesinos, fueron fusilados, ahorcados o apaleados hasta la muerte, ejecutados al son del himno de los zares. En dos meses hubo en las provincias bálticas, según informes no muy completos, 749 ejecuciones, más de cien granjas quemadas o destruidas e innumerables víctimas azotadas.

Así es como el “absolutismo por la gracia de Dios” luchaba por su existencia. Desde el 9 de enero de 1905 hasta la convocatoria de la primera Duma de Estado, que tuvo lugar el 27 de abril de 1906, el gobierno del zar hizo exterminar —según cálculos aproximados, pero que no sobrepasan a la realidad— a más de catorce mil personas, ejecutó a más de mil, hubo unos veinte mil heridos (muchos de los

cuales murieron) y setenta mil personas fueron detenidas, deportadas o encarceladas. El precio no les parecía muy alto, pues lo que se jugaba era nada menos que la existencia misma del zarismo.

Conclusiones

La historia del *Soviet* de Diputados Obreros de Petersburgo es la historia de cincuenta días.

El 13 de octubre, la asamblea constituyente del *soviet* se reunió por primera vez. El 3 de diciembre, la sesión del *soviet* fue interrumpida por los soldados del gobierno.

En la primera sesión no había más que unas docenas de hombres. Y a mediados de noviembre el número de diputados llegaba a 562, entre ellos seis mujeres. Representaban a 147 fábricas, 34 talleres y 16 sindicatos. La mayor parte de los diputados (351) pertenecían a la industria del metal, que desempeñaron un papel decisivo en el *soviet*. La industria textil envió 57 diputados, la del papel e imprenta 32, los empleados de comercio tenían doce y los contables y farmacéuticos siete. El 17 de octubre se eligió un comité ejecutivo de 31 miembros: 22 diputados y nueve representantes de los partidos (seis para las dos fracciones de la socialdemocracia y tres para los socialistas revolucionarios).

¿Cuál fue el carácter de esta institución que, en tan corto período de tiempo, conquistó un lugar tan importante en la revolución, dándole sus rasgos distintivos?

El *soviet* organizaba a las masas obreras, dirigía huelgas y manifestaciones, armaba a los obreros y protegía a la población contra los pogromos. Sin embargo, hubo otras organizaciones revolucionarias que hicieron lo mismo antes, al mismo tiempo y después de él, y nunca tuvieron la

misma importancia. El secreto de esta importancia radica en que esta asamblea surgió orgánicamente del proletariado durante una lucha directa, determinada en cierto modo por los acontecimientos, que libró el mundo obrero "por la conquista del poder". Si los proletarios, por su parte, y la prensa reaccionaria por la suya, dieron al *soviet* el título de "gobierno proletario" fue porque, de hecho, esta organización no era otra cosa que el embrión de un gobierno revolucionario. El *soviet* detentaba el poder en la medida en que la potencia revolucionaria de los barrios obreros se lo garantizaba; luchaba directamente por la conquista del poder, en la medida en que éste permanecía aún en manos de una monarquía militar y policiaca.

Antes de la aparición del *soviet* encontramos entre los obreros de la industria numerosas organizaciones revolucionarias, dirigidas sobre todo por la socialdemocracia. Pero eran formaciones "dentro del proletariado", y su fin inmediato era luchar "por adquirir influencia sobre las masas". El *soviet*, por el contrario, se transformó inmediatamente en "la organización misma del proletariado"; su fin era luchar por "la conquista del poder revolucionario".

Al ser el punto de concentración de todas las fuerzas revolucionarias del país, el *soviet* no se disolvía en la democracia revolucionaria; era y continuaba siendo la expresión organizada de la voluntad de clase del proletariado. En su lucha por el poder, aplicaba métodos que procedían, naturalmente, del carácter del proletariado considerado como clase: estos métodos se refieren al papel del proletariado en la producción, a la importancia de sus efectivos y a su homogeneidad social. Más aún, al combatir por el poder, a la cabeza de todas las fuerzas revolucionarias, el *soviet* no dejaba ni un instante de guiar la acción espontánea de la clase obrera; no solamente contribuía a la organización de

los sindicatos sino que intervenía incluso en los conflictos particulares entre obreros y patronos. Y, precisamente porque el *soviet*, en tanto que representación democrática del proletariado en la época revolucionaria, se mantenía en la encrucijada de todos sus intereses de clase, sufrió desde el principio la influencia todopoderosa de la socialdemocracia. Este partido tuvo entonces la posibilidad de utilizar las inmensas ventajas que le daba su formación marxista; este partido, por ser capaz de orientar su pensamiento político en el “caos” existente, no tuvo que esforzarse en absoluto para transformar al *Soviet*, que no pertenecía formalmente a ningún partido, en aparato organizador de su influencia.

El principal método de lucha al que recurrió el *soviet* fue la huelga general política. La eficacia revolucionaria de este tipo de huelga reside en que, aparte de su influencia sobre el capital, desorganiza el poder del gobierno. Cuanto mayor es la “anarquía” que lleva consigo, más cercana está la victoria. Tiene que darse, sin embargo, una condición indispensable: que la anarquía que se produzca no se consiga por métodos anárquicos. La clase que, al suspender momentáneamente todo trabajo, paraliza el aparato de la producción y, al mismo tiempo, el aparato centralizado del poder, aislando una a una las diversas regiones del país y creando un ambiente de incertidumbre general, tiene que estar suficientemente organizada para no ser la primera víctima de la anarquía que ella misma ha suscitado. En la medida en que la huelga destruye la actividad del gobierno, la organización misma de la huelga se ve empujada a asumir las funciones del gobierno. Las condiciones de la huelga general, en tanto que método proletario de lucha, eran las mismas condiciones que dieron al *Soviet* de Diputados Obreros su importancia ilimitada.

Gracias a la presión de la huelga, el *Soviet* puso en práctica la libertad de prensa, organizó un servicio regular

de patrullas en las calles para la protección de los ciudadanos, se apoderó en mayor o menor medida de correos y telégrafos y de los ferrocarriles, e intervino con autoridad en los conflictos económicos entre obreros y capitalistas, intentando, por la presión directa de la revolución, establecer la jornada de ocho horas... Paralizando la actividad de la autocracia por la insurrección huelguística, instauró un orden nuevo, un régimen democrático entre la población trabajadora de las ciudades.

Después del 9 de enero, la revolución había mostrado que era la que educaba la conciencia de las masas obreras.

El 14 de junio, con la revuelta del Potemkin, la revolución demostraba que podía transformarse en una fuerza material; con la huelga de octubre probó que era capaz de desorganizar al enemigo, de paralizar su voluntad y reducirlo al último grado de humillación. Por último, organizando por todas partes *soviets* obreros, la revolución dejaba bien claro que sabía constituir un poder.

El poder revolucionario no puede apoyarse más que sobre una fuerza revolucionaria activa. Cualquiera que sea la opinión que tengamos del desarrollo ulterior de la Revolución Rusa, es un hecho que, hasta ahora, ninguna clase social, con excepción del proletariado, se ha mostrado capaz de servir de apoyo al poder revolucionario, ni siquiera dispuesta a hacerlo. El primer acto de la revolución fue un contacto en la calle entre el proletariado y la monarquía; la primera victoria seria de la revolución se consiguió con un medio que sólo pertenece al proletariado: la huelga general política; como primer embrión del poder revolucionario vemos aparecer una representación del proletariado. En la persona del *soviet* encontramos por primera vez en la historia de la nueva Rusia un poder democrático; el *soviet* es el poder organizado de la masa misma y domina a todas

sus facciones: es la verdadera democracia, no falsificada, sin las dos cámaras, sin burocracia profesional, conservando los electores el derecho de reemplazar cuando quieran a sus diputados. El *soviet*, por medio de sus miembros, por medio de los diputados que los obreros han elegido, preside directamente todas las manifestaciones sociales del proletariado en su conjunto o en grupos, organiza su acción y le da una consigna y una bandera.

Según el censo de 1897, Petersburgo contaba con unos 820 mil habitantes de población "activa"; dentro de este número había 433 mil obreros y sirvientes; así, el proletariado de la capital era el 53 % de la población. Si se consideran los elementos no activos, a causa de que las familias proletarias son relativamente poco importantes en número, obtendremos una cifra más baja (50.8%). En todo caso, el proletariado constituye más de la mitad de la población de Petersburgo.

El *Soviet* de Diputados Obreros no representaba oficialmente a toda la población obrera de la capital, que llegaba casi a medio millón de almas; en tanto que organización, unificaba unas doscientas mil personas, sobre todo obreros de fábricas y, aunque su influencia política, directa e indirecta, se extendiese mucho más, grupos importantes del proletariado (obreros de la construcción, criados, cocheros...) estaban total o parcialmente fuera de su influencia. No cabe duda, sin embargo, que el *soviet* expresaba los intereses de toda esta masa proletaria. Si en las fábricas, ciertos elementos representaban lo que se ha dado en llamar "centurias negras", su número decrecía de día en día. Entre las masas proletarias, la dominación política del *soviet* de Petersburgo no podía encontrar sino aprobación, nunca adversarios. No había más excepción que la de los criados privilegiados, los lacayos de los grandes burócratas, los cocheros de los minis-

tros, los bolsistas y las cortesanas, que son conservadores y monárquicos de profesión.

Entre los intelectuales, tan numerosos en Petersburgo, el *Soviet* tenía más amigos que enemigos; los estudiantes reconocían la dirección política del *soviet* y la sostenían ardentemente en todos sus actos. Los funcionarios, a excepción de los que se habían vendido totalmente, se pusieron, momentáneamente al menos, al lado del *soviet*. El enérgico apoyo de éste a la huelga de correos y telégrafos le atrajo la atención y la simpatía de los funcionarios subalternos. Todos los oprimidos y desheredados, la gente honrada, y de espíritu consecuente —consciente o instintivamente— se pusieron al lado del *soviet*.

¿Quiénes eran, pues, sus adversarios? Los representantes del pillaje capitalista, los alcistas de la Bolsa, los empresarios, los comerciantes y los exportadores, arruinados por la huelga, los proveedores de la chusma dorada, la cuadrilla municipal de Petersburgo (verdadero sindicato de propietarios de inmuebles), la alta burocracia, las cortesanas inscriptas en el presupuesto del Estado, los portadores de estrellas y condecoraciones, los hombres públicos oficialmente mantenidos, la policía, en fin, todas las avaricias, brutalidades y corrupciones que se sabían ya condenadas por la fortuna.

Entre el ejército del *soviet* y sus enemigos había aún elementos políticamente indeterminados, dudosos o de los que se dudaba. Eran los grupos más atrasados de la pequeña burguesía, que todavía no habían sido atraídos por la política o que no habían comprendido bastante el papel y el sentido del *soviet*, ni tomado posición respecto a él. Los artesanos estaban alarmados, asustados. La indignación del pequeño propietario ante unas huelgas ruinosas luchaba, en cada uno, con el deseo vago de un futuro mejor.

Entre la *intelligentzia*, los políticos profesionales a quienes los acontecimientos desorientaban, los periodistas radicales que no sabían lo que querían y los demócratas escépticos criticaban con indulgencia al *soviet*, enumeraban una a una sus faltas y, en general, daban a entender que, si dirigiesen ellos esa institución, la felicidad del proletariado quedaría asegurada para siempre. La excusa de toda esta gente era su impotencia.

En todo caso, el *soviet*, de hecho o virtualmente, era el órgano de la inmensa mayoría de la población. Los enemigos que podía tener en la capital no hubieran sido peligrosos para su dominación política si no hubiesen encontrado un protector en el absolutismo, todavía vivo, que se apoyaba sobre los elementos más retrógrados de un ejército de *mujiks*. La debilidad del *soviet* no estaba en él mismo, era la debilidad de una revolución puramente urbana. Los cincuenta días marcaron el apogeo de esta revolución, y el *soviet* fue su órgano de lucha contra el poder. El carácter de clase del *soviet* estaba determinado por el fraccionamiento de la población urbana y por el profundo antagonismo político que se manifestaba entre el proletariado y la burguesía capitalista, incluso dentro del estrecho marco histórico de la lucha contra la autocracia.

La burguesía capitalista, después de la huelga de octubre, trató concientemente de frenar la revolución; la pequeña burguesía era demasiado insignificante para jugar un papel independiente; el proletariado ejercía una hegemonía indiscutible en la ciudad y su "organización" de clase era el órgano de la "lucha revolucionaria" por el poder.

El *soviet* era tanto más fuerte cuanto que el gobierno estaba más desmoralizado. Concentraba en sí las simpatías de los grupos no proletarios a medida que el antiguo poder se revelaba cada vez más impotente y enloquecido.

La huelga política de masas fue el arma principal del *soviet*. Como unía a todos los grupos del proletariado con un lazo revolucionario directo, y como sostenía a los obreros y a cada empresa con toda la autoridad y toda la fuerza de la clase, tuvo la posibilidad de suspender, en el momento previsto, la vida económica del país. Aunque la propiedad de los medios de producción se mantuvo en manos de los capitalistas, como antes, aunque el poder gubernamental permaneció en manos de la burocracia, fue el *soviet* quien dispuso de las fuentes nacionales de producción y de los medios de comunicación, al menos en la medida necesaria para interrumpir la marcha regular de la vida económica y política. Y esta capacidad del *soviet*, manifestada en los hechos, de paralizar la economía e introducir la anarquía en la existencia del Estado, hizo de él precisamente lo que fue. En estas condiciones, buscar vías de coexistencia pacífica entre el *Soviet* y el antiguo régimen hubiese sido la más deplorable de las utopías. Y, sin embargo, el verdadero contenido de todas las objeciones hechas a la táctica del *soviet* procede precisamente de la fantástica idea de que el *soviet* hubiera debido preocuparse de la organización de las masas, absteniéndose de toda ofensiva, a partir de octubre y manteniéndose en el terreno conquistado al absolutismo.

Pero, ¿en qué consistió la victoria de octubre?

Sin duda alguna, como resultado de los ataques y de la presión de octubre, el absolutismo había abdicado "en principio". Había renunciado a sí mismo. Pero, en realidad, no había perdido aún la batalla, simplemente la había rehusado. No había hecho intentos serios de oponer su ejército de campesinos a las ciudades revolucionarias. Desde luego que esta moderación no se debía a motivos humanitarios, el absolutismo estaba simplemente desmoralizado, sin coordinar, en aquel momento. Los elementos

liberales de la burocracia vieron llegado su turno e hicieron publicar el manifiesto del 17 de octubre, que era una abdicación de principios del absolutismo. Pero toda la organización material del poder, la jerarquía de funcionarios, la policía, los tribunales y el ejército, todo eso quedó como antes, como propiedad no compartida de la monarquía. ¿Qué táctica podía y debía emplear el *soviet* en tales condiciones? Su fuerza consistía en que, apoyándose sobre el proletariado productor, podía, en cierta medida, quitar al absolutismo la posibilidad de utilizar el aparato material de su poder. Desde este punto de vista, la actividad del *soviet* significaba la organización de la "anarquía". Su existencia y desarrollo ulteriores marcaban una consolidación de la "anarquía". No era posible ningún tipo de coexistencia duradera. El próximo conflicto estaba anunciado por la victoria parcial de octubre, estaba ya implícito en ella.

¿Qué podía hacer el *soviet*? ¿Fingir que no veía la imposibilidad de evitar el conflicto? ¿Tenía acaso que fingir que organizaba a las masas para gozar de las alegrías del régimen constitucional? Nadie lo hubiera creído, ni el absolutismo ni la clase obrera.

Hasta qué punto los formalismos y las apariencias de lealtad son impotentes en la lucha contra la autocracia, lo hemos comprobado más tarde en las dos Dumas.

Para seguir la táctica de la hipocresía "constitucional" en este país autocrático, el *soviet* hubiera tenido que ser algo muy distinto de lo que era. Y aun en el caso de que lo hubiera sido, no habría servido de nada. Habría sufrido un fracaso como el de la Duma.

El *Soviet* no tenía más remedio que reconocer que el conflicto era inevitable dentro de un futuro muy próximo y que la única táctica de que disponía era preparar la insurrección.

Ahora bien, esta preparación radicaba esencialmente en el desarrollo y en el fortalecimiento de las facultades propias del *soviet*, susceptibles de paralizar la vida del Estado y que constituían su misma fuerza. Así pues, todo lo que el *soviet* emprendía para desarrollar y fortalecer esas facultades, precipitaba naturalmente el conflicto.

El *soviet* se preocupaba cada vez más de extender su influencia al ejército y a la clase campesina. En noviembre hizo un llamamiento a los obreros para que manifestasen activamente sus sentimientos de fraternidad con respecto a la armada, cuya conciencia comenzaba a despuntar, en especial para con los marinos de Cronstadt. Si no lo hubiera hecho habría quedado probado que no se hacían esfuerzos por aumentar las fuerzas disponibles. Al hacerlo se adelantaban a los acontecimientos.

¿Había por ventura una tercera vía? ¿Es que el *soviet* hubiera podido, junto con los liberales, recurrir al llamado sentido político del poder? ¿Hubiera sido quizá posible y preferible encontrar una línea que separase los derechos del pueblo de las prerrogativas de la monarquía, para detenerse en este límite sacrosanto? Pero, aun así, ¿quién hubiera podido garantizar que la monarquía iba a detenerse al otro lado de la línea de demarcación? ¿Quién hubiera podido encargarse de hacer las paces entre las dos partes, o, al menos, de organizar una tregua? ¿El liberalismo, quizá...? Precisamente, una diputación liberal se dirigió al conde Witte el día 18 de octubre para proponerle que se alejasen las tropas de la capital, como señal de reconciliación con el pueblo, a lo que respondió el ministro: "Preferimos estar privados de agua y de electricidad que de nuestras tropas". Es obvio que el gobierno no había pensado siquiera en la eventualidad de un desarme.

¿Qué le quedaba al *soviet* por hacer? No había más que una alternativa: o bien cedía, abandonando el asunto a

un arbitraje externo, como la futura Duma de Estado, que era lo que exigía el liberalismo, o bien se disponía a mantener y a conservar por las armas lo que había conquistado en octubre, así como a preparar una nueva ofensiva, si fuera posible. Ahora ya sabemos que la Duma fue el escenario de un nuevo conflicto. Por consiguiente, el papel objetivo que desempeñaron las dos primeras Dumas no hizo más que confirmar la exactitud de las previsiones políticas sobre las que el proletariado basaba su táctica. Pero no hace falta ir tan lejos para preguntarnos qué es lo que podía y debía garantizar la creación de esa “cámara de arbitraje” o “cámara de conciliación”, que en realidad no podía reconciliar a nadie. ¿Podía ser el tan traído y llevado sentido político de la monarquía o quizá un compromiso solemne por su parte? ¿La palabra de honor del conde Witte, tal vez? ¿Las visitas que hacían los *zemstvos* a Peterhof por la escalera de servicio? ¿Las advertencias del señor Mendelssohn? ¿O era, quizá, la “marcha natural de las cosas”, a la que el liberalismo abandona todos los problemas, en cuanto la historia se los presenta, proponiéndoselos a su iniciativa, a sus fuerzas o a su sentido político?

Ya que el conflicto era inevitable en diciembre, podíamos buscar las causas de la derrota de entonces en la composición misma del *soviet*. Se afirmaba que su defecto esencial residía en su carácter de clase, ya que para llegar a ser el órgano de una revolución “nacional” hubiera tenido que ensanchar sus cuadros y dar cabida en ellos a representantes de todos los estratos sociales. Pero, ¿era esto realmente así?

La fuerza del *soviet* estaba determinada por el papel del proletariado en la economía capitalista. La tarea del *soviet*, no era transformarse en una parodia de parlamento ni en organizar una representación proporcional de

los intereses de los diferentes grupos sociales; su tarea era dar unidad a la lucha revolucionaria del proletariado, y el instrumento principal de lucha que encontró fue la huelga general política, método exclusivamente apropiado para el proletariado en tanto que clase asalariada. La homogeneidad de su composición suprimía todo roce en el interior del *soviet* y le hacía capaz de una iniciativa revolucionaria.

Tampoco había manera de ensanchar la composición del *soviet*, porque ¿se iba a llamar a los representantes de las uniones liberales? Esto habría proporcionado al *soviet* dos docenas de intelectuales y su influencia hubiera sido parecida al papel de la Unión de Sindicatos en la revolución, es decir, ínfima.

Y ¿qué otros grupos había? ¿El Congreso de los *zemstvos*? ¿Las organizaciones comerciales e industriales?

El Congreso de los *zemstvos* tuvo sus sesiones en Moscú durante el mes de noviembre y examinó la cuestión de sus relaciones con el ministro Witte, pero no se le ocurrió siquiera preguntarse cuál debía ser su postura con respecto al *soviet* obrero.

Durante la sesión del Congreso, estalló la rebelión de Sebastopol, que, como hemos visto, lanzó bruscamente a los *zemstvos* hacia la derecha, y hasta tal punto que M. Miliukov tuvo que encargarse de tranquilizar a “la Convención” de *zemstvos* con un discurso que venía a significar en definitiva, que, gracias a Dios, la rebelión ya había sido aplastada. Así pues, ¿de qué manera hubiera podido darse una colaboración revolucionaria entre estos señores contrarrevolucionarios y los diputados obreros que, por el contrario, aclamaban a los insurrectos de Sebastopol? Hasta ahora, nadie ha podido responder a esta pregunta. Uno de los dogmas, mitad sincero y mitad hipócrita, del liberalismo consistía en exigir que el ejército quedara al margen de

la política, mientras que el *soviet*, en cambio, desplegaba una gran energía para atraer al ejército a su política revolucionaria. Si admitimos que el *soviet* no podía permitir que el ejército quedase a la entera disposición de Trepov, entonces, ¿a partir de qué programa hubiera podido concebirse una colaboración con los liberales en esta cuestión tan importante? ¿Qué hubieran aportado estos señores a la actividad del *soviet*, a no ser una oposición sistemática, polémicas interminables y, en fin, la desmoralización interna? ¿Qué hubieran podido darnos, aparte de consejos e indicaciones, como los que se encontraban en la prensa liberal en cantidad considerable? Aunque el verdadero “pensamiento político” hubiera estado a disposición de los constitucionales demócratas (*kadetes*) y de los *octubristas*, el *soviet* no podía de ninguna manera convertirse en un club de polémicas y de enseñanzas recíprocas. El *soviet* debía ser y seguía siendo un órgano de lucha.

Nada tenían los representantes del liberalismo y la democracia burguesa que portar a “la fuerza” del *soviet*. Basta con recordar el papel que tuvieron en octubre, noviembre y diciembre, basta con ver la resistencia de estos elementos a la disolución de la Duma para comprender que el *soviet* tenía el derecho y el deber de continuar siendo una organización de clase, es decir, una organización de lucha. Los diputados burgueses habrían podido proporcionarle su “número”; pero eran absolutamente incapaces de darle la “fuerza”.

Estas constataciones destruyen las acusaciones puramente racionalistas, y no justificadas por la historia, que han sido lanzadas contra la intransigente táctica de clase del *soviet*, que mantuvo a la burguesía en el campo del orden. La huelga de trabajo, que fue el instrumento de la revolución, provocó la “anarquía” en la industria; esto fue suficiente

para obligar a la “alta oposición” a colocar por encima de cualquier consigna liberal los principios del orden político y del mantenimiento de la explotación capitalista.

Los empresarios decidieron que la “gloriosa” huelga de octubre (como ellos la llamaban) tenía que ser la última, y organizaron la unión antirrevolucionaria del 17 de octubre. Tenían razones suficientes, ya que cada uno de ellos había podido comprobar en su fábrica que las conquistas políticas de la revolución marchaban paralelamente a la radicalización de las posiciones obreras contra el capital. Ciertos políticos reprochaban a la lucha por la jornada de ocho horas haber producido una escisión definitiva en la oposición y haber hecho del capital una fuerza contrarrevolucionaria. Estos críticos habrían querido poner a disposición de la historia la energía de clase del proletariado, pero evitando las consecuencias de la lucha de clases. Desde luego que el establecimiento de la jornada de ocho horas suscita una enérgica reacción por parte de los patrones, pero es pueril pensar que ha sido necesaria esta campaña para que se realizase la unión de los capitalistas con el gobierno. La unión del proletariado, como fuerza revolucionaria independiente que se ponía en cabeza de las masas populares, era una amenaza constante para el “orden”, y esta unión era por sí misma un argumento suficiente para que se realizase la coalición del capital con el poder.

Es verdad que durante el primer período de la revolución, cuando ésta se manifestaba por explosiones aisladas, los liberales la toleraban, porque veían claramente que el movimiento revolucionario destruía el absolutismo y le empujaba a un acuerdo constitucional con las clases dirigentes. Se resignaban a ver huelgas y manifestaciones, trataban a los revolucionarios de manera amistosa y los criticaban sin acritud. Después del 17 de octubre, cuando las

cláusulas del acuerdo constitucional ya habían sido firmadas y como ya no quedaba más que llevarlas a la práctica, la continuación de la obra revolucionaria comprometía, evidentemente, la posibilidad misma de un acuerdo entre los liberales y el poder. La masa proletaria, unida y radicalizada por la huelga de octubre, organizada desde dentro, por el hecho mismo de su existencia, separaba al liberalismo de la causa de la revolución. La opinión del liberal era que el esclavo había hecho lo que se esperaba de él y que ya no tenía más que volver tranquilamente al trabajo. El *soviet*, en cambio, opinaba que lo más difícil estaba aún por hacer. En estas condiciones, no era posible ningún tipo de colaboración revolucionaria entre la burguesía capitalista y el proletariado.

Los sucesos de diciembre son una consecuencia de octubre como una conclusión es consecuencia de sus premisas. El resultado del conflicto de diciembre no se explica por tal o cual error táctico, sino por el hecho decisivo de que la reacción era mucho más rica en fuerzas materiales que la revolución. El proletariado chocó en su insurrección de diciembre, no con errores de estrategia, sino con algo mucho más real: las bayonetas del ejército campesino.

Es cierto que el liberalismo piensa que cuando no se es bastante fuerte siempre es posible salir del asunto huyendo. Considera valiente, madura y racional la táctica de batirse en retirada en el momento decisivo. Esta filosofía liberal de la desertión influyó incluso sobre algunos escritores de la socialdemocracia, que después plantearon la cuestión siguiente: si la derrota de diciembre tuvo por causa la insuficiencia de las fuerzas del proletariado, ¿no radicó el error del proletariado precisamente en haber aceptado la batalla, careciendo de la fuerza necesaria para vencer? A esto puede responderse fácilmente que si las batallas no se hicieran más

que estando seguros de la victoria, pocas batallas habría habido sobre la faz de la tierra. Un cálculo previo de las fuerzas disponibles no puede determinar la solución de los conflictos revolucionarios. De no ser así, hace tiempo que se habría sustituido la lucha de clases por una estadística de clases. No hace tanto tiempo que éste era el sueño de los sindicatos, que querían adaptar este método a la huelga. Sucedió, sin embargo, que los capitalistas, incluso en presencia de las más perfectas estadísticas, dignas de los tenedores de libros que las habían concebido, no se dejaron convencer, y que sólo comprendieron cuando los argumentos aritméticos se reforzaron con el argumento de la huelga.

Y, por mucho que se calcule, cada huelga suscita una multitud de hechos nuevos, materiales y morales, que es imposible prever y que terminan por decidir el resultado de la lucha.

Aparten de su pensamiento al Sindicato, con sus precisos métodos de cálculo; extiendan la huelga a todo el país, fíjenle un fin político, opónganle al proletariado el poder del Estado que será su enemigo más directo; que uno y otro partido tengan sus aliados reales, posibles e imaginarios; cuenten también con los grupos indiferentes, por los cuales se disputará con encarnizamiento el ejército, del que se destacará, en el torbellino de los acontecimientos, un grupo revolucionario; cuenten con las esperanzas exageradas que nacerán en un lado y con los temores, también exagerados, que sentirán en el otro, y sepan que esos temores y esas esperanzas, a su vez, serán factores esenciales en los acontecimientos; añadan, por último, la crisis de la Bolsa y las influencias entrecruzadas de las potencias extranjeras, entonces sabrán ustedes en qué circunstancias se desarrolla la revolución. En estas condiciones, la voluntad subjetiva del partido, incluso del partido "dirigente", no es más que una fuerza entre mil, y está lejos de ser la más importante.

En la revolución, aún más que en la guerra, el momento del combate está determinado mucho menos por la voluntad y el cálculo de uno de los adversarios que por las posiciones relativas de los dos ejércitos. Es verdad que en la guerra, gracias a la disciplina automática de la tropa, es posible a veces evitar el combate y retirar el ejército; en esos casos, el general se ve obligado a preguntarse si las maniobras de la retirada no desmoralizarán a los soldados y si, por evitar la derrota de hoy, no se predisponen a otra más penosa mañana. Kuropatkin hubiese podido decirnos muchas cosas sobre esto.

En el desarrollo de una revolución es inconcebible que se efectúe una retirada regular; si el día del ataque el partido lleva a las masas tras de sí, eso no quiere decir que pueda luego detenerlas o hacerlas retroceder, según su conveniencia. No es sólo el partido el que mueve a las masas; éstas, a su vez, empujan al partido hacia adelante. Y este fenómeno se producirá en todas las revoluciones, por muy organizadas que estén. En estas condiciones, retroceder sin presentar batalla significa generalmente, para el partido, abandonar a las masas al fuego enemigo. Sin duda, la socialdemocracia, en tanto que partido dirigente, hubiese podido no responder al desafío lanzado por la reacción en diciembre; según la feliz expresión de Kuropatkin, hubiese podido retroceder a "posiciones preparadas de antemano", es decir; pasar a la clandestinidad. Pero, al obrar así, habría dado al gobierno la posibilidad de destrozar una a una las organizaciones obreras más o menos abiertas que se habían constituido con el concurso inmediato del partido: no habría cabido, pues, una resistencia común. Por ese precio, la socialdemocracia habría comprado la dudosa ventaja de contemplar la revolución como espectadora, de poder razonar sus defectos y elaborar planes impecables, cuyo

único fallo sería el de ser propuestos cuando ya no fueran necesarios. Esto, evidentemente, no habría unido mucho al partido con las masas.

Nadie puede decir que la socialdemocracia haya forzado el conflicto; por el contrario, el 22 de octubre, a iniciativa del partido, el *soviet* de Diputados Obreros de Petersburgo renunció a la manifestación fúnebre que tenía planeada, para no provocar un conflicto antes de haber utilizado el “nuevo régimen” de perplejidad y de dudas para una labor de propaganda y de organización de masas. Cuando el gobierno hizo un intento precipitado de dominar totalmente el país y, a título de ensayo, declaró la ley marcial en Polonia, el *soviet*, siguiendo una táctica puramente defensiva, no trató siquiera de transformar la huelga de noviembre en lucha abierta, sino solamente en una gigantesca marcha de protesta, contentándose con la enorme impresión moral que ésta produjo en el ejército y en los obreros polacos.

Pero aunque el partido, conciente de la necesidad de una preparación en regla, eludiese el conflicto en octubre y en noviembre, esta razón perdió todo su valor en diciembre. Por supuesto, no porque los preparativos estuviesen terminados, sino porque el gobierno, que no podía elegir, abrió la lucha, destruyendo precisamente todas las organizaciones revolucionarias que habían sido creadas en octubre y noviembre. En estas condiciones, si el partido se hubiese negado a dar la batalla, o incluso si hubiese podido obligar a las masas revolucionarias a retirarse, lo único que habría conseguido sería, simplemente, precipitar la insurrección en condiciones más desfavorables aún, porque la prensa y las grandes organizaciones no habrían prestado ningún apoyo y porque habría tenido que contar con la desmoralización general que sigue a toda retirada.

En la revolución, como en la guerra —dice Marx— es absolutamente necesario, en el momento decisivo, arriesgarlo todo, cualesquiera que sean las posibilidades de la lucha. La historia no conoce una sola revolución triunfante que no sea una prueba más de la exactitud de este principio... La derrota después de una lucha encarnizada tiene una significación revolucionaria de tanto alcance como la que pueda tener una victoria conseguida fácilmente... En todo conflicto, inevitablemente, el que recoge el guante corre el riesgo de ser vencido; pero ésa no es una razón para declararse vencido desde el principio y someterse sin haber luchado.

En una revolución, cualquiera que dirige una posición de valor decisivo y la entrega sin haber obligado al enemigo a luchar, merece ser considerado un traidor.

En su famosa Introducción a *La lucha de clases en Francia* —de Marx—, Engels reconoce la posibilidad de graves contratiempos cuando contrapone a las dificultades militares y técnicas de la insurrección (la rapidez en el transporte de las tropas por ferrocarril, el poder destructor de la artillería moderna) a las nuevas posibilidades de victoria, que tienen por causa la evolución del ejército en su composición de clase. Por un lado, Engels consideraba unilateralmente la importancia de la técnica moderna en los alzamientos revolucionarios; por otra, no creyó necesario u oportuno explicar que la evolución del ejército en su composición de clase no podía apreciarse políticamente, sino mediante una “confrontación” con el pueblo.

Examinemos brevemente los dos aspectos de esta cuestión.

El carácter descentralizado de la revolución hace necesario un desplazamiento continuo de las fuerzas militares. Engels afirma que, gracias a los ferrocarriles, las guarniciones pueden doblarse en veinticuatro horas, pero olvida que una verdadera insurrección de masas presupone la huelga de los ferrocarriles. Antes de que el gobierno haya pensado siquiera en transportar tropas, se ve obligado — en una lucha encarnizada con el personal en huelga — a tratar de apoderarse de la vía férrea y del material móvil; tiene que reorganizar los servicios, volver a construir los puentes volados y los tramos de línea destruidos. Para llevar a cabo este trabajo no basta con tener fusiles y bayonetas excelentes, y el ejemplo de la Revolución Rusa nos dice que para obtener resultados mínimos en este sentido hacen falta mucho más de veinticuatro horas. Pero vayamos más lejos. Antes de emprender el traslado de tropas, el gobierno tiene que estar informado de la situación en todo el país, y el telégrafo asegura el servicio de información mucho más rápidamente de lo que el ferrocarril puede asegurar el traslado de tropas; pero la insurrección supone una huelga de correos y telégrafos. Si la insurrección no es capaz de atraer a su lado a los empleados de correos y telégrafos — hecho que prueba la debilidad del movimiento revolucionario — le queda aún la posibilidad de derribar los postes y cortar los hilos telegráficos. Sin embargo, esta medida constituye ciertamente una pérdida para ambas partes, pero la revolución, cuya fuerza principal no está en una organización sin fallos, pierde mucho menos. El telégrafo y el ferrocarril son armas potentes para el Estado moderno centralizado, pero son armas de dos filos. Y si la existencia de la sociedad y del Estado depende en general de la continuidad del trabajo de los proletarios, esta dependencia se deja sentir especialmente en el trabajo de los ferrocarriles y de correos

y telégrafos. Si los rieles y los hilos se niegan a funcionar, el aparato gubernamental queda dislocado en partes, entre las que no hay medios de comunicación. En estas condiciones, los acontecimientos pueden ir muy lejos antes de que las autoridades hayan logrado “doblar” una guarnición local.

Además de la necesidad de transportar las tropas, la insurrección plantea al gobierno el problema del transporte de municiones. Las dificultades crecen entonces, pues existe el riesgo importante de que las municiones caigan en manos de los insurrectos. Este peligro es tanto más real cuanto que la revolución se descentraliza y arrastra consigo a masas cada vez más numerosas. Hemos visto cómo, en las estaciones de Moscú, los obreros tomaban las armas enviadas desde el frente ruso-japonés. Hechos de este tipo han tenido lugar en muchos sitios. En la región de Kuban, los cosacos interceptaron un cargamento de carabinas, y los soldados revolucionarios daban cartuchos a los insurrectos, etc.

Desde luego, con todo esto no se trata de una victoria puramente militar de los insurrectos sobre las tropas del gobierno, que ganarán sin duda alguna, por la fuerza material, por lo que la cuestión principal en este aspecto se refiere al estado de espíritu y a la actitud del ejército. Si no hubiera una afinidad de clase entre los combatientes de ambos bandos, sería imposible la victoria de la revolución, teniendo en cuenta la técnica militar actual. Pero también sería un sueño pretender que “el paso del ejército al lado del pueblo” pueda llevarse a cabo como una manifestación pacífica y simultánea. Las clases dirigentes, para las que el problema es una cuestión de vida o muerte, no cederán nunca sus posiciones en virtud de razonamientos teóricos respecto a la composición del ejército. La actitud política de la tropa, esa gran incógnita de todas las revoluciones,

no se manifiesta claramente más que en el momento en que los soldados se encuentran cara a cara con el pueblo. El paso del ejército a la revolución es primero una transformación moral, pero los medios morales por sí solos no servirían para nada. Hay, en el ejército, corrientes diversas que se entrecruzan y se cortan: sólo una minoría se declara conscientemente revolucionaria, la mayoría duda y se deja empujar; no es capaz de deponer las armas o de dirigir sus bayonetas contra la reacción más que cuando empieza a advertir la posibilidad de una victoria popular, y esta fe no puede proceder sólo de la propaganda. Es preciso que los soldados vean con toda claridad que el pueblo se ha echado a la calle para una lucha decisiva, que no se trata sólo de una manifestación contra la autoridad sino de derribar al gobierno. Entonces, y solamente entonces, se da el momento psicológico en que los soldados pueden “pasarse a la causa del pueblo”. Así, la insurrección es, esencialmente, no una lucha “contra” el ejército, sino una lucha “por” el ejército. Si la insurrección continúa, aumenta y tiene posibilidades de éxito, la crisis de transformación en los soldados estará cada vez más cercana. Una lucha sin grandes proporciones, basada en la huelga revolucionaria — como la que hemos visto de Moscú — no puede por sí misma dar la victoria, pero permite, en cambio, probar a los soldados y, tras un primer éxito importante, es decir, cuando una parte de la guarnición se ha unido al levantamiento, la lucha por pequeños destacamentos, la guerra de guerrillas, puede transformarse en el gran combate de masas, donde una parte de las tropas, sostenida por la población armada y desarmada, combatirá a la otra parte, rodeada del odio general. En virtud de las diferencias de origen y de las divergencias morales y políticas entre los elementos del ejército, el paso de ciertos soldados a la causa del pueblo

significa ante todo un conflicto entre dos fracciones de la tropa, como hemos visto en el Mar Negro, en Cronstadt, en Siberia y en la región de Kuban, y, más tarde, en Sveaborg y en muchos otros lugares. En estas circunstancias diversas, los instrumentos más perfeccionados del militarismo — como los fusiles, las ametralladoras, la artillería pesada y los acorazados —, pasaron con facilidad de las manos del gobierno al servicio de la revolución.

Tras la experiencia del domingo sangriento de enero de 1905, un periodista inglés, Arnold White, emitió el genial juicio de que, si Luis XVI hubiese tenido unas cuantas baterías de cañones Maxim, la revolución francesa habría fracasado. ¡Qué lamentable superstición! Este hombre se imagina que las posibilidades de la revolución pueden medirse por el calibre de los fusiles o por el diámetro de los cañones. La Revolución Rusa ha demostrado una vez más que no son los fusiles, los cañones y los acorazados los que, en último término, gobiernan a los hombres, sino todo lo contrario, son los hombres los que gobiernan a las máquinas.

El 11 de diciembre, el ministerio Witte-Durnovo, que en esta época ya era el ministerio Durnovo-Witte, promulgó la ley electoral. Mientras que Dubasov rehabilitaba en el suburbio de Presnia la bandera de la marina rusa, el gobierno se ocupaba de abrir una vía legal a la clase poseedora, que buscaba un acuerdo con la monarquía y con la burocracia. A partir de ese momento, la lucha por el poder, revolucionaria en su esencia, se desarrolló bajo el manto de la Constitución.

En la primera Duma, los constitucionales demócratas (*kadetes*) se hacían pasar por líderes del pueblo. Como las ideas de las masas populares, a excepción del proletariado urbano, eran todavía caóticas, su oposición era confusa e imprecisa, y como, además, los partidos de extrema iz-

quiera boicoteaban las elecciones, los *kadetes* pudieron hacerse dueños de la situación en la Duma. "Representaban" a todo el país: propietarios liberales, comerciantes, abogados, médicos, funcionarios, empleados e incluso parte del campesinado. La dirección del partido quedaba, como antes, en manos de los propietarios, los profesores y los abogados. Sin embargo, bajo la presión del campesinado, cuyos intereses y necesidades dejaban las otras cuestiones en segundo plano, una fracción del Partido *kadete* viró a la izquierda, lo que condujo a la disolución de la Duma y al manifiesto de Viborg, que más tarde le quitaría el sueño a los voceros del liberalismo.

En la segunda Duma, los *kadetes* reaparecieron en menor número, pero, en opinión de Miliukov, tenían la ventaja de contar no sólo con los pequeñoburgueses descontentos, sino también con los electores que se mantenían apartados de la izquierda y que votaban concientemente por un programa antirrevolucionario. Mientras la mayor parte de los propietarios y los representantes del gran capital se pasaban al campo de la reacción activa, la pequeña burguesía de las ciudades, el proletariado del comercio y los intelectuales reservaban sus sufragios para los partidos de izquierda. Tras los *kadetes* marchaban las capas medias de la población urbana y cierto número de propietarios. A su izquierda estaban los representantes de los campesinos y de los obreros.

Los *kadetes* votaron el proyecto gubernamental sobre el reclutamiento y prometieron votar el presupuesto. No hubieran dudado tampoco en votar los nuevos préstamos para cubrir el déficit del Estado y hubieran asumido sin temor la responsabilidad de las antiguas deudas de la autocracia. Golovin, ese lastimoso personaje que encarnaba en el sillón presidencial toda la nulidad y la impotencia del liberalismo,

dijo tras la disolución de la Duma que en la conducta de los *kadetes*, el gobierno había podido reconocer su victoria sobre la oposición. Y eso era totalmente cierto. En esas condiciones no era necesario disolver la Duma y, sin embargo, fue disuelta, lo que prueba que hay una fuerza más poderosa que los argumentos políticos del liberalismo, y esa fuerza es la lógica interna de la revolución.

En sus combates contra la Duma dirigida por los demócratas, el gobierno se daba cada vez más cuenta de su poder. En la tribuna del pretendido parlamento no vio problemas históricos que esperaban una solución, sino adversarios políticos a los que había que reducir al silencio. En calidad de rival del gobierno y pretendiente al poder figuraba un grupito de abogados para los que la política era algo así como un torneo oratorio, y cuya elocuencia política oscilaba entre el silogismo jurídico y el estilo clásico. En los debates que tuvieron lugar con motivo de los tribunales militares, los dos partidos se encontraron frente a frente.

Majlakov, abogado de Moscú al que los liberales consideraban un hombre de porvenir, sometió la justicia de los tribunales militares y, con ella, toda la política del gobierno, a una crítica abrumadora.

Pero los tribunales militares no son una institución jurídica —le contestó Stolipin— sino un instrumento de lucha. Usted nos demuestra que este instrumento no se pliega a los principios del derecho y de la ley, pero sí al fin perseguido. El derecho no es un fin en sí mismo. Cuando está amenazada la existencia del Estado, el gobierno no sólo tiene el deber, sino también la obligación de apoyarse en los medios materiales de su poder, dejando de lado el derecho.

Esta respuesta, que contiene tanto la filosofía del golpe de Estado como la filosofía de la insurrección popular, dejó al liberalismo en la más completa perplejidad. "¡Es una declaración inaudita!", exclamaban los publicistas liberales, proclamando por enésima vez que el derecho debe prevalecer sobre la fuerza.

Pero toda su política persuadió al gobierno de lo contrario. Sólo sabían retroceder. Para salvar la Duma, amenazada de disolución, iban renunciando a todas sus prerrogativas, probando así, irrefutablemente, que la fuerza prevalece sobre el derecho. En esas condiciones, el gobierno no podía por menos de estar tentado por la utilización de la fuerza hasta el final.

La segunda Duma fue disuelta y, como heredero de la revolución, se vio aparecer al liberalismo nacionalista conservador, representado por la Unión del 17 de Octubre. Si los demócratas creyeron continuar la tarea de la revolución, los *octubristas*, por su parte, continuaron con la táctica de los *kadetes*, limitada a una colaboración con el gobierno. A este respecto, los *kadetes* pueden burlarse y criticar cuanto quieran a los *octubristas*, pero la realidad es que estos últimos no hicieron más que sacar las conclusiones que se imponían a partir de las premisas establecidas por los *kadetes*: puesto que es imposible apoyarse en la revolución, lo único por hacer es apoyarse en el constitucionalismo de Stolipin.

La tercera Duma concedió al gobierno del zar 456,535 reclutas, aun cuando las únicas reformas del Ministerio de la Guerra, bajo la dirección de Kuropatkin y Stesel, habían consistido rediseñar las charreteras y los galones. Votó el presupuesto del Ministerio del Interior, gracias al cual el 70% del territorio se hallaba en poder de diversos sátrapas, armados con leyes de excepción, mientras que, en el resto

del país, se aplastaba al pueblo por medio de leyes que rigen en tiempo normal. Esta cámara adoptó todos los puntos esenciales del famoso edicto de 9 de noviembre de 1906, que el gobierno había decretado en virtud del párrafo 87, y cuyo fin era dar un valor especial, entre los campesinos, a los propietarios más fuertes, mientras que la masa quedaba entregada a la ley de selección natural, en el sentido biológico del término.

A la expropiación de las tierras de los nobles en beneficio de los campesinos, la reacción oponía la expropiación de las tierras comunales campesinas en beneficio de los *kulaks*. “La ley del 9 de noviembre – dijo uno de los reaccionarios en la tercera Duma – contiene suficiente grisú para hacer saltar toda Rusia.”

Empujados a un callejón sin salida por la irreducible actitud de la nobleza y de la burocracia, que eran de nuevo los amos de la situación, los partidos burgueses trataron de salir de las contradicciones económicas y políticas en las que se habían metido por medio del imperialismo... Buscaron compensaciones a los fracasos internos en países extranjeros: en el lejano Oriente (ruta del Amur), en Persia o en los Balcanes. Lo que se llamó “anexión” de Bosnia y Herzegovina despertó en Petersburgo y en Moscú un verdadero escándalo patriotero.

Además, el partido burgués que más se había opuesto al antiguo régimen – el constitucional demócrata – ahora encabezaba el belicoso “neoeslavismo”. Los *kadetes* buscaban en el imperialismo capitalista una solución a los problemas que no habían querido resolver mediante la revolución. La marcha misma de esa revolución había llevado a los *kadetes* a rechazar, de hecho, la idea de la expropiación de los bienes raíces y de una democratización de todo el régimen social, por lo que tuvieron que abandonar también la esperanza de

un mercado interior suficientemente estable, representado por los pequeños campesinos, que favorecerían el desarrollo capitalista. Así pues, sólo podían poner sus esperanzas en los mercados exteriores. Dado que para lograr buenos resultados en este sentido es imprescindible un Estado fuerte, los *kadetes* se ven obligados, además, a sostener el zarismo, detentador del poder real. El imperialismo de Miliukov, disfrazado de oposición, cubrió, pues, con una especie de velo ideológico, la repugnante combinación que era la tercera Duma, en la que se aliaron los burócratas de la autarquía, los feroces propietarios y el capitalismo parásito.

La situación creada podía dar lugar a las consecuencias más insólitas. El gobierno, cuya reputación de fuerza se había muerto ahogada en las aguas de Tsushima y enterrada en los campos de Mukden, y que además se hallaba abrumado por las terribles consecuencias de su política de aventuras, se dio cuenta de repente de que era el centro de la confianza patriótica de los representantes de "la nación". Entonces no solamente aceptó sin replicar medio millón de nuevos soldados y quinientos millones para los gastos del Ministerio de la Guerra sino que obtuvo el apoyo de la Duma cuando intentó nuevas experiencias en el lejano Oriente. Más aún, tanto de la derecha como de la izquierda, tanto entre las "Centurias Negras" como entre los *kadetes*, llegaban hasta él violentos reproches porque se estimaba que su política exterior no era lo suficientemente activa.

Así, por la lógica misma de las cosas, el gobierno del zar se vio empujado hacia una vía peligrosa, luchando por restablecer su reputación mundial. Y, ¿quién sabe?, antes de que la suerte de la autocracia se haya fijado de manera definitiva y sin posible solución en las calles de Petersburgo y de Varsovia, quizá pasará por una segunda prueba en los campos del Amur o en las costas del Mar Negro.

LEÓN TROTSKI

Ucrania, 1877-México, 1940

Nació en una familia judía de labradores propietarios, estudió derecho en la Universidad de Odessa. Participó desde joven en la oposición clandestina contra el régimen autocrático de los zares, organizando una Liga Obrera del Sur de Rusia (1897). Fue detenido varias veces y desterrado a Siberia; pero consiguió huir de allí en 1902 y se unió en Londres a Lenin. Aunque discrepaba de su concepción autoritaria del partido, colaboró con él e intentó en vano reconciliar a la facción que dirigía (los *bolcheviques*) con la facción rival de la socialdemocracia rusa (los *mencheviques*). Regresó a Rusia para participar en la Revolución de 1905 (en la cual organizó el primer *sóviet* o consejo revolucionario). Al fracasar la revolución, fue deportado otra vez a Siberia y nuevamente se escapó (1906). Tras recorrer medio mundo entrando en contacto con los focos de conspiradores revolucionarios, se trasladó a Rusia en cuanto estalló la Revolución de febrero de 1917, que derrocó a Nicolás II. Abandonando su trayectoria anterior de socialista independiente (en relación con los *mencheviques*), puso su talento de organizador y de agitador al servicio del Partido Bolchevique y fue elegido presidente del Sóviet de Petrogrado. Desempeñó un papel central en la conquista del poder por Lenin: fue el principal responsable de la toma del Palacio de Invierno por los *bolcheviques*, que instauró el régimen comunista en Rusia (Revolución de octubre de 1917). Como primer comi-

sario de Asuntos Exteriores de la Rusia bolchevique (1917-18), negoció con los alemanes la Paz de Brest-Litovsk, que retiró al país de la Primera Guerra Mundial. Luego fue comisario de Guerra (1918-25), cargo desde el cual organizó el Ejército Rojo en condiciones muy difíciles y derrotó en una larga guerra civil a los llamados ejércitos blancos (contrarrevolucionarios) y a sus aliados occidentales (1918-20). Su labor fue, por tanto, crucial para la supervivencia del primer Estado comunista del mundo. Lenin le señaló como su sucesor antes de morir en 1924; pero la ambición de Stalin, que contaba con fuertes apoyos en el aparato del partido, le impidió acceder al poder. Stalin lo consigue apartar de la dirección en 1925, lo expulsa del partido 1927 y en 1929 lo destierra. Trotski no cejó en su lucha revolucionaria, que canalizó desde el exilio escribiendo en defensa de sus ideas (obras como *La revolución permanente*, 1930; o la *Historia de la Revolución Rusa*, 1932) y encabezando una corriente comunista disidente (agrupada en la Cuarta Internacional desde 1938). Stalin le hizo asesinar por un agente soviético.

Este libro se editó la Ciudad de México
en el mes de septiembre del año 2017.

Todos los derechos reservados.